



ORI

2° Oeste de Buenos Aires
 3° 31' Este de Córdoba
 66° 48' Oeste de Greenwich
 63° 0' 2 Oeste de París

Historias de Santa Fe,
 de la ciudad moderna
 a la actualidad



TOMO 2

Modernización, desarrollo y conflictos en una capital de provincia



Santa Fe en la estadística
 sobrepasado los 150.000 hab

El movimiento demográfico del municipio
 el tercer trimestre del año en curso,
 ha sido en general satisfactorio

DEPARTAMENTOS										
	Alemanes	Austriacos	Belgas	Dinamarqueses	Espanoles	Franceses	Holandeses	Ingleses	Italianos	Portugueses
1	2	3	4	5	6	7	8	9	10	11
La Capital	418	—	46	—	—	228	—	8	229	16



UNIVERSIDAD
 NACIONAL
 DEL LITORAL



Santa Fe
 Capital



**Modernización,
desarrollo
y conflictos**
en una capital
de provincia



Historias de Santa Fe,
de la ciudad moderna
a la actualidad

Luciano Alonso (coordinador general)

TOMO 2

Modernización, desarrollo y conflictos

en una capital
de provincia

Luciano Alonso

Julieta Citroni

José M. Larker

Francisco Reyes

Natacha Bacolla

Carlos Marcelo Andelique

Natalia Vega

Marcelino Maina

Juan Cruz Giménez

Luciano Alonso

Mariela Rubinzal

Melina Zeiter

María Cecilia Tonon



UNIVERSIDAD
NACIONAL
DEL LITORAL



Santa Fe
Capital

Índice

Prólogos

Enrique Mammarella, rector Universidad Nacional del Litoral ~ IX

Emilio Jatón, intendente Municipalidad de Santa Fe ~ XI

Prefacio

Laura Tarabella, decana Facultad de Humanidades y Ciencias ~ XIII

Presentación general de la obra

María Laura Tornay, Luciano Alonso y Hugo Ramos ~ 1

Introducción al tomo 2

Luciano Alonso ~ 3

- 1. El proceso de construcción y expansión de la ciudad ~ 9**
Julieta Citroni
- 2. Una vieja ciudad en tránsito a la modernidad (1850-1890) ~ 31**
José Miguel Larker
- 3. Novedades y conflictos durante la era del progreso (1890-1930) ~ 53**
Francisco Reyes
- 4. Entre la modernización conservadora
y la experiencia peronista (1930-1955) ~ 77**
Natacha Bacolla

- 5. Tiempos de confrontación. Represión y radicalización política en Santa Fe (1955-1983) ~ 101**
Carlos Marcelo Andelique y Natalia Vega
- 6. Municipio y Democracia. Santa Fe desde la agonía dictatorial hasta el siglo XXI ~ 123**
Marcelino Maina
- 7. Aproximaciones a una historia de la educación en el espacio santafesino ~ 141**
Juan Cruz Giménez
- 8. Las «pasiones santafesinas» entre la memoria y la historia ~ 161**
Luciano Alonso
- 9. Industrias y consumos culturales en la primera mitad del siglo XX ~ 185**
Mariela Rubinzal
- 10. Entre musas e inspiraciones. Cine, teatro y artes plásticas en Santa Fe (1960-2000) ~ 207**
Melina Zeiter y María Cecilia Tonon

Sobre las autoras y los autores ~ 229

Prólogo

Enrique Mammarella

Rector

Universidad Nacional del Litoral

En el marco de la celebración de los 450 años de la fundación de la querida ciudad de Santa Fe, nos complace presentar esta serie de libros que rinden homenaje a su historia y su patrimonio arquitectónico. Este esfuerzo conjunto de la Universidad Nacional del Litoral y la Municipalidad de Santa Fe es un testimonio del compromiso de ambas instituciones por preservar la memoria, la cultura y la historia de nuestra ciudad, al tiempo que genera nuevo conocimiento sobre sus orígenes, su desarrollo y su legado arquitectónico y cultural.

La serie de los 450 años consta de dos volúmenes complementarios que abordan diferentes facetas de Santa Fe: *Historias de Santa Fe: de la ciudad moderna a la actualidad* y sus tres tomos, junto con *Santa Fe. Historia, arquitectura y paisaje urbano*, centrado en su valioso patrimonio.

En *Historias de Santa Fe*, docentes, investigadores y especialistas de la Facultad de Humanidades y Ciencias de la Universidad Nacional del Litoral nos guían a través de un recorrido a lo largo del tiempo, desde la ciudad moderna hasta la actualidad. Los tres tomos independientes pero interconectados exploran la historia social, política y cultural de Santa Fe, y proporcionan una visión rica y variada de su desarrollo. Este enfoque plural y multidisciplinario refleja el compromiso de la universidad con la investigación, la extensión y la enseñanza como pilares fundamentales de la educación superior.

Por otro lado, en *Santa Fe. Historia, arquitectura y paisaje urbano*, docentes e investigadores de la Facultad de Arquitectura, Diseño y Urbanismo nos invitan a descubrir los rincones, parques y plazas de la ciudad, junto con sus edificios más emblemáticos, testigos de la evolución de la arquitectura, desde los tiempos coloniales hasta las influencias contemporáneas.

Estos libros, como parte de la serie de los 450 años de Ediciones UNL, celebran la diversidad y la riqueza de Santa Fe, tanto en términos de su historia como de su patrimonio arquitectónico.

En su conjunto, constituyen un valioso recurso para quienes busquen descubrir la ciudad, reconocer su territorio y ahondar en su cultura y su historia.

Además, es un honor brindar estos libros en Acceso Abierto y así permitir que estén disponibles para todos los interesados en leerlos. Creemos que el acceso abierto es una forma de democratizar el saber y ponerlo al alcance de una audiencia más amplia, lo que es especialmente relevante en el contexto de una celebración tan significativa.

Esperamos que la lectura de las obras que aquí presentamos inspire una mayor comprensión y aprecio por Santa Fe, su historia y su patrimonio, y contribuya a pensar en el porvenir de esta ciudad de la ciencia y la educación. Conocer nuestro territorio y su historia es prioritario para proyectarnos en el futuro.

Prólogo

Emilio Jatón

Intendente

Municipalidad de Santa Fe

Hace cuatro años, desde la Municipalidad de Santa Fe, nos dedicamos a proyectar la ciudad, reflexionar sobre nuestra presencia en ella y asegurar los derechos en todos los barrios. A veces, los momentos más significativos de la historia se evidencian al revisar y redimensionar su valor. Hace tiempo que nos preparamos con la convicción de que celebrar el 450° aniversario de Santa Fe representaba tanto un honor como una gran responsabilidad.

Como comunidad, enfrentamos desafíos con la certeza de que la solución reside en la colaboración, donde el bienestar común se erige como el auténtico camino hacia el desarrollo y crecimiento. Nos definimos como una sociedad resiliente, con fuerza, solidaridad y compromiso. Honramos el pasado mientras proyectamos un futuro cargado de más oportunidades, sustentabilidad, igualdad y crecimiento. Visualizamos un mañana prometedor, arraigado en la colaboración colectiva, donde la unión de pequeñas partes se traduce en la construcción de nuevos proyectos, consolidando así las bases fundamentales para un porvenir más próspero.

Atravesamos una coyuntura de conmemoraciones que establece un diálogo entre nuestro tiempo presente e imágenes de un pasado denso y complejo que nos interpela en su 450° aniversario. La ciudad de Santa Fe de la Vera Cruz, con sus diversos rostros, se observa una vez más en el espejo de múltiples centenarios de su historia. La conmemoración se convierte en un ejercicio de búsqueda de respuestas a preguntas que nos preceden, orientándonos en nuestra identidad compartida y otorgando sentido a nuestro ser colectivo y comunitario.

Desde el 15 de noviembre de 1573, se inicia una temporalidad que organiza la escala espacial en el litoral, marcada por el asentamiento impulsado por la tradición hispana de Juan de Garay y sus hombres en las tierras de quiloazas y calchines. Documentos y actas notariales registran una nueva etapa con el nombre de Santa Fe, destacándose por trazas y cuadrículas en el espacio y hábitat pluvial propio de grupos originarios. Como capital de urbanización, los archivos disponibles confirman una sólida tradición documental, consolidando a Santa Fe la Vieja como uno de los centros urbanos tempranamente conformados durante la colonia, junto a su hermana Córdoba. Una vez trasladada la traza urbana, la ciudad capital conserva los testimonios escritos de una organización espacial que integra las miradas sobre un mundo transatlántico observado por jesuitas, franciscanos y mercedarios. El cabildo de Santa Fe registra ciclos dinámicos en períodos previos al estado provincial homónimo.

Esta obra colectiva presentada por la Municipalidad de Santa Fe y la Universidad Nacional del Litoral es una valiosa contribución al estudio de los 450 años de historia, integrando nombres, lugares e imágenes en tomos que enriquecen el patrimonio local, analizados por docentes e investigadores de la historia y la arquitectura.

Este aporte permite a nuevas generaciones acceder a imágenes y testimonios de un pasado no siempre tangible de Santa Fe. La ciudad, como espacio administrativo y en disputa por su constitución, emerge como testigo clave de la organización constitucional de la nación en 1853. Se presenta como escenario de modernización acelerada y como puerto que abre puertas a la tierra. La capital de provincia se convierte en objeto de diversas miradas y perspectivas, integrando el conjunto de textos presentados aquí.

En la meticulosa labor de escritura, narrativas y análisis de fuentes, el pasado se presenta como enriquecido, polémico y dinámico. Este pasado se convierte en objeto de interrogación, planteando preguntas que aún tienen vigencia en nuestro presente. La ciudad capital de provincia se transforma mediante una trama poliédrica de identidades inmigratorias que coexisten en un espacio en constante crecimiento, una ciudad que vive, no duerme y comparte sus límites con las trazas de aguas del litoral. Estos textos registran rastros, huellas y voces como parte de un programa de investigación sostenido hasta hoy inédito.

Conmemorar es, en parte, reconocernos, pero también proyectarnos en la Santa Fe que construimos, de la que formamos parte y que aspiramos a proyectar para las próximas generaciones. Anhelamos una ciudad de diversidad, pluralidad, integración y accesibilidad.

Prefacio

Laura Tarabella

Decana

Facultad de Humanidades y Ciencias

Universidad Nacional del Litoral

La presente obra colectiva está realizada por docentes investigadoras e investigadores y llevada a cabo por el departamento de Historia de la Facultad de Humanidades y Ciencias, de la Universidad Nacional del Litoral, en articulación con especialistas de otros departamentos de la unidad académica y del Instituto de Humanidades y Ciencias Sociales del Litoral (IHUCSO UNL/ CONICET).

Este carácter plural y la interdisciplinariedad de enfoques y miradas son aspectos que dialogan con los rasgos identitarios que definen a la FHUC, forman parte de su ADN, de sus bases e historia institucional y, también, son el corolario de un trabajo mancomunado y de la interlocución con diversos actores.

Los libros que se aúnan en esta obra completa expresan una labor minuciosa y coordinada, que se materializan en dos aspectos: por una parte, en los índices que dan cuenta de la estructura organizada en tres volúmenes que pueden ser leídos de manera independiente pero que están, al mismo tiempo, interconectados; por otra, en la selección de imágenes, fotografías y documentos, y en la elaboración de los artículos científicos que fueron escritos especialmente por sus autoras y autores para conmemorar los 450 años de la fundación de la ciudad de Santa Fe. Esto permite visibilizar la expertise disciplinar y el conocimiento del territorio santafesino para producir ciencia en clave local y regional.

Si bien los textos se sitúan en períodos específicos de la extensa y rica historia santafesina (segunda mitad del siglo XIX hasta nuestros días), los libros son una invitación para que, en un futuro cercano, se puedan generar

aportes que aborden otras temporalidades, problemáticas y dimensiones de este espacio objeto de estudio: la ciudad de Santa Fe.

Esta producción académica reafirma la relación virtuosa entre la investigación, la extensión y la enseñanza, pilares fundamentales de la universidad pública, reformista, dinámica y atenta a las necesidades y demandas del medio social del cual se nutre y con el que interactúa. Es este marco el que nos interpela y convoca al diálogo y la reflexión asociada a las responsabilidades, compromisos y demandas de nuestras instituciones; constituye, asimismo, un aporte para y por la democracia y una contribución al campo institucionalizado de las Humanidades y las Ciencias Sociales.

Presentación general de la obra

María Laura Tornay,
Luciano Alonso y Hugo Ramos

Santa Fe, septiembre de 2023

Esta obra reúne tres tomos independientes y a la vez interconectados. El primero, *Vivir Santa Fe. Imágenes y testimonios de la ciudad en el tiempo*, compilado y comentado por María Laura Tornay, agrupa un repertorio amplio y atractivo de fuentes documentales representativas del desarrollo urbano en sus facetas de la regulación estatal y de las actividades sociales entre 1860 y la época actual. El segundo, *Modernización, desarrollo y conflictos en una capital de provincia*, coordinado por Luciano Alonso, presenta un desarrollo general de la historia de la ciudad desde mediados del siglo XIX hasta el cruce entre los siglos XX y XXI, profundizando algunas cuestiones propias del campo sociocultural. Por fin, el tercero, *Problemáticas actuales de Santa Fe: (re)definiendo el futuro de la ciudad*, coordinado por Hugo Ramos, aborda algunos de los principales dilemas que enfrenta nuestra localidad y recupera ciertas tramas de su densa historia, pero con una clara proyección de futuro, esto es, en la búsqueda de anticipar algunos de los desafíos venideros.

Esta trilogía fue pensada como un texto plural. Mientras el primer tomo recoge variados registros documentales e iconográficos que dan cuenta de las actividades y lugares del escenario santafesino, los dos siguientes reúnen capítulos de distintas autoras y autores, cuyos enfoques y preocupaciones son también diversos. La descripción y el análisis de los procesos y acontecimientos históricos no se hacen entonces desde una óptica uniforme, sino que intentan reflejar la multiplicidad de las experiencias de una ciudad. Pero la obra también está animada por la evidente intención de ofrecer un panorama general de la historia contemporánea y reciente de Santa Fe a propósito del 450º aniversario de su fundación, momento que ofrece una nueva posibilidad de reflexión acerca suyo.

En ese sentido, los libros presentan una suerte de resumen del estado de los conocimientos sobre distintas cuestiones sociales, políticas y culturales en un período extenso pero todavía escasamente trabajado. Contienen inevitables sesgos y omisiones en función de aquello que ha sido estudiado —ya sea con criterios historiográficos o de las ciencias sociales en general— y lo que por el contrario no ha sido abordado así. No son pues un imposible compendio de una «historia total» de la ciudad, sino que suponen una selección de temas y problemas sostenida en investigaciones disciplinares. Se diferencian, entonces, claramente de otras formas de narrar el pasado, pero intentan dialogar con ellas en vez de negarlas. Y de allí el plural del título general de la serie ya que, además de estar construida con un criterio amplio, esta producción no desconoce la circulación de otras formas de contar historias: las memorias sociales, el periodismo, el género ensayístico, las tradiciones asociativas, los registros oficiales e incluso, la mirada de otras disciplinas con una perspectiva temporal.

En rigor, desde la *Historia de la ciudad y provincia de Santa Fe, 1573-1853* de Manuel Cervera, de 1907, no se produjo un texto historiográfico que abordara en su completitud el desarrollo citadino en un tiempo extendido. Varias historias generales publicadas o en trance de publicación han tratado por el contrario de abarcar el territorio provincial en su conjunto, a veces con un notorio peso de los estudios sobre Rosario y su zona de influencia, de innegable gravitación. Pero aún más, el predominio de los trabajos sobre el período colonial y el autonómico —del cual la obra de Cervera fue parte y durante mucho tiempo modelo— se impuso en gran medida sobre las posibilidades de una atención global al desarrollo de Santa Fe desde el período abierto con la organización nacional hasta el presente. Esta serie viene a tratar de cubrir esa vacancia aunque, como es evidente, no sintetiza todos los aportes antes realizados y deja importantes áreas o cuestiones sin tratar, sea por limitaciones de espacio, sea por la falta de suficientes estudios disciplinares. Sin embargo, también señala la riqueza de pensar nuestra ciudad desde múltiples y diversas perspectivas: los estudios urbanísticos, los análisis económico-productivos que sitúan a la localidad en relación con otras escalas más amplias, los aportes de la sociología, los estudios de género, la geografía y el derecho, por mencionar solo algunas de las aristas y campos disciplinares que contribuyeron en el desarrollo de la presente obra. Esperamos que de sus carencias surjan nuevos temas de investigación y renovados debates sobre la historia de la ciudad y de su zona de influencia.

Introducción al tomo 2

Luciano Alonso

Santa Fe, noviembre de 2023

La ciudad de Santa Fe tiene una larga historia, incomprendible si no se la aprecia teniendo en cuenta sus relaciones con otros espacios urbanos y rurales, regionales y globales, y con las formas generales de la dominación, la cultura y la economía de aquellos conjuntos sociohistóricos de los que participó. Primero, hay que destacar su inclusión dentro de la Monarquía Hispánica desde 1573, reformulada y revisada en su territorialidad por las reformas borbónicas en el siglo XVIII. Desde 1810 asistimos a la participación de la provincia autónoma en la conflictiva desestructuración del mundo hispanoamericano y en la construcción del Estado nacional. Más adelante, llegaría la formación de una sociedad capitalista semiperiférica, plenamente integrada al mercado mundial e inscrita en los desarrollos del conjunto argentino.

Todos esos procesos condicionaron la vida urbana. Pero como toda parte de un espacio más amplio, la ciudad tuvo y tiene sus especificidades, sus variaciones y características peculiares. Y son precisamente las peculiaridades de cada lugar las que condicionan a su vez el modo en el cual ese punto acotado se vincula con lo global. La perspectiva local permite entonces encontrar aspectos comunes, ver la manera en la cual impactaron los cambios o las duraciones de mayor envergadura o cómo se manifestaron problemas generales. Brinda además la posibilidad de considerar la acción de los sujetos concretos y de apreciar el peso variable de diversos factores en la constante producción y reproducción de las relaciones sociales.

Escribir una historia de la ciudad en el período que va aproximadamente de 1850 a 2000 resulta una tarea necesaria para ofrecer una mirada sobre un período poco trabajado como un conjunto desde la óptica disciplinar. Y el

hecho de que este libro se titule *Modernización, desarrollo y conflictos en una capital de provincia* da cuenta ya de una pauta de interpretación acerca de las experiencias y transformaciones de ese arco temporal. Hacia 1850 ya se habían dejado atrás distintos aspectos del mundo hispánico, pero la sociedad santafesina aún tenía una marcada impronta tradicional. Las actividades económicas se habían resentido con la desarticulación del mercado colonial y la trama urbana no había experimentado cambios. Pero las estructuras políticas se habían transformado al calor de las luchas civiles y de la formación de una nueva élite fuertemente militarizada. Si bien no se contaba con un rediseño de los marcos legales y los magistrados todavía aplicaban leyes y jurisprudencias provenientes de la tradición castellana, otros aspectos como la eliminación de los cabildos, la centralidad de la función de los gobernadores y los modos de control del territorio daban características distintivas a la ciudad y su región. El simple hecho de que Santa Fe fuera elegida para la reunión del Congreso General Constituyente que sancionaría la carta magna el 1 de mayo de 1853 ofrece un indicio de la importancia de la provincia en el contexto del nuevo y exitoso intento de organización política, que propendía a fijar un camino de «orden y progreso» y dejar atrás definitivamente las herencias hispánicas.

La segunda mitad del siglo XIX fue el período en el cual la sociedad santafesina experimentó aceleradas transformaciones: desarrollo de las colonias agrícolas, desestructuración y exterminio de los pueblos originarios, rediseño de las estructuras estatales, integración al mercado mundial y afluencia de la inmigración europea. La estructuración social también se modificó, con la aparición de nuevos oficios y la constitución de nuevas clases, la extensión del trabajo asalariado y de los trabajos autónomos para el mercado, y el fortalecimiento de la clase dominante en torno a la posesión del capital y del ejercicio del gobierno. El establecimiento de los marcos legales de esos procesos se realizó no solo a través de la formación de un derecho y una jurisprudencia nacionales, sino también con el establecimiento de normas provinciales y locales de regulación de la vida social. La constitución de las autoridades gubernamentales, del aparato burocrático y de las formas de la representación política fue en paralelo con los inicios de un sistema educativo moderno.

En ese proceso, la ciudad confirmó su papel de lugar central para la organización y control del territorio, pero prontamente quedó rezagada en términos económicos, demográficos y culturales por la pujanza de Rosario. Se abrió así una situación inédita en el ordenamiento territorial argentino, al tener la provincia de Santa Fe dos localidades que resultaban centrales para la traza de vías de comunicación, la gobernanza regional y la confrontación de proyectos políticos. Así como es imposible entonces hacer una historia de la ciudad

capital que no tenga al menos como referencia contextual la expansión agrícola-ganadera bajo formas capitalistas, también es dificultoso considerarla sin atender a las influencias, la competencia y la relación con ese otro espacio urbano de indiscutible gravitación constituido por la ciudad del sur provincial.

Con las tensiones y enfrentamientos propios de la nueva dinámica de las clases sociales y de los grupos políticos, la ciudad de Santa Fe inició un camino de modernización, es decir, de conformación de una sociedad que ya no respondió a parámetros tradicionales, en la cual la intensificación del ritmo del cambio social y cultural respondió a la inserción en el sistema-mundo capitalista avanzado. Aun en una situación semiperiférica, la ciudad desplegó constantemente una serie de transformaciones en los más diversos sentidos. Algunos de los procesos o acontecimientos destacados en este libro muestran incluso el intento de seguir el ritmo de las innovaciones constantes. Por ejemplo, los planes de urbanización no solo se inspiraban en sus homólogos rosarinos sino también en los de ciudades europeas y estadounidenses. Las novedades pedagógicas y el cinematógrafo escolar se adoptaban tan rápidamente como las nuevas tradiciones de las identidades obreras en torno a la conmemoración del 1º de Mayo. En ese sentido, Santa Fe no construyó una modernidad adocenada y a la postre continuadora de la sociedad tradicional. Por el contrario, intentó repetidamente ponerse a tono con tendencias mundiales. Ello no puede hacer olvidar que en muchos aspectos la sociedad santafesina presentaba componentes conservadores, que su economía llegó a un grado de industrialización limitado y que los controles de los comportamientos y las actitudes cotidianas eran mayores que los de las más grandes urbes. Pero se trató sin dudas de una sociedad cuyas élites miraban al futuro y en las cuales las clases populares aspiraban a progresar y a luchar por sus derechos.

Así, aunque se expresaran múltiples tensiones entre distintos intereses sociales y se registrara la marginación de amplios sectores poblacionales, había quizás desde el período con el que inicia este libro hasta la década de 1970 un horizonte de expectativas que fundaba un optimismo respecto del porvenir. Pero desde hace muchos años que una mirada así ha sido puesta en cuestión. No es infrecuente una actitud de añoranza respecto del pasado; a veces con la idea simplificadora de que «todo fue mejor», otras por la incertidumbre respecto de lo que vendrá. Para distintos actores políticos ha sido difícil —cuando lo han intentado— tratar de diseñar un nuevo ciclo de transformaciones locales, una recuperación de los servicios públicos o una mayor integración social. Las élites parecen frecuentemente evocar algún tiempo mítico de control incontestado en el que prosperaban los negocios y las clases populares sobreviven al desempleo, la pobreza y la fragmentación social.

Es obviamente materia de debate cuándo se produjo una inflexión así, pero es evidente que las fracturas sociales producidas por el ejercicio de la violencia represiva, la pauperización y la desinversión en la infraestructura social de la última dictadura militar algo tuvieron que ver en todo eso. Si ese «pasado que no pasa» acecha aún a los posicionamientos políticos y a las luchas por la memoria en Argentina, es porque en su estela se conformó la sociedad en la cual vivimos. Va de suyo que la dictadura no es el punto de origen de todos los males y que los sucesivos gobiernos democráticos de los niveles nacional, provincial y local no han sabido o querido contrarrestar las tendencias negativas de la etapa neoliberal del capitalismo mundializado. Pero sea cual fuere el análisis del proceso histórico, es evidente que las aspiraciones a una sociedad inclusiva y a una ciudad amable para con quienes la habitan se encontraban jaqueadas ya en el cruce de los siglos XX y XXI.

Si las consideraciones precedentes son admisibles, este libro podrá ser pensado entonces como un intento de dar cuenta de una experiencia local de construcción de la modernidad capitalista y de su crisis. Puede ser leído en vínculo con los otros dos tomos de la obra colectiva *Historias de Santa Fe, de la ciudad moderna a la actualidad*. Respecto de *Vivir Santa Fe. Imágenes y testimonios de la ciudad en el tiempo*, de María Laura Tornay, puede practicarse incluso una lectura coordinada, que busque en uno u en otro texto contactos con el restante a propósito de las transformaciones o características locales. A su vez, este libro da cuenta de los procesos previos que pueden explicar las situaciones descritas en *Problemáticas actuales de Santa Fe. (Re)definiendo el futuro de la ciudad*, coordinado por Hugo Ramos, que se dedica a los desafíos actuales.

Con ese marco temporal de la ciudad en el transcurso de siglo y medio, presentamos aquí un conjunto de capítulos que tratan de ofrecer un abordaje integral y sintético de su historia. El primero, escrito por Julieta Citroni, muestra las etapas de la urbanización a lo largo de todo el período abordado. Ofrece entonces una visión comprehensiva, destacando transformaciones y continuidades que serán retomadas o aludidas en los restantes textos. Los capítulos del 2 al 6 despliegan una secuencia temporal en cinco períodos sucesivos. El segundo capítulo, de José Larker, se ocupa del período que va aproximadamente de 1850 a 1890, en el cual se deja atrás la impronta hispánica de la ciudad y se entra de lleno en la modernización capitalista, en íntima vinculación con el proceso de colonización y de formación de nuevas instituciones estatales. Luego, Francisco Reyes aborda el transcurso de los años de 1890 a 1930, poniendo en debate el tipo de modernidad que se estaba construyendo y mostrando cómo a la par de ese proceso aparecían conflictos sociales de diverso tipo, asociados al choque de identidades políticas que respondían a novedosas

configuraciones culturales y sociales. En el capítulo 4, Natacha Bacolla aborda detalladamente el entramado institucional de la ciudad y da cuenta de las innovaciones que se presentaban en materia cultural y de los diversos proyectos políticos que se plasmaron en las transformaciones urbanas.

No es por casualidad que en los títulos de los tres capítulos antes mencionados aparezcan alusiones a la modernización, pues en su conjunto muestran la tendencia hacia la construcción de una sociedad local que superaba el tradicionalismo —con todas las contradicciones y rémoras que eso suponía—. Los dos capítulos siguientes ya presentan las tensiones y límites de la modernidad que nos ocupa. El quinto, escrito por Carlos Marcelo Andelique y Natalia Vega, recorre las peculiaridades que tuvo en Santa Fe el ciclo de movilizaciones sociales abierto en la segunda mitad de la década de 1950 y su clausura 20 años más tarde mediante el terror de Estado, en cotejo constante con el devenir de los acontecimientos en el plano nacional. A su vez el sexto, de Marcelino Maina, caracteriza la situación dejada por la última dictadura y gestionada por los nuevos gobiernos democráticos desde los años de 1980, para focalizarse en la dinámica de los procesos electorales y mostrar cómo luego de un largo predominio peronista fueron otros actores los que llegaron al poder municipal hacia 2007.

Los capítulos del 7 al 10 bucean en distintas dimensiones culturales y educativas, ora profundizando, ora complementando los desarrollos generales. Juan Cruz Giménez esboza en el capítulo séptimo una historia de la educación en el espacio urbano, partiendo de las iniciales competencias de la ciudad —delegadas luego en los sistemas educativos nacional y provincial— y destacando experiencias e instituciones pedagógicas locales. El capítulo 8, a cargo de quien escribe estas líneas, presenta una síntesis de los conocimientos disciplinares sobre algunas dimensiones culturales particularmente destacadas de la ciudad durante un siglo y medio, para dialogar con las memorias sociales sobre las representaciones del carnaval, la cumbia, la cerveza y el fútbol. En el capítulo 9 Mariela Rubinzal aborda las características de los consumos de masas en el marco de la modernización cultural de la primera mitad del siglo XX, mostrando las formas en las cuales la industria editorial, las bibliotecas, los quioscos de diarios, los cines y las radios se constituyeron como dispositivos capaces de llegar a públicos amplios, conformando comunidades y formas de sociabilidad. Finalmente, en el décimo capítulo Melina Zeiter y María Cecilia Tonon abordan tres dimensiones culturales hacia 1960–2000, enfocándose en los desarrollos del cine, el teatro y las artes plásticas en la ciudad y en la tensión entre la valoración estética de las instituciones y las funciones sociales del arte.

Demás está decir, como se aludía en el prefacio común de esta colección, que las síntesis que se presentan contienen evidentes omisiones temáticas y que hay problemas que no han sido suficientemente trabajados. Por diversos motivos, que van desde las propias limitaciones de los grupos académicos hasta la carencia de políticas integrales de archivo o de fondos para investigación, hay áreas enteras del conocimiento histórico sobre la ciudad de Santa Fe y su área de influencia que requieren mayores desarrollos. En ese sentido, este es quizás un texto que habla tanto de las vacancias como de las certezas y que como toda producción científica está destinada a ser superada, no ya por ulteriores generaciones que revisiten la historia sino incluso por las mismas investigaciones en curso. Sin embargo, esperamos que este tomo en particular no solo inste a nuevas indagaciones y debates, sino que también proporcione una mirada general sobre un siglo y medio de cambios y continuidades, de esperanzas y de frustraciones, de conflictos y de logros, en una dimensión local.

La historia —académica o popular, erudita o de divulgación— no «sirve» para nada, en tanto no cumple una función inmediatamente reconocible, medible o mercantilizable. Pero puede ser un insumo para la construcción de identidades, para la reflexión sobre lo social y para la formulación de problemas respecto del porvenir. Conocer la historia del lugar que habitamos es algo que puede ayudar a desarrollar colectivamente esas tareas.

1. El proceso de construcción y expansión de la ciudad

Julieta Citroni

Este capítulo parte de las ideas del geógrafo brasileño Milton Santos (2000), para quien *el espacio* existe en la medida en que existen los seres humanos en interacción. De ahí que lo conciba como una realidad social, el contexto en el que se realiza la historia. En esta línea se pueden considerar los análisis que resaltan el carácter material de *la ciudad* como un fenómeno amplio y complejo, una relación social. Por lo tanto, sus artefactos (calles, plazas, edificios) deben ser interpretados como signos visibles de procesos sociales, económicos y políticos.

En tanto, a la ciudad no hay que entenderla simplemente como espacialización directa de la sociedad, sino como un producto de ella (Álvarez Mora, 1996). En este sentido, es testimonio del estado de las relaciones sociales y culturales y de las formas del poder político de un momento dado; es decir, del contexto de producción (Roldán, 2004). De igual forma, puede ser pensada como un texto escrito y sobrescrito permanentemente (Bertuzzi y Müller, 2004). Así, al analizar la organización y estructura urbana es posible conocer la sociedad que la engendró.

En esta tarea, es elemental atender al Estado en sus distintos niveles, ya que tuvo un rol protagónico en la intervención sobre la totalidad de la vida social (Liernur, 2001). Más precisamente, es el órgano social supremo en los procesos públicos de producción y regulación del espacio urbano, los cuales administra, dirige y ejecuta mediante normas, planes y políticas (Gioria, 2009).

De todos modos, esto no implica dejar a un lado los lugares que ocuparon, las decisiones que tomaron y las acciones que realizaron distintos actores, individuales o colectivos; al contrario, se los reconoce expresamente,

exponiendo sus intereses y aspiraciones, generalmente contrapuestos. En efecto, esta perspectiva admite que la conflictividad social, política y cultural —como las fuerzas y tensiones presentes en toda vida colectiva— está grabada en los pliegues de la ciudad. Además, supone recuperar los aportes de quienes vivieron y poblaron un conjunto anónimo de calles, muros y rincones.

Con este marco, las páginas que siguen intentarán descubrir las «tramas» de historia y sociedad que dieron forma a la Santa Fe actual. Para ello, se repasan los hitos urbanos y arquitectónicos más importantes en el proceso de construcción y expansión de la ciudad, entre 1853 y 2003, y se busca responder al interrogante que subyace detrás: ¿quiénes hicieron la ciudad? Al mismo tiempo, la atención se fija en las pervivencias y los cambios que han quedado impresos en los objetos urbanos.

EL FINAL DE LA CIUDAD COLONIAL

En líneas generales, entre 1853 y 1880 tuvo lugar el fin de la ciudad colonial o indiana. Esto es, al ritmo lento e invariante —asociado a las actividades económicas, la tecnología y las comunicaciones, la organización social y política— que había caracterizado los primeros siglos de vida de la que sería la capital provincial, le seguiría un período breve, de transición y profundos cambios (Gioria, 2009). En buena medida, iban de la mano con el arribo de inmigrantes europeos al puerto local, la verdadera «puerta de ingreso» a la ciudad y a toda la zona centro-oeste y norte de la provincia. Si bien su destino eran las colonias agrícolas productoras de cereales, algunos de ellos se quedaban en la capital, dedicándose a actividades comerciales.

Previamente, como consecuencia del avance en la ocupación sobre terrenos anegadizos, había sido necesario protegerlos, para disminuir su condición vulnerable frente al natural avance de las aguas. En este sentido, la ciudad aún se encontraba íntimamente ligada a su entorno natural (Bertuzzi, 2005). Esta relación vital de Santa Fe con los cursos fluviales que la bordean justificaba su existencia, referencia y orientación, a la vez que le daba «atributo de encrucijada», su ubicación estratégica como nudo de comunicaciones (Gioria, 2009). Sin embargo, era y seguiría siendo conflictiva.

Sobre esta base, la ciudad había crecido de forma condicionada desde el primitivo núcleo fundacional en la zona sur e iba consolidándose hacia el norte y en menor medida hacia el oeste, complejizando modestamente sus funciones. Aunque parecía seguir siendo la pequeña aldea de costumbres pasadas, progresivamente iba abandonando el trazado homogéneo y regular en damero, típico del urbanismo español (Reinante, 1993). Asimismo, al

calor de las nuevas ideas sobre higiene pública, se concretó la postergada construcción del Hospital de Caridad, mientras que dos de los edificios más emblemáticos —el Cabildo y la Iglesia Matriz— eran ampliados, mejorados y renovados para abandonar el estilo colonial.

Lo mismo se advierte en las viviendas de las familias acomodadas, que gradualmente iban cambiando sus cubiertas por azoteas y fachadas bien blanqueadas y planas, sin molduras. Esto a pesar de que conservaran muchos rasgos previos, como una única planta a la que se ingresaba por el zaguán, gruesas paredes de adobe, pisos de baldosas, grandes ventanas de rejas, galerías abiertas al patio con plantas florales, parras y un aljibe, y al fondo, un gran huerto con frutales. Además, se ubicaban en el casco céntrico, a diferencia de los sectores populares, que habitaban los suburbios, cerca del río. Sus moradas eran «grises» ranchos de una sola habitación, paredes de barro y techo de paja (Fernández, 2006).

Con este trasfondo, el lento aumento poblacional y la diferenciación social y económica resultante de la inmigración traccionaban un nuevo centro en el barrio portuario, de incipiente carácter cosmopolita. Así se producía un desafío al tradicional centro institucional originado en torno de la Plaza Mayor y que contribuía a consolidar la «doble espina comercial» que conforman las calles San Martín y San Jerónimo, tal como hoy se las conoce (Acosta, 2009). En tanto, el límite urbano que representa calle Mendoza delineaba la divisoria virtual entre la «ciudad vieja» al sur y la «ciudad nueva» al norte, una oposición propia del espíritu positivista de la época.

Estos procesos se enmarcan en la etapa fundacional de la Argentina moderna y la «revolución urbana» que trajo aparejada. Entonces, los viejos centros urbanos pasaron a ser modernas ciudades, «vertiginosas aglomeraciones» en las que los más pobres creían vislumbrar un futuro promisorio. Por lo pronto, hallaban un lugar donde pernoctar, algún trabajo —o, más bien, un medio para sobrevivir— y una amplia gama de bienes y servicios que favorecían el disfrute y la sociabilidad, desconocidos en el ámbito rural (Liernur, 2001). A su vez, esto se explica por el programa de obras que estaba emprendiendo el poder público, que se acentuará en los años por venir y elevará el valor de las propiedades.

Precisamente, entre las políticas del gobierno confederal, el puerto local fue habilitado para el comercio exterior y como depósito. No obstante, presentaba graves problemas de accesibilidad e instalaciones deficitarias a raíz de las recurrentes crecidas y bajantes, sumadas a las pobres soluciones adoptadas. Fue el momento de hallar una respuesta duradera, promovida mayormente por las iniciativas oficiales y, en menor medida, por los avances tecnológicos. Consistió en la creación de un gran puerto ultramarino para la exportación

forestal y cerealera en Colastiné, que aprovechaba sus ventajas naturales y dejaba el de Santa Fe limitado al tráfico de cabotaje y pasajeros (AA.VV., 2003).

Entretanto, al interior de la ciudad, para el transporte de carga todavía se usaban carretas tiradas por caballos o bueyes y arrias de mulas, mientras que el traslado de pasajeros solía hacerse a pie, a caballo, en carros propios o carruajes de alquiler. Lentamente, estos medios que evocaban el tiempo de la colonia fueron reemplazados por el tranvía de tracción a sangre, un importante signo de modernización que irá extendiendo su radio e influencia (Valdés, 2004). De todas formas, el transporte más rápido y novedoso llegaría pronto de la mano de las inversiones privadas originarias de las grandes potencias europeas, y abriría una nueva etapa en la capital santafesina y para el capital transnacional.

LA ORGANIZACIÓN DE LA CIUDAD Y EL TERRITORIO

Entre 1880 y 1930 se vieron alteradas las estructuras fundamentales de la sociedad, la economía y la política argentinas, a partir de la aplicación de la división internacional del trabajo. En este sistema integrado, al país se le asignó el papel de productor y exportador de materias primas, principalmente procedentes del sector agropecuario, dentro del cual la provincia de Santa Fe —y su amplia disponibilidad de tierras fértiles— desempeñó un rol primordial. Para la ciudad, coincidió con un momento de articulación en su historia urbana, en el que una serie de hechos impactaron en el plano físico, impulsando definitivamente el proceso de modernización. Se constituirá en centro de servicios del espacio interior colonizado.

En primer lugar, el desarrollo del ferrocarril permitió la inédita conexión con Buenos Aires, Rosario, Santiago del Estero y Tucumán, así como con todo el interior provincial. De ese modo, la ciudad sorteaba la barrera que imponían los cursos fluviales. Más importante aún, este medio fue el «elemento promotor» del crecimiento urbano (Saus, 2014). Esto en función de que las estaciones ferroviarias, aparte de ser destacados inmuebles, atrajeron población a su alrededor y potenciaron el desarrollo edilicio y toda la red de servicios públicos anexos. Como resultado, nuevos barrios reorganizaron el paisaje urbano, a la vez que otros quedaban aislados o incomunicados, porque la trama se segmentaba con el trazado de las vías.¹

1. Las zonas que comenzaron a urbanizarse en este proceso, fueron los actuales barrios Roma, asociado a la estación del ferrocarril Mitre, y Sargento Cabral, al predio de maniobra y talleres «Santa Fe Cambios».

Por otra parte, el ferrocarril encauzó y aceleró «los flujos de mercancías, personas, capital, e información» (Gioria, 2009:67), porque demandaba una compleja organización de talleres subsidiarios que produjeran las piezas y repararan la maquinaria, activando movimientos en el espacio productivo. Igualmente, estimulaba la generación de servicios asociados al tránsito de pasajeros, hasta el momento, casi inexistente en la ciudad. En ese sentido, tuvo fuerte impacto en el territorio. Pronto se le sumaría el puerto de ultramar, que estuvo precedido por diversos estudios y proyectos, arduos debates, voces críticas, intereses opuestos y un difícil contexto económico (Fedele, 2009).

Si bien las tareas comenzaron a fines de 1904, pocos meses después, una crecida extraordinaria del Paraná las paralizó y obligó a ciertos replanteos. En efecto, el sistema hídrico fue una cuestión fundamental en la definición del puerto moderno, que no solo sería una infraestructura central para el comercio y la producción, sino también para la ciudad, como defensa ante el avance de las aguas (Collado *et al.*, 2019). Por lo demás, era una empresa de gran magnitud, que incluía la creación de distintos canales de acceso y derivación, dos diques, una dársena de maniobras y la rectificación de la ribera.² Por fin, «la obra de ingeniería de mayor escala en la historia de la ciudad» entró en servicio en 1911, en el clima festivo del Centenario (Acosta, 2009:154).

Impulsado por las colonias agrícolas para ganar seguridad y reducir costos y tiempos, apoyado con decisión por los poderes provinciales que tenían influencia en la Nación, para atender una demanda de larga data de la burguesía comercial y posicionar a la capital como tal frente a Rosario, este acontecimiento ofrece una «radiografía de la época». A la vez, muestra «un ideario social que, montado sobre la omnipresente noción de progreso, volcaba en el medio urbano un notable caudal de energías ciudadanas» (Collado, 1994:38). En este marco, se construyeron importantes obras de funcionalidad, salubridad y ornato acordes al gusto y las necesidades de estos sectores sociales.³

Por ejemplo, se decidió el traslado del centro cívico de la capital desde el tradicional barrio Sur hacia un sector excéntrico que revelaba la «progresista» idea burguesa de ciudad moderna. De ahí que el sitio elegido no fuera aquel de la vorágine inmigrante, portuaria y ferroviaria, sino uno simbólico, a

2. El terraplén defensivo se formó con el depósito de material del dragado, consolidándose un terreno elevado que se cubriría de vegetación. Por eso fue denominado Alto Verde, y será un asentamiento marginal de trabajadores portuarios, pescadores y población pobre desplazada de otros sitios (Fedele, 2009).

3. Entre ellas se destacan: la Casa de Gobierno y la Legislatura —una vez demolidas las sedes del poder colonial, el Cabildo y la Aduana—, hospitales, escuelas, mercados y bancos, el Teatro Municipal, los Tribunales y el Rectorado de la Universidad.

constituir en torno de la Plaza San Martín. Esta fue rediseñada y rebautizada, para «dejar atrás» su pasado colonial de esteros, carretas, mulas y mercado. Idealmente, concentraría todo el equipamiento administrativo provincial que se encontraba disperso y en espacios inadecuados. Entre otros proyectos, se comenzó a levantar la Catedral Nueva, pero las tareas quedaron trunca y hoy se erige allí el anfiteatro conocido como Patio Catedral.

Además, se renovaron y multiplicaron los espacios destinados a la recreación y el ocio en un ambiente natural, promovidos por los principios de higiene que proveía la medicina, entonces muy en boga. Por lo mismo, se decretó la creación planificada de cementerios, apartados del núcleo poblacional; al tiempo que en plazas, parques, paseos y avenidas ajardinadas se realizaban trabajos de forestación agregando especies exóticas, canteros y otros elementos, según las pautas de la estética europea (Collado, 1994). En definitiva, todo invitaba a aprovechar activamente esos nuevos marcos paisajísticos que antes solo esperaban la contemplación (Roldán, 2006).

Además, estos espacios funcionaron como motores para la extensión urbana, al promocionar y valorizar tierras aún no integradas al mercado (Fedele, 2009). De hecho, todas estas cuestiones se verifican en el origen del Boulevard Gálvez, una iniciativa privada de urbanización y desarrollo fechada en 1887, que requirió el permiso de los poderes locales. Fue proyectada en el borde noreste de la planta de la ciudad, próxima al centro comercial, al puerto y a la estación ferroviaria, los «dos enclaves de infraestructura económica más importantes» (Collado, 1994:6). Desde aquel momento, es un circuito distintivo, una de «las grandes realizaciones urbanísticas que es posible reconocer en la modesta escala» de Santa Fe (Reinante, 1993:397).

Por otro lado, en estos años se introdujeron avances técnicos altamente significativos para la calidad de la vida urbana. En primer lugar, se realizó el tendido de las redes de agua corriente y cloacas, gracias a una ley recién sancionada que disponía el auxilio del Estado nacional para que las capitales de provincias concretaran sus obras de salubridad. Dadas las reducidas arcas municipales y el escaso número de propietarios en la localidad, el gobierno provincial a este beneficio y financió los trabajos. Acto seguido, cada vecino debía efectuar las instalaciones y conexiones internas, mientras que los sectores más acomodados se apresuraban a darle una ubicación jerarquizada al moderno «cuarto de baño» dentro del hogar (Collado *et al.*, 2019).

Como parte de estas tareas, también se proyectó el puente Colgante, para traer agua desde el río Colastiné, uno de los afluentes más caudalosos del Paraná. Diseñado, revisado y construido durante casi dos décadas, debió atravesar una creciente que lo derribó, hasta ser habilitado al tránsito en 1928, si

bien desde antes ya funcionaba como acueducto. Para salvar las dificultades que había probado el curso de agua, se optó por una estructura de hierro —que fue traída desde Francia— «suspendida» con cables de acero, sobre pilotes de hormigón. Aunque no estuviera entre los propósitos iniciales, su ubicación y esbelta figura lo convertirán en el «emblema ciudadano» de Santa Fe (Collado y Müller, 2002).

En tanto, la electrificación masiva resultó fundamental en la extensión urbana, al favorecer la creación de nuevos barrios apartados del centro, en antiguas zonas de quintas y chacras que iban loteándose gradualmente, subdivididas en manzanas. El mejor ejemplo fue el barrio Candiotti, nombrado así en honor de su mayor propietario, oriundo de la *ciudad vieja*. Esta habría sido la «primera gran operación de expansión de la planta de la ciudad bajo premisas y condiciones distintas de las coloniales» (Fedele, 2009:162). Concebido como futura urbanización desde antes que existiera el boulevard, sostendrá una ocupación regular muy vinculada al puerto y el ferrocarril, y llegará a ser el principal asiento de sus trabajadores y autoridades.

En efecto, este proceso benefició especialmente a los dueños del suelo, quienes habían adquirido vastas tierras suburbanas a muy bajo costo durante el siglo XIX. En la nueva coyuntura de acelerado crecimiento poblacional y necesidad habitacional, su valor se incrementó significativamente (Fernández, 2006). De esta forma, se completará el cambio en el patrón catastral, con parcelas estrechas y largas, a diferencia de las generosas dimensiones hispánicas. Al mismo tiempo, se hacía necesario aprobar los nuevos límites del municipio. En resumen, todo parecía indicar que, más que proyectar la expansión de la ciudad existente, se estaba pensando en la creación de una nueva.

Paralelamente, esta transformación fue posible porque el tranvía —que también pasó a ser eléctrico y, por ende, más eficiente— ofrecía el acceso y la conexión directa con el centro, una vez ampliado y diversificado su recorrido. Entre los fundamentos del Concejo Municipal para autorizar su funcionamiento en 1910, se lee haber evaluado «el consecuente alejamiento de la población de los centros comerciales, industriales y sociales», así como «el encarecimiento de la vida y de la vivienda». Con ese diagnóstico, se impuso «la necesidad de un medio de transporte rápido y barato que facilitara la circulación y abaratara los costos de la propiedad» (Valdés, 2004). Lo mismo podría decirse de los ómnibus, introducidos en el decenio siguiente para cubrir más zonas.

En simultáneo, la instalación de este adelanto tecnológico trajo cambios para el sistema de alumbrado, tanto público como privado. Esto debido a que se concedió la posibilidad de fundar y explotar una nueva usina a la compañía

que prestaba el servicio. De este modo se había previsto atraer inversiones, a la vez que suplir las limitaciones del establecimiento comunal existente y difundir el servicio hacia el norte, de ocupación reciente. Empero, durante mucho tiempo, coexistirán antiguos sistemas de iluminación, como las velas y faroles a gas de querosene, con la luz eléctrica. Todavía en 1925, esta última no llegaba al total habitado de la ciudad (Collado *et al.*, 2019).

Por último, los nuevos tranvías habilitaron la renovación de las fachadas particulares, en respuesta a una ordenanza que prohibía la existencia de «casas pajizas» donde circulara el transporte público. Además, se fueron *aggiornando* las calzadas de la ciudad: las de tierra, que solían convertirse en lodazales durante la temporada de lluvias, y las de arena, que ardían bajo el sol del litoral. Así, a medida que se introducían las vías, las calles se adoquinaban, se incorporaban las veredas y los desagües pluviales. De tal manera, se mejoró el tránsito, la higiene, la edificación y hasta la estética de la capital, aunque solo alcanzara al casco central. En estos años, Santa Fe pasó a ser uno de los grandes centros urbanos del país e inició el proceso de segregación urbana (Gioria, 2009).

La otra innovación clave del final de este período fue el ingreso del automóvil a la ciudad: debió ajustarse el ancho y alinear las calles a sus especificaciones. Asimismo, supuso la aparición de servicios adyacentes (estaciones de servicio, talleres, agencias de venta, estacionamientos), que alteraron el paisaje urbano y la disposición de las viviendas. Por su parte, éstas eran cuidadosamente diseñadas sobre las vías principales, como el boulevard, siguiendo los patrones del estilo europeo. En el interior, numerosos cuartos con funciones bien diferenciadas, atiborrados de muebles y objetos elegantes, expresaban la distinción de sus poseedores; como última tecnología, incluían el teléfono. De esta forma, la burguesía también se ocupaba de la imagen de la ciudad.

Por otra parte, los sectores medios, un nuevo grupo social, desplegarán su horizonte de movilidad social ascendente. Esto gracias al furor agropecuario y su necesidad de insumos y servicios, que abrieron una diversidad de establecimientos productivos y comerciales: pequeñas fábricas y talleres, molinos, destilerías, frigoríficos y mataderos, mercados, almacenes de ramos generales y comercios varios. Así, pequeños y medianos comerciantes, profesionales que no pertenecían a la élite y empleados especializados, pudieron mejorar su situación y alcanzar una relativa fortuna (Fernández, 2006). Inclusive, adquirieron la vivienda propia, con lo que generaron una tipología que se difundiría masivamente hasta modificar la fisonomía de la ciudad.

Se trataba de la *casa chorizo*, caracterizada por su retiro del frente, amplias habitaciones recostadas sobre una medianera y abiertas a un patio lateral de galerías, con cocina, letrina y quinta en el fondo. Al estar comunicadas por

dentro y por fuera, la intimidad y privacidad estaba prácticamente anulada. Por lo demás, la «casa del gringo» era apta para los lotes largos y angostos disponibles en las nuevas urbanizaciones. También permitía infinitas adaptaciones funcionales, como la subdivisión y alquiler de las piezas, el ingreso y estacionamiento de todo tipo de vehículos, el cultivo de una huerta y criadero de pequeños animales. Finalmente, se adecuará a las posibilidades de estos sectores en ascenso, al admitir todas las innovaciones propiamente modernas (Reinante, 1993).

En cambio, el hábitat popular por excelencia era el conventillo, aunque no fue el único. Allí, una línea de habitaciones corridas sobre el pasillo o galería abierta al patio, se alquilaban individualmente a una familia o a un grupo de varones solteros. Al fondo se ubicaban las letrinas comunes, lo que daba como resultado insuficiente calidad y salubridad. En 1925, en respuesta a los altos alquileres y al incremento de conventillos y ranchos, una ordenanza habilitó la construcción de «casas económicas» para trabajadores y empleados (Reinante, 1993); parece haber tenido una única aplicación en torno a la Estación Mitre. Dos años después, un emprendedor local de apellido Mayoraz, mandó a proyectar un «barrio-jardín» de viviendas obreras en el norte de la ciudad (Collado y Müller, 2002).

Muchos de estos procesos se revelan en los vientos de cambio que soplaban en la Argentina del Centenario. Celebrado en una atmósfera de prosperidad, muy pronto se verían los límites del progreso, con el fin del crecimiento expansivo facilitado por la demanda internacional y las bondades de la frontera agrícola santafesina. Pero también, ante el avance de los sectores populares devenidos en masas, la otrora bienvenida inmigración europea. En este momento, se consolidarán como nuevos protagonistas en la construcción del país, con cada vez mayor espacio para hacer oír sus demandas, hasta alcanzar a las políticas urbanas (Roldán, 2006).

Al repasar esta etapa de la historia de Santa Fe se puede concluir que, si bien la dirigencia generó algunas propuestas de renovación urbana, las más relevantes provinieron de la iniciativa, el impulso y la especulación privada. En todo caso, los «agentes sociales productores del espacio urbano» exigieron al poder público la ejecución de las infraestructuras para la circulación y el transporte (Gioria, 2009:70). Dada su naturaleza, fueron acompañadas más firmemente por los gobiernos provincial y nacional que municipal, aunque fue en este último, como espacio político, donde se dieron los debates previos. En este sentido, habría que matizar la idea de que el Estado desempeñó el rol central en la consolidación de la ciudad, que será materia del próximo apartado.

ARQUITECTURA Y MODERNIZACIÓN

El año 1930 y la crisis de la economía mundial fueron un parteaguas que, inevitablemente, afectó a la Argentina. A partir de ese momento, quedó dañado de modo irreparable el sistema económico basado en la producción agropecuaria exportable. En su lugar, y también siguiendo pautas internacionales, se asumió un perfil asociado a la producción industrial sustitutiva, que a la vez produjo un cambio en el modelo de acumulación (Roldán, 2006). Esto suponía que, para garantizar el funcionamiento del nuevo esquema, se requería de la intervención creciente y decisiva del Estado, de la misma manera que de la técnica y su supuesta neutralidad. Sobre este trasfondo, un conjunto de importantes transformaciones alcanzaría a la provincia de Santa Fe y a su capital.

En lo inmediato, uno de los impactos más severos del comercio exterior fue el enorme y continuado aumento de la desocupación. Esto trajo aparejado una intensificación de las migraciones internas del sector rural hacia el urbano, en busca de oportunidades. Para la ciudad, implicó la urbanización acelerada y desordenada de zonas que no necesariamente eran aptas para la ocupación humana, ya sea por la carencia de infraestructura como por las deficientes condiciones del suelo. A cambio, prometían bajos costos para sus habitantes y garantizaban la cercanía a las fuentes de trabajo más requeridas, generalmente, dentro del casco céntrico dada su amplia y compleja oferta de servicios. En concreto, eran las tierras fiscales disponibles sobre el río Salado.

Ante esto, una ordenanza de 1939 impuso una serie de requerimientos para el loteo, urbanización y edificación dentro del tejido urbano. Poco antes, se había proyectado rellenar los antiguos bañados municipales del oeste para propiciar su uso, pero se suspendió por falta de fondos, en lo que parece haber sido muestra de una ausencia de planificación y ordenamiento territorial, así como de restricciones o control municipal. Como consecuencia, se intensificaría el interés especulativo sobre la tierra, multiplicándose los asentamientos precarios. A la vez, esto parece haber sido «alentado» indirectamente por la consiguiente ejecución del terraplén Irigoyen, con el fin de encauzar el curso fluvial y proteger a la ciudad de sus frecuentes desbordes (Gioria, 2009).

En cuanto al puerto local, a una década de enorme expansión del volumen de intercambios internacionales le seguiría una de oscilaciones. Por otro lado, una vez cumplidos los 40 años de concesión para su construcción y explotación, retornó a la jurisdicción nacional. De allí, y como parte de un plan de obras que incluía a otros puertos, se proyectó el elevador terminal para el depósito, manipulación y embarque centralizado del cereal. Aparte de que el santafesino fue de los últimos en iniciarse, se vio retrasado por el contexto de

guerra mundial, que dificultó el ingreso de los insumos. Desde su apertura, en 1952, cambiará la fisonomía de esa parte de la ciudad y se convertirá en el «símbolo» del puerto (Fedele, 2009); paradójicamente, así también iniciará su decadencia.

Otros de los afectados por la crisis —aunque acarreado los efectos de la guerra de 1914— fueron las empresas ferrocarrileras, lo que redundaría en la reducción de su funcionalidad para el traslado de mercancías. Esto coincidió con la promoción que el Estado estaba dando al transporte automotor, al invertir en obra pública para paliar la situación. Con esta «política de desarrollo vial» se esperaba vincular las zonas de producción y los centros de distribución y consumo en clave de integración nacional, algo que no había logrado el sistema ferroviario. No obstante, la red de caminos terminará superponiendo ambas trazas y estimulando su competencia, lo que resultará en la decisiva preeminencia del pavimento sobre el riel (Szupiany, 2019).

En este marco se inscribe la construcción del puente Carretero sobre el Salado, que permitirá desde 1939 la vinculación definitiva con el sur provincial a través del Paso de Santo Tomé. Justamente, desde esta comuna se había designado una comisión que analizó las diferentes alternativas de implantación, luego de que todos los enlaces anteriores (viales y ferroviarios) hubieran sucumbido a las inundaciones. Realizado íntegramente en hormigón armado, promete haber sido una «hazaña» para la época (Bertuzzi, 2005) y contribuye a forjar una «imagen emblemática» de la vecina ciudad (Reinante, 1993). Más importante aún es que esta obra tendrá gran impacto a futuro al optimizar las relaciones de la capital con su territorio circundante.

Todos estos procesos se cuentan en el origen del gigantesco incremento de la producción nacional de cemento, el afianzamiento del petróleo como fuente de energía y la concentración del capital en la industria de la construcción, que favorecieron la expansión de las empresas más grandes. Además, tendieron a consolidar la estructura de la ciudad existente, acrecentando especialmente el valor de la tierra en las áreas centrales (Liernur, 2001). En Santa Fe, esto se verifica en la notable extensión hacia el norte que tuvo lugar durante este período, sumada a la pavimentación de las avenidas de penetración en el territorio, que eran los antiguos caminos rurales, algunos del tiempo de la colonia.⁴

4. Según el momento en que fueron abiertos, estos son: camino de Ascochingas, de Aguirre o al Matadero, de Noguera, Público o del Medio y a Guadalupe. Respectivamente, corresponden a las actuales avenidas Aristóbulo del Valle, Blas Parera, López y Planes, Facundo Zuviría y General Paz (Szupiany, 2019).

En este contexto, se desplegó la *arquitectura moderna*, un «episodio original» (Müller, 2011). Se inició en el quiebre en la estabilidad institucional y política que tuvo lugar luego del golpe de Estado de 1930, y mostró las fragilidades de un sistema democrático que se creía en consolidación, asociado al radicalismo y a sus prácticas. Entonces, volvieron al poder los sectores que, aunque representando a distintos partidos, encarnaban al conservadurismo. Desde ese lugar, pretendieron modernizar la capital provincial y, en última instancia, legitimar las posiciones alcanzadas por el fraude electoral, con un vasto programa de obras en el que sobresalen las escolares y para la salud.⁵

Para este desarrollo, fue fundamental la conformación de oficinas técnicas especializadas, que dieran eficiencia y racionalidad en la gestión y en la producción de infraestructuras. En conclusión, en aquel momento existió una «vinculación de contingencia», en la que la arquitectura servía para comunicar las difusas aspiraciones modernas del poder y ofrecer una imagen progresista de la ciudad futura. Igualmente, los profesionales al servicio del Estado vieron la oportunidad de poner en práctica sus saberes y experimentar con las últimas tendencias. De allí que este imaginario no implicara transformaciones estructurales de fondo (sociales, productivas, económicas, políticas o culturales), sino que se trató de una modernización episódica e incompleta (Müller, 2011).

Finalmente, fue innegable el apoyo de la nueva burguesía de profesionales, comerciantes e inversionistas, que se presentaba como el sector dinámico de la sociedad. Al adoptar las formas asociadas a una arquitectura internacional — que supone la eliminación de las referencias de origen —, podía diferenciarse de las todavía dominantes familias patricias, así como del pasado reciente simbolizado por la generación inmigrante. Por esto «se apropió» de los modernos modos de habitar compactos y funcionales, de volúmenes blancos, simples y geométricos, dotados de los adelantos tecnológicos que maximizaban el confort, sin descuidar los parámetros higiénicos de ventilación y asoleamiento, y descartando toda ornamentación por considerarla superflua.

«La Arquitectura Moderna fue consecuencia del proceso de creación de un fenómeno inédito como era la fabricación de vivienda como mercancía» (Liernur, 2001:167). Esto explica la enorme construcción de edificios en altura, que profundizaron el lucrativo negocio de los «de renta» que habían surgido en los años 20. A raíz de la especulación inmobiliaria y de la adopción del

5. Entre las últimas se cuentan el Hospital Psiquiátrico y la Maternidad del Hospital Iturraspe, mientras que las escuelas construidas fueron (en orden alfabético): Arzeno, Avellaneda, Beleno, Colón, Constituyentes, Drago, Escalante, Estanislao López, López y Planes, Pizarro. Como se observa, no se limitaron solo al centro, sino que alcanzaron a los barrios.

régimen de propiedad horizontal en 1948, los lotes céntricos se fraccionaron aún más, alterando el perfil de la zona. En conclusión, esta producción de calidad, que todavía es reconocible, logró cambiar radicalmente el paisaje de la Santa Fe «pueblerina» a una de «ritmo populoso» (Bertuzzi y Müller, 2004).

En contrapartida, los sectores de mayores recursos mandaban a levantar espléndidas viviendas de «segunda residencia» en la Costanera, sirviéndose de los grandes solares y de las vistas a la laguna que ofrecía el barrio-jardín. Este paseo ribereño fue trazándose lentamente, desde los inicios del siglo, hasta adquirir su carácter jerarquizado en los 30. Esto implicó el tendido eléctrico y de aguas corrientes, la apertura de calles, el adoquinado y embellecimiento de la calzada, una vez asegurado el borde fluvial. En la década siguiente se prolongó la avenida, desde el primitivo núcleo en el sector de los Siete Jefes, hacia la villa de Guadalupe. Así se irá estimulando la apropiación recreativa de su entorno (Fedele, 2009).

A la vez, estas transformaciones se revelan a la luz de las tendencias dominantes en el urbanismo moderno, que se plasmaron en los primeros planes urbanos, fechados en 1927 y 1944. Si bien contienen diferencias sustanciales, ambos coincidían en que la «cintura de los ferrocarriles» condicionaba el desarrollo de la ciudad y exigían la reducción del impacto y su optimización. De este modo, una vez asignados los usos y funciones según los fundamentos del *zoning* —en busca de racionalidad, fluidez y eficiencia—, la ciudad podría desplegar todo su potencial. Asimismo, el ansiado progreso se enlazaba con el reiterado higienismo, que veía en los espacios verdes «el gran remedio para todas las patologías urbanas» y reclamaba su distribución homogénea (Collado *et al.*, 2019:431).

Tiempo atrás, en las élites y en la intelectualidad ya circulaban preven- ciones y preocupaciones acerca de los «usos indebidos» del tiempo libre por parte de los sectores populares, asociados al alcoholismo, la prostitución y una cultura política crítica respecto del orden social (Roldán, 2006). Para ellos se diseñó, en el marco de los 350 años de la fundación de la ciudad, un gran parque urbano bautizado en honor de Juan de Garay. Se lo ubicó en el borde oeste, en lo que había sido el primer cementerio católico, luego vivero municipal, recuperando un antiguo proyecto de 1916, que lo había pensado en oposición al exclusivo margen este. De todos modos, recién será abierto a fines de 1939, dentro del sistema de espacios públicos gestionado por la gobernación.⁶

6. En el mismo se incluyó el Parque del Sur, como parte de un conjunto cívico que renovarí- a completamente el sector más tradicional de la ciudad, integrando los edificios históricos y el

Desde entonces, el Parque Garay se distinguió por una masiva concurrencia, que gustaba del microclima natural allí generado. Además, cumpliendo con el objetivo de su integración a la trama urbana, se acercaron los servicios públicos y comenzó a desarrollarse un perfil residencial moderno. En este sentido, se lo puede considerar un «instrumento civilizador» de ese sector de la ciudad (Acosta, 2009). Pero también habilita a recuperar la idea de que la capital siempre se caracterizó por la carencia de recursos potentes, lo que supuso que todos los proyectos fueran «a destiempo» respecto de otras localidades (Fedele, 2009). Como lo evidencia esta etapa de su historia, el apoyo de otras esferas del Estado fue esencial para revertir esta tendencia, al menos durante algunos años.

Sin embargo, no todo lo construido en este período respondía a la abstracción moderna, ya que los pintorescos *chalets* estilo «californiano» fueron la forma más habitual durante el peronismo. Se plasmó en escuelas, hogares y barrios de viviendas para trabajadores y gremios, que aportaron «rusticidad» al paisaje con sus tejas coloniales y ladrillos vistos. Estos equipamientos «de interés social» eran esenciales para el proyecto de integración social y modernización urbana que se había propuesto el Estado nacional, a la vez que «elocuentes manifestaciones del poder» (Espinoza, 2011). Finalmente, colaboraban en la consolidación del tejido de la ciudad, al completar los vacíos que habían ido quedando.

EL MOMENTO DE AUGE DEL ESTADO

A grandes rasgos, el período que se inició en 1955 está marcado por el *desarrollismo*, como modelo que pretendía estimular el crecimiento económico sobre la base de la industrialización pesada, a partir de inversiones extranjeras, pero con la necesaria orientación del Estado. En este sentido, podría considerarse una «apuesta superadora» o dinamizadora respecto de la anterior producción liviana, dirigida al mercado interno y sostenida solo con capitales nacionales. El objetivo era «impulsar un país industrializado, energéticamente autosuficiente y con un territorio físicamente conectado que permitiera el

entorno natural. Pero lo ambicioso del plan solo permitió concretar una parte, ya que las expropiaciones previstas para erigir las nuevas edificaciones, insumieron la mayor parte del presupuesto y el tiempo disponibles.

fácil traslado de bienes y personas» (Parera y Costa, 2020:3). Como corolario, se corregirían los desequilibrios sociales.

En el esquema ideado, los distintos niveles industriales debían integrarse en un sentido horizontal y de equilibrio regional, por medio de núcleos productivos vinculados a través de las obras de infraestructura que encaraba el Estado. Entre otras medidas, en 1968, el gobierno provincial aprobó el régimen de promoción industrial, con amplios incentivos para favorecer la inversión. El efecto sería el contrario al supuesto, ya que las fábricas se concentrarían por ramas de actividad y las diferencias territoriales se acentuarían. Igualmente, en 1971 se dispuso la creación de parques industriales para facilitar la instalación de pequeñas y medianas empresas de capital nacional.

En tanto Santa Fe no ofrecía la disponibilidad de tierras adecuadas para el establecimiento de un complejo de esas características; la iniciativa se trasladó a la vecina comuna de Sauce Viejo. Si bien el ritmo de las radicaciones y la suma de las industrias tampoco cumplieron las previsiones, el proceso tuvo gran impacto en el territorio. Por un lado, en la ciudad se generó una infinidad de pequeños talleres que abastecían de las manufacturas necesarias. Simultáneamente, el sector público proveía la red de servicios, entre los cuales se destaca la inauguración de un novedoso aeródromo en 1973. Por fin, se fue conformando un *aglomerado urbano* integrado por varias circunscripciones, en torno al centro administrativo capitalino (Gioria, 2009).

En este énfasis en el perfil productivo de la Argentina se articula el Túnel Subfluvial, proeza de la ingeniería y fruto de un acuerdo interprovincial, que logró hacer realidad una idea largamente anhelada. En cuanto estuvo habilitado, a finales de 1969, la mesopotamia quedará definitivamente unida al resto del país y con los Estados limítrofes. Las mismas motivaciones explican la construcción del viaducto Oroño, una avenida elevada pensada para absorber el tránsito que ya superaba al histórico Colgante. A la vez, apelando a los valores de rapidez, eficiencia, progreso, técnica y modernidad, debía «colocar a la ciudad a la cabeza de las capitales del interior del país» (Fedele, 2009:177).⁷ Desde entonces, se transformó en su «puerta de entrada» (Parera y Costa, 2020).

7. Sus orígenes se remontan al Parque Oroño, el primero que tuvo la ciudad. Había sido creado en los albores del siglo XX, en el punto de encuentro del Boulevard y la Costanera, donde se implantaría el puente Colgante. Sin embargo, con el paso del tiempo, el interés en mantener el paseo fue disminuyendo y, en el marco de la inundación de 1966, buena parte de la balastrada se desmoronó. En cuanto el agua escurrió, se removió todo lo que quedaba en pie, para dar inicio a las tareas del nuevo corredor vial (Fedele, 2009).

Asimismo, este proyecto se complementaba con otros dos que estaban en marcha: la circunvalación de la ciudad —de la cual solo se completará el sector sureste— y la autopista a Rosario. Al respecto, la prensa reunía las críticas esgrimidas ante el «desfasaje temporal» que presentaban los tramos que le correspondían a cada repartición (nacional, provincial y municipal), siendo que conformaban el mismo sistema (Szupiany, 2019). En efecto, esta será una característica de toda la obra pública en Santa Fe. De cualquier modo, aquella «eclosión de la vialidad argentina» dio como resultado una significativa mejora en la conectividad de la capital, que se encontraba retrasada (Parera y Costa, 2020:5). Más aún, volvió a posicionarla como nudo de comunicaciones.

En tanto, al interior de la trama urbana, la automovilidad y su flexibilidad continuaban imponiéndose; en el caso del transporte público de pasajeros, por sobre los tranvías, que fueron finalmente desplazados por los colectivos. Lo mismo respecto del equipamiento ferroviario, que aparecía como un conjunto de instalaciones superfluas y despojadas de inversiones. Así, la derruida «estación francesa» del ferrocarril será derribada en 1962 para levantar la moderna terminal de ómnibus. Una vez más, la opinión pública había avalado este «hecho simbólico de sustitución de paradigmas en los sistemas de transporte» (Saus, 2014:336). Mientras tanto, en el país se estaba construyendo una veintena de terminales (Müller y Shmidt, 2020).

Por otra parte, apelando a «razones técnicas», en febrero de 1961 se mandó a podar la añosa arboleda de la avenida Freyre, que quedó «arrasada». En cambio, durante el decenio siguiente, al encarar la ejecución de la cloaca máxima —otra obra esperada y necesaria—, se optó por la solución más costosa para preservar la centenaria vegetación del boulevard (*El Litoral*, 1999). Finalmente, entre 1961 y 1981 se cerraron y demolieron casi todos los mercados de la ciudad, aun en actividad. Según los principios del *zoning*, debían reinstalarse en un área delimitada y apartada; la escogida estaba en el límite municipal norte, pero solo uno se concretó (Citroni, 2013). Aquí se hace evidente que, con independencia de turno, la premisa del desarrollo sería la continuidad.

Durante la «larga década del sesenta», el Estado actuó como el promotor de grandes obras y planes, quizá por última vez en su historia (Liernur, 2001). En este marco, en 1967, el municipio santafesino convocó a un concurso público para integrar la Dirección de Planeamiento Urbano. Luego, contrató en forma temporaria a especialistas de distintas disciplinas y a asesores consultivos sobre problemas puntuales. Esto debido a que, a diferencia de la etapa anterior, ya no existían los equipos técnicos dependientes del Estado, sino que los arquitectos se vinculaban desde el ejercicio independiente de su profesión (Müller y Shmidt, 2020).

Aquella oficina diseñó el *Plan Director de Santa Fe* que, por distintos avatares, recién será aprobado y publicado en 1980. La idea más importante y duradera que propuso fue la de una urbanización extendida hacia el este, sobre el valle de inundación del río; así se aspiraba a desconcentrar el centro, «corazón de la ciudad». En parte, se justificaba por el aumento y la fluidez en la movilidad que facilitaban las vías de conexión mencionadas, pero también descansaba en el proyecto hidroeléctrico Paraná Medio, que aseguraba proteger y recuperar tierras, condición indispensable para esa ocupación. Esto al margen de las promesas de insertar a la economía local en la escala regional (Rausch, 2012).

Como estaba contemplado en el plan, gradualmente se fue relleno una extensa superficie de propiedad fiscal, el paraje El Pozo, donde se comenzó a edificar la Ciudad Universitaria y uno de los grandes conjuntos de vivienda social financiados por el Estado, que conforman una imagen típica del período. Si bien inicialmente estaban destinados a los sectores de ingresos medios y podían ser erigidos junto a sindicatos o por los entes provinciales, desde 1977, el Fondo Nacional de la Vivienda centralizó toda la provisión habitacional y la redirigió a quienes acreditaban «recursos insuficientes». En consecuencia, surgieron «nuevas urbanidades» de alta densidad, ubicadas en áreas periféricas, en donde aún quedaban amplios terrenos utilizables (Parera y Costa, 2020).

En simultáneo, y a diferencia del ritmo anterior, la obra pública empezó a desacelerarse hasta llegar a una importante retracción, originada en un presupuesto acotado, que se escurría en los gastos corrientes e impedía nuevas inversiones. Se hizo visible, por ejemplo, en la lentitud con que se sumaban calles pavimentadas o en la falta de reparación de las rutas deterioradas, así como en la reducción —en lugar de su ampliación, conforme al crecimiento poblacional— en el acceso a las redes de agua potable y desagües cloacales (*El Litoral*, 1999). Luego de una fase de auge económico, se advertían signos de agotamiento: las recetas desarrollistas no habían dado los resultados previstos (Liernur, 2001).

LOS TIEMPOS RECIENTES, LA CIUDAD FRAGMENTADA

En este contexto, se implantó el modelo neoliberal, dispuesto a reconfigurar el rol del Estado y a reestructurar el perfil productivo —en el que ciertas ramas de la industria eran las favoritas— para abrir a economía y los mercados, y expandir la injerencia del sector privado. En especial, privilegió al sistema financiero y a los grupos de capital más concentrado, tanto nacional como

internacional, y facilitó la creciente concentración de la riqueza. Se auguraba un prolongado proceso de crisis y recesión abierto en 1973, con otra crisis internacional que volvió a poner al descubierto las debilidades estructurales de la economía argentina y abrió un ciclo de profundización de la deuda externa latinoamericana. En nuestro medio, se hizo evidente en 1982.

En tanto, a fines del mismo año, se inició otra crecida extraordinaria del Paraná que se extendió durante buena parte del siguiente. En esa oportunidad, las consecuencias fueron incontables: cedió el terraplén del puente sobre el río Colastiné que cortó la ruta y aisló la región, el predio universitario quedó anegado, la edificación del complejo habitacional estuvo detenida por meses y parte de la costanera se derrumbó. Además, se debió evacuar a miles de personas. Para la capital, lo más impactante fue el derrumbe de uno de los pilares del puente Colgante, por la erosión del lecho fluvial y la falta de mantenimiento, largamente advertidas. Aun así, sobrevino «el estrepitoso colapso que derivó en la triste y silenciosa imagen del coloso destruido» (Collado y Müller, 2002:63).

Tan solo unas horas después, aquel 28 de septiembre de 1983, espontáneamente se constituía una «comisión de rescate» interdisciplinaria, que elevó sus opiniones a las autoridades y sugirió la reconstrucción.⁸ A pesar de ello, al recuperar las estructuras sumergidas, no fueron conservadas, sino desgazadas y vendidas como chatarra. Por el intenso seguimiento de la prensa, sus denuncias y la participación ciudadana, los autores apuntan una «gradual concientización acerca de la necesidad de proteger los valores patrimoniales» en el despertar democrático (Bertuzzi, 2005:59). Lo mismo ocurrirá ante el intento de traslado de la estatua ecuestre del Brigadier López a la Plaza de Mayo, en 1987; la resistencia vecinal logró detener la arbitraria decisión.

De todos modos, una vez superada la coyuntura, la extensión de la ciudad siguió los lineamientos del Plan Director, ocupando la «periferia inmediata». Si bien ambos espacios ya tenían un siglo de relaciones, desde el apogeo ferroportuario, con su declive, se resignificaron. Así, desde los años 30, se destacaron las virtudes recreativas y paisajísticas de *la costa*, asociadas al descanso, el ocio y el confort. En este marco, los movimientos del mercado inmobiliario —aprovechando a lotear lo que eran tierras rurales— dieron

8. Finalmente, se haría en el inicio del nuevo siglo, con auxilio del Banco Mundial, incorporando nuevas soluciones tecnológicas, rescatando piezas originales y reproduciendo otras. Una de las intervenciones que se cuestionó fue el cambio en el color de la pintura, que pasó del gris metalizado al rojizo que tiene hoy.

lugar a las casas de fin de semana (Rausch, 2012). Con el tiempo, se harán permanentes como parte de una «urbanización exponencial» que llega hasta el siglo XXI y se justifica por los costos del suelo urbano.

El énfasis en la idea de «paisaje natural» de esa zona se puede asimilar al que motivó los primeros *country clubs*, en 1975. Se instalaron en terrenos suburbanos de Santo Tomé, beneficiados por las obras de la autopista. La década de 1990 y las sucesivas los verán afianzarse apelando a la imagen de seguridad y «homogeneidad social» que ofrecen (Rausch *et al.*, 2019). En definitiva, se trata de «un nuevo modelo territorial» que se sustenta «en la primacía de la acción privada en el ejercicio de la autoridad sobre el territorio» (Rausch, 2012:120). En esta clave también se podrían leer los proyectos de «reconversión urbana» de los espacios portuario y ferroviario en desuso, bien ubicados pero degradados; en casi todos prevaleció el dominio privado por sobre el público.⁹

En resumen, esta es la especificidad que asumen los «procesos de neoliberalización espacial» globales y abstractos, en la historia y la estructura de Santa Fe (Rausch *et al.*, 2019). Se advierte un patrón espacial complejo en el que conviven, en interdependencia, un área central compacta, de ocupación intensiva y alta concentración infraestructural y de personas, «bordeada» por sectores dispersos, de baja densidad, uso extensivo y residencial. En la primera, se agudizó «la fiebre de construir en altura» iniciada tímidamente en los '60, con profundos cambios en el paisaje. Al mismo tiempo, se avivaron los debates sobre la necesidad de regular las prácticas y preservar lo existente.

Por su parte, entre los «territorios de borde», se observa mayor diversidad. Aparte de los aludidos, que se podrían agrupar en torno a una «radicación por elección» (de los sectores de ingresos altos y medio-altos), existen otros que se generaron ante la «necesidad». En tanto, ambos fueron estimulados —pues su origen era previo— por la «sensación de seguridad» que daban las reclamadas obras de defensa hidráulica concretadas a mediados de 1990, con financiamiento externo. Por fin, comparten las condiciones de precariedad urbana: a la insuficiencia de servicios básicos y la vulnerabilidad hídrica, en los segundos, se añade la vulnerabilidad socioeconómica (Rausch *et al.*, 2019). Esta es la realidad del noroeste de la ciudad que continúa ocupándose y volviéndose más denso.

9. Tal vez el más paradigmático sea el *shopping center* erigido en 1993, en predios nacionales desafectados veinte años antes (Saus, 2014). Como un guiño al pasado, el edificio pretendía evocar la arquitectura ferroviaria, aunque adaptada a la oferta de consumo y entretenimiento propia de esa nueva modalidad.

En este sector, se cristalizan las formas territoriales de la exclusión, se hace visible la fragmentación urbana y se profundizan los procesos de segregación social. Es «un paisaje urbano que muestra rotundamente la diferenciación y desigualdad dentro de la ciudad» (Gioria, 2009:151). Al margen de lo que trae consigo el modelo neoliberal, también es consecuencia de la crisis y la desinversión en la producción de vivienda colectiva estatal. Ante esta situación, las organizaciones de la sociedad civil fueron asumiendo un rol cada vez mayor en la búsqueda de soluciones, implicando a sus residentes en la construcción de módulos habitacionales. Mientras tanto, el Estado se limita a aportar el suelo que tiene a disponibilidad; no casualmente, coincide con las zonas menos seguras.

Con este trasfondo, el 29 de abril de 2003 se produjo otra catástrofe hídrica que cubrió un tercio de la planta urbana y tuvo un impacto muy fuerte ya que, a diferencia de las que circulaban en las memorias sociales dominantes, esta creciente no provenía del Paraná sino del Salado. Pero también, al haber involucrado a toda la ciudad, no solo a las áreas (sociales y urbanas) siempre afectadas (Bravi, 2022). En definitiva, si bien cuestionó varios aspectos de la vida de Santa Fe, este acontecimiento vuelve a resaltar con el medio natural, que atraviesa y configura toda su historia. De hecho, a lo largo de los 150 años de organización, expansión, consolidación, modernización y fragmentación urbana recorridos en estas páginas, la «condición litoral» demuestra haber sido la constante.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- **AA. VV. (2003).** *Santa Fe. Primera ciudad-puerto de la Argentina.* Bolsa de Comercio de Santa Fe.
- **Acosta, María Martina (Coord.) (2009).** *Santa Fe. Guía de arquitectura.* Gobierno de la Ciudad de Santa Fe-FADU, UNL.
- **Álvarez Mora, Alfonso (1996).** La necesaria componente espacial en la Historia Urbana. *Ayer*, (23), 29-59.
- **Bertuzzi, María Laura (Comp.) (2005).** *Ciudad y urbanización. Problemas y potencialidades.* Ediciones UNL.
- **Bertuzzi, María Laura y Müller, Luis (2004).** Urbanización y arquitectura (segunda parte). En *Los que hicieron Santa Fe. El Litoral-Gobierno de Santa Fe.*
- **Bravi, Carolina (2022).** *Representaciones sociales / visuales. Las imágenes de la inundación en Santa Fe.* Ediciones UNL.
- **Citroni, Julieta (2013).** Modos de control del espacio urbano en un contexto de poder autoritario. Santa Fe, 1976-1981 (tesina de licenciatura). Universidad Nacional del Litoral, <https://bit.ly/33qXnhB>
- **Collado, Adriana (1994).** *Santa Fe. Proyectos urbanísticos para la ciudad 1887-1927.* Documento de Trabajo N° 2. UNL.
- **Collado, Adriana, Bertuzzi, María Laura y Barco, María Elena del (2019).** *Atlas histórico de la ciudad de Santa Fe (1887-1945).* Ediciones UNL.

- **Collado, Adriana y Müller, Luis (2002).** *El Puente Colgante de Santa Fe. Historia, materia y símbolo.* Aguas Provinciales de Santa Fe.
- **El Litoral de Santa Fe (1999).** 20. *Nuestro siglo.* El Litoral–Banco Suquía.
- **Espinoza, Lucía (2011, junio).** Escuelas del cincuenta. Reflexiones sobre la relación Arquitectura y Estado en la Argentina peronista. Artículo presentado en 9° *Seminario Docomomo Brasil*, Brasilia.
- **Fedele, Javier (2009).** Ciudad y río: la construcción histórica de un paisaje (Santa Fe 1886–1952) (tesis de doctorado). Universitat Politècnica de Catalunya.
- **Fernández, Sandra (2006).** *Identidad y vida cotidiana (1860–1930)*, tomo VIII de *Nueva Historia de Santa Fe*. Prohistoria–La Capital.
- **Gioria, Blanca (2009).** *La construcción del espacio geográfico de la ciudad de Santa Fe, 1573–2007.* Ministerio de Innovación y Cultura, Gobierno de Santa Fe.
- **Liernur, Jorge Francisco (2001).** *Arquitectura en la Argentina del siglo XX. La construcción de la modernidad.* Fondo Nacional de las Artes.
- **Müller, Luis (2011).** *Modernidades de Provincia. Estado y arquitectura en la ciudad de Santa Fe, 1935–1943.* Ediciones UNL.
- **Müller, Luis y Schmidt, Claudia (Comps.) (2020).** *Arquitecturas de Estado. Empresas, obras e infraestructuras (1955–1975): casos y debates en Sudamérica.* Ediciones UNL.
- **Parera, Cecilia y Costa, Camila (2020).** La gestión del territorio fluvial en el corredor Santa Fe–Paraná. Relación entre la ciudad y el agua en el marco de las políticas desarrollistas. *AREA*, 26(1), 1–13.
- **Rausch, Gisela (2012).** El abandono territorial y el vacío legal como estrategias para la urbanización. La expansión de la ciudad de Santa Fe (Argentina) en el siglo XX. *Arquisur Revista*, (2), 106–123.
- **Rausch, Gisela; Martínez, Irene; Nardelli, Mariana y Szupiany, Estefanía (2019).** Concentración / dispersión en Santa Fe, Argentina: problemáticas e interrogantes sobre los procesos urbanos contemporáneos en una ciudad media de América Latina. *Cuadernos de Geografía. Revista Colombiana de Geografía*, 28(1), 66–88.
- **Reinante, Carlos (Dir.) (1993).** *Inventario. 200 obras del patrimonio arquitectónico de Santa Fe.* Centro de Publicaciones UNL.
- **Roldán, Diego (2004).** La construcción de la urbe y de la ciudad en la historiografía argentina del último medio siglo. En Barriera, Darío y Roldán, Diego (Comps.). *Territorios, espacios y sociedades. Agenda de problemas y tendencias de análisis* (pp. 257–295). UNR editora.
- **Roldán, Diego (2006).** *La Sociedad en movimiento. Expresiones culturales, sociales y deportivas (Siglo XX)*, tomo X de *Nueva Historia de Santa Fe*. Prohistoria–La Capital.
- **Santos, Milton (2000).** *La naturaleza del espacio. Técnica y tiempo. Razón y emoción.* Ariel.
- **Saus, María Alejandra (2014).** *Ferrocarril y Ciudad. Configuración urbana, representaciones sociales y proyectos urbanísticos en torno a las estaciones y la infraestructura ferroviaria. Santa Fe (1885–1989).* UNR Editora.
- **Szupiany, Estefanía (2019).** *La traza y la mancha. Los corredores viales en los procesos de expansión y complejización de la estructura urbana de la ciudad de Santa Fe.* UNR Editora.
- **Valdés de Cristina, María Mercedes (2004).** Hitos de nuestra historia municipal. En *Los que hicieron Santa Fe. El Litoral–Gobierno de Santa Fe.*

2. **Una vieja ciudad en tránsito a la modernidad (1850–1890)**

José Miguel Larker

A inicios de la segunda mitad del siglo XIX, la ciudad de Santa Fe mostraba características que se asemejaban, al menos parcialmente, a las de los inicios de aquella centuria. La sociedad no había transitado por cambios significativos en su composición y en términos demográficos había sufrido una leve disminución. Continuaba dependiendo de la producción de ganado en las estancias y de la escasa actividad portuaria que ello generaba. Pero también era la capital de una provincia que participaba del nuevo orden que comenzaba a construirse a partir de la sanción de la Constitución de 1853.

Partiendo de la situación descripta, en este capítulo nos proponemos abordar algunos de los aspectos que formaron parte del proceso por el que atravesó la ciudad entre 1850 y 1890. Para ello se consideran los cambios y continuidades que se produjeron en materia de desarrollo social, económico y político. Con ese objetivo hemos recurrido a la producción historiográfica disponible y a un conjunto variado de fuentes primarias que nos han permitido reunir los datos y realizar las interpretaciones que proponemos a continuación. Respecto de los trabajos existentes, debemos decir que, si bien se han incrementado en las últimas décadas, refieren por lo general a cuestiones particulares y significativas de la historia de la ciudad, pero no proporcionan análisis de conjunto o amplios que contemplen las diversas dimensiones del pasado local durante la temporalidad que aquí se aborda. No obstante, han sido de imprescindible consulta en este emprendimiento, al igual que otros dedicados al tratamiento de cuestiones provinciales o de otras localidades de la provincia.

Entendemos que el período en cuestión nos permite vislumbrar los inicios de la modernización de la ciudad, considerándolo como un proceso de cambios con ritmos variables, atravesado por la institucionalización de un orden basado en la particular forma que adoptaron las ideas liberales en la provincia y en el marco de su integración al mundo como productora y exportadora, fundamentalmente, de cereales. En relación con ello, el capítulo atiende a los cambios sociodemográficos que se fueron dando, prestando particular atención a la afluencia inmigratoria a la ciudad y la región. En materia institucional, se considera la instalación y desarrollo de la municipalidad, en su carácter de sujeto de representación de los vecinos en el ámbito local, así como la constitución de asociaciones en las que diversos grupos encontraron respuestas a partes de sus necesidades. Asimismo, la ampliación del comercio y de las actividades de servicios es contemplada a partir de las mejoras en las comunicaciones, la llegada del ferrocarril y la construcción de un puerto de ultramar.

LA CIUDAD A MEDIADOS DEL SIGLO XIX

Al iniciarse la década de 1850 la ciudad de Santa Fe conservaba algunos aspectos heredados del período colonial, aunque también mostraba las consecuencias de los enfrentamientos armados, los saqueos y el empobrecimiento general causados por las décadas de lucha transitadas desde la Revolución de Mayo y la declaración de la independencia. La situación de paz vivida durante los años 40 permitió el comienzo de una mejoría de su economía con el incremento de la actividad ganadera en las estancias, pero la cercanía de la frontera con la población indígena y los ataques que estos solían practicar le ponían límites. Ezequiel Gallo, siguiendo las descripciones realizadas por Juan Álvarez y Manuel Cervera, nos dice que la vida parece haber transcurrido «en medio de la pobreza y el estancamiento continuo» aunque aclara que es posible que las afirmaciones de esos historiadores «pequen de excesivas» (Gallo, 2004:22-23).

La ciudad que había fundado Juan de Garay tenía (y siguió teniendo) la particularidad de estar emplazada en una zona rodeada de ríos, ya que se consideró que ello era propicio para impedir los avances de los grupos indígenas con los que españoles y criollos disputaban, entre otras cosas, el territorio y los bienes existentes sobre él. Así, la ciudad tuvo en su parte sur y este al río Santa Fe como límite; cumplían la misma función por el oeste el río Salado y sus bañados, aunque hacia el norte se extendía la llanura, que en la medida en que se la transitaba y se alejaba de la urbe se hacía monte. La ubicación también permitió que la ciudad fuera sede de un puerto que funcionaba como

posta entre Asunción y Buenos Aires y hacia los centros poblados del interior, del oeste y del norte, para el transporte y comercialización de mercaderías. Sin embargo, tanto la condición de ciudad portuaria como la actividad ganadera no evidenciaban hacia la década de 1850 un desarrollo económico y un crecimiento demográfico significativos.

La ciudad no había incrementado su población durante la primera mitad del siglo XIX, sino que hacia fines de la década de 1850 había disminuido levemente. La sociedad hispano-criolla estaba conformada por un conjunto bien heterogéneo de grupos ya que, si bien el 50% eran blancos, el censo practicado durante 1816 y 1817 había demostrado que la población de color en sentido amplio (pardos, morenos, negros, chinos e indios) formaba parte del otro 50% (Candiotti, 2016:105). Sin lugar a dudas, se estaba produciendo un importante proceso de mestizaje. Treinta años después, Mac Can observaba una población muy variada en cuanto a los caracteres físicos, e identificaba a las clases superiores como «casta puramente española» y las demás con «mucha mezcla de sangre negra e india». Afirmaba que podía ver con facilidad «las características de cada raza, desde la piel negra y luciente, los labios gruesos y el pelo motoso del negro, hasta los rasgos finos del español» (Mac Can, 1939:184).

Lina Beck-Bernard y luego su esposo, Carlos Beck-Bernard, realizarían apreciaciones similares a las de Mac Can con respecto a la población de la capital provincial y sus alrededores. En su libro *El río Paraná: Cinco años en la República Argentina*, publicado en Suiza durante 1864, la autora describió lo que había observado durante su estancia en Santa Fe. Con estilo literario contó lo que veía desde el mirador de su casa, situada sobre la calle San Gerónimo frente a la Plaza de Mayo, en las de los vecinos. En los patios observaba muchachas pardas y mulatas, mujeres mayores que armaban cigarros y esperaban el mate mientras una «india joven, sentada sobre sus talones, vigila el agua que silva en una pava» (Beck-Bernard, 2013:69). Con motivo de las fiestas por el aniversario del 25 de Mayo, comentó que durante la mañana hubo un desfile de la guardia nacional, misa y las campanas sonaron todo el día. Por la tarde la diversión pasó por las riñas de gallos y las carreras de caballo y por la noche se hizo el baile en el Cabildo, sede del gobierno provincial. El evento se realizó en una sala que a la autora se le presentó linda, bien amueblada e iluminada. Cuenta que mientras conversaba con Doña Mercedes, le llamó la atención una «india» que tenía «la tez bronceada, la figura triste» y «la mirada melancólica». Lina Beck-Bernard observó en esas dos mujeres el contraste de «el lujo de la civilización al lado de la barbarie, como Santa Fe está al lado del Chaco» (Beck-Bernard, 2013:77). El contraste es interesante, más allá de su carácter orientalista y eurocéntrico.

La presencia de los aborígenes entre la población criolla-española no era extraña, sino todo lo contrario. Tal como lo han demostrado Aldo Green y Gabriela Molina, eran frecuentes los cautivos indígenas durante el siglo XIX. A través de las expediciones militares o *entradas* al Chaco que realizaban con el propósito de extender la frontera o como represalia por algún conflicto, los santafesinos trasladaban a la ciudad la *chusma prisionera* que lograban capturar, generalmente mujeres y niños. En 1861 la expedición que realizó Telmo López logró la captura de 92 mujeres y niños y en 1866 la de Matías Olmedo, que atacó varias tolderías y rescató 7 cautivos blancos que estaban en poder de los indios, volvió a la ciudad con 109 personas prisioneras. Las *chinas* y *chinitos* eran repartidos entre las familias urbanas para educarlos «y para su servicio», pues creían que con ello posibilitaban su «redención». Los miembros de la elite santafesina participaban de la incorporación forzosa de los indígenas a la sociedad de la ciudad pagando una «gratificación». Manuel Pujato, Marcial Candiotti, Manuel Echagüe, Manuela Iturraspe, Tomás Puig y Agustín de Iriondo son algunos quienes en 1861 pagaron gratificaciones para quedarse con parte de los cautivos (Green y Molina, 2016:133-137). Todo esto se llevaba a cabo a pesar de que con la sanción de la Constitución Nacional de 1853 se había declarado el fin de la esclavitud. De todas maneras, su efectivización debe haberse demorado. Ello lo demuestra, por ejemplo, la declaración de bienes de Josefa Rodríguez del Fresno, que en 1854 decía tener «un negro llamado Pascual a 50 pesos».¹

En otro orden de cosas, en las familias de la elite santafesina imperaban las relaciones de tipo patriarcal, a pesar de que los maridos se «ausentan seguido y por mucho tiempo a causa del comercio, la guerra o sus ocupaciones de estancieros». Además, como las mujeres se casaban muy jóvenes, se quedaban con sus padres y convivían con ellos y sus abuelos por lo que eran numerosos los convivientes en una misma casa. Lina Beck-Bernard dice que «salvo algunas excepciones, las mujeres son las reinas en su casa y ejercen esta realeza de manera poco constitucional», lo que sugiere su rasgo autoritario. Por su parte, los hombres «comparten más o menos la naturaleza del gaucho, con formas externas un poco más europeas» (Beck-Bernard, 2013:71-72).

Respecto del aspecto de la ciudad, Paolo Mantegazza observa que era triste y monótono. Las casas viejas y bajas escóndese entre jardines tan grandes que parecen bosques de naranjos y limoneros. Las calles están desiertas y el carácter de los habitantes se presta poco para alegrarlas. Santa Fe posee muchas iglesias

1. Inventario de Bienes de Josefa Rodríguez del Fresno, Archivo del Museo Histórico de Santa Fe.

antiguísimas, [...] Las casas más viejas son de ladrillos secados al sol y muchísimas techadas con paja: otras son de tapia, [...] La ciudad, cuando la vi en 1856, no tenía un solo teatro, y la única casa de alojamiento que se atrevía a llamarse fonda, era sucia e indecente. (Mantegazza, 1916:151)

Sin embargo, también decían los contemporáneos que en las casas de la elite «el salón está muy bien amueblado» y los dormitorios son muy elegantes, aunque en las casas viejas «se ven salones amueblados con todo tipo de antigüedades» (Beck-Bernard, 2013:70-71). Juan Álvarez, al referirse a la situación de Santa Fe hacia inicios de la década de 1850, señalaba que al no haber capitales y fuerza de trabajo suficiente «no había negocios nuevos, ni empresas que tentar» y se reiteraban los hábitos, las costumbres y los problemas (Álvarez, 1910:309). Como ya hemos señalado, eso parece no haber sido así, pues si bien se reiteraron ciertas situaciones, durante los años 40 Santa Fe comenzó una etapa de recuperación.

En lo que respecta a la organización política hacia la década de 1850, la ciudad no contaba con una institución que se ocupara exclusivamente de su administración y atendiera a los diversos problemas y necesidades por las que atravesó su sociedad. El Cabildo, órgano de administración, justicia y policía de la ciudad, había sido suprimido el 1 de enero de 1833 y en su lugar se instituyeron las autoridades que debían subrogar sus atribuciones. Se nombró un Juez de Primera Instancia en lo Civil y Comercial, un Defensor de Pobres y Menores, un Jefe de Policía, un Juez de Paz para cada uno de los cuarteles de la ciudad en lugar de los Alcaldes y un Alcalde de Cárcel. De esa manera, el Gobernador, la Junta de Representantes y el incipiente Poder Judicial provincial se repartían todas las prerrogativas y franquicias que desde la fundación de Santa Fe se habían dado al Cabildo (Barriera, 2016). Habría que esperar hasta 1860 para que una nueva institución se hiciera cargo de «administrar» la ciudad, mientras tanto, eran los poderes del gobierno provincial quienes asumían esas tareas.

LA INSTAURACIÓN DE LA MUNICIPALIDAD Y SU CONTROL POR PARTE DE LA ELITE LOCAL

Los cambios que se fueron produciendo durante la década de 1850 plantearon desafíos a la capacidad del gobierno provincial para dar forma a un orden social urbano que atendiera a las expectativas de los grupos con capacidad para influir y expresar las demandas en la ciudad. Esto implicó la construcción de un cuerpo de normas y de un sistema institucional que posibilitara

atenderlas. Es en este contexto sociohistórico en el que se debe comprender la institucionalización de la municipalidad de Santa Fe. La Constitución de la Confederación Argentina de 1853 era el marco principal en el que se insertó la Constitución Provincial de 1856 y las leyes para las municipalidades. De hecho, el Artículo 5° de la Constitución confederal señala que cada provincia tenía que elaborar su propia constitución bajo el sistema representativo republicano disponiendo de su administración de justicia y su régimen municipal y asegurando la educación primaria. Por otro lado, consideraba como «pueblo soberano» a los varones mayores de edad con nacionalidad argentina (Megías 1992:109) y el Artículo 20°, que atendía específicamente a la población extranjera, no los hizo parte de la ciudadanía, pero les reconoció todos los derechos civiles. En relación con esto, la Constitución de la Provincia de Santa Fe de 1856, en el Artículo 60°, estableció la instauración de municipalidades en los Departamentos, para lo cual expresaba que se debía dictar una ley orgánica que determinara las atribuciones y objetivos de dichas instituciones. Quedó definido que no se trataba de un autogobierno sino de una administración, por lo que el Artículo 61° planteaba que quedaba sujeta a la inspección y disciplina del Juzgado de Alzadas y el gobierno provincial.² Debido a ese carácter, los extranjeros quedaron habilitados para votar a sus representantes en el ámbito local.

El 20 de diciembre de 1858 se dictó la «Ley Municipal» para Rosario, la primera ciudad de la provincia en la que se estableció la institución. Esta ley sirvió como modelo para las demás leyes municipales, siendo Santa Fe la segunda ciudad en conformar su municipalidad. En el Artículo 4° de la misma ley se aludía a que cualquier vecino varón mayor de 25 años o emancipado, con un capital de 2000 pesos o una profesión u oficio que produzca una renta equivalente, y el Artículo 5° indicaba que la elección se haría popularmente por los vecinos (Ensinck, 1967:84) verbo. Ambos artículos dejaban en claro que para el gobierno local el pueblo soberano era el vecino y no el ciudadano, lo que instauraba un sistema electoral censitario. De todas maneras, no se aplicó la exclusividad que planteaba dicho sistema, dado que fueron considerados vecinos todos aquellos que abonasen los impuestos (Megías, 1992:109). En 1860 se promulgó la ley Municipal para los departamentos de la provincia, en la que se reiteraban varios de los artículos existentes en la ley Municipal de Rosario; se sostenían las condiciones para que los vecinos pudieran votar y con

2. Constitución de la Provincia de Santa Fe de 1856, Comisión Redactora, T. III, 1970:161-162.

ello se aseguraba la participación de extranjeros en los procesos electorales municipales. En cuanto a las obligaciones que tenían las municipalidades, el Artículo 7° expresaba que debían velar por los intereses materiales (lo que implicaba la realización de obras y la prestación de servicios públicos) y morales del pueblo (debería también atender a la educación), la administración de la justicia y la policía municipal. Además, en el caso de la municipalidad de Santa Fe, la jurisdicción siguió dividida en cuatro cuarteles, cada uno de ellos con un juez de paz y un teniente alcalde quienes tenían a su cargo las tareas de justicia menor y administración. Durante la década de 1880, con el crecimiento de la ciudad, se la dividió en seis cuarteles. En lo que respecta a la municipalidad, como se ha señalado, todas las tareas debían realizarse en función del carácter administrativo y «con prescindencia de toda cuestión política». De esta manera, la norma tuvo un carácter ambiguo, puesto que por un lado se constituía en representante de los intereses locales frente al poder central, pero, por el otro, la institución quedaba subordinada al poder estatal provincial, que la consideraba simplemente como un poder administrativo con capacidad para asegurar el control en sus territorios (Kozul, 2020:3).

La nueva institución estaba a cargo de un concejo municipal y debía designarse o elegirse a un individuo que lo presidiera, fuera el encargado de comunicarse con las demás autoridades provinciales y vigilara el cumplimiento de los reglamentos. Sin lugar a dudas, esta fue una figura clave en su funcionamiento, por lo que durante el período que estamos considerando se hicieron frecuentes cambios en lo que respecta a si debía ser elegido o designado y quiénes debían hacerlo. Lo que estaba en discusión era quién aseguraba la dependencia de aquel respecto del gobierno provincial. Durante la década de 1860 se produjeron varios cambios en este sentido. El 21 de noviembre de 1861 se aprobó una ley por la que se establecía que el Presidente de la Municipalidad de Santa Fe dejaba de ser el Ministro General de Gobierno, como lo planteaba la legislación anterior, y el nombramiento debía hacerse eligiendo a uno de los municipales. En 1865 se decidió por ley que sería el gobierno provincial el que elegiría al presidente del cuerpo y en 1868 una nueva ley volvió a modificar el sistema, fijándose que este debía ser elegido por los miembros que constituían el cuerpo. Los cambios no se detuvieron allí, sino que por la reforma de la Constitución de 1872 se declaró en el Artículo 130º, inciso primero, que «las municipalidades son independientes de todo otro poder en el ejercicio de las funciones administrativas que le son propias». En línea con ello, el inciso sexto del artículo citado expresaba «la elección del

Cuerpo Municipal será directamente por los vecinos del municipio, dividiéndose en dos concejos, el uno deliberante y el otro ejecutor».³

La ley de Municipalidades aprobada en octubre de 1872 fijaba en ocho los miembros del Concejo Deliberante y cuatro los del Ejecutor. Quienes integraban ambos concejos duraban dos años en su desempeño, pero se renovaban cada año por mitades. Las atribuciones otorgadas aludían a la dirección de los intereses locales del municipio. Por ello debía administrar los bienes y rentas, disponer los gastos a realizar en los trabajos públicos, garantizar la salubridad, la transitabilidad de las calles y el embellecimiento general de la ciudad. También debía propender a la conservación de la moral y las buenas costumbres, la instrucción primaria, intervenir en la construcción de teatros y demás casas de recreo, prevenir inundaciones, incendios y derrumbes. Respecto de la higiene, debía ocuparse de la limpieza general del municipio, el alumbrado público, la desinfección del aire, del agua y de los establecimientos públicos, la conservación y reglamentación del cementerio, de los mercados y el matadero, entre otros.

Entre 1861 y 1879 se suceden en la presidencia de la municipalidad Simón de Iriondo (1861), José María Echagüe (1865), Tiburcio Aldao (1867), Mariano Comas (1868), Severo Echagüe (1869, 1870 y 1872), Cándido Pujato (1871 y 1873), Mariano Echagüe (1874 y 1876), Pedro C. Puig (1875), Zacarías Barbosa (1877), Ignacio Crespo (1877), Francisco María Torres (1878) y Manuel Pizarro (1879). Las familias de estos hombres tenían sus orígenes en generaciones previas de santafesinos, algunos desde los tiempos coloniales. Los Iriondo, Echagüe, Aldao, Pujato y Crespo eran estancieros y además se disputaban los cargos de gobierno a nivel provincial, tanto en el poder Ejecutivo como en la Legislatura. En los tomos del Registro de Leyes y Decretos de la Provincia sus nombres y firmas aparecen de forma reiterada durante todo el período. Desde 1868 hasta 1883, año de su fallecimiento, Simón de Iriondo hegemonizó la política santafesina con el grupo de dirigentes que se identificó con el Club del Pueblo, y controló el poder frente a los intentos de los que participaron del Club Libertad.

Si bien la ciudad creció durante todos estos años, todavía no lo hizo al ritmo que tuvo desde la década de 1880. Se partía de una situación bastante precaria en algunos aspectos. Ya hemos mencionado la impresión de pobreza que le generó a Mantegazza cuando la visitó en 1856. Para Willians Perkins la

3. Constitución de la Provincia de Santa Fe de 1872, Comisión Redactora, T. III, 1970:207-208.

«desgracia» de Santa Fe era que «haya sido siempre el asiento de gobierno», ya que «la gente se ha acostumbrado a vivir de empleos, protegida por los gobiernos; de negocios suministrados por las administraciones, y de franquicias arrancadas a estas». Como consecuencia de ello, dice que es «una sociedad holgazana y floja, sin energía, sin afición al trabajo y pronta a declararse enemiga de cualquier gobierno que trate de quitarles los privilegios de que ha gozado por tanto tiempo» (Williams Perkins, 1864:11). Sin dudas, se trata de una mirada muy negativa de ciudad y de sus habitantes, que no tiene en cuenta el trabajo que día a día realizaban miles de santafesinos ni las circunstancias que habían impedido un mejor desarrollo. No obstante, es de reconocer que algunos se beneficiaron de los vínculos que sostenían con las autoridades gubernamentales y otros formaron parte de ellas.

La elite santafesina de la segunda mitad del siglo XIX se había gestado a principios de ese siglo y provenía mayoritariamente de familias que remontaban su arraigo al periodo tardo-colonial. Si bien ya estaban comenzando a aprovechar las nuevas oportunidades que se abrían a partir del desarrollo de la agricultura en las colonias pobladas de inmigrantes del centro-oeste provincial y las actividades económicas que se generaban como consecuencia de ello, continuaron dedicándose, principalmente, a la ganadería en sus estancias y también al comercio. Esas actividades de carácter privado fueron acompañadas por los miembros de la elite con la función pública, quienes ocupaban cargos políticos y burocráticos en los diversos poderes del Estado provincial, en las jefaturas de las fuerzas militares y policiales, así como en la municipalidad. Lo hacían reivindicando su condición de miembros de familias de vieja data en la ciudad y su tradición en el manejo de las cuestiones públicas y políticas, asegurando para Santa Fe su condición de sede de la dirigencia provincial (Megías, 2005:7).

LAS PRÁCTICAS ASOCIATIVAS, EL AUXILIO A LOS NECESITADOS Y EL CONTROL DE LOS INDESEADOS

Uno de los lugares de encuentro de la elite fue el Club del Orden. La asociación se fundó el 27 de febrero de 1853 y fue la primera de su tipo en el interior del país. Su creación se produjo en el contexto de la Convención Constituyente reunida en la ciudad en aquel momento y tenía similares características a las de su antecesor, el Club del Progreso de la ciudad de Buenos Aires, fundado el 1° de mayo de 1852. Formaron parte del Club del Orden los propietarios de tierras, empresarios del negocio exportador y de abastecimiento del mercado

interno, colonizadores, políticos, comerciantes y contratistas del Estado provincial, profesionales y militares de renombre, entre otros. Tal como lo señala Nicolás Benassi, el club sirvió como un espacio de encuentro y esparcimiento —tanto para sus miembros como para sus familias e invitados especiales—, y contaba con salones dedicados a la recreación, la conversación diaria y la realización de tertulias. Sin embargo, las actividades políticas y las del club estuvieron fuertemente entrelazadas, ya que estuvo conducido por integrantes de la dirigencia provincial. Desde 1864 la presidencia de la asociación recayó en personas que formaron parte de lo que dio en llamarse el iriondismo, en alusión a los hombres que siguieron al liderazgo de Simón de Iriondo. El mismo Iriondo fue su presidente en 1864 y luego le sucedieron Francisco Torres, Aureliano Argento, Tomás Puig, Mariano Comas, Manuel Echague y Manuel Pizarro. Además, los miembros del Club del Pueblo ocuparon la gran mayoría de los cargos en las comisiones directivas durante el período. No obstante, hubo lugar también, aunque minoritariamente, para representantes del Club Libertad, como Severo Basabilbaso, José María Echagüe, Julio Busaniche, José y Carlos Aldao, Isaías Gil, Tomás Cullen y Quintín del Valle, entre otros (Benassi, 2021:16–17).

La cultura asociativa fue abrazada también por los grupos de inmigrantes provenientes de diversas nacionalidades y regiones de Europa; se difundió en Santa Fe durante todo el período, aunque alcanzando mayor desarrollo y amplitud durante las dos últimas décadas del siglo. Por ese medio se buscaron resolver algunas de las necesidades generadas como consecuencia de las relaciones económicas y sociales del desarrollo capitalista. Así se construyeron lazos de pertenencia y solidaridad; de representación y defensa de los intereses sectoriales; el desarrollo de actividades recreativas, festivas y culturales; y formas de actuación colectiva en el espacio público (Tornay, 2006:5). Las asociaciones tendieron al auxilio de sus propios integrantes y siguiendo criterios liberales, socialistas o de caridad, se caracterizaron por sus principios mutualistas y benéficos. Tal es el caso de la sociedad *Unione e Benevolenza* fundada el 28 de septiembre de 1873 e integrada por comerciantes, albañiles y maestros albañiles, sastres, herreros, maestros y músicos de origen italiano. Para inicios de los años 90 ya existían varias asociaciones de carácter étnico actuando en la ciudad. Ello se observó, por ejemplo, con motivo de los festejos del aniversario de la llegada de Cristóbal Colón a América realizados en 1892, y del desfile del que tomaron parte las asociaciones *Unione e Benevolenza*, el Centro Español, el *Circolo Napolitano*, *Il Dovere*, la Unión Francesa, *La France*, *Germánica*, *Suiza* y el *Tiro Franco Suizo*.

De características distintas fue la Sociedad de Beneficencia de Santa Fe. Durante la segunda mitad del siglo XIX la acción de las asociaciones femeninas cumplió un claro rol político al sustituir o acompañar al Estado en el proceso de resolución de problemas sociales. Es por ello que el rol de esta organización fue el de protectora de los santafesinos «desgraciados». Sus integrantes eran miembros de las familias de las elites dirigentes y se dedicaban a recaudar fondos para el sostenimiento del Hospital de Caridad, sede de su labor caritativa. La asociación había sido creada por un decreto del gobierno provincial en 1860 y tenía como principal actividad la función ya mencionada, cuestión que no resultaba sencilla. En 1870 la presidenta de la Sociedad, Emilia G. de Cabal, señalaba su preocupación por el estado de necesidad en que se hallaba la entidad que presidía y el riesgo que corría de disolverse debido a que no tenía recursos. Se adeudaban sueldos a las Hermanas de la Caridad que administraban el hospital, alquileres, pagos a boticarios, y demás gastos que demandaba el mantenimiento de la institución. Los fondos que se recaudaban del gobierno provincial, del municipal y de aportes particulares solían ser insuficientes. Los destinatarios de la asistencia eran los «necesitados», las «víctimas de infortunios» y «dolores». Allí entraban los mendigos, los criminales dolientes y las víctimas de las disensiones entre iguales. Ellos constituían los «desvalidos» de Santa Fe, a los cuales la Sociedad de Beneficencia debía prodigar los «alivios morales y materiales» (Sedran, 2018:82-88).

La ciudad no escapó a los problemas sociales que sufrían otros espacios urbanos en esos tiempos y las formas de intentar resolverlos pasaron, más o menos, por los mismos métodos. Los comportamientos indeseados parecen haberse incrementado durante los años 70 y más desde los 80, entre otros factores, como consecuencia del aumento de población y la reproducción de costumbres que ya no se toleraban en una sociedad que se estaba modernizando. La mendicidad y el juego, parte del comportamiento de algunos, se exponían en las calles y en las veredas, en los espacios públicos y en las cercanías de los lugares con entrada restringida, como los restaurantes, teatros y hoteles distinguidos. Algunos mendigos, «tanto reales como fingidos», circulaban por la capital provincial «implorando caridad pública sin los permisos otorgados por la policía municipal, y explotando así a los vecinos honrados». Se consideraba necesaria la regulación y el control de esas costumbres ya que, si se extendían, tendrían «efectos devastadores para la sociedad». La embriaguez era, desde esta perspectiva, el hecho más perjudicial de todos los vicios. Según Gabriel Carrasco, originaba las dos terceras partes de las entradas de presos a las cárceles, debido a los delitos, peleas y escándalos cometidos por hombres alcoholizados. Frente al problema del consumo de alcohol, los mecanismos de

intervención estatal sobre las clases populares fueron exclusivamente punitivos. Otro problema era que los agentes policiales que se encargaban de la vigilancia de costumbres y conductas públicas pertenecían a los mismos sectores sociales que eran objeto de sospecha y de control y, además, solían participar de esas mismas costumbres y conductas que debían perseguir y castigar (Sedran, 2015:275-276).

Los momentos festivos y los rituales religiosos también eran motivo de preocupación y ocupación por parte de las autoridades. Un ejemplo de ello eran las reuniones que se generaban con motivo de la veneración de la Virgen de Guadalupe. En el ritual anual, que además transmutaba en fiesta, se confundían todas las capas sociales y era un ámbito propicio para el despliegue de conductas irregulares e inmorales que provocaban con frecuencia desórdenes, fundamentalmente como producto de la ebriedad. La prensa solía denunciarlos y solicitaba las penalidades del caso. Otro momento que era regulado y controlado por las autoridades municipales y gubernamentales era el carnaval, para el que debían pedir permisos las comparsas y los que se disfrazaban. Se establecían horarios y se vigilaba el comportamiento de los concurrentes en la Plaza de Mayo y en los lugares donde se realizaban los desfiles.

EL AUMENTO POBLACIONAL, LAS OCUPACIONES Y LA CARENCIA DE PROFESIONALES

Se ha señalado que desde los años 50 el aumento de la población se hizo significativo, tendencia que no dejó de manifestarse en las décadas por venir. El censo de 1858 da cuenta de que la ciudad tenía 6102 habitantes para ese momento, cifra que se incrementó a 10 324 once años después. Así como la ciudad crecía en número y se expandía urbanísticamente, la provincia también se poblaba: pasó de 41 261 habitantes en 1858 a 89 117 en 1869. Todo ello sucedía como consecuencia del aporte inmigratorio europeo y de los migrantes de otras provincias que encontraban en Santa Fe posibilidades de mejorar sus condiciones de vida al ritmo del desarrollo agrario que comenzaba a producirse.

En lo que respecta solo a la ciudad, de los 10 324 habitantes que tenía 9348 (89 %) eran argentinos y 976 (11 %) extranjeros. La población se agrupaba en 1861 familias que habitaban 2037 casas, de las cuales, 1342 eran de paja, 262 con techo de tejas y 429 tenían azotea. Entre los grupos que enumera el censo por ocupación, cabe destacar la presencia de 10 abogados, 9 escribanos, 1 ingeniero, 37 sacerdotes, 13 profesores y maestros, 66 estancieros, 5

industriales, 355 comerciantes y almaceneros, 116 albañiles, 11 aguateros, 23 amasadoras, 110 carpinteros, 78 carreros, 284 costureras, 108 estudiantes, 898 jornaleros y peones, 191 lavanderas, 356 marineros, 58 militares, 91 planchadoras, 3 parteras, 2 prostitutas y 360 sirvientes. También había herreros, talabarteros, zapateros y otros oficios en menor número.⁴ Como se observa, en la ciudad vivían más estancieros que curas y miembros de las profesiones liberales sumados, pero los curas eran más que estos últimos. El número de comerciantes y almaceneros era significativo, al igual que el número de marineros. Santa Fe, que era una ciudad vinculada al río a través del puerto, con su actividad de transporte de cargas y pasajeros, vio incrementar esa actividad acompañada del aumento del comercio. Por lo demás, los resultados del censo permiten observar el pequeño número de industriales radicados en la ciudad y la diversidad de oficios que se practican. Los jornales, peones y sirvientes alcanzaban al 12% de la población, y se constituían en los grupos más numerosos de la ciudad.

La escasez de sujetos formados en las profesiones liberales se resolvió con los extranjeros presentes, como en el caso de los agrimensores, los ingenieros o los arquitectos, pero no así fue el caso de los letrados y hombres de leyes. Existía una real escases de maestros y escuelas para que los niños transitaran el aprendizaje de lo que podríamos llamar las primeras letras. En la ciudad el colegio de la Inmaculada Concepción volvió a dar clases en el año 1862 con el apoyo del gobierno provincial. En él se impartió la enseñanza primaria, se preparó a sus alumnos para los estudios superiores con el desarrollo del bachillerato y en 1869 se crearon las Facultades Mayores: para el primer año se establecieron las cátedras de Derecho Civil, Canónico y Natural. Entre 1870 y 1871 se dio forma al plan de estudios que se estipuló con una duración de cuatro años para la carrera de derecho, y un año más a partir de 1875. Sin embargo, el colegio debió cerrar el Bachillerato por un decreto del gobierno nacional del 10 de noviembre de 1884 y la facultad suspendió la expedición de los títulos que posibilitaban a los alumnos egresados continuar con los estudios superiores. Como parte de la resolución del problema, en 1890 se creó la Universidad de Santa Fe, que quedaría funcionando en el mismo edificio del Colegio Inmaculada y, además, contaría con gran parte del cuerpo de profesores que se había desempeñado anteriormente, a quienes se sumaron algunos exalumnos.

4. Primer Censo de la República Argentina, 1872:110-129.

En materia de educación primaria, además del Colegio Inmaculada, se fueron estableciendo otros, como el de las Hermanas de la Congregación de las Hijas de María Santísima del Huerto que llegó a Santa Fe en 1863 para educar a las niñas. Las damas de la Sociedad de Beneficencia de la capital también se encargaron de sostener su escuela y hubo otras iniciativas de particulares que con la autorización de la municipalidad se dedicaron a la formación de niños y niñas. Se debió recurrir a personas idóneas para desempeñarse como preceptores y maestros ya que no existía una institución que los formara. Cuando se creó la Escuela Normal de Paraná en 1870, parte de sus egresados se instalaron en Santa Fe para realizar su trabajo en escuelas municipales, en las sostenidas por el Estado provincial o particulares. De todas maneras y pese al paulatino aumento del número de alumnos en las escuelas, este siempre fue muy inferior al esperado, aun cuando desde el gobierno de Nicasio Oroño se estableció que la educación era obligatoria (Larker y Airaud, 2021).

LA CIUDAD ACELERA SU TRÁNSITO A LA MODERNIDAD

En 1883 se realizó una reforma constitucional que obligó a sancionar una nueva Ley Orgánica de las Municipalidades que establecía que la institución estaba a cargo de un Concejo Deliberante y un Intendente Ejecutor (empleado a sueldo) que duraban en sus funciones dos años y eran elegidos por los vecinos varones, nacionales y extranjeros, mayores de 17 años y que pagaran impuestos. El concejo se encargaba de dictar las ordenanzas que el intendente debía poner en práctica. Gabriel Carrasco, exponiendo los presupuestos de los años 1874 a 1881, muestra que los gastos resultaban ser inferiores a los ingresos, lo que da cuenta del equilibrado manejo de los recursos (Carrasco, 1884:181). Entre 1880 y 1884 se sucedieron en la presidencia del Concejo Ejecutor Agustín Aragón, Fernando Stagno, Pablo Agapito López, Cándido Pujato, Mariano Comas y Francisco Guerra, lo que evidencia un continuo cambio en el ejercicio de esa función. Pero desde 1884 fueron elegidos como intendentes Mariano Comas (1884–1887), Jonás Larguía (1887), Daniel Gollan (1887–1889) y Juan Arzeno (1889–1890); la nueva normativa para las municipalidades daba mayor continuidad a los máximos responsables de la conducción.

En 1888 Gabriel Carrasco publicó un trabajo en el que sostenía que desde 1884 la ciudad de Santa Fe había tomado un gran impulso. Se construyó un mercado, un matadero, las plazas fueron mejor atendidas, particularmente las Plazas de Mayo y San Martín, puesto que había crecido el arbolado y colocado bancos y faroles. Se mejoró el paseo del puerto y de la Plaza Tucumán y se

adoquinaron y nivelaron las calles, para lo cual se pidió un empréstito de un millón de pesos. Se tuvo que sostener el alumbrado público a kerosene porque no se contaba con fábrica de gas, pero se comenzaron a estudiar las propuestas de alumbrado a gas y eléctrico; para estos años ya existía también un servicio de recolección de basura. Por ordenanza se fijó la línea de construcción de los edificios y también la construcción de un hipódromo en el suroeste de la ciudad. Además de esos adelantos, la municipalidad siguió sosteniendo todos los otros servicios y obligaciones que se le asignaron desde su creación. La mitad del presupuesto fue destinado a obras públicas y un 20 % del total a la instrucción pública y la justicia de paz (Carrasco, 1888:135-137).

En la ciudad no había aumentado la población durante los años 70, pero el censo de 1887 mostró un incremento significativo. En ese año se llegó a contabilizar 14 206 habitantes en el casco urbano y 15 099 teniendo en cuenta todo el municipio. De ellos, 2787 eran italianos, 443 españoles, 271 franceses, 210 alemanes y 163 ingleses y con los demás extranjeros llegaron a ser 4523, lo que conformó el 32 % de la población. El 62,5 % de la población sabía leer y escribir y el 37,5 % no había adquirido esos conocimientos. Este es un dato que muestra un cambio importante si se lo compara con el altísimo porcentaje de habitantes de la ciudad que 30 años antes era analfabeta. La población se agrupaba en 2896 familias y existían 3110 casas, de las cuales 1221 tenían azotea, 788 teja o zinc y 857 eran de madera o paja. Otro cambio que marca un progreso en las condiciones materiales de los habitantes de la ciudad es que las viviendas de paja y madera representaban el 27,6 % del total, mientras que en 1869 alcanzaban al 66 %. En materia de religión, la inmensa mayoría de los santafesinos siguió siendo católica, ya que solo 389 eran protestantes; entre estos primaban los inmigrantes, pues solo había 61 argentinos que se identificaban con esa expresión religiosa. Sería extenso enumerar los oficios, ocupaciones y profesiones que se practicaban en la ciudad a finales de la década de 1880. Siguió siendo muy numeroso el personal de servicio, entre los que se encontraban cocineros, domésticos, planchadoras y lavanderas; también lo eran quienes trabajan en el comercio, los albañiles, los carpinteros, las costureras, los jornaleros, carreros y marineros. El censo dice que en Santa Fe vivían 69 prostitutas, lo que sugiere que era una ocupación que había adquirido una mayor visibilidad respecto de años anteriores. Se había incrementado el número de hacendados a 75 y los ingenieros pasaron a ser 12, aunque significativamente eran más los hoteleros y los tipógrafos que los formados en las ciencias duras. Esto último permite sugerir que a Santa Fe llegaban personas que por diversos motivos pernoctaban en la ciudad durante un tiempo reducido a días y, por otro lado, señala el incremento de

la actividad vinculada a la imprenta periodísticas (Santa Fe tenía varios diarios en circulación) y de otro tipo. También aparecieron ocupaciones que en el anterior censo no se logró registrar, como los telegrafistas, pues Santa Fe comenzó a estar comunicada con otros centros urbanos a través del telégrafo que llegó a la sede del gobierno provincial, a las estaciones del ferrocarril, al puerto y los rentistas.

Para llegar a la ciudad desde Buenos Aires, o desde el norte del país, se lo hacía generalmente navegando por el río Paraná. A pocos kilómetros de la Bajada del Paraná, pero del lado oeste del río, debía entrarse por la desembocadura del Colastiné rumbo hacia al noroeste. Luego se tomaba por el Riacho Santa Fe y las embarcaciones tenían que ir zigzagueando el curso del río entre un conjunto de islas. En las proximidades de la ciudad, cuando se estaba a punto de dirigirse rumbo al suroeste, se divisaba a la derecha la laguna Setúbal, o también llamada de Guadalupe, en honor a la Virgen de la capilla que estaba una legua y media al norte desde el centro de la ciudad. Desde allí no quedaba mucha distancia para llegar al puerto.

El Riacho Santa Fe tenía por lo general una profundidad de 15 pies. Cuando el sistema fluvial elevaba su nivel no había problemas para transitarlo, pero cuando llegaban las temporadas de bajante, los bancos de arena obstruían el traslado y generaban serios inconvenientes. Lina Beck-Bernard cuenta que en 1857, cuando ella llegó a Santa Fe, el barco en el que se trasladaba tuvo que esperar toda una noche en el Colastiné hasta que llegaran los sirgadores que, a caballo y con riendas, lo remolcaron hasta el puerto, ya que la bajante no les permitía llegar (Beck-Bernard, 2014:64-65). Veinticinco años después, Estanislao Zeballos describía el mismo recorrido en su viaje a la ciudad (Zeballos, 1883:125-127).

Es necesario recordar que por un decreto del 3 de octubre de 1852 Urquiza, en el contexto de la secesión de la provincia de Buenos Aires, dispuso permitir la navegación de los ríos Uruguay y Paraná a los buques mercantes de cualquier nacionalidad, procedencia y tonelaje, y habilitar para ello en la provincia de Santa Fe los puertos de la Capital y de Rosario. Además, en junio de 1854 se dictó una nueva norma que establecía como puerto de primera clase al de la capital santafesina, habilitado para el comercio exterior. El desarrollo de la actividad agrícola en las colonias y la guerra del Paraguay activaron el comercio hacia la zona de conflicto para proveer a los ejércitos y el puerto fue el lugar de salida de esos productos. En el transcurso de la década de 1870 se fue incrementando el volumen de las mercancías que se trasladaban por allí y Santa Fe dejó de ser importador de harina de trigo ya que al finalizar la década se convirtió en exportador. Tal dimensión adquirió la actividad que

en 1879, ante una creciente extraordinaria del río, siete vapores remontaron el río Santa Fe y llegaron a Santo Tomé por el Salado para cargar el trigo que iba al exterior (Zeballos, 1883:128).

El movimiento comercial continuó y se incrementó, pero ante la falta de calado que impedía a los grandes navíos llegar al puerto de Santa Fe, el transporte de las mercaderías se efectuaba en buques pequeños hasta un puerto que debió instalarse en el Colastiné, donde se transbordaba la carga a veleros y vapores, lo que producía un encarecimiento en el costo de los fletes. A inicios de la década de 1880 el Riacho Santa Fe se dragaba para asegurar la transitabilidad y, mientras se lo hacía, se iban realizando obras que mejoraron la operatividad del puerto sobre el río Colastiné, pues este garantizaba una segura salida al Paraná para los barcos de ultramar que venían a Santa Fe a cargar los cereales, las maderas y demás frutos de la región. En tanto esto sucedía, también se proyectaba y se llevaba a cabo la construcción del ferrocarril desde las colonias que, cruzando una parte angosta de la laguna Setúbal, uniría a la zona triguera con el nuevo puerto a partir de 1886. En torno a este se fue formando un numeroso rancharío habitado por parte de quienes trabajaban allí (Bialet, 2010:324-325). El viejo puerto de la ciudad quedó solo para las embarcaciones que hacían viajes de cabotaje.

Para dirigirse al interior del país, hacia Córdoba, los santafesinos debían transitar hacia el oeste, cruzar una zona baja de bañados y el mismo río Salado. Hasta fines de la década de 1870 se hacía el cruce del río en bote o balsa. La fundación de las colonias hizo necesario mejorar la comunicación vial, por lo que se propuso la construcción un puente de madera sobre el Salado. Este recién se tendió en 1875 y prestó servicio hasta 1906, para luego ser reemplazado por un puente de hierro. Cabe recordar también que desde la fundación de Esperanza la comunicación con Santa Fe se hacía por el Paso de Mihura, ya que el cruce del río Salado por allí era más conveniente debido a su escasa profundidad. El lugar se situaba como dos leguas al noroeste de la ciudad y para llegar había que cruzar una zona de quintas y chacras. En 1864, Christian Claus junto a Carlos Müller, dos colonos esperancinos, llegaron a un acuerdo con el gobierno santafesino para levantar un puente. El puente Mihura fue inaugurado dos años después y estuvo en funcionamiento hasta las primeras décadas del siglo XX.

Debido a su condición de ciudad portuaria y por tanto lugar de embarque para la exportación de la producción cerealera de las colonias del centro-oeste provincial, Santa Fe se convirtió también en sede de estaciones ferroviarias. En 1882 se iniciaron las gestiones por parte del gobierno provincial para construir un ferrocarril de trocha angosta que uniera la ciudad con las colonias.

Aprobados los pliegos para su construcción se procedió a la expropiación de los terrenos destinados a las vías y las estaciones y en 1886 se inauguró el nuevo servicio. Un plano de la ciudad de 1887 permite observar que la construcción de la estación del Ferrocarril Santa Fe a Las Colonias se hizo con frente a la calle Belgrano, la última línea de la cuadrícula en sentido norte-sur y en el extremo noreste de la ciudad. Hacia el norte, sucedía lo mismo con la calle Suipacha, puesto que Junín (que le continuaba más al norte) se observa con líneas de puntos, lo que indica que allí comenzaban los suburbios (Collado, Bertuzzi y Del Barco, 2019:29). Por su ubicación, la estación estaba en uno de los márgenes de la ciudad, justo en dirección y muy próxima al muelle del puerto conformando en conjunto un nudo ferropuerto. El recorrido de las vías hacia el noroeste prácticamente no tocaba las manzanas pobladas de la ciudad, sino que atravesaba por zonas de quintas, chacras y terrenos baldíos. La calle Hipólito Irigoyen que corría de este a oeste concluía frente a la fachada de la estación, y se convertiría con el tiempo en lugar de asentamiento de negocios, hoteles y comedores (Saus, 2015:100).

A tan solo una cuadra al oeste de la estación de trenes y a tres del puerto en dirección norte se hallaba la Plaza Progreso. La plaza había surgido por un decreto del gobernador Nicasio Oroño en el año 1866, para que sirviera de estación a las carretas que traían madera y carbón, a las diligencias y galeras con pasajeros, encomiendas y cargas (Valentinuzzi de Pusetto, 1996:20-21). La plaza era el punto de arribo de los vehículos que desde el norte venían por el camino Ascochingas y tomaban calle Jujuy (luego Rivadavia) hacia el sur, y hacían lo mismo por el camino de Guadalupe, que se conectaba con calle Belgrano, al igual que los que venían desde las colonias por el Paso de Mihura.

Observando un plano publicado con la edición del Primer Censo General de la Provincia de Santa Fe de 1887, que contaba con los datos de población de cada manzana de la ciudad, podemos saber que las zonas más pobladas se situaban alrededor de la Plaza de Mayo, entorno al Mercado, en la zona del puerto y sobre las tres calles principales con orientación norte-sur: San Gerónimo, Comercio (luego San Martín) y 25 de Mayo. Esos también eran los espacios que contaban con mayor cantidad de servicios y nucleaban los establecimientos más importantes (Collado, Bertuzzi y Del Barco, 2019:28). Los alrededores de la Plaza Progreso (hoy España), que a principios de la década parecen haber tenido poca población, para 1887 ya presentaban una importante concentración de edificaciones y habitantes. En las calles de proximidad a la estación ferroviaria, el puerto y la Plaza Progreso la actividad laboral tuvo que haber sido intensa en los depósitos, las oficinas de transporte terrestre y de compañías de navegación, de mensajerías y diligencias, también en las

fondas, restaurantes y hoteles. Si bien el proceso se aceleró durante la década de 1880, el poblamiento y el aumento de las posibilidades de trabajo en la zona del puerto venían produciéndose desde los años 50. En 1856 los vecinos de las inmediaciones de la Plaza de Mayo habían enviado al gobernador José María Cullen un petitorio firmado por el Jefe de Policía, los curas de los conventos y 150 vecinos más, en el que manifestaban que la actividad comercial y el «progreso» se estaba trasladando a la zona del puerto, mientras que en la parte más antigua de la ciudad todo era «decadencia». Por ello solicitaban que se trasladara más próximo al sur el «descargue de los buques que entran al puerto». Se esperaba con ello «comunicar la vida de [el puerto] al cuerpo entero» (Busaniche, 1946:129-131). La solicitud se archivó y la zona del puerto siguió creciendo. En 1865 el gobernador Oroño concurrió a la colocación de la piedra fundamental para la construcción de la Iglesia del Carmen, ya que había participado con donaciones por parte del Estado provincial. José Luis Doldán, capellán de La Merced, era quien había planteado la necesidad de levantar un templo en la zona portuaria de la ciudad, atendiendo al crecimiento poblacional del lugar con los inmigrantes que comenzaban a llegar. El templo sería inaugurado en 1889, en la intersección de las calles Comercio y La Rioja.

Como se observa, la ciudad se extendía hacia el norte, por lo que el cementerio de los Angelitos o de San Antonio, sobre calle Mendoza entre 4 de Enero y Urquiza, quedó situado en lo que se iba constituyendo en centro geográfico de la ciudad. Debido a ello, y por razones de salubridad, se comenzó a proyectar su traslado. Existían otros dos cementerios: uno que debió disponerse en Guadalupe, en el lado oeste de la capilla, cuando en 1866 el cólera azotó Santa Fe, y otro que a partir de 1875 funcionó por breve tiempo en un predio donde más tarde se construiría el Parque Juan de Garay. Recién en 1890 el Cementerio Municipal de Santa Fe fue habilitado en una zona de quintas, lejos del casco urbano, por lo que las inhumaciones en otros lugares fueron prohibidas.

Entre los años 1888 y 1891 se construyó en la zona suroeste de la ciudad otra estación ferroviaria. La terminal pertenecía a la Compañía del Ferrocarril Buenos Aires-Rosario, de capitales ingleses. La línea era de trocha ancha, partía desde la terminal ferroviaria de Retiro, en la ciudad de Buenos Aires, y se extendía hasta Tucumán, pasando por las provincias de Buenos Aires, Santa Fe, Córdoba y Santiago del Estero. Sus vías llegaban desde el oeste y atravesaban el río Salado y su bañado. La estación se ubicó sobre la avenida General López, a diez cuadras de la Plaza de Mayo hacia el oeste. En torno de ella se

formaría un nuevo barrio con los trabajadores de la empresa y los negocios que prestaban servicios a los pasajeros que se iban o llegaban a la terminal.

Conducida por los miembros de las familias que se habían constituido en la elite local, la ciudad de Santa Fe estaba atravesando un significativo proceso de cambios. Desde los años 50 su población fue aumentando y la ciudad se extendió hacia el norte, primero de manera lenta, después más rápida. El arribo de inmigrantes y el desarrollo de las colonias agrícolas del centro-oeste provincial posibilitaron que se convirtiera en un centro comercial y nudo ferro-portuario para el transporte de mercaderías y pasajeros. La organización municipal jugó un papel clave, impulsó los adelantos materiales, y colaboró en la regulación de los comportamientos sociales y el desarrollo de la educación. Las diversas asociaciones que surgieron también cumplieron un papel desatacadado ya que atendían parte de las necesidades de los diversos grupos de la población. Así, la vieja ciudad capital de provincia transitaba los tiempos hacia su modernización.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- **Airaud, Franco y Larker, José (2021).** La educación escolar en Santa Fe durante los inicios del proceso de modernización estatal provincial. Ideas, iniciativas y dificultades en torno a la educación primaria. Ponencia ante las *II Jornadas Internacionales de Historia de la Educación*. Universidad del Salvador.
- **Álvarez, Juan (1910)** *Ensayo sobre la historia de Santa Fe*. Establecimiento Tipográfico E. Malena.
- **Barriera, Darío (2016).** La supresión del Cabildo y la creación de los Juzgados de Paz: Dimensión provincial de la justicia de equidad en el Litoral Rioplatense (Santa Fe, 1833). Justicias, agentes y jurisdicciones. En Caselli, Elisa (coord.). *De la Monarquía Hispánica a los Estados Nacionales (España y América, siglos XVI–XIX)*. pp. 427–449. Fondo de Cultura Económica / Red Columnaria.
- **Beck–Bernard, Lina (2013).** *El río Paraná: Cinco años en la República Argentina*. Universidad Nacional de Entre Ríos y Universidad Nacional del Litoral.
- **Benassi, Nicolás (2021).** Sociabilidad y política en la segunda mitad del siglo XIX. El caso del club del orden de Santa Fe (1853–1903), *PolHis. Revista Bibliográfica del Programa Interuniversitario De Historia Política*, (28), 3–26.
- **Busaniche, José Carmelo (1946).** *Hombres y hechos de Santa Fe*. Colmegna.
- **Candiotti, Magdalena (2016).** Hacia una historia de la esclavitud y la abolición en la ciudad de Santa Fe, 1810–1853. En Guzmán, Florencia, Geler, Lea y Frigerio, Alejandro (eds.). *Cartografías afrolatinoamericanas. Perspectivas situadas desde Argentina*. Biblos.
- **Carrasco, Gabriel (1884).** *Descripción geográfica y estadística de la Provincia Santa Fe*. Imprenta de Carrasco.
- **Carrasco, Gabriel (1888).** *La Provincia de Santa Fe*. Imprenta de P. Coni e Hjos.
- **Collado, Adriana, Bertuzzi, María Laura y Del Barco, María Elena (2019).** *Atlas Histórico de la Ciudad de Santa Fe, 1887–1945*. Universidad Nacional del Litoral.

- **Comisión Redactora de la Historia de las Instituciones de la Provincia de Santa Fe (1970).** *Historia de las Instituciones de la Provincia de Santa Fe*. III. Imprenta Oficial.
- **De La Fuente, Diego (Dr.) (1872).** *Primer Censo de la República Argentina*. Imprenta del Porvenir.
- **Ensinck, Oscar (1967).** *Historia Institucional de Rosario*. Universidad Nacional del Litoral.
- **Gallo, Ezequiel (2004).** *La Pampa Gringa. La colonización agrícola en Santa Fe (1870–1895)*. Edhasa.
- **Green, Aldo y Molina, Gabriela (2016).** Cautivos indígenas en la sociedad santafesina del siglo XIX, *Revista de la Junta de Estudios Históricos de Santa Fe*, LXXII, 125–153.
- **Kozul, Pedro (2020).** Instalación y supresión del primer gobierno municipal en Entre Ríos (Paraná, 1860–1862). *Historia Regional*. 23 (42), 1–18.
- **Mac Cann, William (1939).** *Viaje a caballo por las provincias argentinas*. Imprenta de Ferrari.
- **Mantegazza, Paolo (1916).** *Viajes por el Río de la Plata y el interior de la Confederación Argentina*. Imprenta y Casa Editora Coni Hermanos.
- **Massé, Biale (2010).** *Informe sobre el estado de la clase obrera en el interior de la República*. I. Ministerio de Trabajo de la Provincia de Buenos Aires.
- **Megías, Alicia (1992).** Los modos de hacer política en Santa Fe en la segunda mitad del s. XIX. Rosario, escenario y protagonistas, *Estudios Sociales* 3 (1), 107–130.
- **Megías, Alicia (2005).** Santa Fe estado y Región en el siglo XIX. Actas publicadas en X *Jornadas Interescuelas/Departamentos de Historia*. Universidad Nacional del Rosario.
- **Perkins, Guillermo (1864).** *Las colonias de Santa Fe. Su origen y progreso y actual situación. Con observaciones generales sobre la emigración a la República Argentina*. El Ferrocarril.
- **Saus, María Alejandra (2015)** Una fragua periférica. Urbanización y desarrollo barrial a partir de los Talleres Santa Fe Cambios, *Cuadernos Urbano. Espacio, Cultura, Sociedad* 19.
- **Sedran, Paula (2015).** Orden y moralidad en los discursos periodísticos: la valoración del «otro» en la región santafesina (1880–1915), *Boletín Americanista* 2, 171–186.
- **Sedran, Paula (2018).** *Moral y Orden: sentidos y prácticas en la transformación de los comportamientos públicos (Santa Fe, 1856–1890)*. Teseo.
- **Tornay, María Laura (2006).** Modelos asociativos y formas de sociabilidad en Santa Fe a fines de siglo XIX. Ponencia ante el III Congreso Nacional sobre Problemáticas Sociales Contemporáneas, Universidad Nacional del Litoral. Santa Fe.
- **Valentinuzzi de Pusetto, Lilia (1996).** *El barrio del Puerto*. Colmegna.
- **Zeballos, Estanislao (1883).** *La región del trigo*. Jacobo Peuser.

3. **Novedades y conflictos durante la era del progreso (1890-1930)***

Francisco Reyes

TRANSFORMACIONES (NO TAN) SILENCIOSAS DE UNA MODERNIDAD ALDEANA

En un relato notable por los detalles con que describe a sus protagonistas y sus acciones, Mateo Booz proyectó hacia 1930 en «Los regalos de Fred Devores» algunos elementos idiosincráticos que signarían por mucho tiempo a las caracterizaciones de la Santa Fe del cambio del siglo XIX al XX. El personaje principal, la viuda de una familia tradicional del litoral cuyos horarios estaban mojonados por las campanas de la iglesia del Carmen, encuentra que sus modestos recursos económicos no le impiden cumplir a ella y a sus hijas con las costumbres de la sociedad distinguida. Aseguraba que «los compromisos sociales no son en Santa Fe excesivamente costosos», pese a que consideraba desmesurado el pago por el nuevo asfalto que reemplazaba al viejo adoquinado.

Estas actividades podían ser la presentación en sociedad de las mujeres o los bailes en el Club del Orden en honor de una exposición rural; pero también citas en confiterías, paseos por las plazas o asistir a las funciones cinematográficas que ofrecían los varios cines de la ciudad. Para la viuda esto constituía una verdadera rutina ya que —confesaba— «no sé si existen otras

*. El autor agradece especialmente los aportes, trabajos y materiales provistos por Andrea Franco, María Josefina Duarte y Nicolás Benassi quienes hicieron posible completar el presente capítulo.

diversiones en las grandes ciudades, porque nunca he salido (...) del pueblo de mi nacimiento». Y mientras dos de sus hijas se habían casado con sendos comerciantes de Rosario, entendida por contraste como una ciudad signada por ese rubro, una tercera se relacionaba con un joven entrerriano estudiante de Derecho en la Universidad Nacional del Litoral, lo que da cuenta de la relevancia regional de la casa de estudios.

Sin embargo, el dato novedoso tiene que ver con el otro protagonista, el norteamericano Fred Devores. Empresario que vendría a representar el agente dinámico de la economía agroexportadora de la región circundante como propietario de una próspera fábrica de tanino en el norte provincial (uno de los tres principales productos que salían del puerto de ultramar de Santa Fe a inicios del siglo XX junto a los cereales y la madera). Devores es también referente involuntario de la importante ampliación urbana de la ciudad al vivir en un chalet en la recientemente abierta Avenida de los Siete Jefes (la popular Costanera), creada para conectar la capital con la villa de Guadalupe a inicios de los años 1920.

La figura del empresario agroexportador permite a Booz evidenciar otro dato ya instalado para la sociedad santafesina, al menos desde el 1900: el conflicto social producto de un tipo singular de economía en el contexto de lo que se conoce como la primera globalización capitalista. Cuando la viuda visita su estancia en Tartagal —«equipada con un lujo tan original como creo que no haya ninguna en Santa Fe»— no deja de observar sobresaltada, frente a las risas y los cigarros de los colegas de Devores que juegan al tenis y escuchan música en una ortofónica, a una cuadrilla de obreros. La descripción no es menos elocuente que las profundas diferencias de la era del progreso: «unos hombrones morenos y descalzos, con pollerines de arpillera, las cabezas ásperas y los bustos desnudos, espolvoreados de tanino». Estos serían los mismos hombres que poco después encabezan «una sublevación de obreros» —que puede asociarse a los hechos de La Forestal a inicios de la década de 1920 que se saldó con una dura represión— y terminan asesinando al industrial. La viuda se anoticia por las páginas del periódico *Nueva Época*, el más antiguo de la ciudad y, significativamente, en el que se había iniciado en el periodismo local el rosarino Miguel Ángel Correa (verdadero nombre de Mateo Booz) antes de recalar en la redacción de *El Litoral*.

Estos elementos muestran algunos contrastes de aquello que Darío Macor definiera para esa Santa Fe como una «modernidad aldeana». Una ciudad en plena modernización, al fin, pero diferente de la «gran aldea» porteña devenida en metrópolis sudamericana o a la «Barcelona» o «Chicago argentina», según se conociera a la pujante Rosario. Antes bien, la capital provincial

santafesina se configuró como una ciudad-Estado y un espacio urbano particular en el que los sujetos sociales y políticos que actuaban en sus marcos construyeron tramas que no parecían requerir el abandono abrupto de todos aquellos rasgos y señales previos de aldeanidad (Macor, 2014:251). Pese a las diferencias cualitativas y de escala con aquellas dos urbes paradigmáticas, solo una comparación histórica superficial puede minimizar la relevancia de las transformaciones acontecidas para la ciudad y sus alrededores en esos años, a tono con la era que le tocaba vivir.

El repaso de una serie de datos generales entre dos crisis de esa «era del progreso», la de 1890 y la de 1930, revelan rápidamente la magnitud de los cambios. De acuerdo con el primer Censo Provincial de 1887 la población de la ciudad de Santa Fe ascendía a 15 099 habitantes, de los cuales 10 574 eran de nacionalidad argentina y más de un tercio extranjeros (4525); en tanto Rosario contaba con 50 914 habitantes. Hacia el Segundo Censo Nacional de 1895 la capital provincial había aumentado su población en un 50 % (22 244) y Rosario casi había duplicado la propia (91 669); pero ya con el Censo Nacional de 1914 la población de la ciudad se había triplicado (65 769), arribando a 1928 —según el *Anuario Estadístico Municipal*— con 117 171 habitantes o unos 120 000 para todo el municipio (al sumar las localidades costeras de Colastiné y San José del Rincón).

Estos números gruesos arrojaban, para todo el período aquí comprendido, un gran salto poblacional a inicios de la década de 1890, que se estabilizó hasta los años 1920 en alrededor de 5%; así como una fluctuación estacional de la población de origen extranjero (28 % en 1907, 31 % en 1914 y 19 % en 1928) al calor de los ciclos de la economía agroexportadora que hacia la tercera década del siglo comenzaba a agotarse, lo que llevaba a las autoridades a plantear una progresiva «argentinización» de la ciudad. Todo ello permite calibrar hasta qué punto, al menos en términos cuantitativos, experimentó Santa Fe transformaciones que la alejaban de la aldeanidad decimonónica.

Por supuesto, siempre puede atenderse a otro indicador que salta a la vista incluso hoy día, como son ciertos lugares y edificios icónicos de la ciudad, para dar cuenta de lo que fueron esas décadas de cambio y prosperidad para los santafesinos (o, al menos, para algunos de ellos). En primer lugar, la mentada ciudad-Estado albergaba las autoridades provinciales. De allí que la nueva casa de gobierno de estilo francés encargada al arquitecto Francisco Ferrari —que reemplazó al viejo cabildo colonial en el centro cívico de la ciudad con la Plaza de Mayo como núcleo— pasó a formar parte del paisaje entre 1911 y 1917.

Sin embargo, el distinguido Teatro Municipal 1° de Mayo, construido entre las intendencias de Sixto Sandaza y Manuel Irigoyen (1903-1905) para

imponerse al más modesto Politeama, no resulta menos paradigmático de la ciudad que se consideraba cuna de la Constitución Nacional, firmada en esa fecha de 1853. Otro tanto puede decirse del puerto de ultramar, con implicancias que trascendían con mucho al ritmo de la cotidianeidad de sus habitantes o al reemplazo del viejo puerto de Colastiné. Iniciado luego de un convenio entre el gobierno nacional y el provincial en 1903, la obra encomendada por el gobernador Rodolfo Freyre se inauguró en octubre de 1910 y se constituyeron junto al puerto de Rosario en polos de la economía regional. Por otro lado, el puerto de ultramar se convertiría en una vidriera de las relaciones socioeconómicas y del conflicto entre capital y trabajo en la ciudad.

Otra mutación perdurable del ámbito urbano local fue la modernización edilicia y de obras públicas llevada a cabo durante las intendencias de Pedro Gómez Cello (futuro gobernador provincial) y del ingeniero José Urbano Aguirre (profesor del colegio Industrial). En el otoño de la economía agroexportadora, sobre todo la gestión del segundo no solo transformó la fisonomía de la ciudad, sino que además reveló la necesidad de las elites dirigentes santafesinas por atender a necesidades sociales producto del crecimiento de la vieja aldea. Así, la prensa local y también la nacional señalaban algunos hitos urbanos: el parque Garay, los paseos Oroño y Gálvez o avenidas como Alem y Córdoba para el tránsito comercial. De acuerdo con el periódico *Santa Fe*, el intendente se ocupó también de «la vida del trabajador de la zona suburbana», llevando a cabo el afirmado de caminos y la iluminación del ingreso a Santo Tomé, que benefició a los quinteros de la zona y abarató los costos de sus productos; la citada apertura de la avenida Siete Jefes como «una gran puerta al campo, hacia los jardines y oxígeno». Aguirre envió asimismo al Concejo Deliberante un proyecto de «casas baratas» para empleados y obreros, rasgo propio de los gobiernos de los años 1920 en distintas partes del país que promovieron políticas de asistencia social. Por otro lado, se extendieron la red de luz eléctrica y los desagües cloacales, bajo las dependencias de Administración Sanitaria, Obras Públicas y Usina Municipal y la financiación del Banco Municipal. Todo ello gracias a una progresión gradual de los ingresos de la Municipalidad en el primer lustro de la década, correspondientes a aumentos en la tasa municipal y comercial y al producto de loterías y quinielas, así como a empréstitos contraídos por la Municipalidad.¹

1. Santa Fe, 14 de julio de 1925; la repercusión en la prensa nacional se reproduce en La Acción (de Capital Federal), 10 de julio de 1925, que incluía en página completa fotografías de

Como eco de estas obras, el balance del Censo Municipal de 1923 resulta elocuente por su optimismo en relación con el pasado:

La ciudad después de más de dos siglos de vida precaria, inició un desenvolvimiento franco y firme hacia la prosperidad y engrandecimiento, revelando que nuevas y poderosas actividades obraban un proceso evolutivo precursor de un porvenir que hoy se halla asegurado definitivamente. La Municipalidad escollando generalmente en inconvenientes de orden económico, ha afrontado las exigencias emergentes de la intensa y vertiginosa expansión demográfica, iniciada hace aproximadamente treinta años, dotando a la ciudad de todos aquellos servicios y adelantos edilicios propios de las colectividades urbanas que constituyen un modelo en materia de organización sanitaria y mejorando en lo posible sus condiciones estéticas. (Martínez, 1924:33-34)

Este crecimiento y metamorfosis a inicios del siglo XX era materialmente palpable para propios y extraños en la capital provincial, pero existían otras referencias —cuantitativas y cualitativas— que dejan vislumbrar una sociedad dinamizada en distintos frentes. Esto tiene que ver con ese mundo diverso que era la prensa periódica, producto en sí mismo de la complejización de la sociedad y de la modernización tecnológica, y que configuraba algo así como la opinión pública ciudadana. De forma paradigmática, el mencionado *Nueva Época*, que perduró a lo largo de todo este período, se había fundado en 1886 en apoyo de la gobernación que respondía en Santa Fe al Partido Autonomista Nacional (PAN). El periódico podía considerarse en sus orígenes una publicación eminentemente política como otras que circulaban en el país y, en su primer editorial, aseguraba representar «los ideales de la nueva época administrativa, política y social que el gobierno del doctor Gálvez iniciara». Entre los directores y redactores de *Nueva Época* desfilaron en el cambio de siglo algunas figuras relevantes para las letras y la política capitalina, como su fundador, el escritor David Peña, luego el abogado y también historiador Ramón Lassaga, José Ignacio Llobet (intendente de la ciudad en 1893) y el prestigioso novelista Gustavo Martínez Zuviría (conocido por el seudónimo Hugo Wast), cuando el diario comenzó a asumir un perfil cercano al catolicismo.

Menos pervivencia tuvieron otras publicaciones periódicas políticas como *La Unión Cívica* (1890-1892), dirigida por los hermanos Carlos y José Gómez a inicios de la década de 1890 para oponerse al oficialismo provincial desde la agrupación homónima; el efímero *El Independiente* (1892), a cargo de Domingo

Plaza San Martín, de la Catedral y del edificio del Arzobispado, del teatro y el Banco Municipal, de la Casa de Gobierno y del mismo intendente Aguirre.

Silva, vocero de un sector político desprendido del autonomismo provincial que respondía a dirigentes de la familia Iriondo; *La Unión Provincial*, nacido para sostener una coalición política opositora a fines de 1893 y que sobrevivió algunos años más como sostén del gobernador José B. Irurraspe, nuevamente a cargo de Silva, para entonces figura destacada del oficialista Partido Popular. Hacia 1900 los radicales santafesinos hicieron oír su voz desde *La Opinión*, dirigido por Ovidio Molinas, y hacia 1910 también con *La Democracia*, mientras al año siguiente aparecía un diario más importante como *Santa Fe*, con Salvador Espinosa a la cabeza. Para 1918 aparecería el único diario que se mantiene hasta nuestros días, *El Litoral*, por iniciativa de Salvador Caputto y con la pretensión de representar no intereses específicos sino los de toda la comunidad (aunque ello no implicara dejar de tomar posición ante circunstancias concretas), en tanto que hacia fines de los años 1920 *El Orden* dio lugar a una apuesta de tipo más sensacionalista a tono con el llamado «nuevo periodismo» y pensado para una sociedad de masas (Mauro, 2006).

De todas formas, desde algunos años antes circulaban ya publicaciones de otro tenor, menos atentas a las novedades cotidianas que a la defensa de ciertas ideas y al debate público en una sociedad atravesada por diferencias y tensiones de nuevo tipo. Para 1904 los mencionados Lassaga, Ramón Doldán, Julio Busaniche y un joven Martínez Zuviría pusieron sus firmas en *Vida Intelectual. Revista quincenal de Literatura, Derecho y Ciencias*, con una sensibilidad entre el conservadurismo y el catolicismo social en ascenso. Mientras, al año siguiente, desde la vereda opuesta, el recientemente creado Centro de Libre Pensamiento a cargo de Raúl Villarroel publicaba el periódico *Espíritu Nuevo*, que fue reemplazado poco después por *El Liberal* (1915) para reaparecer como quincenario en 1918, cuando en el campo adversario Ramón Doldán desde los Círculos de Obreros Católicos de Santa Fe dirigía *El Amigo del Obrero*, que evidenciaba tanto trasfondos ideológicos como destinatarios sociales privilegiados (Mauro, 2010; Bertero, Pini y Vicentín, 2014). Al filo de la cuarta década del siglo el *Anuario Estadístico* municipal contabilizaba unos nada desdeñables 13 periódicos, entre los rubros comercial, información general u oficiales de alguna institución, tan variados como eclesiásticos, partidarios y de entidades como el *Boletín de Educación* o los *Anales del puerto de Santa Fe* (Municipalidad de Santa Fe, 1930:178).

LA CIUDAD EN EL ESPEJO DEL PASADO

En esas décadas de importantes transformaciones, la ciudad acompañó a nivel local procesos más generales que se estaban operando a nivel provincial y nacional. Por lo cual no debe sorprender que las miradas hacia el pasado —el más o menos remoto de su fundación o el más cercano de la etapa independiente hasta la llamada «organización nacional»— se vieran tamizadas ora por las esperanzas ora por los rencores y temores de sus elites. En todo eso tenía mucho que ver la incipiente construcción de un panteón de héroes a distintos niveles antes, entendidos como referentes para el presente. También jugó un papel destacado a nivel local la muy reciente escritura de las historias provinciales, que en muchos casos contradecían o matizaban los grandes relatos nacionales. Y, por último, un fenómeno que recubría a los anteriores desarrollado a ambos lados del Atlántico era el de las políticas de nacionalización de unas poblaciones —en el caso argentino y santafesino en particular— muy heterogéneas en su origen y composición, a través de ritos escolares, una pedagogía patriótica de estatuas y monumentos, así como de celebraciones y conmemoraciones de fechas patrias.

Si se tienen en cuenta las principales producciones de historiadores locales —pese a sus diferencias— dos nombres aparecen con protagonismo casi excluyente: los antes nombrados Ramón Lassaga y Manuel Cervera, sumándose luego José Luis Busaniche. Se trataba de miembros de esas elites en donde, por momentos, la actividad pública difícilmente permitía desligar la labor cultural e intelectual de la política. Por su parte, Lassaga era un curtido hombre público filiado originalmente en el liberalismo durante el gobierno de Nicasio Oroño que se adaptó a los cambios de finales del siglo XIX. Había ejercido como procurador en el Juzgado Federal de Santa Fe y pasado por diversos cargos electivos desde la década de 1880; fue presidente del Consejo Provincial de Educación y profesor de la Facultad de Derecho de la Universidad Provincial de Santa Fe, de la Universidad Nacional del Litoral y del Colegio Nacional. Por ejemplo, fue el encargado de la reseña histórica que acompañó el primer Censo Provincial de 1887, la sinopsis histórico-demográfica de la provincia para el segundo Censo Nacional de 1895 y al momento de su muerte, en 1921, era el único santafesino de la Junta de Historia y Numismática (futura Academia Nacional de la Historia). En momentos en que las provincias argentinas reconfiguraron las relaciones de fuerza en el país, Lassaga se abocó a la defensa del gran caudillo santafesino del siglo XIX que, a la vez, simbolizaba el poder de la capital provincial: el brigadier Estanislao López.

En su reconocida *Historia de López*, publicada a inicios de la década de 1880 —en una edición del gobierno— Lassaga partía de la Revolución de Mayo para analizar el proceso político en Santa Fe y el acenso de la figura del Brigadier. La obra estaba motivada por la refutación de lo que su autor denominaba una «falange de calumniadores» del caudillo local, a quien ubicaba en la estela de la «memoria de los grandes hombres» (Lassaga, 1881:4-5). Por eso, alguien como Domingo Silva lo consideraba un «cantor de la patria, viejo enamorado del terruño, para quien la patria chica es una religión», que cultivaba un «caluroso santafesinismo, rayano en chauvinismo glorioso» y privilegiaba el «canto épico» en sus narraciones históricas.² Años después publicó también en varios tomos su *Hombres notables de Santa Fe*, que apareció como folletín en el diario *Santa Fe*, así como una *Historia de Santa Fe* que el diario *La Nación* incluyó en su especial del Centenario de 1910.

Otra obra de Lassaga que compilaba diversos textos, *Tradiciones y recuerdos históricos* (1895), se focalizó en la ciudad colonial exaltando su lugar preeminente en la posterior historia nacional. En esa reivindicación de la capital provincial en los remotos orígenes nacionales, Lassaga comprendía así su fundación por Juan de Garay en 1573: «Fundóse así la Ciudad de Santa Fé en la Provincia de la Nueva Vizcaya destinada á ser por mucho tiempo la centinela avanzada contra la barbarie indígena (...) Como un oasis en medio del desierto sirvió de base para la fundación de Buenos Aires, la gran capital Argentina» (Lassaga, 1895:31). Su método histórico era apegado a los documentos pero se fundaba, sobre todo, en una tradición oral que reproducía un pasado mítico y entendía que «para rehacer su historia donde faltan pruebas escritas, hay necesidad de recurrir á la tradición transmitida á nuestros padres por sus lejanos ascendientes» (Lassaga, 1895:35 y 36-37).

En esa clave, Lassaga reivindicaba el papel de la Vera Cruz que habría signado de forma providencial la fundación de la ciudad, en donde la religión católica aparece como la civilización frente a la barbarie indígena (Lassaga, 1895:42). En otros capítulos comprendía a la «revolución municipal» de Santa Fe de 1577 y a la llamada «revolución de los siete jefes» de 1580 como actos «precursores de la independencia americana» en la que los criollos se habrían levantado contra las autoridades coloniales (Lassaga, 1895:103, 108 y 132).

Diferente era el tono y el método de un autor como Cervera, que pertenecía a una generación posterior, aunque al igual que en Lassaga adquiere preeminencia la ciudad colonial y de la posindependencia. Este abogado formado

2. *Santa Fe*, 1 de febrero de 1914.

en Buenos Aires, que a inicios del siglo XX actuaba como juez en el Superior Tribunal —dejada atrás su militancia juvenil en la Unión Cívica Radical (UCR)— y que llegaría a ser uno de los fundadores de la Junta Provincial de Estudios Históricos (1935), se basaba para su célebre *Historia de la ciudad y provincia de Santa Fe, 1573-1853* (1907) en las obras de alcance nacional de Bartolomé Mitre, Vicente Fidel López y Adolfo Saldías. A diferencia de su antecesor, Cervera pretendía efectuar una reconstrucción histórica lo más escrupulosa posible y apegada a una «continuada revisiones en los archivos públicos» (sic) que implicaba según él un «trabajo benedictino de revisión de papeluchos antiguos, de anotaciones diarias». Esta intención de una historia objetiva para el ámbito local y regional tenía como premisa para el historiador abreviar en la más general de la nación que se consolidaba en esos años, en el marco de un imaginario de su progreso presente y futuro: «Debe ser conocida con todos sus defectos y miserias, con todas sus contrariedades y caídas, en su incipiente creación y su posterior progreso, para apreciarla y quererla más y más» (Cervera, 1907, I:4 y 7).

En un relato que terminaba incluso más allá de la sanción de la Constitución Nacional, Cervera encontraba en la Revolución de Mayo y la posterior disgregación del poder central la emergencia de múltiples «Ciudades Provincias», entre las que ubicaba por supuesto a Santa Fe. Pero su singularidad radicaba más bien en pugnar en favor de la perdida unidad nacional en tiempos de divisiones. De todas maneras, el panorama presentado para el siglo XIX no es nada halagüeño: «La ciudad de Santa Fe, poco adelantó en este segundo período de su historia. Encerrada dentro de un pequeño radio, sus calles continuaron siendo el suplicio (...) Las continuadas guerras civiles e invasiones de indios, impedían los adelantos de una ciudad pobre» (Cervera, 1907, II:905). Solo con la inmigración, el crecimiento económico y el cambio de hábitos es que Cervera encuentra la senda del progreso para Santa Fe y su entorno, aunque tampoco dejaba de recelar en sus conclusiones de tinte regeneracionistas contra el falseamiento de las instituciones republicanas. Esta labor terminó cerrándose de alguna manera en la década de 1920 cuando, por intermedio del propio Cervera, el gobierno provincial de Enrique Mosca adquirió los documentos de las actas del Cabildo colonial de Santa Fe de manos de la viuda de Lassaga (Cervera, 1924:3-4). De esa manera, la llave de la historia de la ciudad comenzaba a dejar de estar en pocas manos.

Esto último podía advertirse en ese acontecimiento tan relevante para la ciudad como fue la inauguración de la estatua ecuestre de José de San Martín en la plaza homónima. Con la presencia del gobernador Freyre y del presidente Julio Roca, el acto de octubre de 1902 tenía mucho de clima autocelebratorio

de unas elites que encabezaban en distintos ámbitos a la capital provincial y los diarios destacaban en primera fila a miembros de las familias de la «alta sociedad». Como otros casos de estatuomanía de inicios del siglo XX en el país mediante los que se fue consolidando un panteón de héroes patrios, entre los 4000 manifestantes también desfilaron representantes de los tres poderes provinciales y comisiones de escuelas públicas³ que daban cuenta del interés de los diversos niveles estatales por fijar referencias en el pasado.

Por diversos motivos, más tiempo llevó la concreción del monumento dedicado al Brigadier López, ya establecido como casi único prócer local. El proyecto contaba con antecedentes que databan, al menos, desde 1886 con el centenario del nacimiento del caudillo, pero recién en 1925 una comisión apoyada por el gobernador Ricardo Aldao comenzó a reunir fondos a partir de un acto para el 25 de Mayo; fueron delegados los trabajos en los historiadores Félix Barreto y José Luis Busaniche. Este último publicaría en 1927 con fondos oficiales su *Monumento al Brigadier General Estanislao López. Antecedentes legislativos*, gracias a un subsidio aprobado por las cámaras legislativas de la provincia. Sin embargo, diferendos entre este historiador y el escultor a cargo dilataron la finalización hasta entrados los años 1940 (Micheletti, 2013; Carrizo y Giménez, en prensa).

Ahora bien, el acontecimiento por antonomasia que se ubica a medio camino en este recorrido histórico y que balizó la relación entre pasado, presente y futuro en la ciudad fue, como en buena parte del país, las celebraciones del Centenario de la Revolución de Mayo en 1910, a cargo en Santa Fe del intendente municipal Edmundo Rosas. La conmemoración demostró, por un lado, la importante presencia —y asimilación— de las principales comunidades inmigrantes, como la española y la italiana; la consolidación de una topografía simbólica de la urbe capitalina que anudaba diferentes espacios públicos e instituciones representativas, por otro lado; y, por último, el éxito de una política estatal (nacional, provincial y local) de nacionalización de masas en donde la entidad de la patria y sus próceres actuaba como amalgama de lo que, por debajo, eran profundas diferencias étnicas y sociales.

El repertorio festivo de la semana de Mayo incluyó todo tipo de iniciativas: la inauguración de placas conmemorativas donadas por españoles e italianos en las plazas San Martín y de Mayo; un «mitin magno» organizado por el Jockey Club que repartió 5000 escarapelas con la presencia de cónsules extranjeros, autoridades provinciales y locales, escuelas públicas y hasta

3. *Nueva Época*, 29 de octubre de 1902.

organizaciones obreras; «bailes populares» organizados por el club Gimnasia y Esgrima; una carrera de jóvenes nuevamente entre las plazas de Mayo y San Martín, a lo que se sumó la inauguración de una sala de lectura municipal en el Mercado Central; una importante presencia de las escuelas primarias y los colegios públicos secundarios (Nacional e Industrial) con discurso de Domingo Silva en plaza San Martín, colocación de flores en las tumbas del Brigadier López, José Amenábar y Francisco Seguí; también cantos del Himno Nacional por los escolares en esa plaza y la de España con discurso del historiador José Luis Busaniche.

Y, finalmente, los actos oficiales con iluminación blanca por la nueva Usina Municipal de electricidad en edificios públicos, bancos y asociaciones varias, Te Deum en la Catedral metropolitana con salvas al amanecer, «procesión cívica» en Plaza de Mayo, fuegos artificiales nocturnos en el puerto de ultramar en construcción y función de gala en el Teatro Municipal con autoridades, cónsules extranjeros y comisiones de asociaciones. Y, para coronar todo ello, el intendente Rosas promovió una ordenanza municipal —aprobada por el Concejo Deliberante— para «la designación de algunas calles que recuerden los hechos históricos de nuestros antepasados» en homenaje a la revolución de independencia, con nombre como 1º Junta, Santiago de Chile y Blandengues.⁴ Una ciudad en plena transformación urbana y social se celebraba a sí misma en el espejo de una nación próspera, pero también lo hacían sus «ciudadanos representativos» y asociaciones de diversa índole que demostraban un evidente protagonismo.

LO ALTO, LO BAJO... Y ENTRE MEDIO EN TIEMPOS DE CAMBIO

Lo cierto es que esos años de importantes transformaciones sociales fueron, por eso mismo, marco de cierta efervescencia en el activismo de todos los peldaños de la escala social. Esto se reflejó en la creación de diferentes tipos de asociaciones, tanto de las florecientes elites socioeconómicas de la ciudad (si se las comparaba con sus antecesoras del siglo XIX) como de unos sectores trabajadores diversificados a partir de la agroexportación portuaria y de las actividades urbanas. Como se dijo, estos fenómenos excedían a una ciudad como Santa Fe, que moduló a su manera los procesos de creciente distinción

4. *Nueva Época*, 19 y 20 de mayo de 1910.

social y las tensiones producto de un progreso que tenía grandes y pequeños ganadores, pero también sus perdedores.

Por un lado, se advierte una continuidad y una adaptación a nuevas pautas en una institución preexistente de la elite local como el Club del Orden. Caracterizado a inicios de la década de 1890 como «punto de cita de toda nuestra sociedad distinguida» al efectuarse en sus salones el bazar de la Sociedad de Beneficencia,⁵ una práctica en donde se destacaban las mujeres de las familias tradicionales, poco a poco el club se autoimpuso reforzar esa distinción. Por ejemplo, mediante la adquisición de un mobiliario más suntuoso o la sofisticación de sus famosos bailes —como al que asistiera Fred Devores—, al contar con nuevos servicios para los invitados y para la gastronomía. Todo lo cual tenía que ver con las transformaciones de la sociedad santafesina que acarrearón que la propia masa societaria de la institución se viera plagada de inmigrantes acomodados y de sus hijos, lo cual no obstaba para que sus comisiones directivas mantuvieran una presencia estable de elencos del patriciado local (Benassi, 2022).

Estas inquietudes no dejaban de estar a tono con ciertas críticas provenientes de voceros de la ciudad respecto de la falta de «cultura» de la «familias más pudientes retraídas continuamente en sus viviendas» o en la monotonía de «las prácticas religiosas en los templos o con las obligadas visitas». Justamente uno de los contrastes que solían presentarse con la más cosmopolita Rosario, lo que demandaba entrar «de lleno en las costumbres de los pueblos modernos». Reclamos que seguramente tuvieron que ver con la fundación en la década del 1900 del Club Social. Suerte de complemento modernizante del Club del Orden —ubicado también en calle San Martín—, estipulaba en su acta fundacional que podían formar parte «todas las personas, sin distinción de nacionalidades, ni de creencias políticas y religiosas, con tal que tengan una profesión conocida y que a la honradez y moralidad del socio y de su familia se una el buen comportamiento».⁶ Pocos años después, sus instalaciones contaban con sala de lectura, un espacio para damas, mesas de juego, tres mesas de billar, sala de esgrima y buffet.⁷ La tendencia hacia una mayor visibilidad de los altos rangos sociales estaba ya instalada a nivel nacional y en las principales ciudades del país, por ello en Santa Fe se replicó

5. *Nueva Época*, 29 de abril de 1892.

6. La primera cita corresponde a *Nueva Época*, 28 de febrero 1903; el Acta del Club Social se transcribe en *Unión Provincial*, 2 de octubre de 1903.

7. *Santa Fe*, 1 de febrero de 1914.

entre 1905 y 1913 la creación del Jockey Club. Cuando el precario hipódromo original fue destruido por vientos, se reinstaló en 1908 para albergar a los seguidores de un deporte hípico cada vez más popular en esos años, al mismo tiempo que se adquirió la sede del centro social del club en calle San Martín y visitada por el presidente Figueroa Alcorta.

Dentro de la misma órbita de las elites locales, otro sentido tuvo la existencia del Club Comercial fundado en 1884, con el futuro gobernador Ignacio Crespo como primer presidente. Esta institución actuaba como factor dinamizador de la actividad económica de la ciudad en sintonía con los intereses de las casas comerciales locales, ya sea repartiendo semillas de cereal, interviniendo en la construcción de nuevos ramales del ferrocarril, así como defendiendo sus tarifas ante las autoridades (Lloyd, 1911:605-613). El Club Comercial jugó un papel importante en la presión para la construcción del puerto de ultramar al constituir su presidente —el empresario agrícola José Maciá de la zona de Santo Tomé— una comisión que acompañó en 1903 al gobernador Freyre en su pedido al gobierno nacional.

No casualmente bajo el gobierno de Freyre se creó esa asociación que por excelencia pretendía representar los avances de la economía agrícola-ganadera, la Sociedad Rural de Santa Fe, que contaba con antecedentes en otras ciudades. La sede de exposiciones se instaló en Boulevard Gálvez y se colocó su piedra fundamental con representantes de autoridades nacionales, provinciales y municipales. En 1905 realizó la primera exposición-feria ganadera, agrícola e industrial y vio nutrir sus comisiones directivas con varios dirigentes locales de peso, como Ricardo Aldao (presidente en 1912, que lo había sido del Club del Orden entre 1898 y 1901 y gobernador provincial en 1924), José Gómez (presidente en 1913 y antiguo ministro de Instrucción Pública y Agricultura de Crespo en 1911) o el citado Cervera (secretario bajo Aldao) (Lloyd, 1911:604). Poco después, en 1912, la Bolsa de Comercio santafesina, que seguía el ejemplo de la de Rosario, terminó de completar la trama de asociaciones que nucleaban a los sectores propietarios de la ciudad; lo que en el caso de la Bolsa se tradujo en una cooperación de las casas exportadoras del puerto.

Como se advierte, las elites santafesinas eran lo suficientemente abiertas como para ir incorporando nuevos miembros pero también lo esperablemente restrictivas como para que sus cabezas ocuparan lugares preeminentes en distintos espacios. Para el final del período, algunas de sus asociaciones todavía mostraban toda su vigencia y exclusivismo, como el Club del Orden que contaba con 285 socios y la cuota societaria mensual más alta de todas (\$10), mientras que el Club Social había desaparecido; el Jockey Club sumaba más

socios pero con una cuota más modesta (\$5), en tanto la Bolsa de Comercio tenía una nutrida membresía de 440 socios con una cuota menor (\$3).⁸

Coetánea de la de las elites, la experiencia de las clases trabajadoras de la ciudad se reveló diferente en su articulación y, en gran medida, atada a los ciclos de agitación y protesta obrera propios de la economía agroexportadora. Como eco de un fenómeno de alcance mundial, Santa Fe también tuvo sus hitos en la materia. Según historizaba al año siguiente un periódico socialista, si el 1º de Mayo se celebró por primera vez en 1890 en muchas ciudades del mundo occidental el Día Internacional de los Trabajadores, lo propio ocurrió en Buenos Aires, y en la capital provincial se creó la Sociedad Internacional Obrera de Santa Fe. Para 1891 la fecha se consolidó con la celebración por parte de la filial local de la Federación Obrera que tenía sede en Capital Federal. Dicha asamblea de 350 trabajadores de la compañía del ferrocarril francés Five Lilles se concretó por varios años en el Jardín Recreo (en la intersección de las calles Catamarca y San José, en la periferia oeste de la ciudad), pero antes que reclamos exclusivamente gremiales, el principal orador y corresponsal del periódico porteño *El Obrero*, Teodoro Malrony Maloney, enfatizó en que el mejoramiento de las condiciones de vida de la «clase proletaria» era inseparable de su «acción política». No se conocen las dimensiones de estas primeras manifestaciones, pero el hecho de que la policía provincial prohibiera la de 1897 permite aventurar que ya tenían cierta notoriedad.⁹ Para entonces varios gremios locales habían comenzado a converger en organizaciones más abarcativas, como la Unión Tipográfica Santafesina y Anexos de 1896 (Duarte y Franco, 2019).

Este proceso se aceleró en los primeros años del 1900 al calor de las primeras huelgas generales en el país. En 1903 surgieron en el puerto de Colastiné, foco de las tensiones locales, dos agrupaciones con objetivos encontrados: la sociedad de socorros mutuos de Contratistas, Estibadores y Trabajadores, que pretendía arribar a una conciliación entre las partes con la dirección de compañías como La Forestal del Chaco y Crédito Territorial; y el Centro Obreros Unidos de Colastiné que entró rápidamente en huelga protestando por la falta de cumplimiento de los acuerdos salariales.¹⁰ Un espacio como el Centro de Estudios Sociales —que seguía ideas anarquistas— actuó como plataforma

8. Los datos de estas asociaciones y de las siguientes se extraen de Municipalidad de Santa Fe (1930).

9. *El Obrero*, 1 y 24 de mayo de 1891; *La Vanguardia*, 9 de mayo de 1897.

10. *Nueva Época*, 31 de marzo y 09 de abril de 1903.

para que 380 trabajadores de Santa Fe y Colastiné se plegaran a una huelga por la jornada laboral diaria de 8 horas decretada por la Federación Obrera de Buenos Aires y Rosario. Pero fue recién a fines de 1904 cuando apareció la mayor parte de los gremios en el local de la Federación Obrera de la ciudad en calle San Martín 431, con Fernando Torres como secretario y delegado en la Federación Obrera Regional Argentina: Artes Gráficas, Mozos y Cocineros, Albañiles, Talabarteros, Herreros, Carpinteros, Pintores, Cigarreros y Cigarreras, Alpargateros, Peluqueros, Adoquinadores y Fundidores, en tanto los trabajadores nucleados en los galpones del Ferrocarril Francés se organizaron como Oficios Varios.¹¹ El balance al que arribara *Nueva Época*, que bregaba entre la represión de la protesta y ciertas mejoras en las condiciones laborales para evitar las huelgas, era:

El obrero en Santa Fe es por regla general extranjero, y los pocos argentinos son la mayor parte forasteros: quiere decir que no tiene ningún arraigo y vinculaciones con nuestra sociedad cuya población obrera puede ser calificada de flotante... Se ve, pues, que el medio ambiente es propicio a la propaganda de ideas avanzadas, de intransigencia y aún de tumultos y desórdenes.¹²

Una institución creada expresamente para contrarrestar este avance de la agitación obrera y las ideas de izquierdas fueron los Círculos de Obreros Católicos que encabezara en Capital Federal el padre Federico Grote. Por eso, en el movido año 1904, en los salones del Colegio de la Inmaculada Concepción, Grote presidió la organización del Círculo local a cargo de Ramón Doldán, quien ese mismo año lanzara junto a Lassaga la revista de tendencia católica *Vida Intelectual*¹³ y después dirigiría *El Amigo del Obrero*. En gran medida, esta contraofensiva respondía a la pujanza de la iglesia santafesina que en 1900 logró instaurar el obispado en la ciudad a cargo de Juan Boneo y con la Virgen de Guadalupe como «titular» protectora.

Fue una década que vio sucederse algunos hitos para el catolicismo local, como la primera peregrinación oficial al santuario guadalupense y la creación de «comisiones vecinales» —con ramas masculina y femenina— en las parroquias para erigir el nuevo santuario. Para 1920 se formaron los comités de la Acción Católica Argentina presididos por Doldán —en consonancia con un fenómeno dirigido desde el Vaticano— que podían actuar políticamente

11. Entre otras fechas, *Nueva Época*, 31 de diciembre de 1903 y 20 de noviembre de 1904.

12. *Nueva Época*, 2 de diciembre de 1904.

13. *Nueva Época*, 21 de septiembre de 1904.

al movilizarse en oposición a la laicista constitución provincial de 1921 o coordinar la coronación de la Virgen de Guadalupe en 1928, que congregó a miles de personas en verdaderos actos de masas en la ciudad (Mauro, 2010).

Este acontecimiento que otorgó un singular protagonismo nacional a Santa Fe se produjo el mismo año en que la protesta obrera alcanzó su cénit a partir de la huelga portuaria de la Federación Obrera Marítima que respondía a la tendencia del sindicalismo revolucionario y se solidarizó con sus pares rosarinos. Un hito que se saldó con enfrentamientos entre huelguistas y rompehuelgas contratados por unas alarmadas clases propietarias nucleadas en la Bolsa de Comercio, seguidos de una fuerte represión, prisión y muerte de huelguistas. La resonancia de los hechos y un cortejo fúnebre de 3500 personas con apoyo de todo tipo de gremios y probablemente de parte de la población (Duarte, 2021) permiten asegurar que el panorama santafesino había cambiado mucho en esos años de crecimiento económico, pero también de desigualdad social y de ebullición ideológica.

Menos ruidosas, pero no menos importantes para el desarrollo de una cultura progresista y de izquierdas a nivel local, fueron otras asociaciones protagonistas de la vida pública santafesina. Por ejemplo, las ideas liberales y laicistas tuvieron un mojón con la constitución en 1889 de la Logia Armonía N° 99 por iniciativa del comerciante José Ignacio Caminos, sucediendo a ensayos previos. Los vínculos en pos de actividades filantrópicas, culturales y educativas se tejieron rápidamente con centros como el liberal Bernardino Rivadavia que hacia 1900 presidía el futuro gobernador Freyre, o con asociaciones étnicas como las italianas Roma Nostra (formada en 1895) y la de socorros mutuos Unione e Benevolenza.¹⁴ El carácter abierto de este conjunto, en el que destacaban inmigrantes pujantes, notables locales e intelectuales progresistas, podía incluir colaboraciones con la citada Federación Obrera en protesta contra la represión gubernamental o con la Sociedad Cosmopolita de Socorros Mutuos (fundada en 1893). Objetivos de largo aliento, como la creación de un colegio nacional en la ciudad que disputara la formación de las elites al colegio jesuita de la Inmaculada, se prolongaron entre 1899 y 1904, cuando Manuel Menchaca logró el apoyo de la Logia y de personalidades como Domingo Silva desde el Consejo Provincial de Educación de la gobernación de Freyre (Bertero, Pini y Vicentín, 2014:28-55). En ese clima cobró forma el Centro de Librepensamiento (1905), pensado por sus promotores Luis

14. Aquí no se analizará esta importante presencia en la ciudad, que puede consultarse en Tornay (2017).

Bonaparte —periodista de *Nueva Época*—, Raúl Villarroel y Menchaca, como un «centro intelectual» que aportara una biblioteca y una publicación para la difusión de sus ideas frente al notorio avance del clericalismo en la ciudad.¹⁵

Estas iniciativas se tradujeron, asimismo, en la piedra de toque de futuras instituciones fundamentales para Santa Fe, como la concreción de un Comité Pro-Universidad en una asamblea en la Sociedad Cosmopolita en junio de 1906 que actuó como tribuna de presión para la creación de la futura Universidad Nacional del Litoral (Piazzesi y Bacolla, 2015). Imbuida de una amplia cultura de izquierdas, una biblioteca como la Émile Zola se formó en 1912 mediante el esfuerzo de un grupo de obreros con sede en calle 25 de Mayo casi Suipacha. Unos años después, este foco de ideas tan contestatarias como ilustradas sumaba más de 100 socios y estantes con unos 500 volúmenes de todo tipo, era sede de reuniones por el 1º de Mayo y de múltiples charlas y actividades. Allí podían leerse desde las obras de Tolstói y Victor Hugo hasta Virgilio, Spencer y Renan, pasando por Sarmiento e Ingenieros, algo que permitía decir al cronista del diario *Santa Fe* que «el boato no es ciertamente la característica de esta institución modesta por excelencia, que funciona con un organismo sumamente sencillo y accesible al espíritu popular deseoso de sapiencia y perfeccionamiento intelectual».¹⁶ Con pocas décadas de diferencia, la ciudad de inicios del siglo XX gozaba de una vida asociativa y cultural pujante y plural, en donde estaban representadas una gran variedad de voces e ideologías.

Una forma de sociabilidad que originalmente se filiaba en la de las elites pero que luego fue adquiriendo un talante más inclusivo fue la de los clubes sociales y deportivos, entre los que se destacaron Gimnasia y Esgrima y Regatas. En efecto, ambas instituciones se perfilaron en la década de 1890 como iniciativas que demostraban vitalidad y modernidad de costumbres en la ciudad, aunque los bailes de sociedad en donde se destacaba lo selecto de la concurrencia fueron un dato recurrente en las crónicas de prensa.

En el caso de Gimnasia y Esgrima, cuyos estatutos datan de 1901, su primer presidente fue un protagonista de la vida pública santafesina, José Gómez, quien promovió la práctica de la esgrima (propia de los sectores sociales acomodados) y de la pelota-paleta. Ya en 1920 la popularidad del boxeo derivó en verdaderos «festivales pugilísticos» nocturnos en el club de las calles 4 de Enero y Juan de Garay. No obstante, la extensión de este deporte atrajo

15. *Nueva Época*, 02 de diciembre de 1904.

16. *Santa Fe*, 02 de octubre 1916.

entusiastas que los socios más tradicionales del club encontraban reñidos con «la moral y las buenas costumbres» ya que —según se comentaba a un diario— «desnudos completamente dan un feo espectáculo».¹⁷ Para ese entonces Gimnasia y Esgrima era un club que, con unos 500 socios y una cuota mensual de \$5, podía enorgullecerse de las instalaciones de mayor valor de la ciudad. Por su parte, Regatas se propuso seguir los pasos de sus análogos porteños al ubicarse en la costa de la laguna Setúbal cuando en 1909 se concretó su acta fundacional. Si bien en sus inicios se trataba —como muchas otras— de una institución exclusivamente masculina, con el correr de los años las mujeres, que ya asistían en familia o acompañando a remeros y nadadores, se sumaron a las actividades náuticas y a las competencias patrocinadas por el club y hacia la década de 1920 ya las tenía de carácter mixto. Con su emplazamiento privilegiado, las regatas resultaron muy atractivas para un público que las consideraba una fiesta social, como las que se celebraban por el Día del Estudiante acompañadas por bandas de música.¹⁸ Algo que explica que a fines de la década Regatas alcanzara más de 800 socios con una cuota similar a la de Gimnasia y Esgrima, dos clubes que animaron la vida social y deportiva de la ciudad en tiempos en que podía dejar de ser tildada de aburrida aldea.

LA VIDA POLÍTICA EN ESCALAS

Como en otras instancias antes recorridas, no toda actividad política en el marco de la ciudad era de carácter estrictamente municipal. En este sentido, Santa Fe fue protagonista de diversos acontecimientos relevantes en los niveles provincial y nacional que destacaban su calidad de ciudad-Estado. Además, esos sucesos revelan cómo en esas décadas la política dejó de estar referenciada casi exclusivamente en procesos locales y regionales para articularse con aquellas escalas, en ocasiones, superpuestas. Dicho esto, los espinosos asuntos de si el municipio era un espacio propio de la política o de la simple administración, así como las prerrogativas de los cuerpos y autoridades locales, continuaron presentes y fueron puestos a prueba por las sucesivas reformas constitucionales de la provincia en 1890, 1900 y 1921, al igual que por las Leyes Orgánicas de Municipalidades. Ello debido a que en la primera de las reformas se negó derechos electorales a los extranjeros en los comicios

17. *Santa Fe*, 5 de septiembre de 1922, 5 de diciembre de 1925 y 23 de marzo de 1926.

18. *Santa Fe*, 2 de octubre de 1916, 12 de octubre de 1920 y 22 de septiembre de 1921.

locales y se quitó a los vecinos el derecho de elegir al intendente municipal (designado por el Ejecutivo provincial); mientras que en 1900 se retrotrajo el derecho a votar de los extranjeros.

Por cierto, estas normativas desalentaban o volvían poco atractiva la compulsa municipal en el Concejo Deliberante. La norma fue la primacía de la fuerza de gobierno provincial que, en un contexto nacional de oligarquización, no enfrentaba una oposición consistente. Tanto que era usual que directamente no se presentaran otras fuerzas en elecciones conocidas como canónicas. En la década de 1890, con claro predominio del Partido Autonomista Santafesino, los voceros locales de opositora Unión Cívica llamaron a los vecinos a movilizarse para pedir la renuncia de un consejo inactivo. Envalentonados por la agitación a nivel nacional luego de la Revolución del Parque, los cívicos de la capital provincial fueron rápidamente silenciados al cerrarse su periódico y huir sus dirigentes, triunfando el oficialismo en la elección de tres ediles «sin que el más pequeño rastro de oposición haya ido a interrumpir la buen armonía de la elección».¹⁹ Para esos años, la ciudad contaba con cuatro secciones electorales (Norte, Sur, Este y Oeste) que se correspondían con otras tantas parroquias urbanas.

Pero un hecho resonante vino a sacudir a Santa Fe en julio de 1893. La revolución radical del 30 de julio encabezada por Mariano Candioti y desarrollada en todos los departamentos de la provincia se coronó con la toma del Cabildo, en el cual se plantó la bandera blanca y roja de la UCR, dando lugar de facto al llamado «gobierno de los 21 días». Este conflicto al interior de las elites políticas locales dejó durante años en la memoria el para algunos pintoresco y para otros amenazante desfile en la Plaza de Mayo de los tiradores venidos de las colonias vecinas. El alzamiento armado electrizó momentáneamente la política santafesina, pero anticipó cambios duraderos de la última década del siglo.

Cabe mencionar a los clubes políticos, que ya existían como tales pero que dinamizaron sus intervenciones en función de organizar a dirigencias y bases. En el caso del autonomismo el principal era el General López (nombre sugerente de la identidad local), en esos años comandado por el hombre fuerte del partido, Luciano Leiva, ministro que en 1892 aseguró la elección presidencial del Partido Autonomista Nacional en la ciudad y la suya propia como gobernador en 1894. El Club del Pueblo era un nucleamiento que venía de la etapa anterior como representante de la poderosa familia Iriondo y

19. *Nueva Época*, 3 y 31 de mayo de 1892.

que se escindió del autonomismo y mostró que los notables con trayectorias consolidadas fluctuaban entre sucesivos armados y coaliciones nacionales y provinciales al calor de los flujos y reflujos de una etapa inestable. En cuanto a la UCR, los nombramientos provisorios de nuevas autoridades policiales en la ciudad y la campaña rural favorecieron la instalación de sus cuatro clubes parroquiales con nombres de próceres nacionales y de líderes partidarios (San Martín, Rivadavia, Alem y Candiotti). En esos años los radicales disputaron la calle a los autonomistas, ambos con sus respectivas bandas de música y banderas identificatorias, y provocaron algunos choques (Reyes, 2010).

Pero el derecho de reunión no siempre fue respetado en la ciudad. Ya se vio que algunos trabajadores de Santa Fe se congregaban para festejar el 1º de Mayo, pero la Agrupación Socialista Obrera no obtuvo su permiso policial en 1895. De todas formas, las novedades estaban en curso y la Federación de Trabajadores de Santa Fe, cuyo local se situaba en calle Crespo, pudo adherir ese año al naciente Partido Socialista con sede en Capital Federal.²⁰ De esa manera, Santa Fe podía actuar como lejano eco de la Segunda Internacional creada en 1889. Con todo, la política local continuó en manos de los gobernantes provinciales gracias a mecanismos institucionales como el nombramiento de los intendentes y el control policial o por la capacidad más informal de cooptar a opositores y díscolos al incluirlos en sus listas a cargos electivos o en cargos públicos. Lo que se vislumbra con la apertura y la hegemonía producida por los gobiernos de Iturraspe y Freyre desde el nuevo Partido Popular, que incluyó a viejos autonomistas, iriondistas y radicales dispersos. Este último fue el caso de Marcial Candiotti a inicios del siglo XX, concejal y reorganizador de los clubes locales consecuencia de las crecientes divisiones de la cúpula oficialista.²¹

Pese a todo, la política santafesina no dejaba de tener su colorido. Las salas y teatros de la capital provincial —como el popular Politeama— solían engalanarse en ocasión de conmemoraciones y convenciones partidarias que podían albergar también a las mujeres de las «familias de gobierno» de la ciudad. Los radicales lo hicieron con bustos de sus líderes y banderas argentinas y rojiblancas al recordar su revolución; así como los populares apoyaron en 1903 la candidatura presidencial de Manuel Quintana con guirnaldas y retratos del presidente Roca, Iturraspe y Freyre.²² Ello no obstaba para que las decisiones

20. *La Vanguardia*, 25 de mayo y 13 de julio de 1895.

21. *Nueva Época*, 5 de febrero de 1904.

22. *Nueva Época*, 24 de noviembre de 1903.

de la política en clave notabiliar se tomaran en los espacios (semi)privados de los domicilios de sus dirigentes: la casa de Rafael Funes, vicepresidente del Partido Popular, el estudio jurídico frente a la Plaza de Mayo del radical Domingo Frugoni Zavala o la casa del terrateniente radical Ignacio Iturraspe.

Por supuesto, las manifestaciones públicas ofrecían otro rostro y se convirtieron en vistosas prácticas recurrentes de la política local en el cambio de siglo. En general, eran ciertas coyunturas de agitación más general las que acicateaban la movilización de voluntades, por ejemplo, cuando los radicales reunieron unas 2000 personas en 1893 en apoyo del «gobierno de los 21 días» trayendo en ferrocarril participantes de otras localidades cercanas. Sin dudas rutilante, en términos de presencia pública en la ciudad y de proyección nacional, fue la visita del líder de la UCR Hipólito Yrigoyen y el presidente de su Comité Nacional, José Crotto, quienes apoyaron en un acto y desfile masivos al candidato a gobernador partidario Manuel Menchaca en marzo de 1912.²³ Y cuando el Partido Socialista logró instalar un centro de forma permanente en la ciudad, los desfiles del 1º de Mayo se sucedieron en los años posteriores a la reforma electoral de 1912, con un trayecto que solía ir desde la Plaza España hasta la de Mayo. Con los socialistas podían colaborar (y a veces competir) militantes de la Federación Obrera —primero anarquista y luego sindicalista revolucionaria—, la Federación Estudiantil y algunos exponentes del librepensamiento, como Bonaparte, ya sea en favor de la educación laica, en apoyo a la Revolución Rusa o con críticas al militarismo en tiempos de la Primera Guerra Mundial.²⁴

Esas décadas de 1910 y 1920 presentaron ya un panorama político mucho más activo, con diversos partidos protagonistas en la ciudad, razón por la cual no fueron extraños los choques, por ejemplo, entre radicales y socialistas (1915) o con la policía que respondía al gobierno de la UCR provincial (1918). Al respecto, un hecho trascendente fueron las discusiones en la Legislatura con motivo de la reforma constitucional en 1921, instancia de confrontación ideológica que llevó a que los sectores liberales y progresistas (algunos de la UCR, otros del Partido Demócrata Progresista, la Federación Universitaria) midieran fuerzas en el mes de abril en las calles céntricas de la ciudad-Estado frente a sus oponentes clericales (radicales y miembros de la Acción Católica sostenidos por la Iglesia santafesina) (Mauro, 2010).

23. *Caras y Caretas*, 31 de marzo de 1912.

24. *La Vanguardia*, 2 de mayo de 1914, 2 de mayo de 1915 y 2 y 3 de mayo de 1917.

A otro nivel, con la Ley Sáenz Peña y una nueva Ley Orgánica de Municipalidades se ampliaron los marcos de la participación en la política doméstica, pero con la particularidad de que los comicios para concejales requerían el paso previo de inscripción al registro electoral municipal de los contribuyentes (nacionales o extranjeros) capacitados para votar. Esto podía dar lugar a irregularidades por la falta de control en las mesas, por un lado, o a que fuerzas locales se rigieran por lealtades que no necesariamente reproducían las provinciales y nacionales, por otro lado. El nivel local de la disputa tenía así una lógica específica. Sin ir más lejos, recién en 1918 el radicalismo (gobernante en la provincia desde 1912) desembarcó como tal en el Concejo Deliberante en un contexto de críticas a la gestión municipal y a los ediles por las finanzas de la ciudad y por el estado precario de una capital con rostro opaco. Este fue el marco de un conflicto entre el intendente y el Concejo al decretar el primer nulidad a las elecciones de concejales en 1918, lo que paralizó la actividad del cuerpo y recalentó lo que se conoció como la «cuestión comunal».

La tensión en el municipio tenía que ver con concepciones preexistentes (como la reflejada por las constituciones provinciales) sobre si la ciudad debía ser un espacio de gestión y administración de los asuntos públicos o uno más bien de disputa política que replicara los clivajes más generales de la democracia moderna. Un indicio de resolución fue la formación en 1919 de una nueva fuerza, la Unión Comunal, de la que formaban parte personalidades de relieve como el futuro intendente Aguirre y el director del diario *Santa Fe*. Los temas instalados por estos actores eran algunos de los más acuciantes para los vecinos, como el arreglo de caminos, la construcción y ampliación de plazas y la edificación urbana. Para el año siguiente, la cuestión comunal se destrabó durante la intendencia de Joaquín Rodríguez al encararse asuntos como el funcionamiento de la Usina Municipal de electricidad, la regulación de las ferias francas y, sobre todo, el saneamiento del presupuesto municipal.²⁵

Como se analizó al inicio del capítulo, la bonanza económica posterior a la crisis generada por la Primera Guerra Mundial y previa a la de 1930, junto a gestiones municipales prolíficas, permitieron modernizar el rostro de la ciudad. No obstante, la discusión de otra Ley Orgánica de Municipalidades en la segunda mitad de la década de 1920 volvió a tornar conflictiva la relación entre intendentes designados desde arriba y un Concejo electo. En especial, al reflotarse la vieja cuestión de la autonomía del municipio en un sistema

25. *Santa Fe*, 5 de marzo de 1918, 26 de noviembre de 1919 y 18 de marzo de 1920.

democrático. En una escala más arriba, las tensiones a raíz del mandato de los concejales entre el Poder Ejecutivo provincial y la Legislatura que promovió dicha ley Orgánica²⁶ terminaron por dejar en evidencia el carácter irresuelto de un tema que, por lo demás, se planteaba ahora en un clima más general cada vez más conflictivo y en el que asomaban tendencias reñidas con aquel mandato y legitimidad democráticos (Piazzesi, 2011).

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- **Benassi, Nicolás (2022).** El Club del Orden en Santa Fe ante la transformación de la sociedad (1853-1903), *Coordenadas* n° 9, vol. 1, pp. 20-40.
- **Bertero, Eliana, Pini, Valeria y Vicentín, Matías (2014).** *Logia Armonía. Masones y librepensadores en la esfera pública. Santa Fe, 1889-1921.* Ediciones UNL.
- **Carrizo, Bernardo y Giménez, Juan Cruz (en prensa).** Conmemoraciones y culturas políticas en la temprana democracia electoral (Santa Fe, 1912-1930), *Revista Páginas*.
- **Cervera, Manuel (1907).** Historia de la ciudad y provincia de Santa Fe, 1573-1853. Librería e Imprenta La Unión.
- **Cervera, Manuel (Recop.) (1924).** Actas del Cabildo colonial. Años de 1575 a 1595. Varios otros documentos históricos, t. I. Imprenta de la Provincia.
- **Duarte, María Josefina y Franco, Andrea (2019).** Una clasificación sobre las asociaciones y centrales de trabajadores de la ciudad de Santa Fe entre los años 1896/1928, *Historia Regional* N° 41, pp. 1-15.
- **Duarte, María Josefina (2021).** Trabajadores, patrones y Estado frente a la conflictividad laboral: la huelga de los trabajadores del Puerto de Santa Fe (1928), *Revista de Estudios Marítimos y Sociales* N° 19, pp. 176-203.
- **Lassaga, Ramón (1881).** *Historia de López.* Imprenta y Librería de Mayo.
- **Lassaga, Ramón (1896).** *Tradiciones y recuerdos históricos.* Peuser.
- **Lloyd, Reginald (1911).** *Impresiones de la República Argentina en el siglo veinte: su historia, gente, comercio, industria y riqueza.* Lloyd's Greater Britain Publishing Company.
- **Macor, Darío (2014).** Sociedad, ciudad y ciudadanía. Los fundamentos de lo político en el espacio provincial. Santa Fe, 1912-1946, *Revista de Historia*, n° 5, pp. 245-254.
- **Martínez, Tomás (1924).** *Censo Municipal de la Población de Santa Fe. Levantado el 29 de julio de 1923.* Talleres Gráficos La Unión.
- **Mauro, Diego (2006).** De la prensa de círculo a los albores de la prensa comercial. En Bonaudo, Marta (dir.). *La organización productiva y política del territorio provincial (1853-1912)*, t. VI, *Nueva Historia de Santa Fe. Prohistoria/La Capital*, pp. 149-168.
- **Mauro, Diego (2010).** *De los templos a las calles. Catolicismo, sociedad y política, Santa Fe, 1900-1937.* Ediciones UNL.
- **Micheletti, Mará Gabriela (2013).** Memoria local y política provincial en la celebración de un homenaje. La conmemoración del centenario de un caudillo federal en la Argentina decimonónica, *Memoria y Sociedad* n° 35, pp. 59-74.

26. Santa Fe, 4 de diciembre de 1926 y 26 de marzo de 1928.

- **Municipalidad de Santa Fe (1930).** *Anuario Estadístico de la ciudad de Santa Fe*, vol. XX, Año 1928. Talleres Gráficos La Unión.
- **Piazzesi, Susana (2011).** Santa Fe política (1910–1955). En Macor, Darío (Dir.). *Signos santafesinos en el Bicentenario*. Espacio Santa-fesino Ediciones.
- **Piazzesi, Susana y Bacolla, Natacha (2015).** *El reformismo entre dos siglos. Historias de la UNL*. Universidad Nacional del Litoral.
- **Reyes, Francisco (2010).** *Armas y política en la construcción de un partido: las revoluciones de la Unión Cívica Radical de 1893 y 1905 en Santa Fe*. Tesina de Licenciatura en Historia, Facultad de Humanidades y Ciencias de la Universidad Nacional del Litoral.
- **Tornay, María Laura (2017).** Una (temprana) sociedad en movimiento. Mutualistas, masones y otros públicos en el ciclo asociativo de entre-siglos, 1860–1930. En Vega, Natalia y Alonso, Luciano (Comps.) *Lugares de lo colectivo en la historia local. Asociaciones, trabajadores y estudiantes en la zona santafesina*. María Muratore.

4. **Entre la modernización conservadora y la experiencia peronista (1930-1955)**

Natacha Bacolla

DÉCADAS DE CAMBIO

La ciudad de Santa Fe hacia los años 30 presentaba un caleidoscopio de imágenes que si por un lado evocaba aquellas descripciones impresionistas contenidas en la novela *La ciudad de las losas y los sueños*, donde un joven Horacio Caillet Bois delineaba un paisaje urbano anclado en tradiciones, barrios «arqueológicos destinados a vegetar en los recuerdos del pasado», estos habían sido en no pocos sectores trasmutados por la alquimia de una expansión y renovación urbanística, un efervescente clima cultural y una agitada escena política. Cambios expresados en todas sus aristas en las reflexiones circulantes en *Líneas*, una efímera revista a medias política y a medias cultural, parte de los muchos emprendimientos editoriales iniciados en los años 1930. Allí su director, Frugoni Zavala, aseveraba que Santa Fe constituía «una ciudad moderna», que había dejado de lado los «temores y reatos que sus viejos medios creaban», siendo en gran parte atribuible dicha transformación a su actividad cultural e intelectual. Así, enumeraba:

Cuenta la urbe universitaria con buenos escritores, artistas en franca evolución hacia las mejores escuelas, publicistas en camino de alcanzar una merecida reputación en materias que atañen al derecho, la economía y las ciencias educacionales; ágiles periodistas y poetas ya consagrados por la crítica y el gusto de los públicos nativos. (...) La ciudad se interesa cada vez más por las cuestiones de índole crítica, y polémica suscitada por el intercambio de las ideas. (Frugoni Zavala, 1930:2)

Estas, por momentos, eufóricas aseveraciones convivían con nostálgicas rememoraciones y desplegaban las persistentes ambigüedades de esa «modernidad aldeana» capitalina. Como señalaba Frugoni Zavala el desarrollo de la Universidad del Litoral había tornado a Santa Fe en una ciudad no solo con una buena afluencia de estudiantes, sino que había impulsado en la vida local nuevas pautas de sociabilidad intelectual y cultural, a través de su instituto social o la organización de la delegación santafesina de la Sociedad Científica Argentina, que se adosaron a otros de larga trayectoria como la Biblioteca Zola o la Sociedad Cosmopolita (Bacolla, 2022). Aunque no menos se habían engrosado los circuitos más característicos de consumos propios de una cultura de masas —como por ejemplo la industria editorial, cinematográfica, musical, teatral y los espectáculos deportivos—. El propio entorno material de la ciudad había comenzado a transformarse con las novedades de sus equipamientos —como la electricidad, la telefonía o los nuevos medios de transporte, el tranvía eléctrico y el ómnibus—, la renovación de su silueta urbanística —tanto desde la arquitectura privada como la pública, o el diseño de sus espacios verdes—, así como la multiplicación de las vías de conexión con la región circundante.

Todas estas primicias de la década de 1930 y 1940 se erigieron sin embargo sobre un fondo compuesto por un paisaje social por momentos desconocido, incertidumbres económicas y un horizonte político no menos confuso —abierto por el quiebre de la «república verdadera»—. A la condensación de las transformaciones no tan silenciosas analizadas en el precedente capítulo, estos años de entreguerras asistieron a la mutación de muchos de sus supuestos.

Así, la crisis global desencadenada a finales de 1929 hizo evidente el fin del modelo de desarrollo económico de la Argentina moderna y dio paso a una sociedad que se irá transformando al ritmo de la industrialización, un Estado que progresivamente se dotará de instrumentos de intervención, y una crisis política que, a partir del golpe cívico militar que derrocó a Hipólito Yrigoyen el 6 de septiembre de 1930, dejó en suspenso por el resto de la década la democracia electoral, dando paso a una crisis de legitimidad que condujo a un nuevo golpe en 1943. El surgimiento del peronismo en este escenario constituyó una ruptura y a la vez una continuidad en las formas de hacer y entender la política que habían predominado. Por una parte, la línea de ruptura destaca el pasaje del antiguo liberalismo a un horizonte ideológico ordenado por la nación militar-católica. Por otra, en la continuidad se aprecia la capacidad del peronismo para construir su discurso capturando parcelas de diferentes idearios que, resignificados en una nueva constelación de argumentos,

aspiraban a construir una nueva mayoría electoral (Macor y Piazzesi, 2011; Macor y Bacolla, 2009).

Según el momento o el aspecto que prioricemos durante estos años, Santa Fe fue excepción o bien regla en estos procesos generales.

LA MATERIALIDAD DE LOS CAMBIOS: MODERNIZACIÓN EN UNA CAPITAL DE PROVINCIA

En términos económicos y demográficos la crisis global desatada en 1929 impactó de lleno en la provincia. Las dinámicas del mercado internacional generaron una profunda reestructuración del sector primario en la zona y fortalecieron el desarrollo ganadero por sobre el agrario, con las consiguientes consecuencias sociales en cuanto a la expulsión de mano de obra y arrendatarios ocupados en el sector. Así también presencié otras reconfiguraciones, como la expansión de la cuenca lechera en el centro oeste provincial y la incorporación de cultivos como el girasol, el arroz o el algodón en la zona norte afectada desde la década de 1920 por el declive de la industria taninera (Ascolani, 2011). Este cambio en la economía agraria mermó la demanda de jornaleros agrícolas, un buen número de los cuales circulaba entre la ciudad y la zona rural adyacente. El trabajo estacional se convirtió en subocupación, y un segmento importante estuvo desocupado de modo casi permanente durante la primera mitad de la década. La mendicidad creció en esos años, cuadro que pintaban los diarios locales al exponer que «a lo largo de las vías de los ferrocarriles, una masa de desocupados sufre el castigo y deambula por los campos en busca de un utópico sustento».¹ Junto a la mano de obra golondrina, los trabajadores portuarios fueron otro de los sectores más castigados en la capital santafesina. La asistencia e intervención estatal a escala provincial fue al principio precaria —ya que solo tardíamente logró impulsar su ocupación en obras públicas—, y recayó en el municipio la ayuda que evitó que la situación se convirtiera en una hambruna generalizada, con la organización de especies de campamentos y ollas populares.

Pero paralelamente impactaron los procesos de sustitución de importaciones iniciados como respuesta a las restricciones del contexto de la Gran Guerra y profundizadas luego de la segunda mitad de los años 1930 con la devaluación de la moneda, el aumento del proteccionismo económico y las

1. *El Orden*, 11 de abril de 1930, p. 2.

políticas industrializadoras. Entre 1935 y 1946 los puestos de trabajo en la industria a escala provincial se duplicaron: pasaron de 44 184 a 94 673 y llegaron en 1954 a unos 109 368. Estos procesos, si bien se evidenciaron en la ciudad capital, adquirieron menores proporciones que en Rosario, o en los departamentos del centro y sur. Los datos de los censos industriales realizados por el Estado nacional entre 1935 y 1954 ilustran con claridad estas diferencias. Para 1935, Santa Fe contaba con 564 establecimientos industriales que ocupaban 5522 obreros, mientras en Rosario se radicaban 1558 con una mano de obra que ascendía a 22 372. Las diferencias se profundizaron entre los datos censales de 1946 y 1954. El entramado industrial rosarino casi se duplicó en 1946, con 2987 establecimientos y 48 768 obreros, y alcanzó para 1954 las 7154 instalaciones fabriles con el empleo de una mano de obra ascendiente a 71 786. La ciudad de Santa Fe en los mismos registros arrojaba 993 instalaciones entre fábricas y talleres con 8765 obreros, que para 1954 se duplicaron con 16 191 empleados en el sector compuesto por 2090 emprendimientos. Cabe señalar, además, que durante el segundo gobierno peronista en la provincia, el gobernador Juan H. Caesar impulsó y logró sancionar en la legislatura el primer plan de fomento industrial que otorgó ventajas para la radicación de establecimientos en la zona comprendida a los lados de la ruta que unía Santa Fe con Esperanza; esto dio inicio a un proceso de radicación de empresas que modificó durante los años 1950 el paisaje de la zona de influencia de la capital provincial (Bacolla, 2003).

¿A qué rubros correspondían estas industrias instaladas en el área urbana santafesina? En su mayor parte estuvieron orientadas al consumo interno, tratándose de pequeños y medianos establecimientos, concentradas en la rama textil, alimenticia —con la expansión de algunos ya existentes como La técnica, dedicada a la producción láctea, Molinos Marconetti, o Lupotti y Franchino, a la molienda de harina, las cervecerías más antiguas como la Santa Fe y otras nuevas como la Schneider que inicia actividades en 1932—. También tuvieron un franco crecimiento los talleres productores de utensilios domésticos, como los de loza o metálicos (Frid, 2011:370-373).

Junto a los cambios de la estructura productiva, la correspondiente a los circuitos de comercialización se diversificó y se incorporaron nuevos rubros como bienes de consumo durable —entre los que se encontraban los aparatos de radiofonía y otros enseres domésticos, comercializadas por ejemplo por las tiendas La Liquidadora o Primicia—, las expendedoras de nafta —como Wico o la construida por el Automóvil Club Argentino— y la venta de automotores. A su vez, tal como puede constatarse en los espacios publicitarios de diarios como *El Litoral* o *El Orden*, la venta a crédito hizo su aparición en los comercios

de mayores dimensiones de la ciudad, como por ejemplo El Derby, Ciudad de Vigo o la instalación de sucursales de cadenas como Gath y Chaves.

El perfil demográfico de la ciudad mantuvo la estabilidad que había adquirido hacia los años 20. Por una parte, su crecimiento presentó leves variaciones a inicios de la década del 30 y finales de los años 40: para 1933 eran 134 629 habitantes, en 1938 alcanzó el número de 146 566 y, según el censo nacional, en 1947 sumaban 168 191 —menos de la mitad de población que la ciudad de Rosario, con 467 937—. ² Por otra parte, el alto porcentaje de nacidos en el país se mantuvo, con la interrupción de los flujos inmigratorios transnacionales masivos ya evidenciados desde la década precedente. Si bien la Argentina fue uno de los destinos de los exiliados españoles en el escenario de la guerra civil o de aquellos que se vieron obligados a emigrar ante la persecución de la que los hizo objeto el fascismo europeo, los contingentes arribados no tuvieron el peso de las corrientes inmigratorias de inicios del siglo. En el caso de la provincia de Santa Fe en su mayor parte se asentaron en sus centros urbanos; había entre ellos un número importante de intelectuales, científicos, artistas y militantes políticos, quienes no solo movilizaron las complejas filas del antifascismo local, sino también nutrieron los debates culturales y activaron el desarrollo de los espacios académicos santafesinos. Un ejemplo conocido en el escenario de la ciudad de Santa Fe, aunque no el único, fue el arribo del químico e historiador de la ciencia de origen italiano Aldo Mieli quien a partir de redes interpersonales y una estrategia institucional de inserción se incorporó a la Universidad del Litoral, al igual que Beppo Levi o Luis Jiménez de Asúa en la ciudad de Rosario (Bacolla, 2022).

Entre los años 30 y 40 otros indicadores develan una singular transformación. El crecimiento acelerado de las dos primeras décadas del siglo XX había dejado como saldo la expansión de una mancha urbana sin mayores acciones estatales. Así, durante los años 1928 y 1929 *El Orden* había publicado una serie de textos anónimos denominados «Cartas de un forastero en su ciudad» donde con sorna se describía esta falta de planificación. Por ejemplo, en torno a la «esquizofrénica expansión del asfalto», que si bien admiraba a este «forastero» en su regreso a Santa Fe por «la suavidad con que se deslizaba el coche en esa capa oscura, sin rugosidades, sin baches», pronto se convertía en descontento al internarse en la ciudad ya que según veía

2. *Anuario Estadístico Municipal 1933 y 1938; Censo 1947: Cuarto Censo General de La Nación*, Tomo 1, Ministerio de Asuntos Técnicos, Dirección Nacional del Servicio Estadístico. Buenos Aires: Kraft. 1952.

el asfalto ha sido echado en las calles con un criterio curioso. A veinte cuadras del centro hay cien metros asfaltados y luego continúan los barriales. O en pleno centro aparecen de improviso calles sin asfalto.³

Justamente fue la intendencia de Ignacio Costa (1928–1930) la que incorporó, no sin tensiones, algunos de estos aspectos en la agenda municipal. Son ejemplos la construcción de una usina eléctrica municipal, la apertura y pavimentación de avenidas, las mejoras del Parque Juan de Garay e incluso la construcción de casas baratas para empleados, como el conjunto emplazado en barrio Sunchales —en la manzana comprendida entre calles 3 de Febrero, Amenábar, Av. Freyre y San Lorenzo—. Todos aspectos que el diario *El Litoral* celebraba en su anuario de 1930 como una gestión de verdadero «orden y progreso».⁴

Sin embargo, más allá de sus distancias políticas como veremos más adelante, fueron las intendencias que tuvieron lugar entre 1932 y 1943 las que sellaron la transformación del perfil de la capital santafesina, acusando en parte recibo de los nuevos conceptos del urbanismo moderno y los debates sanitaristas. Durante las gestiones de Agustín Zapata Gollan (1932–1934) y de Manuel Menchaca (1934–1935) —la primera designada por el gobierno demócrata progresista de Luciano Molinas y la segunda electa por voto ciudadano en el breve período de autonomía municipal— se propuso un conjunto de proyectos que buscaron ordenar el crecimiento barrial y ampliar los espacios verdes de la ciudad. Paralelamente la renovación de la arquitectura pública escolar, impulsada desde la dirección provincial, tuvo un importante despliegue en la ciudad de la mano de jóvenes arquitectos que introdujeron las líneas racionalistas —como Salvador Bertuzzi y Carlos Navratil en los proyectos de las sedes de las escuelas Colón y Vicente López y Planes— (Müller, 2011).

Pero, sin lugar a dudas, los cambios más significativos tuvieron lugar durante las intendencias de lo que se denominó el «ciclo conservador», que se inició con la intervención federal al gobierno de Molinas, momento en que la instrumentación del fraude dio acceso a la gobernación a Manuel de Iriondo, proveniente de la antipersonalista UCR Santa Fe que formó parte de la coalición concordancista.

Por estos años, al derogarse la polémica constitución de 1921 y ponerse nuevamente en vigencia el texto de 1900, el gobierno municipal se retrotrajo

3. *El Orden*, 28 de mayo de 1928, p. 3

4. Anuario de *El litoral*, 1 de enero de 1930, p. 2.

a sus condiciones anteriores. En este marco el ejecutivo provincial designó en sucesivos períodos a Francisco Bobbio (1935–1941) y Hugo Freyre (1941–1943). En la ecuación que caracterizó al concordancismo, de fraude y obra pública, las mencionadas intendencias desplegaron una profusa transformación de la ciudad, sostenida en gran parte por el gobierno provincial residente en ella (Piazzesi, 2009).

En primer lugar, cabe mencionar el nuevo palacio municipal, sede aún hoy del gobierno de la ciudad, cuya arquitectura es significativa del movimiento de modernización de esos años. En 1941 el por entonces intendente, Hugo Freyre, presentó la solicitud de acuerdo con el Concejo Deliberante para llevar a cabo una ampliación del edificio, cuyo diseño respondía según el funcionario a «los requerimientos de una más ampliada y compleja tarea de administración». Estas obras se llevaron a cabo sobre los terrenos adyacentes donados por una familia tradicional de la ciudad, la de Paulina Tettamanti y Luis Bonazzola, y ejecutada por una firma santafesina reconocida como la de Ángel Stamatti. Si bien la primera etapa se concretó en 1942, el proyecto se finalizaría en 1945 —entre las breves intendencias asumidas por Horacio Caillet Bois primero y Álvaro González después—, en un contexto político muy diferente (Collado, Bertuzzi y Del Barco, 2013).

Estas intervenciones incluyeron también la construcción de sedes de nuevas agencias de la administración provincial, como el imponente edificio del Instituto de Experimentación y Fomento Agrícola Ganadero —hoy sede del Ministerio de Agricultura Ganadería—, o en otro registro, la ampliación de la sede del Museo Provincial de Bellas Artes Rosa Galisteo de Rodríguez.

Sin embargo la expansión de espacios verdes tuvo en términos comparativos un mayor impacto urbanístico y social. Las obras fueron numerosas en este rubro: el Parque Cívico del Sur, la finalización de las obras del parque Garay, el Oroño, el Juan B. Justo, el Simón de Iriondo o plazas que se convertirían en íconos de la ciudad como la Colón, con su palomar. A su vez este movimiento planteó la normalización de los nuevos barrios,⁵ con un activo movimiento vecinalista, y los integró a partir de un sistema circulatorio más o menos eficiente —comprendiendo los bulevares Gálvez y, su extensión, Pellegrini, y las avenidas Freyre, General López, Siete Jefes y López y Planes.

5. Según la ordenanza 3362/1934 además de la delimitación del barrio Sur, se sumaban: Barranquitas, Las Flores, Piquete, Los Hornos, Villa María Selva, Sargento Cabral, Guadalupe, San José del Rincón, Colastiné y Alto Verde.

En este sentido, en la pugna por una mayor influencia económica en la región numerosos proyectos fueron puestos en discusión. Por una parte, en lo que concierne a las vías fluviales se impulsó la ampliación del puerto de ultramar, la construcción de la aduana y se iniciaron las gestiones ante la Comisión de Elevadores de Granos para la construcción de una estación de Silos y Elevador terminal —proyectados hacia 1938 y que se inaugurará durante la gobernación del peronista Luis Cárcamo en 1952—. En cuanto al transporte y la expansión del parque automotor, además de la apertura de calles y extensión de asfaltado, y la ya mencionada incorporación de ómnibus en la conectividad urbana, ésta también se extendió como medio de conexión con otras ciudades —combinado con el sistema de balsas en el caso de Paraná—. Esta multiplicación impulsó hacia mediados de la década de 1930 su ordenamiento tanto municipal como provincial, en cuanto a habilitaciones de empresas y la instalación de una única estación terminal, que tuvo su primer y resistido emplazamiento en calle Mendoza y Av. 27 de Febrero para luego trasladarse a su lugar actual.

Como ha sido estudiado por varios especialistas, en este período se incorporaron también diversas obras viales significativas, desde el puente carretero Santa Fe-Santo Tomé, el control caminero adyacente en Boca de Tigre, así como proyectos de mejoramiento de rutas hacia Rosario, Esperanza, al norte y a la zona costera. Incluso el tránsito aéreo comenzó a ser objeto de atención; se concretó un aeródromo en Sauce Viejo a inicios de la década de 1940 que hacia 1955 finalmente se transformó en aeropuerto con la inauguración de instalaciones terminales y una nueva pista.

Las construcciones escolares mantuvieron un lugar destacado en esta transformación urbana durante el resto del período —entre las más significativas pueden mencionarse los edificios de las escuelas Juan Arzeno y Luis María Drago—. Con sus líneas modernistas contrastaron con otras realizadas por el Estado nacional, como las correspondientes a la Universidad del Litoral o el edificio de la Escuela Normal, que siguieron modelos neocoloniales. Pero también con las no pocas escuelas católicas que, a instancias del obispo Boneo primero y del arzobispo Fasolino después, se instalaron en los barrios santafesinos: como el colegio salesiano Don Bosco o, en los años 40, Nuestra Señora de Lourdes, la Escuela Verna, y otras que lograron incorporarse a la enseñanza oficial (Müller, 2011).

Otro tanto puede decirse de los equipamientos en salud. Las innovaciones en torno a las políticas sanitarias del período impusieron varias novedades que, si bien comenzaron con la sanción de la ley de sanidad durante el gobierno demoprogresista, se profundizaron en las gobernaciones conservadoras de

Iriondo y Argonz, cristalizadas finalmente en la creación del Ministerio de Salud Pública y Trabajo. Estas políticas implicaron un proceso de centralización provincial de capacidades que anteriormente habían sido de jurisdicción municipal, la provincialización de los efectores —incluso aquellos provistos por la Sociedad de Beneficencia— y la regulación del ejercicio de las profesiones de la salud. A la par se fue instalando una renovada visión de la propia ciencia médica, que ya no quedaba circunscripta al estudio de las enfermedades como un fenómeno escindido del contexto, sino que —definida como social— involucraba todo un conjunto de problemas: la alimentación, la vivienda, el trabajo, la vida sexual, el factor psíquico, el descanso, la educación y la ejercitación física. Esta perspectiva puso el acento en las acciones preventivas y el rol estatal en ella, de allí que incorporó sobre todo en las ciudades más grandes, como Santa Fe y Rosario, agencias no solo con mayor capacidad de control epidemiológico, sino también de asistencia social, supervisión bromatológica y control de condiciones de trabajo.

En este sentido varios cuadros profesionales que habían iniciado estas transformaciones a nivel del municipio de Santa Fe, como Abelardo Irigoyen Freyre que luego ocuparía la titularidad del ministerio provincial, fueron actores centrales en este proceso. Las huellas más vívidas de estas transformaciones institucionales en la ciudad capital pueden identificarse en los legados que la arquitectura sanitaria dejó en ella. Particularmente aquellas ejecutadas por la Dirección Provincial de Arquitectura e Ingeniería Sanitaria. Dicha sección, bajo la organización de Navratil e Hilario di Muro, concretó en la capital provincial, por ejemplo, el Hospital Psiquiátrico, el Instituto de Maternidad y Puericultura, y avanzó en la refuncionalización iniciada en 1936 del Hospital Policlínico Iturraspe (Bacolla y Parera, 2020; Bacolla, 2016).

Pero si la arquitectura pública dejó hacia los años 40 una nueva silueta urbana, la privada no se queda atrás, como remarcan las propias memorias municipales del período. Por una parte, se incorporó en Santa Fe la construcción de algunos edificios de altura que alteraron la horizontalidad del tejido base de cuadrícula española. Las nuevas construcciones de «superficies blancas de estilo moderno y abstracto, contrastaron con el paisaje de colores pardos adornados de un elaborado repertorio figurativo propio de los edificios de las décadas precedentes» (Acosta, 2008:125). Este estilo racionalista, aunque también avanzó en su predominio en las construcciones suburbanas, tuvo mayor preeminencia en bulevar Gálvez —con exponentes como la Casa Lupotti II o la Farmacia Pasteur—, y particularmente en la principal arteria comercial de la ciudad, calle San Martín (Acosta, 2008). Esta adquirió un notable dinamismo, con la transformación de fachadas y vidrieras al ritmo de

los ciclos de la moda y su renovación arquitectónica de la cual fueron ejemplo los edificios Rodríguez, La Continental y Primicias; así, aumentó el contraste con la tradicional zona sur de la ciudad o el barrio portuario con su «cosmopolitismo de fonda barata», como denunciaba *El Orden* a inicios de la década del 30. En este marco, como señala Acosta, «la calle San Martín cumple su tarea de —aparente— reconciliación». En su extremo sur jalonada por tradicionales casonas e instituciones, como el Jockey Club o el Club del Orden en camino hacia la Plaza de Mayo y el casco histórico; hacia el norte, con la extensión de casas comerciales, confiterías —como Las Delicias—, hoteles —como el Ritz— y el nuevo estilo arquitectónico del bulevar (Acosta, 2008).

Santa Fe confirma la hipótesis de Anahí Ballent (2009) respecto de que la disrupción en el estilo político que significó el peronismo no fue acompañada por un giro en el movimiento precedente de modernización del hábitat, por lo que se constata una suerte de redistribución de los beneficios de la urbanidad, más que la transformación radical de la ciudad. Como ejemplos de estas dinámicas en la capital provincial se destacaron, por una parte, obras viales que completaron las iniciadas en el ciclo conservador: las obras de defensa sobre el río Salado, que se proyectaron como articulación entre la cabeza del puente carretero Santo Tomé–Santa Fe hasta los elevadores del Puerto, concluidos a inicios de los '50. Otra obra significativa fue la prolongación de la avenida Costanera hasta Guadalupe, que no solo implicó el mejoramiento del acceso a la zona balnearia de la ciudad sino también a la Basílica de Guadalupe. En cuanto a la política habitacional, sostenida con los fondos provinciales de ayuda federal y los nacionales del Plan de Ayuda Social María Eva Duarte de Perón, se encuentran la construcción, bajo régimen del Banco Hipotecario Nacional, de grupos de viviendas en diversas ciudades de la provincia. En el caso de Santa Fe los más significativos fueron los complejos habitacionales 17 de Octubre y Presidente Perón. Estos se iniciarían con la gobernación de Hugo H. Caesar, y contemplaban un proyecto de urbanización integral con viviendas individuales, monoblocks de viviendas colectivas», parquizaciones y edificios públicos. Otro ejemplo en la capital santafesina fue el Barrio Evita, de estilo californiano, cuyo emplazamiento se proyectó en la zona noroeste de la ciudad, en conexión con la mencionada ampliación de la avenida Costanera al sur, al oeste con los terrenos y vías del ferrocarril General Belgrano y al norte con la calle Regis Martínez.

También data de este período la construcción del edificio propio del Museo Etnográfico provincial, ubicado sobre el parque Manuel Belgrano. El mismo se inició a fines de 1949 y se inauguró el 25 de mayo de 1952. En conexión con esto se sostuvo el apoyo a las excavaciones que Agustín Zapata Gollan

estaba llevando a cabo en Cayastá. En ese sentido se financió la extensión de la ruta de la costa que permitía el acceso al sitio arqueológico (Bacolla, 2003).

Si bien la arquitectura escolar peronista se desplegó con cierta moderación en la ciudad capital —un ejemplo es el edificio de la Escuela Mariano Moreno o los ligados a la nueva legislación sobre jardines de infantes y centros de educación física—, un dato nada desdeñable por su impacto social y político fue la instalación del Liceo Militar General Belgrano, inaugurado en 1948 en el barrio Las Flores.

VANGUARDIAS Y TRADICIONES: LA CIUDAD DE PAPEL E HISTORIA

Sobre las transformaciones materiales, los cambios operados en la sociedad ampliaron el universo de lectores y diversificaron la oferta del mundo impreso. En el campo específico de la prensa periódica, las décadas del 30 y del 40 mostraron un paisaje ambiguo en la capital de provincia. Por una parte se afianzaron empresas periodísticas de ribetes modernos iniciadas en la década anterior. El aún hoy circulante vespertino *El Litoral* —tal vez también por la ubicuidad de su horario de salida para una ciudad administrativa— logró consolidar, además de un perfil moderno, un campo de lectores con bastante independencia del combate partidario, aunque no ajeno al debate ideológico. El discurso del periódico, sostenido por las figuras de Vittori y Caputto, puso el acento en los elementos comunes de la tradición democrática-liberal, y en su nombre defendió sus posturas. Algunos ejemplos fueron significativos al respecto: abogando por la puesta en vigor de la constitución de 1921 durante el gobierno demócrata progresista, o más tarde confrontando a la intervención del nacionalismo integrista en la primera etapa del gobierno militar instalado en 1943 —particularmente ante la gestión de Bruno Genta en la UNL o las medidas tomadas por José María Rosa para la educación provincial—. Luego de las movilizaciones del 17 y 18 de octubre de 1945 y durante los años peronistas se colocó como una voz destacada de la oposición local —polémicas que le valieron clausuras temporarias o el racionamiento de papel— y en parte construyó una autocensura que por momentos lo confinaron a un «encierro parroquiano» (Macor, 2013).

El Litoral tuvo su principal competencia en un matutino más joven, el diario *El Orden*, que constituyó una apuesta de tipo más sensacionalista a tono con el llamado «nuevo periodismo» y pensado para una sociedad de masas. Dirigido hasta su cierre en 1955 por Alfredo Estrada, tuvo entre sus

columnistas figuras locales de peso como Francisco Magín Ferrer, Tomás Calle o Antonio Molinas, y entre sus colaboradores a Agustín Zapata Gollan, Rafael Bielsa u Horacio Caillet Bois. Pero a la par de estos autores compartidos con el vespertino o el uso de las pizarras con titulares en el frente de su sede, incorporó para ocasiones especiales transmisiones por altoparlantes, como el golpe de Estado de 1930, el de 1943, las movilizaciones del 17 y 18 de octubre de 1945 o ante las intervenciones que sufrió sucesivamente la provincia. En parte reacción al avance de los nuevos medios de comunicación, que como la radio hacía su aparición a pie firme en la ciudad, de la mano de la emisora Roca Soler —identificada con la radiofrecuencia LT 9 en los años 1940— y la radio de la UNL emergente de un ambicioso proyecto de su Instituto Social. Ante el peronismo, su postura también fue bien diferente; se pliega al nuevo movimiento político como otros diarios de la provincia, tal el caso de *Democracia* en la ciudad de Rosario (Damianovich, 2013; Macor e Iglesias, 1997).

Pero en este escenario debe decirse que algunos diarios nacidos y fortalecidos en los años previos en la lógica del combate político sostuvieron una nada desdeñable presencia. Es el caso del periódico *Santa Fe*, ligado a una facción del radicalismo —cuyos últimos números salieron en 1943—, u otro de menor circulación como *La Provincia*, tribuna del personalismo hasta los primeros años de la década de 1933, o *El Sol*, fundado por un exsecretario de redacción de *Santa Fe*, José Torralvo. Las iniciativas ligadas a los círculos católicos tampoco estuvieron ausentes: como *El debate*, que circuló en la primera mitad de los años 30, dirigido por el abogado católico inserto en los gremios portuarios, y luego primer gobernador por el peronismo, Waldino Suárez.

Pero sin dudas, dentro de la prensa católica el mayor impacto en el debate público lo provocó la aparición de *La Mañana*, fundado por iniciativa del arzobispo de Santa Fe, Nicolás Fasolino, en 1935 —aunque su propiedad correspondía a la Compañía Editorial de Publicaciones SA, con Antonio Rodríguez como editor responsable—. Se presentó, en palabras del discurso inaugural del doctor Manuel del Sastre, como «una prensa directora de conciencias, en estos momentos de honda perturbación espiritual» e «invencible custodia de las tradiciones de la sociedad». En 1941 pasó a llamarse *La Mañana de Santa Fe*. Con el apoyo de la Acción Católica inició en 1946 una cruzada contra la Unión Democrática, a la que acusó de reunir en su partido a los enemigos del catolicismo. No llegó a actuar en el enfrentamiento entre el peronismo y la Iglesia de 1954-1955, en el que Fasolino, inspirador de la experiencia periodística que vio su fin en 1949, se involucró profundamente (Quintana, 2009; Mauro, 2006).

El campo cultural santafesino en un sentido amplio compartió ese carácter transicional con los medios de la opinión pública. Si la renovada dinámica de la vanguardia santafesina daría lugar a varios experimentos —dialogando con la escena porteña y sobre todo con la rosarina, con la cual la unía no solo la cercanía sino también la universidad compartida— no es menos cierto que el costumbrismo y el regionalismo primaron en las formas artísticas y literarias. Como señala Ivana Splendiani, la temática de las obras combinaban la atención sobre tres elementos: el contexto natural de la ciudad, con sus ríos, lagunas y bañados; su patrimonio histórico; ambos fusionados con una posición crítica frente a problemas sociales como el hambre, la soledad y la pobreza (Splendiani, 2011). Similar tendencia encuentra Daniela Gauna en cuanto a los libros editados por sellos locales como la casa Castellvi —entre los que destacaron autores como Leopoldo Chizini Melo o Teófilo Madrejón— y también en la página cultural de *El Litoral*, tanto en los cuentos breves como en los poemas publicados. Estos análisis son confirmados por sus propios testigos, como señaló Juan José Saer en el prólogo a la obra *Filtraciones* de Hugo Gola:

en la ciudad de Santa Fe, donde vivíamos, la idea que se tenía de la poesía era más bien tradicional y a veces incluso trasnochada, con relentes de neoclasicismo e incluso de neopopulismo romántico. (Saer, 2004:7)

Si bien no fue hasta finales de 1950 que se produciría una renovación de las formas y el lenguaje del campo cultural santafesino, cabe señalar algunas experiencias tal vez híbridas que darían entrada a nuevas sensibilidades y experimentaciones. Entre ellas la fundación por un jovencísimo Fernando Birri de «El retablo de Maese Pedro» en diciembre de 1942, una compañía titiritera que realizaba representaciones en la ciudad, pero que tampoco rehuía a itinerar en los pueblos circundantes a la capital. Con el paso del tiempo, esta empresa se convirtió en referente para los jóvenes que se sumaban al campo cultural: tal es el caso de Francisco Urondo y de otros artistas como Jorge Planas Casas, Carlos Ragone, Miguel Brascó, Ricardo Supisiche, Enrique Estrada Bello, Gastón Gori o Leopoldo Chizzini Melo. También podemos mencionar como antecedentes el único número de la revista *Laberinto* —1948— en la que participó este cineasta junto a José Babini, Miguel Brascó, Oscar Tacca; o la revista *Espadalirio* animada entre otros por el mismo Birri, Leoncio Gianello, Miguel Brascó, José Rafael López Rosas, Gastón Gori, César López Claro, Leónidas Gambartes y León Lamouret. Se suman a estas iniciativas el Teatro Independiente de Arte en 1949 y la revista *Trimestral* un año después, ambos en el seno del Instituto Social de la Universidad Nacional del Litoral (Gori, 1967; Tosti, 2018; Gauna, 2020).

Modernidad y recuperación de tradiciones e historia parecieron ser para la Santa Fe de mediados del siglo XX dos caras de una misma moneda, como explícitamente indicó en su editorial al *Anuario* de 1940 el diario *El Litoral*: ubica en la ciudad de Santa Fe «llena de tradiciones y arraigado amor a lo circundante», frente al «sur más rico pero menos histórico», la tarea de «reconstruir (para la provincia) esa forma original, hecha pedazos por un afán demasiado inmediato y acucioso de bienestar y de progreso».⁶

En ese registro las décadas de entreguerras jugarían un rol fundamental en la invención de una tradición: la celebración del 15 de noviembre en tanto día fundacional de la ciudad. Como rememoraba Félix Barreto en 1943, no había que remontarse muy atrás en el tiempo para elogiar la recuperación de esta fecha para el calendario festivo de la ciudad. Tarea de la cual había sido partícipe, como responsable de las labores iniciales de organización del Archivo Histórico en 1923, bajo auspicio del gobierno de Mosca y apadrinado por el obispo Boneo, a pesar de las acusaciones que pesaron sobre su responsabilidad de «inventar fechas con fines políticos».

En esta crónica Barreto recuperaba la grandeza de las celebraciones por el 350 aniversario de fundación de la ciudad —que había contado desde memorables «fiestas venecianas en la laguna Setúbal» hasta acciones de beneficencia hacia «la clase desheredada de Santa Fe» que había tenido su «rayito de sol en forma de ropa y víveres en abundancia»—. ⁷ Andando la década la celebración se había cimentado y en 1936, durante la intervención que preparaba el camino a las elecciones amañadas por el concordancismo, se instituyó lo que se dio en llamar la «semana de Santa Fe», que reunía una serie de eventos no solo culturales o de beneficencia, sino también destinados a un amplio público: certámenes y concursos de carácter deportivo, social y cultural —en espejo con los iniciados en octubre de ese año en Rosario—. ⁸ Formato que persistió durante los años peronistas vinculados incluso a la naciente industria del turismo.

Por otra parte, fue por estas décadas cuando se consolidó un conjunto de instituciones vinculadas a la historia y sus combates. En 1935 inició sus actividades en la ciudad de Santa Fe el Centro de Estudios Históricos, transformado en 1938 en Junta de Estudios Históricos, particularmente referenciada en la Academia Nacional de la Historia —de reciente creación a partir de la Junta de

6. *El Litoral*, 1 de enero de 1940, p. 2.

7. *El Litoral*, 14 de noviembre de 1943, p. 5.

8. *El Orden*, 11 de octubre de 1936, p. 3.

Historia y Numismática Americana— (Coudannes, 2009; Tedeschi, 2005). Sus miembros fundadores fueron figuras ya consagradas en los círculos culturales —como los mencionados Manuel Cervera, Félix Barreto o José María Funes—, también algunos de ellos en las aulas de la Universidad del Litoral, en las cuales no pocos se habían formado —tal el caso de Salvador Dana Montagno, Ángel Caballero Martín, Julio A. y José Carmelo Busaniche, Leoncio Gianello o Luis Alberto Candiotti—, y figuras clave del poder político y eclesiástico —el propio arzobispo Fasolino, Armando Antille, José María Rosa, y hasta la membresía honoraria de los gobernadores concordancistas Iriondo y Argonz—. Fundada con una expresa «perspectiva patriótica y católica»,⁹ quienes participaron también de los emprendimientos formaron parte de las redes de las mismas familias tradicionales santafesinas, con pertenencias partidarias diversas pero que en todo caso tuvieron lugares destacados en la política provincial y local —en ese juego de doble escala de la «ciudad-Estado»—. Si en otros escenarios, como la prensa, sus miembros confrontaron en una abierta puja entre una tradición política liberal conservadora y otra nacionalista, este combate dejó pocas huellas en sus actuaciones institucionales debido al control simbólico que ejercieron el Estado y la Iglesia (Coudannes, 2009).

Una de sus expresiones iniciales fueron las tareas promovidas durante las jornadas en homenaje a Estanislao López al cumplirse 100 años de su fallecimiento (Tedeschi, 2005). Ese año 1938 vería la luz otro instituto, el de Estudios Federalistas, que se unió a las tendencias revisionistas de la historiografía consolidada en las matrices liberales. Del mismo participaron no pocos miembros de la Junta, como Rosa, Candiotti y Paredes.

Estas instituciones emprendieron una tarea sistemática de recuperación de la historia local y sus contribuciones a la construcción nacional; no solo en torno a la figura de López —militando por su controvertido monumento— sino también de la revalorización de la ciudad como «cuna constituyente»; colaboraron en la institucionalización del feriado municipal del 15 de noviembre, de la ya mencionada Semana de Santa Fe o de la restitución del 30 de septiembre —día de su patrono, San Jerónimo— que había quedado sin efecto durante el gobierno demoprogresista (Coudannes, 2009; Damianovich, 2007).

Durante el ciclo conservador otras acciones vinieron a fortalecer espacios institucionales ligados a la construcción histórica. Uno de ellos fue, bajo el auspicio de Juan Mantovani como ministro de Instrucción Pública, el encargo a Agustín Zapata Gollan del estudio y la recopilación de los antecedentes

9. «Presentación» en *Revista de la Junta de Estudios Históricos*, Santa Fe, 1936, Tomo I, p. 5.

históricos de la provincia de Santa Fe, en forma paralela a la tarea que venían realizando los hombres de la Junta y del Archivo. Como ya se ha dicho, Zapata Gollan había concentrado su trabajo en los estudios sobre los indígenas, la conquista y la colonización, por los cuales acumulaba reconocimiento de figuras clave del creciente campo historiográfico nacional. Como parte del respaldo que recibió del gobierno provincial, en 1940 se creó y puso a su cargo el Departamento de Estudios Etnográficos y Coloniales, que se integró al recientemente constituido Museo Histórico Provincial. Este apoyo continuará durante las gestiones peronistas, como se mencionó, con los inicios en 1949 de las excavaciones arqueológicas del sitio identificado en Cayastá como el viejo asentamiento de Santa Fe. Su consagración tendría lugar en 1952 con la aprobación por unanimidad en la Academia Nacional de la Historia del informe de los académicos de número —Guillermo Furlong y Raúl A. Molina— que dictaminaron a favor de los estudios del santafesino frente a quienes habían puesto en duda su veracidad.

Más allá de estas continuidades, las luchas entre liberales, nacionalistas y revisionistas, como también la discordancia entre el quehacer historiográfico en las aulas universitarias y las instituciones mencionadas, se profundizaron durante los gobiernos integristas instalados en la provincia luego del golpe, entre 1943 y 1944, y reaparecerían en los años siguientes.

SANTA FE EN LA ARGENTINA DE MASAS: TRANSFORMACIONES SOCIALES Y HORIZONTES DE LA POLÍTICA NACIONAL EN ESCALA MUNICIPAL

Hacia 1955 la ciudad se parecía muy poco al paisaje que había ofrecido en los inicios de la década del 30. Lo mismo puede decirse de las texturas de lo social y lo político. La consolidación de nuevos sectores asociados con las novedades urbanas del mundo del trabajo pero también de las clases medias, la formación de un tejido social complejo a partir de asociaciones, bibliotecas, mutuales, sindicatos, corporaciones patronales, la universidad, la sociabilidad católica e incluso del consumo, sostuvieron una relativa democratización del espacio público y de la vida política que a pesar del quiebre institucional producido por el golpe de 1930 se aceleraron en el período en varios registros. En primer lugar, como vimos al inicio de este capítulo, Santa Fe vio crecer su población en modo constante por estos años sin perder su característica de ciudad comercial y burocrática, aunque esa preponderancia de las actividades terciarias fuera acompañada por un incipiente crecimiento industrial. De allí

que siguieran sosteniendo su centralidad las corporaciones patronales referenciadas en el comercio y el sector primario —a las que solo marginalmente se sumó la Federación Económica a finales de 1940.

Dentro del movimiento obrero local sucedió otro tanto, con el persistente liderazgo de los gremios ferroviarios, tranviarios y portuarios —de larga tradición de lucha y organización en la ciudad—. A pesar del intento de ordenamiento de dicho universo que significaron las políticas laborales de los años 30 —cuyo epítome sería la Federación Santafesina del Trabajo— y las acciones represivas para sus referentes de izquierda, el fraccionamiento político caracterizó al gremialismo local hasta la llegada del peronismo. Dentro del mismo, se sostuvo una activa presencia de las organizaciones sindicalistas vinculadas a la Confederación General del Trabajo (CGT), las católicas —fortalecidas en los años 30—, la socialista, en segundo plano anarquista y muy marginalmente —a diferencia de Rosario— comunista. La gravitación de esta última se aquilataría con la reorganización de la Unión Gremial Obrera Local, opositora a los gobiernos interventores que se sucedieron en Santa Fe luego del golpe de 1943, pasando a tener un peso nada desdeñable en algunos rubros de actividad —maderera, metalúrgica, construcción, transporte, molinos, prensa, artes gráficas (Macor, 1993).

Por fuera de esta organización, se activaría un universo sindical fragmentado —notablemente compuesto por ferroviarios, telefónicos, portuarios, lácteos, cerveceros, cerámicos— que iría ganando protagonismo y localmente lideraría las más aldeanas que obreras jornadas del 17 y 18 de octubre en 1945. Se construye, posteriormente, la columna vertebral de la CGT local y —junto al activo sur provincial— parte de los cuadros partidarios en los años peronistas, fruto de los roles políticos que asumirían las delegaciones regionales de la Secretaría de Trabajo y Previsión. Como ha dejado claro Darío Macor, «en un universo como el santafesino, donde la industrialización apenas se insinúa, los actores gubernamentales tendrán una gravitación fundamental», ordenando una convergencia de tradiciones —derivadas del nacionalismo, el catolicismo, el laborismo y una fracción del radicalismo local— para construir una nueva identidad política poco anclada, en esos primeros momentos, en la clase. Como lo hizo evidente el orden de la manifestación del 17 de octubre de 1945 que, pasando juiciosa frente al Jockey Club y el Club del Orden, solo se verá interrumpida por las agresiones a la Universidad y al diario *El Litoral* (Macor, 1993:76).

La incidencia de las políticas del Estado provincial a nivel de municipio había dejado otras huellas en los años previos. Como destacó *El Litoral* hacia 1940 —en los tradicionales balances presentados en sus anuarios— un

segundo aspecto emergente de esta metamorfosis capitalina era el número y la densidad de sociedades vecinales. El Estado provincial y el municipio reconocieron la acción de estas asociaciones y sus federaciones. No otro significado tuvieron las ordenanzas que les concedieron el derecho de actuar, por medio de delegados, ante algunas comisiones del Concejo Deliberante.¹⁰

Como en diversas oportunidades fuera señalado para el caso porteño, cada barrio construyó, además, sobre una composición social fracturada, nuevos lazos de sociabilidad. Expresión de este movimiento, paralelamente al vecinalismo, fue el crecimiento notable de entidades relacionadas con el uso del tiempo libre, como por ejemplo los clubes sociales y deportivos, los que, desde un registro diferente, antes que contradecir confirmaron la tendencia a la atomización de las representaciones (Piazzesi, 2009).

Junto a la pervivencia de espacios que habían surgido en relación con el mundo del trabajo —como los clubes ferroviarios— o aquellos vinculados a la sociabilidad étnica —por ejemplo, el Círculo Italiano, Club Alemán, Prado Español o el Centro Gallego—, los barrios se poblaron de otros, fuertemente ligados a ese espíritu territorial y más plebeyo, que ofrecieron ámbitos para la práctica deportiva pero también para la sociabilidad de los bailes juveniles o las orquestas típicas —como el Club vecinal República del Sur o del Oeste, Sargento Cabral, Villa María Selva o Sportivo Guadalupe—. La industria cultural hizo también su despliegue más despersonalizado y transversal, con la expansión de las salas cinematográficas, por ejemplo, que comienzan a competir a paso firme a otras expresiones, como el teatro.¹¹

Sobre estas novedades no debe dejarse de mencionar una continuidad de los clubes de elite surgidos en las décadas previas, que como el ya mencionado Jockey Club o el casi centenario Club del Orden conciliaban sus funciones en torno al ocio pero también al debate político —que incluso en 1943 había sido teatro de intrigas durante la visita del entonces presidente Castillo en torno a la fórmula que disputaría el escenario electoral, y que tenía a Iriondo como uno de sus principales aspirantes.¹²

10. *Digesto Municipal*, OM 3727/1939.

11. En el mismo anuario de 1940 se mencionan 11 cines y se resalta la accesibilidad de sus entradas (que rondan un promedio de 30 centavos): Cine Mayo (25 de Mayo 3248); Gran Cine Moderno (Junín 2457); Cine Colón (Rivadavia 2875); Cine San Martín (San Martín esquina Corrientes); Cine Urquiza (Urquiza 2138); Cine Esperancino (Bv. Gálvez 1879); Cine Avenida (Av. Freyre 2551); Cine Apolo (Obispo Gelabert 3363); Cine Belgrano (San Jerónimo y Rosario); Cine Dorée (San Jerónimo y 1º Junta); Casa Social. Se menciona también la obra en construcción del Cine Roma (San Jerónimo 2673).

12. *El Litoral*, 03 de mayo de 1943, p.4.

La «nación católica» no se quedó atrás en la movilización de multitudes en la ciudad capital; desde 1934 fue convertida en sede de un arzobispado con la firme dirección de Nicolás Fasolino, y logró incluso en 1940 que la diócesis de Santa Fe fuera escenario del Congreso Eucarístico Nacional (Mauro, 2017). A lo largo de estas décadas la iglesia multiplicaría sus intervenciones —más allá de su enfrentamiento con Molinas o la sintonía con sus sucesores—, a través de la Acción Católica, los círculos obreros, una prensa propia —entre la que destacó el ya mencionado *La Mañana*— y la consolidación de la devoción a la Virgen de Guadalupe expresada cada abril en procesión y festejos, aun en el auge de las movilizaciones peronistas (Mauro, 2020).

En tercer término, otro escenario de transformación tuvo lugar en torno a los deportes donde a escala nacional y global se daría por estos años un doble proceso del cual Santa Fe no estaría exenta: de profesionalización y de conversión en política de Estado. Si bien estos cambios comenzaron durante «el ciclo conservador» —vinculado a las inquietudes sanitaristas y eugenésicas, pero también de control de iniciativas populares— sería con la llegada del peronismo que esta tendencia se profundizaría, con un impulso más masivo del deporte, tanto recreativo como de alto rendimiento, iniciando una verdadera revolución que involucró eventos de escala, gran representación olímpica y una verdadera popularización del deporte, principalmente del fútbol (Alabarces, 2002).

Estas dinámicas no estuvieron ausentes en Santa Fe. Desde los tempranos años 30, un ejemplo fue la conformación de la Liga Santafesina de Fútbol en 1931, y el crecimiento de tres clubes ya arraigados en las identidades colectivas de la ciudad: Colón, Unión y Gimnasia y Esgrima. Otros deportes relacionados con su entorno fluvial tuvieron una difusión y respaldo en forma coincidente: el waterpolo —con el liderazgo del Club Regatas— y la natación de mano de la figura de Pedro Candiotti, que impulsaría incluso hacia 1938 la creación del Club El Quillá —enclavado en el escenario del Barrio Sur.¹³

Pero la política deportiva del peronismo, que apuntaba a ampliar el acceso a todo tipo de actividades desde la infancia, fue sin embargo un parteaguas. A nivel local impactó en varios registros: desde los Campeonatos Evita que involucraron amplios contingentes juveniles de la ciudad, hasta los respaldos estatales que tuvieron como resultado la construcción de infraestructura que permitieron a los dos principales clubes de fútbol santafesinos incorporarse

13. Anuario de *El Litoral*, 01 de enero de 1940, p.4. También se destacaba en el racconto del periódico, la creación del Yacht Club a la vera de la Laguna Setúbal en 1936.

en el torneo nacional. Así permanecerían en los relatos populares, la imagen de Eva Duarte dando el primer puntapié de un «clásico», el 7 de diciembre de 1947, en la cancha de Colón junto con el anuncio de un subsidio destinado a modernizarlo o la inclusión en el segundo plan quinquenal de las que correspondieron al estadio de su rival, Unión.¹⁴ Los espacios de producción de la política se ampliaron en estos registros de sociabilidad, más allá de los comités, las nuevas «unidades básicas» o las acciones de las «delegadas censistas» que incorporaron plenamente a las mujeres a la política electoral.

Finalmente, estas nuevas dinámicas reponen la complejidad de lo político en el municipio. Por una parte, dieron vigor a un debate que venía desde la construcción nacional y se había reavivado con las discusiones en torno al reformismo liberal: si el municipio era un espacio propio de la política o de la simple administración, así como las prerrogativas de los cuerpos y autoridades locales. Como ya hemos adelantado, el gobierno de la ciudad fue puesto a prueba en estas querellas, en el marco de una crisis política irresuelta desde el golpe de 1930, cuyas respuestas oscilaron casi entre extremos. En uno de ellos se ubicó la breve autonomía que durante el gobierno demócrata progresista le otorgó la puesta en vigencia de la liberal constitución de 1921, habilitando no solo la elección de las autoridades municipales por voto ciudadano, incluido el femenino, sino también la convocatoria a asambleas constituyentes locales, que en 1933 dictaron tanto en Rosario como en Santa Fe sendas cartas orgánicas. Bajo este marco legal sería electo Menchaca, desoyendo las directivas abstencionistas de su partido.

Ubicados en las antípodas se encontraron, según se ha mostrado, la taxativa definición de la cuestión municipal como asunto administrativo que dieron los gobiernos concordancistas y la reforma constitucional de 1949. Con ella durante los años peronistas agregaría un lazo de sujeción más de la capital al gobierno provincial: eliminando el Concejo Deliberante y trasladando sus prerrogativas a la legislatura; a la par, la experiencia municipal fungió de trampolín en el combate político provincial, como lo muestran las carreras de varios de sus comisionados e intendentes —Raúl Beney, Hugo Caesar o posteriormente Héctor Nuñez.

Estos cambios no lograrían bajar el tono a la actividad y el colorido político de la ciudad o hacer menos atractiva la compulsión municipal aún en ausencia de su Concejo Deliberante —que junto a radicales, demócratas progresista y socialistas fue concitando el interés de nuevos actores como los surgidos del

14. *El Orden*, 8 de diciembre de 1947, p. 3; *El Litoral*, 31 de diciembre de 1954, p. 5.

vecinalismo, el giro comunista y finalmente el nuevo movimiento peronista—. En este registro la ciudad se colocó también por momentos en el centro de novedades y disputas de la escena nacional. Un ejemplo de ello fue la intensidad que la capital santafesina adquirió en las tensiones que el derrocado partido radical vivió durante los años 30, y que enfrentaron a sus facciones abstencionistas y concurrencistas. Diciembre de 1933 marcó un punto álgido en ese sentido, con la muerte de Yrigoyen agravada en el plano local por la concomitante desaparición física del presidente del comité provincial, Estanislao López. La ciudad fue escenario por esos días de trajinados «funerales cívicos» que se presentaron como tribunas para arengar a la militancia en uno u otro sentido, aprovechando un segundo hecho: la reunión de la Convención Nacional del Partido en el Teatro Municipal de la ciudad que, con la presencia de Marcelo T. de Alvear, decidiría mantener la «abstención intransigente». El resultado del debate impulsó la reacción de las facciones yrigoyenistas que a pesar de simbólicas acciones propias de las clásicas «puebladas radicales»¹⁵ —tomas de comisarías, oficina de correo y otras agencias gubernativas— no lograron torcer la decisión partidaria ni esquivar el apresamiento incluso de los convencionales (Macor y Piazzesi, 2011:249–251).

No solo el radicalismo o las asonadas militares sacudieron la calma de sus calles. Las disputas desatadas por el ensayo nacionalista integrista que impulsó el golpe de 1943 tuvieron en la ciudad un episodio paradigmático en los conflictos universitarios generados por la intervención Genta que condensó el enfrentamiento con la tradición liberal democrática y reformista. Esta característica de la intervención y la importancia de la UNL en la ciudad contribuyeron a que el conflicto político ideológico no pocas veces se concentrara en «la cuestión universitaria»; tal como pudo verse en el protagonismo que la casa de altos estudios tuvo en otros episodios leídos como traducción local de la lucha fascismo–antifascismo: la Marcha por la Constitución y la Libertad en vísperas de las elecciones que llevarían a Perón a la presidencia (Piazzesi y Bacolla, 2015).

Las tensiones que acompañaron la construcción de esta experiencia política fueron escenificadas también en sus calles: la ya mencionada expresión del 17 de octubre local, la sorpresa del suicidio del gobernador electo Leandro Meiners u otras confrontaciones entre laboristas, radicales y elites estatales en la construcción partidaria —por ejemplo la que en la que alumbró al efímero Partido Obrero de la Revolución liderado por Suárez, díscolo a los intentos de

15. *El Litoral*, 28 de diciembre de 1933, p. 3.

centralización peronista— o las mutaciones que se advirtieron en las formas de conmemorar tanto fechas patrias, ciudadanas y otras más sensibles para el mundo del trabajo como el 1º de mayo.

Además de estos episódicos protagonismos, como otras capitales de provincia, la ciudad expresó con los tonos de la escena local las profundas mutaciones y novedades de la política de entreguerras argentina: desde las nuevas modalidades de relación entre Estado y sociedad, los nuevos actores políticos o la incorporación electoral femenina. Sin embargo, como las rebeliones impositivas santafesinas de 1954 abanderadas por las corporaciones comerciales, rurales e industriales locales anticiparon, subyacía un conflicto mucho más profundo que el golpe de 1955 vino a cristalizar: la carencia de un sistema de poder aceptado más o menos activamente por el conjunto de la sociedad. Y si bien las movilizaciones que acompañaron a la caída del peronismo se expresaron tibiamente en la ciudad —si se la compara con la combatividad rosarina—, inevitablemente Santa Fe comenzará a andar caminos menos seguros que los que aclamaba *El Litoral*, como «la decidida senda de ánimo democrático y la recuperación de sus instituciones».¹⁶

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- **Alabarces, Pablo (2002).** *Fútbol y patria: el fútbol y las narrativas de la nación en la Argentina*. Prometeo.
- **Ascolani, Adrián (2011).** Santa Fe rural, 1910–1960. En En Macor, D. (Dir) *Signos santafesinos*. Artes Gráficas Integradas, pp. 271–341.
- **Bacolla, Natacha (2003).** Política, administración y gestión en el peronismo santafesino, 1946–1955. En Macor, Darío y César Tcach (ed.), *La invención del peronismo en el interior del país*. Ediciones, pp. 111 a 162.
- **Bacolla, Natacha (2016).** Nuevas capacidades estatales para una sociedad transformada. Instituciones y políticas sanitarias en la provincia de Santa Fe primera mitad del siglo XX, *Trabajos y comunicaciones*, N° 44, UNLP.
- **Bacolla, Natacha (2022).** Redes transnacionales académicas en la Santa Fe de entreguerras. En Fernández, S.; Sedrán, P. y Man, R. *Santa Fe en el escenario de la entreguerra: conflicto, solidaridades y tendencias*. Ishir.
- **Bacolla, Natacha y Parera, Cecilia (2020).** Agencias estatales, espacios académicos y expertos. Obras y políticas públicas de salud en la década de 1930 en la provincia de Santa Fe, *Coordenadas. Revista de Historia local y regional*, Vol. VII, N° 2.
- **Ballent, Anahí (2009).** *Las huellas de la política: vivienda, ciudad, peronismo en Buenos Aires, 1943–1955*. Universidad Nacional de Quilmes/Prometeo.

16. *El Litoral*, 31 de diciembre de 1955, Segunda Sección, p. 1.

- **Collado, Adriana, Bertuzzi, Ma. Laura, Del Barco, Ma. Elena (2013).** Los atlas históricos de ciudades: instrumentos para la interpretación de los procesos urbanos. Santa Fe (Argentina), 188–1945, *Apuntes* 26 (1), pp. 170 – 185.
- **Coudannes Aguirre, Mariela (2009).** ¿Profesionales o políticos de la Historia? La historiografía santafesina entre 1935 y 1955. En *Historiografía y sociedad: discursos, instituciones, identidades*. Ediciones UNL, pp. 67–81.
- **Damianovich, Alejandro (2007).** La ciudad de Santa Fe como centro de producción historiográfica. El mundo de sus historiadores como campo social, *Revista de la Junta Provincial de Estudios Históricos de Santa Fe*, N° LXV.
- **Damianovich, Alejandro (2013).** *El periodismo en Santa Fe 1828–1983*. Academia Nacional de Periodismo.
- **Frid, Carina (2011).** Santa Fe económica: 1910–1960. En Macor, D. (Dir) *Signos santafesinos*. Artes Gráficas Integradas, pp. 344–393.
- **Frugoni Zavala, Domingo (18 de enero 1930).** Presentación, *Líneas. Revista de Literatura, actualidad e información*. Impresores Cattáneo Hnos.
- **Gauna, Daniela (2020).** *La constitución de la obra de Francisco Urondo en diálogo con la cultura y las formaciones literarias de su tiempo*. Tesis doctoral, Universidad Nacional de la Plata, inédito.
- **Macor, Darío (1993).** Elites estatales en los orígenes del peronismo. El caso santafesino, *Estudios Sociales* N° 4. Universidad Nacional del Litoral, pp. 61–80.
- **Macor, Darío y Bacolla, Natacha (2009).** Centralismo y modernización técnica en la reformulación del Estado argentino. El caso provincial santafesino, 1930–1950, *Estudios Interdisciplinarios de América Latina y el Caribe*, Vol. 20, N° 2, Universidad de Tel Aviv, julio–diciembre, pp. 115 a 141.
- **Macor, Darío y Piazzesi, Susana (2011).** Santa Fe política: 1910–1955. En Macor, D. (Dir) *Signos santafesinos*. Artes Gráficas Integradas, pp. 232–269.
- **Mauro, Diego (2017).** Multitudes católicas, sociedad de masas y política en la Argentina: reflexiones a partir del Congreso Eucarístico Nacional de 1940, *Secuencias*, 97. Instituto de Investigaciones Dr. José María Luis Mora, pp. 200–231.
- **Mauro, Diego (2020).** Construir la fe. El culto mariano entre lo local y lo global. El caso de la Virgen de Guadalupe (Santa Fe, Argentina, primera mitad del siglo XX). En Di Stefano, R. (Comp.) *Catolicismo en perspectiva histórica*. IEHSOLP/Teseo, pp. 345–384.
- **Müller, Luis (2011).** *Modernidades de provincia. Estado y arquitectura en la ciudad de Santa Fe*. Ediciones UNL.
- **Piazzesi, Susana (2009).** *Conservadores en provincia. El iriondismo santafesino, 1937–1943*. Ediciones UNL.
- **Quintana, Luis (2009).** La constitución del diario católico *La Mañana*, *Santa Fe 1934–1937, Clío & Asociados* (13), pp. 13–33.
- **Saer, Juan José (2004).** Presentación. En Gola, H. *Filtraciones*. FCE.
- **Splendiani, Ivana (2011).** *Plástica santafesina. Renovaciones estéticas en los años 60*. Muratore.
- **Tedeschi, Sonia (2005).** La vocación de memoria en los homenajes. Justicia al mérito, *Anuario de la Escuela de Historia*, N° 20. Facultad de Humanidades y Artes, UNR.
- **Tosti, Ivana (2018).** Trimestral. Boletín de actividades culturales, letras y artes del litoral (1950–1953): aproximaciones a los inicios de Francisco Paco Urondo. En *Quinto Coloquio de Avances de Investigaciones del CEDINTEL*. UNL, pp. 119–133.

5. **Tiempos de confrontación** Represión y radicalización política en Santa Fe (1955–1983)

Carlos Marcelo Andelique

Natalia Vega

El período histórico que se abrió con el golpe de Estado de 1955 y culminó con la asunción como presidente de Raúl Alfonsín en 1983 se caracterizó por la inestabilidad política, una exacerbada conflictividad social y el incremento de la represión estatal y paraestatal, que alcanzó su mayor expresión en la última dictadura. Atendiendo a este contexto, el capítulo explora en el escenario santafesino la dinámica entre dominación y contestación social, centra el análisis en las características que asumieron las prácticas represivas y la movilización de distintos actores, especialmente de trabajadores y estudiantes, y diferencia cuatro momentos. El primero, entre 1955 y 1966, cuando los fallidos intentos de reformular la dominación proscribiendo al peronismo generaron mayores niveles de autoritarismo y una creciente resistencia. El segundo, entre 1966 y 1976, caracterizado por la exacerbación de la represión estatal y paraestatal y una amplia contestación social que llegó a plantear salidas revolucionarias. El tercero, entre 1976–1980, cuando la represión alcanzó su cénit con la aplicación sistemática del terror de Estado que fue contestado con resistencias subrepticias. Por último, un cuarto, entre 1980–1983, en el cual se produjo un paulatino retroceso del poder militar mientras fue *in crescendo* la movilización social y política; momento en que la democracia se instaló como el nuevo faro del accionar colectivo.

**LA DOMINACIÓN (IM)POSIBLE:
PROSCRIPCIÓN Y RESISTENCIA (1955-1966)**

El 23 de septiembre de 1955, el general Eduardo Lonardi asumió como presidente luego de un golpe de Estado de las Fuerzas Armadas (FF. AA.) iniciado el 16 de ese mismo mes. Los insurrectos contaron con el apoyo de la mayoría de los partidos políticos opositores, la Iglesia Católica, sectores del empresariado y de la clase media, y se autoproclamaron artífices de una Revolución Libertadora.

En la ciudad de Santa Fe, luego de varios días de incertidumbre, asumió como interventor del gobierno de la provincia el general de Brigada Enrique Lutgand. Gran cantidad de simpatizantes —fundamentalmente estudiantes universitarios y sectores de clase media— festejaron el golpe en las calles. Paralelamente, otros grupos organizados en milicias civiles se movilizaron con el objetivo de evitar cualquier intento de resistencia peronista. La situación más dramática se vivió en la estación del Ferrocarril Manuel Belgrano cuando uno de estos grupos intentó destruir un busto de Eva Perón y fue resistido por los trabajadores ferroviarios con el saldo de un muerto y un herido grave.

Las autoridades interventoras definitivas asumieron días después: el 30 de septiembre, el teniente coronel (R) Benito Oiz, en la intendencia de Santa Fe, y el 2 de octubre, el vicealmirante Carlos Garzoni en la gobernación de la provincia. Al día siguiente se produjo una nueva manifestación de apoyo al gobierno. En el balcón central de la Casa Gris, que ofició de palco, estaban ubicados Garzoni, otros funcionarios, el arzobispo Nicolás Fasolino y dos estudiantes quienes, junto al interventor, fueron los oradores del acto.

En una sociedad fuertemente fragmentada esa algarabía tenía su contracara, la desazón de gran parte de los trabajadores y sectores que a lo largo de los diez años anteriores habían ido construyendo una fuerte identidad peronista, y veían en Perón la garantía de continuidad de los derechos adquiridos. El accionar del nuevo gobierno no haría más que confirmar sus temores. Como parte de la política nacional se creó una comisión con sedes en las ciudades de Santa Fe y Rosario que se encargó de investigar a funcionarios y gremialistas peronistas. Una persecución que se profundizó cuando en noviembre, y tras una avanzada de los grupos liberales y más acérrimamente anti-peronistas del Ejército, Lonardi fue depuesto y asumió como presidente de facto el general Pedro Aramburu.

La toma del poder por parte de este sector militar decidido a dismantelar el aparato político del peronismo y sus organizaciones sindicales generó como respuesta un paro por tiempo indeterminado de la Confederación General del Trabajo (CGT). En la ciudad la medida tuvo una importante adhesión;

quedaron prácticamente paralizados el transporte público y el comercio, y también fue significativa en varias industrias. No obstante, no se pudo sostener debido a la represión: fueron depuestas las autoridades de la CGT local, su sede clausurada y hubo despidos y arrestos. Posteriormente se negoció la liberación de los detenidos y la reincorporación de los despedidos —entre ellos, obreros de los molinos Marconetti y Lupotti—. Estas serían las últimas medidas encaradas orgánicamente por la burocracia sindical. Pero en cambio, se fue gestando un proceso de resistencia de las propias bases peronistas.

En Santa Fe esta resistencia asumió distintas modalidades. Por un lado, se conformó una estructura clandestina cuyo objetivo central era coordinar, organizar y realizar acciones de propaganda. La represión de esas actividades se tradujo en frecuentes allanamientos y detenciones. Por otro lado, se produjeron atentados, sabotajes y la colocación de explosivos —«caños»—; por ejemplo, a mediados de 1956 se atentó contra la casa del secretario interventor de la Universidad Nacional del Litoral (UNL), Luis Serricchio. También hubo levantamientos insurreccionales en los que actuaron sectores gremiales, políticos y militares. Si bien en Santa Fe no llegaron a producirse, el informe de los detenidos da cuenta de las vinculaciones que mantenían con los grupos de Rosario, Rafaela y Paraná, donde lograron realizarse (Papili, 2022).

Durante estos años también se verificaron conflictos laborales que excedieron la cuestión de la proscripción del peronismo en tanto respondían a la caída del salario, la agudización de la lucha de clases y la actitud revanchista de las patronales. A escala local fueron importantes los que involucraron a trabajadores del sector servicios como docentes, telefónicos y bancarios, y que el gobierno intentó desactivar aplicando medidas represivas. El reclamo por aumentos salariales de los docentes en 1957 generó una huelga por tiempo indeterminado. La misma se inició en marzo, pese a la represión se sostuvo por más de un mes y provocó el reemplazo de Garzoni por el Dr. Clodomiro Carranza. Entre agosto y noviembre de ese mismo año se produjo la huelga de la Federación de Obreros y Empleados Telefónicos de la República Argentina (FOETRA) que contó con una amplia adhesión local. El conflicto derivó en la suspensión de la personería gremial, la ocupación de los edificios de la empresa por efectivos militares y cesantías. Por último, en 1958 los trabajadores bancarios iniciaron una protesta progresiva a escala nacional que contó con un alto acatamiento en la ciudad. La novedad en este caso fue que los dispositivos represivos incluyeron la movilización militar de los huelguistas y numerosas detenciones en el regimiento de Guadalupe de quienes se negaban a trabajar (Herrera, 2021).

Por otra parte, en 1957 la ciudad fue escenario de la Asamblea Constituyente nacional. El gobierno, con la intención de desperonizar la organización del Estado, derogó la Constitución de 1949 y convocó a elecciones para modificar la de 1853 en las que participaron todos los partidos políticos, con excepción del peronismo. En esta instancia se produjo la emergencia de partidos «neoperonistas», que suponían un intento de construir un peronismo sin Perón y, a la vez, evitar la proscripción. Uno de ellos fue la Unión Popular. Sus dirigentes locales anunciaron la decisión de no presentar candidatos y llamaron a votar en blanco, tal como había ordenado el líder en el exilio. En la provincia los votos en blanco alcanzaron el 31.35 %, superando a los del partido ganador, la Unión Cívica Radical del Pueblo (UCRP). La ilegitimidad de la Asamblea por la ausencia de representantes peronistas y la falta de acuerdos para funcionar llevó a su fracaso. Solo logró incorporar el Artículo 14 Bis en el que se incluían los derechos sociales y modificar el 67 dando facultades al Congreso para sancionar leyes laborales y previsionales.

Luego de este fracaso, Aramburu convocó a elecciones generales para apoyar la candidatura de Ricardo Balbín de la UCRP como presidente. Finalmente, gracias a un acuerdo con Perón, ganó Arturo Frondizi de la Unión Cívica Radical Intransigente (UCRI). En Santa Fe, por esa expresión política fue candidato a gobernador Carlos Sylvestre Begnis. En esta ocasión los distintos partidos neoperonistas locales evidenciaron estrategias diferentes: mientras unos promovieron candidatos propios a la gobernación, otro no lo hizo y, además, convocó a votar por Frondizi acatando las directivas de Perón.

Sylvestre Begnis llevó adelante políticas económicas desarrollistas que entre otras cuestiones promovían la inversión de capitales extranjeros. Como resultado de ello, a finales de 1959 comenzó su actividad la empresa Industrial Automotriz Santa Fe SA (IASFSA), resultante de la asociación de la alemana DKW con inversionistas nacionales y locales para producir el auto Unión. Si bien se radicó en Sauce Viejo, hasta que culminó la construcción de su planta funcionó en el Garaje Oficial de la Provincia en el casco urbano santafesino. En 1963 también se instaló en la zona norte de la ciudad la empresa sueca de herramientas Bahco. Por último, cabe destacar la firma del tratado interprovincial que dio inicio a la construcción del túnel subfluvial que une las ciudades de Paraná y Santa Fe. Su ejecución estuvo a cargo de tres empresas: la argentina SAILAV, la alemana Hochtief AG y la italiana Vianini SpA, y su concreción supuso la construcción del Viaducto Oroño y otras conexiones viales de la ciudad.

En la intendencia de Santa Fe fue designado Ramón Lofeudo, ya que la Constitución provincial no contemplaba la elección de los intendentes.

Durante su gestión se llevó a cabo una serie de obras para modernizar las zonas urbanas que se encontraban por fuera de los bulevares: se pavimentaron calles y se remodelaron avenidas —como General López, Freyre y Urquiza— y espacios recreativos, como el Parque del Sur. Esa vocación modernizadora también se tradujo en el retiro de los tranvías y en la instalación de iluminación de los espacios públicos con artefactos a gas de mercurio.

Como en el período anterior, también se produjeron importantes conflictos en la ciudad, entre ellos el vinculado a la discusión sobre la educación universitaria «laica o libre» y las huelgas ferroviaria y docente de 1961. Los enfrentamientos en torno a la cuestión universitaria tuvieron su punto más álgido entre agosto y octubre de 1958 cuando se reglamentó el Artículo 29 del decreto 6493, que permitía la creación de universidades privadas y las autorizaba a otorgar títulos habilitantes. La Iglesia, los sectores de la derecha y la agrupación Ateneo Universitario defendían la enseñanza libre. La enseñanza laica y estatal contó con la adhesión de intelectuales progresistas, el Partido Comunista, el Socialista, la UCRP, los Centros de Estudiantes enrolados en la Federación Universitaria del Litoral (FUL) y el propio rector de la UNL, Josué Gollan. Se produjeron múltiples manifestaciones de parte de ambos sectores que incluyeron paros estudiantiles, tomas de edificios, actos y movilizaciones. Por su parte, la huelga ferroviaria de 1961 se originó a partir de las políticas de racionalización administrativa —que constituían la otra cara de la modernización desarrollista— y que implicaron para el sector el levantamiento de 2300 kilómetros de vías, el cierre de varios talleres —entre ellos el de Santa Fe—, la cesantía y jubilación anticipada de alrededor de 10 000 trabajadores, entre otras medidas. Frente a ello la Fraternidad y la Unión Ferroviaria convocaron a una huelga que se mantuvo varios meses con alto acatamiento en la ciudad. Su impacto se vio potenciado porque el mayor foco de resistencia se encontraba a escasos 40 kilómetros, en Laguna Paiva. Finalmente, la huelga docente se produjo a mediados de 1961 cuando se agudizó el conflicto por el incumplimiento del estatuto sancionado en 1958, y se exigió que se cumpliera con el artículo 38 que establecía la actualización salarial anual. Entre agosto y septiembre se llevaron a cabo de manera alternada varias semanas de paros convocados por el Comité Unificador Docente de Acción Gremial (CUDAG) y por la Comisión Pro Mejoras Económicas del Magisterio de Santa Fe.

Por otro lado, un hecho trascendente fue la reforma de la constitución provincial. Los convencionales sesionaron entre enero y abril de 1962 en un clima de gran tensión política a nivel nacional generado por el triunfo del candidato peronista en las elecciones a gobernador de Buenos Aires. La situación se dirimió con un nuevo golpe de Estado que destituyó a Frondizi y puso en el

poder al presidente del Senado, José María Guido, quien anuló las elecciones provinciales, pero dejó fuera de la medida las vinculadas a la reforma constitucional santafesina.¹ Con su llegada se produjo una nueva intervención federal en la provincia hasta las elecciones de 1963. En las mismas ganaron los candidatos de la UCRP: Arturo Illia para la presidencia y Aldo Tessio para la gobernación. Sin alianzas, y con una gran debilidad, el nuevo gobierno ejerció el poder en soledad en un contexto de profunda crisis no solo política, sino también económica. En la gobernación de Tessio se continuaron las obras del túnel subfluvial y se inició la autopista Santa Fe–Rosario. Lofeudo fue nuevamente intendente y continuó con la modernización urbana construyendo el tramo norte de la Avenida Facundo Zuviría. Además, el municipio cedió a la UNL los terrenos para la construcción de la ciudad universitaria.

Nuevamente, Santa Fe fue escenario de una gran conflictividad social que tuvo como protagonistas fundamentales a los trabajadores y los estudiantes universitarios. Tras la reconstitución formal de la CGT, en 1963, la dirigencia sindical lanzó a nivel nacional un plan de lucha para exigir el aumento de los salarios que habían sido fuertemente deteriorados por el plan de estabilización de Guido. La primera fase del mismo tuvo una importante repercusión local, pese al Estado de sitio dispuesto. Se produjeron paros parciales, actos, caravanas desde la zona industrial de Sauce Viejo, una movilización por la zona céntrica reprimida por las fuerzas de seguridad y la adhesión al paro general del 31 de mayo que tuvo un altísimo acatamiento. Aún más contundentes fueron las medidas encaradas durante la segunda fase de este accionar desarrollado entre mayo y junio de 1964, ya bajo la gobernación de Tessio. En esta ocasión no solo hubo huelgas, sino también ocupaciones de edificios. Por ejemplo, fueron tomados talleres ferroviarios, fábricas metalúrgicas, molinos harineros y la usina de Calchines. En algunos casos, como en la Cervecería Schneider y algunas oficinas administrativas ferroviarias, incluyeron la toma de rehenes. En apoyo a estas medidas los estudiantes de la UNL ocuparon las facultades santafesinas y el rectorado. La magnitud de este plan de lucha puso de manifiesto el poder adquirido por el sindicalismo encabezado por Augusto Vandor. Más allá del plan de lucha centralizado, diversos gremios llevaron adelante medidas de fuerza sectoriales lo que indica un claro ascenso de la conflictividad laboral.

1. Entre otras novedades la flamante Carta Magna provincial sancionó las elecciones directas del poder ejecutivo, tanto de gobernador, como de intendentes y presidentes comunales.

El apoyo y acompañamiento de los estudiantes universitarios santafesinos a los trabajadores en lucha no era fortuito. Al calor de las profundas transformaciones sucedidas en Argentina y el mundo —especialmente la Revolución Cubana— gran parte de ellos habían comenzado a transitar un proceso de radicalización que se encontraba muy avanzado para estos años. Fueron varias las ocasiones en que esa radicalidad se manifestó abiertamente, entre otras, las mencionadas tomas de edificios en apoyo a los planes de lucha de la CGT, la movilización de 1965 en repudio a la invasión norteamericana de Santo Domingo y las clases y almuerzos en la vía pública en demanda de mayor presupuesto universitario de 1966. Pero ninguna mostró tan claramente los niveles de radicalización alcanzados como el Conflicto en Química que, a inicios de 1965, enfrentó a los alumnos de la Facultad de Ingeniería Química (FIQ) con sus autoridades y docentes. Durante el mismo, el estudiantado justificó discursivamente el uso de la violencia, colocó bombas de alquitrán en varios domicilios e interrumpió una sesión del Consejo Directivo de la facultad reteniendo dentro del edificio a los integrantes docentes.

LA REVOLUCIÓN (IM)POSIBLE: ESCALADA REPRESIVA Y RADICALIZACIÓN POLÍTICA (1966-1976)

En la mañana del 28 de junio de 1966 el coronel Juan Báez, junto a otros oficiales y suboficiales, se hizo presente en la casa de gobierno para llevar a cabo la transferencia del poder. Dada la ausencia del Dr. Aldo Tessio, los funcionarios que se encontraban allí se negaron a entregar el gobierno. Tras su llegada se concretó la intervención y el coronel acompañó a los funcionarios salientes hasta la puerta principal. Estos se dirigieron caminando a la sede del Comité Provincial de la UCRP. Allí Tessio hizo declaraciones, y a un periodista de *El Litoral* le dijo: «Aproveche a escribir hoy porque desde mañana ya no podrá hacerlo con la libertad de que disfrutamos hasta hace unas horas».²

La ciudad funcionó normalmente, con la excepción de bancos y escuelas que se mantuvieron cerrados por decreto. En tribunales la actividad fue la habitual, mientras que en la legislatura una fuerte presencia policial no permitió el ingreso a los empleados y legisladores. A diferencia del golpe de 1955, no se registraron manifestaciones, ni incidentes de ningún tipo, lo cual daba cuenta del importante consenso social que acompañaba a las FF. AA.,

2. «Declaraciones del Dr. Tessio». *El Litoral*, 28 de junio de 1966, p. 4.

que contaban con el apoyo de la CGT, los partidos de la oposición, el empresariado, la Iglesia y la prensa hegemónica. No obstante, hubo una medida que presagiaba los tiempos por venir: la presencia de custodia policial en los diferentes establecimientos de la UNL.

De esta manera, se vivió en la ciudad el golpe de Estado que derrocó a Illia. El nuevo régimen se autoproclamó hacedor de una Revolución Argentina y, a diferencia de los anteriores gobiernos militares, no estableció límites temporales para la entrega del poder. Tenía como objetivo llevar a cabo reformas estructurales en distintos tiempos: uno económico, otro social y finalmente un tiempo político. Además de la destitución de todas las autoridades constitucionales, se disolvió el Congreso nacional y todas las legislaturas provinciales, se separó de los cargos a los miembros de la Corte Suprema y de la Procuración General de la Nación, y se prohibieron los partidos políticos. Este nuevo autoritarismo no respondía exclusivamente a la dinámica del país, sino también a un fenómeno que atravesaba toda América Latina: la asunción por parte de las FF. AA. de la Doctrina de Seguridad Nacional. Según esta, el mayor peligro en términos de seguridad ya no provenía del exterior, sino que se alojaba en el interior de las fronteras nacionales, y no operaba de manera descubierta, sino que lo hacía escondido en las más diversas expresiones del hacer colectivo: el enemigo era ahora la «infiltración comunista». La tarea primordial de las FF. AA. era entonces descubrir, perseguir y erradicar esa infiltración e impedir el triunfo de los «enemigos internos» de la nación. La otra tarea que consideraban fundamental para evitar el comunismo era la de acelerar el desarrollo económico.

El general de brigada Eleodoro Sánchez Lahoz cumplió las funciones de gobernador hasta que el presidente, teniente general Juan Carlos Onganía, designó al contralmirante Eladio Vázquez. La provincia siguió la política nacional de planificación económica. Se creó el Consejo Provincial de Desarrollo (COPRODE) y se sancionó la Ley de Promoción Industrial. Se avanzó en la construcción del túnel subfluvial, la autopista Santa Fe–Rosario y el aeropuerto de Sauce Viejo. Por su parte, el gobierno municipal quedó a cargo de José Ureta Cortés. Durante su gestión y la de su sucesor Conrado Puccio, continuaron la modernización y remodelación de la ciudad: se construyeron la actual estación terminal de colectivos y la Avenida Blas Parera, y se remodeló el Parque Garay.

El carácter autoritario del régimen se expresó en distintos ámbitos institucionales y sociales cada vez que su dominación fue desafiada e incluso cuando sospechaba que podía serlo. Tal fue el caso de las universidades nacionales que, en tanto eran consideradas «ciudadelas de la indisciplina y la subversión»,

fueron intervenidas un mes después del golpe, sin que mediaran conflictos. Cuando esa intervención se produjo fue enfrentada inmediatamente por el estudiantado de todo el país que resistió en soledad la supresión de la autonomía y el cogobierno. Esto se verificó también a escala local. Si las primeras medidas del estudiantado santafesino fueron la emisión de comunicados y declaraciones, pronto ganó las calles realizando movilizaciones y «actos relámpagos». La sistemática represión de que fue objeto no logró desactivar el conflicto, sino que lo galvanizó. Lo que marcó el punto culminante de la movilización estudiantil santafesina fue la solidaridad con compañeros de otras provincias y ciudades, especialmente con los cordobeses, tras el asesinato del estudiante Santiago Pampillón.

Hacia 1968 el gobierno, que hasta ese entonces tenía la iniciativa y controlaba férreamente la situación social y política, comenzó a ser desafiado abiertamente por otros sectores. En la ciudad se produjo la formación de un amplio frente antidictatorial que supuso el inicio de una etapa de aumento de la confrontación, así como también de la represión. A fines de marzo se produjo el surgimiento de la CGT de los Argentinos (CGTA) y días después se conformaba la regional Santa Fe. En mayo también se concretó el Primer Encuentro Nacional del Movimiento de Sacerdotes para el Tercer Mundo (MSPTM) —máxima expresión de la radicalización de un sector del catolicismo—, del que participaron importantes referentes santafesinos. También fue el año de la reactivación del movimiento estudiantil tras un período de profunda desmovilización. En ese marco, se produjeron importantes situaciones conflictivas: el 1º de mayo hubo varios intentos de realizar un acto conjunto de obreros y estudiantes y paralelas intervenciones de las fuerzas de seguridad para impedirlo; en junio, las actividades en conmemoración del cincuentenario de la Reforma Universitaria fueron duramente reprimidas, con detenciones y apertura de causas judiciales. Los despidos de delegados del diario *El Litoral* que estaban organizando el acto por el segundo aniversario del golpe generaron una huelga que no solo impidió por más de un mes que este se publicara, sino que supuso el lanzamiento del periódico de los trabajadores *Prensa Gráfica*. En septiembre, el aniversario del asesinato de Pampillón generó enfrentamientos ante los cuales la policía ensayó un nuevo método: la detención preventiva de dirigentes. Particular importancia tuvo el desafío que se produjo cuando algunos jueces de primera y segunda instancia civil y laboral autorizaron actos y movilizaciones que habían sido prohibidos y reprimidos por la policía. Frente a ello el régimen profundizó el control sobre el Poder Judicial de la provincia, nombró como interventor al

Dr. Darío Saráchaga y puso en evidencia lo intolerable que le resultaba que la justicia amparara la contestación social.

La conflictividad se incrementó significativamente a partir de 1969. En abril se produjo la Marcha del Hambre en el norte provincial, que debido a la represión derivó en el primer levantamiento popular del año, el Ocampazo. En Santa Fe se produjeron manifestaciones de apoyo, pero fue en mayo, al calor del Correntinazo y del Primer Rosariazo que la movilización local alcanzó su mayor expresión en solidaridad con los reprimidos. Tanto por el número de participantes, por el grado de articulación entre distintos sectores, como por su radicalidad, no habría otro momento similar en todo el período. A modo de ejemplo se mencionan: la masiva marcha de antorchas del día 19, las huelgas y movilizaciones de estudiantes secundarios —que hacían su aparición en las protestas— el acto donde hablaron estudiantes y dirigentes sindicales y que derivó en posteriores enfrentamientos con la policía, y los atentados a los domicilios de los rectores de la UNL y de la Universidad Católica.

El Cordobazo mantuvo a los santafesinos en las calles. Los intentos por llevar adelante el acto de la central obrera fueron dispersados por las fuerzas de seguridad y generaron enfrentamientos que arrojaron un saldo de dos patrulleros incendiados y gran cantidad de arrestados. La novedad fue que muchos de ellos fueron sometidos a la justicia militar, para lo cual el día 31 de mayo se constituyó un Consejo de Guerra. Otros acontecimientos también sacudieron a la ciudad en este convulsionado año: el 30 de junio en repudio por la llegada de Nelson Rockefeller al país, pero también en adhesión a un nuevo paro de la CGTA, los estudiantes tomaron la Facultad de Ingeniería Química y, para garantizar su seguridad y una posible salida, retuvieron como rehenes a varias autoridades. Días después, estallaron bombas en la casa del decano y de docentes de la FIQ. Por otra parte, en septiembre, la respuesta de los trabajadores y los estudiantes santafesinos a la represión desatada en el marco del Segundo Rosariazo no fue ya la masiva movilización sino la realización de acciones violentas, particularmente, atentados con explosivos y bombas de alquitrán contra domicilios particulares, edificios de distintas instituciones y bienes e infraestructura ferroviaria.

En ese marco de intensa conflictividad y como parte de la escalada de la contestación social se produjeron las primeras actuaciones públicas de organizaciones político-militares revolucionarias. Ejemplo de ello fueron los operativos realizados por grupos de Santa Fe: en septiembre de 1969 robaron armas de la comisaría y del Tiro Federal de San Carlos Sud; en febrero de 1970, coparon la vecina localidad de Progreso, tomaron la comisaría, asaltaron la sucursal del banco provincial y el 22 de mayo de ese mismo año interceptaron

un camión y robaron el material explosivo de alto poder que transportaba. Estos grupos se fueron articulando con otros y terminaron confluyendo en Montoneros. El secuestro del general Aramburu significó la presentación pública a escala nacional de la organización, operativo que aceleraría el final del Onganiato.

Asumió entonces la presidencia el general Roberto Levingston y la gobernación su par Guillermo R. Sánchez Almeyra, quien permaneció hasta 1973. Durante su gestión se crearon en la provincia parques industriales, entre ellos el de Sauce Viejo, donde quedaron ubicadas las preexistentes empresas Fiat Concord y Tool Research que se venían beneficiando de las políticas de promoción. Al igual que en el período anterior, se siguió con la construcción de obras públicas y en 1972 se terminó la autopista Santa Fe-Rosario.

En estos años la conflictividad mantuvo su intensidad y se expresó tanto en el accionar de las organizaciones político-militares revolucionarias, que cobraron mayor protagonismo, como en el de otros sectores sociales. Por ejemplo, Santa Fe y Rosario fueron los epicentros más importantes del enfrentamiento entre la docencia santafesina y el gobierno provincial. En la ciudad capital se produjeron movilizaciones, concentraciones y asambleas masivas que desafiaron al régimen de manera unificada y cuya mayor expresión fue el paro por tiempo indeterminado que se produjo entre mayo y junio de 1971. En el mismo año otro conflicto importante en la ciudad fue la «huelga del comedor» de la UNL, que se inició con la exigencia de mejoras en el servicio y derivó en una huelga estudiantil que ante la falta de respuestas se prolongó y radicalizó. En este caso lo novedoso estuvo en el accionar represivo: tres estudiantes permanecieron desaparecidos por varios días hasta que la policía reconoció que los tenía detenidos. Además, se les aplicó la ley 19081 que otorgaba competencia a las FF. AA. en la represión de las «actividades subversivas». En 1972 se produjo el fallido secuestro del intendente Conrado Puccio por un grupo comando de Montoneros. A partir de ello, por 48 horas se desplegó en la ciudad un inmenso operativo del que participaron distintas fuerzas de seguridad bajo el mando del Ejército, con 19 allanamientos y más de 40 detenciones. Por último, otro conflicto en 1972 con particulares consecuencias fue el que protagonizaron los trabajadores municipales por reclamos salariales y que culminó con el reemplazo de Puccio por el coronel Francisco Sgabussi. En ese marco se produjo un enfrentamiento conocido como el Manzanazo porque los manifestantes usaron como proyectiles contra las fuerzas de seguridad manzanas tomadas de un tren de carga (Raina, 2021).

Frente a la radicalización de diferentes sectores sociales y al desafío armado de las organizaciones político-militares, el régimen apeló a nuevas

modalidades y mayores niveles represivos. Quizás el acontecimiento más representativo de ello fue la Masacre de Trelew,³ del 22 de agosto de 1972. Este hecho tuvo una gran repercusión en la ciudad ya que tres de las víctimas de aquel episodio habían sido alumnos de la UNL: Alejandro Ulla y Carlos del Rey, del Partido Revolucionario de los Trabajadores–Ejército Revolucionario del Pueblo (PRT–ERP), asesinados aquella noche, y Ricardo Haidar de Montoneros, que sobrevivió y dio testimonio de los hechos. Por un lado, el estudiantado respondió con concentraciones y movilizaciones que derivaron en enfrentamientos con las fuerzas de seguridad. Por otro lado, se produjo la cesantía del rector de la UNL, Jorge Mullor, por su actitud y su solidaridad con los familiares. El brutal accionar de los efectivos militares en los sucesos de Trelew anunció lo que vendría unos años más adelante y marcó un importante hito en la escalada represiva, aunque en lo inmediato aceleró el llamado a elecciones.

El período democrático que se abrió el 25 de mayo de 1973 con la llegada de Héctor Cámpora a la presidencia, y que se cerró con el golpe de Estado de 1976, condensó una etapa marcada por la exacerbación de los antagonismo entre proyectos políticos, sociales y económicos que no lograron canalizarse por vías institucionales y que se expresaron dramáticamente dentro del propio peronismo. En la provincia llegó al poder una coalición conformada por una fracción del partido Justicialista aliado con el Movimiento de Integración y Desarrollo (MID), que llevó como candidato a Carlos Sylvestre Begnis para gobernador y a Eduardo Cuello —proveniente del sindicalismo— como vice; mientras que la intendencia santafesina era ocupada por Adán Campagnolo. La Tendencia Revolucionaria⁴ del peronismo colocó funcionarios en lugares clave: la Secretaría de Cultura y Acción Social de la Municipalidad, el gobierno de la UNL, jefaturas y secretarías técnicas en algunos ministerios y dos diputados provinciales. Sin embargo, esa presencia fue breve. En enero de 1974 se produjo la ofensiva sindical para recuperar lugares en la intendencia que culminó con la destitución del secretario y subsecretario de Cultura y Acción

3. El 15 de agosto se produjo un intento de fuga de militantes de las organizaciones político–militares revolucionarias que se encontraban detenidos en el penal de Rawson. Unos pocos lograron escapar; 19 de ellos fueron recapturados y conducidos a la base naval de Trelew. Pocos días después, el 22 de agosto, 16 fueron asesinados y quedaron gravemente heridos los otros 3.

4. Para 1973, la Tendencia Revolucionaria incluía a las organizaciones político–militares revolucionarias peronistas como también a sus agrupaciones de superficie dentro de los frentes de masas, Juventud Peronista–Regionales, Juventud Trabajadora Peronista (JTP), Juventud Universitaria Peronista (JUP), entre otras.

Social, mientras que la fractura con Perón determinó la renuncia de 14 funcionarios de la UNL (Alonso, 2018). Por último, en 1975 el gobernador desplazó de sus cargos en los ministerios a los militantes vinculados a la Tendencia.

De esta manera, se reproducía a nivel local y provincial el giro a la derecha del gobierno nacional, que también se manifestó en el plan económico del ministro Celestino Rodrigo.⁵ En el espacio santafesino estas medidas tuvieron una inmediata repercusión, tensando aún más la situación de las bases y los sectores clasistas con la burocracia sindical. Un ejemplo de ello es la protesta desarrollada por los obreros de FIAT y Tool Research. El 6 de junio una movilización que iba desde el parque industrial de Sauce Viejo hacia Santa Fe fue reprimida por la policía en el Puente Carretero, lo que produjo incidentes que dejaron un saldo de más de 10 obreros internados. Más tarde, cuando lograron llegar a Santa Fe realizaron un acto al que se sumaron obreros de Bahco. Esta protesta no contó con la aprobación de la Unión Obrera Metalúrgica (UOM) que en los días siguientes la desactivó (Brandolini y Bianco, 2017). Situaciones similares de descontento en las bases se replicaron en todo el país y obligaron a la CGT a convocar huelgas generales, cuya contundencia profundizó la crisis política y generó las salidas de Rodrigo y López Rega.

El proceso de derechización del gobierno generó un incremento de los enfrentamientos con los sectores más radicalizados de la izquierda marxista y peronista. Mientras que las organizaciones armadas revolucionarias incrementaron su actividad —el PRT-ERP atacando objetivos militares y policiales y Montoneros militarizándose y pasando a la clandestinidad—, los grupos parapoliciales —conformados por fuerzas de seguridad y la derecha peronista— intensificaron su ofensiva. Un caso paradigmático del accionar de estos grupos parapoliciales fue el secuestro y asesinato de las abogadas Marta Zamaro y Nilsa Urquía que se produjo en Santa Fe en 1974. Ambas eran militantes del Partido Revolucionario de los Trabajadores y abogadas defensoras de presos políticos. Marta Zamaro trabajaba en el *Nuevo Diario* y era integrante de la comisión interna. En octubre recibieron en el local del periódico una nómina de trabajadores sentenciados por el Comando Anticomunista del Litoral (CAL). El 14 de noviembre esa amenaza se hizo efectiva y ambas fueron secuestradas del domicilio que compartían. Sus cuerpos fueron encontrados

5. Entre otras medidas, ese plan económico supuso una devaluación del 100 %, un aumento de los combustibles y servicios públicos de hasta un 200 % y un tope del 40 % para los incrementos salariales.

en el arroyo Cululú días después. Estas acciones evidencian que en la ciudad el terrorismo de Estado comenzó antes del 24 de marzo de 1976 (Mignone, 2010).

La escalada represiva adquirió también otras formas. En la UNL desde abril de 1974, con la asunción como rector de Celestino Marini, se verificó la presencia de celadores cuya misión era vigilar a los miembros de la comunidad académica; en 1975 se prohibieron las asambleas, se dispusieron cesantías y los docentes fueron intimidados a informar en caso de adherir a medidas de protesta. De la misma manera que en el ámbito universitario, las medidas coercitivas y persecutorias ya habían sido aplicadas a la docencia provincial antes del golpe. El Sindicato Único de Trabajadores de la Educación de Santa Fe (SUTES) denunció en 1975 la cesantía de más de 150 docentes.

En el contexto de nuevas medidas económicas antipopulares tomadas por el flamante ministro Emilio Mondelli a inicios de 1976, se produjo una nueva ola de protestas en la ciudad que involucró tanto a trabajadores estatales como privados. Entre ellos los de la administración central enrolados en la Unión del Personal Civil de la Nación (UPCN), los docentes provinciales afiliados tanto al SUTES como a la Federación Provincial del Magisterio de Santa Fe y los obreros metalúrgicos nucleados en la regional local de la UOM. Durante la misma se volvieron a expresar descontentos y críticas al gobierno nacional, provincial y municipal y a las dirigencias sindicales empeñadas en contener los reclamos laborales.

En ese clima de gran conflictividad social, inestabilidad política y crisis gubernamental, y ante la posibilidad de una mayor radicalización de las luchas sociales, las clases dominantes y las FF. AA. se lanzaron a un nuevo golpe de Estado, con el apoyo de amplios sectores de las clases medias. La excusa que esgrimieron, a pesar de que las organizaciones revolucionarias ya podían considerarse militar y políticamente derrotadas, fue la «lucha antissubversiva». A partir de entonces pudieron descargar todo el peso de la represión sobre los trabajadores que con su actividad venían minando las bases de la acumulación capitalista (Pascuali, 2006).

TERROR DE ESTADO Y RESISTENCIAS (IM)POSIBLES (1976-1983)

En la madrugada del 24 de marzo, el coronel a cargo de la intervención de la provincia, José María González, se comunicó con el gobernador Sylvestre Begnis para informarle que asumiría el gobierno. Posteriormente, se dirigió con otros oficiales a la Casa Gris mientras efectivos militares ocupaban distintos lugares dentro y en los alrededores del edificio. Minutos más tarde, el

ya exgobernador se presentó y escuchó la lectura del acta donde se dejaba asentado el paso de mando. Finalmente, tras la jura de las nuevas autoridades, Sylvestre Begnis y algunos ministros se retiraron. Evidencia de una amabilidad en el trato que contrastaba con lo que pasó con otros funcionarios de extracción peronista o vinculados a la militancia social.

De esa manera, sin ningún tipo de incidentes con la principal autoridad del gobierno depuesto, se produjo el cambio de gobierno en la capital provincial mientras la mayoría de la población dormía. Sin embargo, las autoridades dictatoriales ya habían tomado varias medidas para mantener el control y el orden de la ciudad. Habían suspendido las actividades gremiales, clausurado el Palacio Legislativo, removido a los miembros de la Corte Suprema y tribunales superiores, y nombrado al teniente coronel Roberto Arrieta en la Municipalidad y al coronel José Nuñez como interventor de la UNL.

Para gran parte de los santafesinos el 24 de marzo la vida siguió funcionando con cierta «normalidad». De hecho, los comercios, las industrias y los servicios públicos como el transporte urbano no suspendieron sus actividades. Pero para otros, funcionarios, diputados, concejales, dirigentes sindicales, militantes obreros y estudiantiles significó el secuestro y/o la detención. Incluso hubo quienes teniendo cargos electivos de alto rango institucional, como el vicegobernador Eduardo Cuello, el intendente Noé Adán Campagnolo y el presidente de la Cámara de Diputados, Rubén Dunda, sufrieron brutales torturas.

En efecto, la contracara de ese protocolar traspaso del poder del gobernador electo al interventor militar fueron las redadas que durante la madrugada de ese 24 hasta la noche siguiente estuvieron destinadas a anular a la dirigencia gubernamental, a los militantes sociales y a todos los miembros de las organizaciones revolucionarias que pudieron detener, poniendo en evidencia que la represión no fue igual para todos, sino que fue selectiva, destinada particularmente a controlar e inclusive a eliminar físicamente a todos aquellos que promovían la transformación social y política.

El golpe significó una profundización de la violencia estatal y paraestatal, el aumento exponencial de las víctimas y un viraje cualitativo en términos organizacionales que supuso la articulación, bajo el comando y la coordinación de los mandos militares, de los distintos agentes involucrados en el accionar represivo. El terror de Estado se tornó sistemático. La estrategia implementada desde el 24 de marzo en la ciudad, como en el resto del país, presentó un carácter fundamentalmente oculto y subrepticio, pero que fue acompañado de una fachada de legalidad —se sancionaron una serie de leyes y reglamentaciones que pretendían no solo facilitar la represión sino también legitimarla.

De allí que operativos y sitios clandestinos, «invisibles», se articularon fluidamente con un accionar «legal», visible, en sedes y ámbitos oficiales.

En los primeros años, fundamentalmente entre 1976 y 1977 —cuando la gobernación estuvo a cargo del vicealmirante (R) Jorge Desimoni y el intendente de Santa Fe era el coronel Miguel Coquet—, los secuestros se incrementaron notablemente. Las personas secuestradas eran trasladadas a centros clandestinos donde eran torturadas para extraerles información u obtener confesiones forzadas. Estos funcionaron en varios locales oficiales —como la sede de la Policía Federal, la Brigada de Investigaciones y las Comisarías 1^a, 4^a y 8^a de la Policía Provincial— que se combinaron con un sistema de casitas ubicadas en Santo Tomé, Nelson, Recreo y Rincón. En algunos casos los detenidos fueron llevados inmediatamente a esos lugares y sometidos a torturas —que, en el caso de las mujeres, incluían ataques sexuales—. En esas circunstancias se producían los asesinatos o se decidía el traslado a otros lugares de ejecución. Pero también esas casitas servían para interrogar a detenidos que estaban alojados, legal o ilegalmente, en establecimientos oficiales. Muchas de las personas secuestradas en la ciudad terminaban siendo informadas como detenidas o directamente liberadas, rasgo característico de la represión en el ámbito santafesino. En todo ese proceso, la Guardia de Infantería Reforzada (GIR) fue el lugar donde se alojó a la mayor cantidad de prisioneros reconocidos como tales, pero cuando se decidía mantenerlos detenidos por más tiempo se los trasladaba a las cárceles de Coronda o Devoto, según fueran varones o mujeres. En esas cárceles, y particularmente en la de Coronda, se implementó un régimen penitenciario altamente represivo que incluyó torturas, homicidios y abandono de personas (Alonso, 2016).

Un comentario aparte merece el rol desempeñado en el circuito represivo local y provincial por la Comisaría 4^a: fue el centro neurálgico de la actuación de la policía provincial en el marco del terror de Estado y de los efectivos de ésta que integraban los grupos de tareas. Se articulaba con otros centros clandestinos de detención y torturas locales —particularmente con las casitas— y del centro-norte provincial. A ella asistían funcionarios judiciales federales —como el juez Fernando Mántaras o los secretarios Víctor Brusa y Víctor Montti— que se encargaban de armar causas fraguadas para justificar la detención legal de quienes eran trasladados desde sitios donde habían estado secuestrados. En el interior de esta comisaría se produjeron torturas, violaciones, simulacros de fusilamiento y pasaron de manera clandestina alrededor de 250 personas entre hombres y mujeres, de las cuales cinco continúan desaparecidas. Además, era la sede de la División Informaciones de la Unidad Regional I, dependencia encargada de tareas de inteligencia de la fuerza policial (Acosta, 2023).

Aunque el accionar represivo se focalizó en quienes estaban vinculados de alguna manera a las organizaciones político-militares revolucionarias, también fueron detenidas y torturadas personas que realizaban tareas sociales o culturales con cierto contenido político. Y mucho más amplio aún fue el espectro de quienes sufrieron cesantías, intimidaciones o fueron sometidas a vigilancia y seguimiento por parte de los servicios de inteligencia. Es que más allá de la represión directa centrada en los sectores más contestatarios, la dictadura impuso un difuso pero efectivo control autoritario de la vida cotidiana de la gran mayoría de la población apelando a una diversidad de medidas de disciplinamiento social, entre las que se destacan una legislación que limitaba los derechos de reunión, huelga y expresión, el control de los espacios públicos y el ejercicio de la censura previa.

Como ejemplo de ello se puede mencionar el caso de la UNL. Con la intervención se prohibió la realización de actos, de reuniones y de toda actividad que pudiera entenderse como política o gremial. En síntesis «subversiva». También se impidió la incorporación de empleados y docentes que habían sido cesados de una repartición nacional, provincial o municipal por razones de seguridad y el reingreso de los estudiantes que habían sido detenidos, suspendidos o expulsados. A su vez, y para que no fueran tomados en otras dependencias estatales, Nuñez elevó a la delegación Santa Fe de la Secretaría de Inteligencia del Estado (SIDE) una nómina de 80 docentes dados de baja en la UNL. Las cesantías y las expulsiones, así como las prohibiciones y los informes elevados a los servicios de inteligencia sobre el personal no docente, docentes y alumnos de la casa, continuaron luego de que asumiera como interventor Jorge Douglas Maldonado, quien se desempeñó en el cargo desde julio de 1976 hasta diciembre de 1983. Los datos elevados por el rector interventor eran utilizados para confeccionar partes de inteligencia como el realizado por la SIDE en 1982 sobre los docentes de la universidad con «antecedentes de izquierda», entre los que se mencionaban profesores en actividad identificados con el peronismo, «radicales de izquierda» y un miembro de la Asamblea Permanente por los Derechos Humanos (Alonso, 2023).

La instauración del orden, además de objetivos ideológicos y disciplinadores de la sociedad, tuvo objetivos económicos que apostaban por desarticular el perfil industrialista y la fuerte intervención estatal y redistributiva que habían caracterizado a las políticas populistas. Este proyecto tuvo su expresión más clara en el modelo que implementó José Martínez de Hoz, quien se desempeñó como ministro de Economía durante toda la gestión del teniente general Jorge Videla. A nivel provincial, las políticas económicas generaron un proceso de desindustrialización y la consiguiente pérdida de puestos de trabajo, que en la región capitalina se verificó en las empresas del polo automotriz de Sauce

Viejo y las fábricas cerveceras. También el disciplinamiento político impactó en la estructura laboral de la administración provincial y del sistema educativo —los más importantes dado el perfil ocupacional de la ciudad—, ya que la aplicación de las leyes provinciales 7854 —que reprimía las actividades subversivas— y 7859 —de prescindibilidad por razones de servicio— generó una importante cantidad de despidos de trabajadores públicos y docentes.

En ese marco se comprende que no hubiera una amplia contestación a la dominación dictatorial. Los sectores más radicalizados, que eran el blanco directo de la represión, fueron desestructurándose bajo el peso de las desapariciones, asesinatos y detenciones, pero también de los exilios e insilios que se volvieron importantes estrategias de sobrevivencia individual. También se restringieron severamente las militancias sociales y las expresiones culturales alternativas. A su vez, bajo el duro disciplinamiento político, económico y sindical, el movimiento obrero se desarticuló y no pudo ofrecer una resistencia organizada y unificada. No obstante, diversos actores pusieron en práctica variadas formas de resistencia y generaron espacios mínimos de articulación y construcción colectiva, incluso en los primeros y más duros años del régimen.

Particularmente ilustrativo es el caso de la conducción del Centro de Estudiantes de Derecho (CED), perteneciente a la agrupación Franja Morada, que logró sostener cierta presencia durante todo el período. En los primeros tiempos la única actividad que pudo realizar públicamente fue la provisión de apuntes, para lo cual creó una cooperativa, a la vez que, en un plano clandestino y privado, pronto volvió a realizar reuniones internas de claro contenido político. De manera más esporádica logró tener algunos encuentros con otros activistas de agrupaciones que antes del golpe también habían sido parte del CED, como la Agrupación Universitaria Liberación, vinculada al Frente de Izquierda Popular. A partir de 1978 se fue dando un lento pero gradual crecimiento de las organizaciones estudiantiles y de manera más clara a partir de 1980, la ampliación de su accionar público.

Por otra parte, hacia 1977 comenzaron a organizarse los allegados a las víctimas de la represión. Sus primeras actividades fueron la asistencia legal a los detenidos y, en relación con los desaparecidos, la búsqueda de información a través de distintos canales y la presentación de habeas corpus. Para 1979 ya se había constituido Familiares de Detenidos y Desaparecidos por Razones Políticas; ese año la agrupación organizó un viaje a Buenos Aires para la presentación de las denuncias ante la Comisión Interamericana de Derechos Humanos. En paralelo se fue formando el Movimiento Ecuménico por los Derechos Humanos (MEDH) y en 1980 comenzaron a establecerse los contactos que al final del año siguiente se plasmaron en la Asamblea

Permanente por los Derechos Humanos (APDH). En todo ese período los servicios de inteligencia mantuvieron a las agrupaciones de Derechos Humanos bajo vigilancia. Especialmente los miembros de Familiares eran seguidos, sus reuniones vigiladas —y probablemente infiltradas— y sus teléfonos intervenidos (Alonso, 2022).

También se produjeron resistencias subterráneas e intersticiales que se manifestaron en determinadas prácticas sindicales. Por ejemplo, la Casa del Maestro, sede de la Asociación del Magisterio de la ciudad de Santa Fe, siguió funcionando y el edificio se mantuvo abierto. Los dirigentes se turnaban —dado que no tenían licencias gremiales— para atender a los docentes que tuvieran problemas, a pesar de no poder elevar luego el reclamo al gobierno (Alonso, 2008). A la vez, hubo dirigentes sindicales que oscilaron entre el apoyo y la resistencia al régimen, ya que aunque este les quitaba el control de la institución, también los beneficiaba al eliminar a las corrientes clasistas críticas de la conducción. Un ejemplo es el caso de la UPCN, cuya dirigencia envió en octubre de 1976 un «informe confidencial» donde apoyaba explícitamente la represión, lo cual no evitó que fuera intervenida y sus autoridades detenidas, para luego volver a hacerse cargo en 1982.

HACIA LA DEMOCRACIA POSIBLE: DE LA DESMOVILIZACIÓN A LA CONFRONTACIÓN

A partir de 1980, cuando el modelo económico entró en crisis y los fuertes cuestionamientos que provenían de los organismos de Derechos Humanos habían adquirido amplitud internacional, lentamente comenzó a reactivarse la movilización. La situación económica y financiera fue gestando mayores niveles de crítica por parte de sectores empresariales y animaron la protesta de los trabajadores que estaban siendo más afectados. No es casual que hacia 1981 los conflictos laborales, que ya habían empezado a desarrollarse a finales de 1979, se profundizaran y se hicieran más visibles.

Entre 1981 y 1982, la creciente confrontación fue adquiriendo mayor coordinación a partir de la emergencia de la Multipartidaria⁶ y su accionar conjunto con la CGT Brasil liderada por Saúl Ubaldini. El 30 de marzo de 1982 se produjo la huelga general y la movilización más importante contra

6. La Multipartidaria surgió en 1981 y la integraron la Unión Cívica Radical, el Partido Justicialista, el Intransigente, el Demócrata Cristiano y el MID.

la dictadura. La ciudad no fue la excepción: en la jornada de protesta participaron la CGT Junín dirigida por Agustín Sarla, la Multipartidaria, la FUL y centros de estudiantes, entre otros sectores. Los oradores previstos del acto eran Sarla, Luis «Changuí» Cáceres por la Multipartidaria y Marcelo García por la FUL. La intervención de las fuerzas de seguridad impidió el desarrollo del mismo y dispersó a los asistentes, pero además García fue subido a un patrullero donde lo amenazaron y golpearon para dejarlo luego en barrio Don Bosco. Para entonces ocupaban el poder, tanto en la gobernación como en la intendencia santafesina, dos civiles: Roberto Enrique Casis y Rafael González Bertero, respectivamente.

Pocos días después, el inicio de la guerra de Malvinas cambió las condiciones y oportunidades para la movilización social. Por ejemplo, los centros de estudiantes pudieron desarrollar actos en apoyo a la «recuperación y defensa de las islas» que tuvieron el aval de las autoridades. Las paredes volvieron a cubrirse con carteles estudiantiles después de haber permanecido absolutamente despojadas de toda huella de actividad gremial y/o política. Las iniciativas de un banco de sangre y un «bono patriótico» para apoyar a los combatientes habilitaron el retorno de la ocupación permanente del espacio por las agrupaciones estudiantiles ya que, para llevarlas a cabo, reinstalaron sus características mesas en los ingresos de las facultades, las que ya no volvieron a retirarse.

Luego, la derrota de la guerra y sus consecuencias intensificaron la discusión política y la movilización. A partir del segundo semestre de 1982 y hasta las elecciones de 1983 se incrementó notablemente la actividad partidaria, se revitalizó el movimiento estudiantil, se produjeron huelgas de la mayoría de los sectores, especialmente del ámbito estatal y se acentuaron las actividades de los organismos de Derechos Humanos que comenzaron a tener mayor presencia en la escena pública santafesina —accedieron a espacios radiales en LT10, realizaron actos y movilizaciones, presentaron petitorios, e incluso fueron recibidos por autoridades provinciales dictatoriales—. En el contexto de una sociedad que volvía a las calles y recuperaba la política, la democracia se transformó en la utopía con la que se esperaba exorcizar tantos años de terror y muerte.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- **Acosta, Fiorella (2023).** La Comisaría Cuarta de la ciudad de Santa Fe. La configuración de un espacio concentracionario, 1975–1983. En AA.VV. (Comps.). *Actas del IX Congreso Regional de Historia e Historiografía*.
- **Alonso, Fabiana (2018).** Memorias y significaciones del pasado: la disidencia de Montoneros en la ciudad de Santa Fe en 1974, *Historia Regional* 31 (38), 1–14.
- **Alonso, Fabiana (2023).** Volver a la universidad después del terror. La reincorporación de cesanteados y expulsados. En Alonso, Fabiana (Coord.). *Universidad y democracia. La UNL entre 1983 y 1986*. Ediciones UNL.
- **Alonso, Luciano (2016).** Sobre la vida (y a veces la muerte) en una ciudad provinciana. Terror de Estado, cultura represiva y resistencias en Santa Fe. En AA.VV. (Coord.). *Represión estatal y violencia paraestatal en la historia reciente argentina. Nuevos abordajes a 40 años del golpe de Estado*. Universidad Nacional de La Plata.
- **Alonso, Luciano (2022).** «Qué digan dónde están» *Una historia de los derechos humanos en Argentina*. Prometeo.
- **Armida, Marisa y Filiberti, Beatriz (2006).** Política y sociedad entre 1955 y 1966. En Videla, Oscar (Dir.). *El Siglo Veinte. Problemas sociales, políticas de Estado y economías regionales (1912–1976)*. Nueva Historia de Santa Fe. Tomo IX. Prohistoria.
- **Brandolini, Carolina y Bianco, Diana (2017).** Trabajadores, movilización y represión en la zona santafesina. Aportes a partir del análisis de dos conflictos metalúrgicos en la primera mitad de la década del setenta. En Gilletta, Carina y Carrizo, Bernardo (Comps.). *Actas del VII Congreso Regional de Historia e Historiografía*.
- **Herrera, Mauro (2021).** Conflictividad laboral en tiempos de «Resistencia». Los trabajadores santafesinos frente a los gobiernos de la Revolución Libertadora (1955–1958). Tesina de Licenciatura en Historia. Facultad de Humanidades y Ciencias, Universidad Nacional del Litoral.
- **Mignone, Cintia (2010).** *Del apostolado al sindicalismo. Una historia de los gremios de prensa en Santa Fe*. La autora.
- **Papili, Elías (2021).** Comandos, organizaciones y resistencia peronista en Santa Fe (1955–1962). Informe final de adscripción en investigación, mimeo. Facultad de Humanidades y Ciencias, Universidad Nacional del Litoral.
- **Pascuali, Laura (2006).** La provincia en conflicto: transformaciones económicas, fracaso político y resistencia social (1966–1976). En Videla, Oscar (Dir.). *El Siglo Veinte: problemas sociales, políticas de Estado y economías regionales 1912–1976*. Nueva Historia de Santa Fe. Tomo IX. Prohistoria.
- **Raina, Andrea (2021).** El '72 en Santa Fe: contienda política y un «azo» en la memoria, *Revista Contenciosa* 9 (11), 1–21.
- **Scocco, Marianela (2021).** *Una historia en movimiento. Las luchas por los derechos humanos en Rosario (1968 – 1985)*. UNGS–UNLP–UNaM.
- **Simonasi, Silvia (2006).** Perfil industrial y dinámica social en la provincia de Santa Fe 1943–1976. En Águila, Gabriela (Dir.). *De los cordones industriales a la integración del eje Mercosur (1940–2005)*. Nueva Historia de Santa Fe. Tomo XI. Prohistoria.

6. **Municipio y Democracia** Santa Fe desde la agonía dictatorial hasta el siglo XXI

Marcelino Maina

Los estudios sobre la dinámica política del municipio santafesino, que se ubiquen a partir de 1983, son extremadamente escasos y en la mayoría de los casos de un tenor más vinculado al discurso y la narrativa periodística y ensayística que a la historiográfica.

Podría decirse que, relacionando análisis que estudian el caso provincial con la experiencia municipal de la ciudad de Santa Fe, al menos se reconocen como hipótesis fuertes que

los estudios sobre la estructura de la competencia política identifican claramente un esquema bipolar que se extiende desde 1995 hasta 2007. Asimismo, los escasos trabajos que abordan la década de los ochenta señalan al bipartidismo —con un tercer partido con capacidad de obtener escaños— como rasgo central. (Lascurain, Ramos y Vachetto, 2022:16)

En esa línea no es marginal señalar enfáticamente que los estudios sobre los espacios locales se han ido multiplicando a lo largo de los últimos 15 años, especialmente desde la perspectiva político e institucional y sin olvidar el registro electoral. Tanto para el caso santafesino como para el resto, estas miradas permiten reconocer cuánto de lo local interpela al espacio provincial y dialoga con lo nacional estableciendo un juego de niveles de análisis que aventura hipótesis posiciona nuevas categorías y revela los recorridos de ciertos casos particulares. Lo que se ha definido como estudios subnacionales nos lleva a plantear la adaptación a los parámetros político-administrativos, pero también sin anular lo anterior la adopción de otras escalas por ejemplo la

regional. Así, tendríamos la posibilidad de analizar los espacios provinciales, regionales y, como en este caso, municipales o ciudadanos.

En las postrimerías de la última dictadura militar a lo largo de todo el territorio argentino el poder de facto definió gobiernos de carácter civil, aunque regidos obviamente por la estructura represiva y que no abandonaron las prácticas represivas de todo nivel que caracterizaron la atroz experiencia de los años 70.

EL MUNICIPIO SANTAFESINO ANTE LOS DESAFÍOS POSDICTATORIALES

En cuanto a las experiencias de gubernativos civiles regidas por el andamiaje dictatorial cívico militar, en el caso de la provincia de Santa Fe no encontramos una excepción y menos aún para la intendencia de la ciudad capital de la provincia.

Por ese motivo podemos señalar que las intendencias de Roberto Casís y Rafael González Bertero se constituyen en una clara referencia de los fenómenos de homogeneización del organigrama de poder que la experiencia autoritaria cívico militar llevó a cabo en todo el espacio nacional. Es de destacar que ambos se constituyen en partícipes civiles de la última dictadura militar y, previamente, en el período 1973-1976 parte de la experiencia política liderada por Carlos Sylvestre Bagnis. Con el devenir de la última dictadura militar serán precursores en la provincia y a nivel nacional de la formación del Movimiento Línea Popular (MoLiPo). En el caso del MoLiPo, parte del elenco gubernamental y de los sectores civiles vinculados al gobierno de facto provincial en ejercicio desde la gestión de Roberto Casís y durante la de Héctor Salvi, apuestan por dar origen a una agrupación política nueva o una alianza de viejas agrupaciones para sumarse a la disputa electoral en ciernes. Cuando queda definida la apertura política se precipitan los acercamientos a nivel provincial y nacional entre la Fuerza Federalista Popular (FuFePo), el Partido Demócrata Progresista (PDP), el Partido Federal, el Movimiento Línea Popular (MoLiPo), el Socialismo Cristiano para la conformación de una agrupación que dispute las elecciones posicionándose equidistante frente a las experiencias políticas mayoritarias de la Unión Cívica Radical (UCR) y del Partido Justicialista (PJ). Esta situación genera profundas tensiones e inclusive rupturas internas en Línea Popular que, a la larga, derivarán en su disolución. El MoLiPo, a partir de su ruptura y la posterior alianza con la FuFePo, realiza elecciones internas provinciales donde consagra como presidente del partido a nivel provincial a Eduardo Enzo Galaretto quien más adelante es el candidato a gobernador

junto a Carlos Eugenio Capisano. Claramente, los intentos desde el MoLiPo de promover estas candidaturas «continuistas» se revelaron sumamente estériles en términos electorales.

El municipio santafesino en el recorrido que marca la apertura electoral hacia las elecciones fundacionales del 30 de octubre de 1983 se debatió entre la organización de las estructuras partidarias tradicionales luego del largo y oscuro proceso autoritario y la continuidad de la administración ciudadana. En este sentido la ciudad y la municipalidad no escaparon al proceso de la denominada primavera democrática que, entre otros aspectos, marcó un aumento muy significativo de las tasas de afiliación partidarias, pero al mismo tiempo que la participación en movilizaciones, reclamos y protestas en función del traumático pasado reciente especialmente en cuanto al reclamo por la aparición con vida de detenidos desaparecidos de la última dictadura militar.

En el momento de la convocatoria de las elecciones de apertura de 1983 podemos referenciar algunos desafíos posdictatoriales centrales para capturar la problemática de los años 80 en la ciudad capital: 1. La reorganización del poder municipal y la puesta en marcha del concejo deliberante luego de 10 años de absoluta paralización. 2. El esfuerzo por evitar una parálisis en dicho concejo, obra necesaria de las concejales y los concejales elegidos en ese momento central. 3. La estructuración de una serie de prioridades que a nivel municipal debían resolverse más allá del ritmo y los tiempos de las transiciones que, al igual que a nivel nacional y provincial, marcaban el incierto camino de invención democrática iniciado en diciembre de 1983.

Pero antes de arribar a dicho momento y a sus complejidades es imprescindible destacar que los fenómenos transicionales inciertos y de complejo flujo y dinámica política condujeron a los últimos dos gobiernos cívico-militares a una eventual paralización y a la falta significativa, entre otros elementos, de los recursos económicos y financieros necesarios para sostener el funcionamiento municipal.

Dado el aspecto eminentemente político de este capítulo no debemos olvidarnos de dar cuenta que los fenómenos relativos a la política y a lo político en clave nacional, provincial y municipal dan lugar a la reconstrucción de los entramados y redes que vinculan a estos fenómenos en un proceso entre niveles. Este aspecto es importante pues nos permite revelar la producción e invención de lo político y la política, pero al mismo tiempo señalar que, al menos en la primera intendencia posdictatorial, los flujos provinciales y nacionales de tensiones y relativos a los profundos desafíos de la invención democrática a escala nacional y escala provincial tendieron a marginar en varios aspectos a los fenómenos ciudadanos y municipales.

Frente a este relevo es importante destacar que el contexto de producción de este fenómeno de orden municipal se encuentra en el desarrollo de los procesos de democratización en América Latina, en las variables estrictamente nacionales de la dinámica de las transiciones a las democratizaciones de los años 80 y el entramado vinculado al rol de los partidos políticos y el debate público que recorre atravesando verticalmente las variables nacional, provincial y municipal.

Un primer elemento para destacar en orden estrictamente municipal y ejemplificado por un hito que aún hoy perdura en las memorias de los y las santafesinas es la pauperización y deterioro de la infraestructura social básica de la ciudad. Principalmente el enfoque de esta afirmación se traduce en el constante cuestionamiento al funcionamiento del sistema de transporte público, al agotamiento de la estructura portuaria, a la evidente falta de inversión en el sostenimiento de las principales obras de infraestructura y sistemas de políticas públicas responsabilidad del municipio.

Ejemplo de todo lo anterior es la tensión inicial entre el ejecutivo provincial y el sindicato de trabajadores municipales, uno de los primeros frentes de conflicto que deberá afrontar el nuevo gobernador y los intendentes de varias municipalidades de la provincia.¹

La dictadura, entre otros aspectos, dio forma a un fenómeno de centralización de la gestión y administración pública y de las dinámicas de las políticas públicas que se tradujeron en una hiperconcentración del poder decisonal en manos de los ejecutivos nacionales y provinciales, en ese orden, y dejaron rezagados y deteriorados los constructos municipales y sus capacidades, responsabilidades y atribuciones.

Este aspecto se ve muy claramente en las dos últimas intendencias, pero también en la prolongadísima intendencia dictatorial del coronel Miguel Alfredo Coquet. El sesgo represivo y la ambición disciplinadora² primaron sobre cualquier otra prioridad de orden estrictamente municipal; por lo tanto, mostraron a comienzos de la primera experiencia posdictatorial un escenario común a otras experiencias municipales: la devastación infraestructural ya mencionada y la ausencia de una referencia de poder municipal y de estructura decisonal en clave local.

1. *El Litoral*, 13 de diciembre de 1983, p. 4.

2. Entre los textos más significativos para nuestra zona son imprescindibles Águila (2023), Alonso (2009) y Alonso (2022).

Roberto Casis inicia en 1981 la intendencia de la ciudad y luego pasará a ser uno de los dos gobernadores civiles, junto al último Héctor Salvi que la dictadura impuso en la provincia. Aquí encontramos uno de los tantos vacíos historiográficos que podrían ser capturados como líneas de investigación por futuras o futuros historiadores que busquen rastrear las ligazones entre sectores del último gobierno constitucional del período 73-76 y el largo desarrollo de la dictadura militar en Argentina.

Un ejemplo de las prácticas públicas de razonamiento sobre lo municipal llevadas a cabo por Casis, y que se prolongara por varias décadas como tema de debate local, es la concesión de un sector del Parque Alberdi sin financiación y de forma muy precaria a la entidad Casa Cuna.

Luego de la intendencia de Casis asume Rafael González Bertero por muy pocos meses hasta la apertura electoral de octubre de 1983.

Es interesante pensar que aquí se genera un corpus de abordajes y un conjunto de posibles temas en torno a la participación civil en cargos gubernativos durante la última dictadura militar y las políticas públicas llevadas a cabo durante estas administraciones, puesto que el caso santafesino no es el único en términos comparativos con el resto del país.

La convocatoria electoral para las elecciones de apertura tiene en Santa Fe el resultado de un virtual empate técnico con un escrutinio debatido durante prácticamente un mes para el cargo de gobernador, donde se asientan varias sospechas de adulteración de las actas; sospechas que nunca fueron constataadas como tales.

En el caso de la intendencia de Santa Fe termina siendo obtenida por el Partido Justicialista y específicamente por Tomás Camilo Berdat, en un escenario provincial de verdadero empate político.

En el caso de la proyección territorial distrital, el escrutinio definitivo señala que la distribución de Municipios y Comunas en Santa Fe por partido desde 1983 será: PJ Municipios 17, Comunas 115; UCR: Municipios 12, Comunas 121; Movimiento de Integración y Desarrollo (MID): Municipios 1, Comunas 15; PDP: Municipios 1, Comunas 39; Partido Socialista Popular (PSP): Municipios 1, Comunas 1; MoLiPo: Comunas 15; Alianzas y Partidos Comunales o Vecinales: Municipios 1, Comunas 17.

Revisando los datos anteriores, también en los espacios municipales y comunales la paridad es notable: el justicialismo controla 17 intendencias, incluida la capital provincial; el radicalismo 11 pero sumando Rosario; el PSP, el PDP y el MID se aseguran una municipalidad cada uno, y en Rafaela, la tercera ciudad provincial, triunfa el Movimiento de Afirmación Vecinalista.

Los resultados en la ciudad de Santa Fe indican para intendente Frejuli (Frente Justicialista de Liberación) 71 670 y para Concejales 71 028; UCR 64 453 y 64 396; PDP 19 188 y 17 127. En cuanto a la distribución de los cargos para concejal, la situación en la ciudad de Santa Fe queda de la siguiente manera:

Concejales electos	Distribución cargos 5-4-1
Santiago Mascheroni	UCR
José Furone	FREJULI
M. del Pilar Ferreira	UCR
Carlos Castro	FREJULI
Francisco Díaz	UCR
Carlos A. Sambrana	FREJULI
Mario Pilo	UCR
Juan T. Sáenz	UCR
J. Alberto Favre	PDP
J. María Mazza	FREJULI

Fuente: Elaboración propia en base a datos del Tribunal Electoral y de *El Litoral*.

Al asumir Berdat dará especial atención a la recomposición del partido, además de la municipalidad como institución. En sus palabras:

Nosotros debemos dar el ejemplo en Santa Fe y por eso los cargos municipales lo deben ocupar los más honestos, leales y doctrinarios del movimiento (...) Santa Fe debe ser un ejemplo de gobierno en todos los niveles puesto que desde aquí debe iniciar la recuperación del justicialismo en el orden nacional.³

Berdat, de este modo, ya en los mismos inicios de su mandato señala con claridad no solamente la búsqueda por el retorno a la ortodoxia peronista sino la necesidad de recuperar lo que aparentemente es propio del peronismo: el control de la nación y el Estado nacional.

El gabinete de Berdat estará constituido por el secretario de Gobierno, Antonio Ciaurro; secretaria de Hacienda, Elida Nora Iguri; secretario de Obras Públicas, Oscar Gaziano; secretario de Cultura y Acción Social, Severo Osvaldo Salva; secretario de Servicios Públicos, Edgardo Luna; secretario General, Elvio Goitía; fiscal Municipal, Héctor Rivas.

La situación del municipio en clave financiera es según las declaraciones de la Secretaria de Hacienda de un pasivo de 100 millones de pesos

3. *El Litoral*, 12 de noviembre de 1982, p. 5.

aproximadamente, aspecto que destaca las posibilidades y las dificultades de generar políticas públicas por parte de la primera experiencia democrática de gobierno del municipio santafesino. Berdat aspiraba a trabajar con recursos genuinos,⁴ y revelar desde el lugar del intendente la consuetudinaria carencia de recursos líquidos para llevar adelante políticas públicas en la capital del Estado provincial santafesino. Como ejemplo recordemos que meses antes de las elecciones de 1983 se produce el derrumbe de una mitad completa del característico y paradigmático Puente Colgante de la ciudad de Santa Fe que recién será recuperado y rehabilitado hacia inicios del siglo XXI.

Luego de su mandato como vicegobernador provincial, Carlos Aurelio Martínez —compartiendo fórmula con José M. Vernet entre 1983 y 1987— se constituyó en el siguiente intendente de la Municipalidad de Santa Fe al obtener un triunfo verdaderamente significativo en las elecciones de 1987.

Los resultados electorales de ese año serán muy favorables para el peronismo local, así como ocurre en los demás niveles ante la debacle de la primavera democrática alfonsinista, con una cifra de 81 366 votos emitidos válidos para la candidatura de Carlos Aurelio Martínez a intendente. La distribución en el Concejo Deliberante sería el siguiente:

Concejales electos	Distribución cargos 6-4-1
Jorge Obeid	PJ
Carlos Iparraguirre	UCR
Héctor Heredia	PJ
Raúl Prieto	UCR
Carlos Chamorro	PJ
Hugo Ponce	PJ
Ramón Martínez	UCR
Oscar Belbey	PJ
Ricardo Mascheroni	UCR
Miguel Bullrich	PDP
José Benaglia	PJ

Fuente: Elaboración propia en base a datos del Tribunal Electoral y de *El Litoral*.

Los integrantes del departamento Ejecutivo Municipal designados por Martínez fueron inicialmente: secretario de Gobierno, Roberto Polenta; secretario de Hacienda, Miguel Ángel Santos; secretario de Obras Públicas,

4. *El Litoral*, 19 de noviembre de 1983, p. 5

Juan M. Fradellin; secretario de Cultura y Bienestar Social, Juan D. Martínez; secretario General, Virgilio Viglieca; secretario de Servicios Públicos, Dante Renato Petroni; fiscal Municipal, Graciela Beatriz Castillo.

Martínez declaraba al asumir:

En este momento realmente histórico para el municipio creo que formamos en un todo la ciudadanía de Santa Fe. Creo que venimos con las manos llenas de esperanzas y con la protección de Dios haremos lo posible para hermanarnos entre todos los santafesinos. Es verdad que será una tarea titánica (...) iremos a buscar todos los instrumentos necesarios para hacer que las respuestas lleguen lo más pronto posible a los corazones de los humildes, los necesitados, de los jóvenes porque creyeron que podía llegar a un santafesino que pensara no sólo en la ciudad sino también en ustedes, del pueblo, que muchas veces en silencio dice grandes verdades.⁵

El mismo momento de asumir la apelación al pueblo por parte de Martínez marca un lugar semejante al de Berdat: una mirada ortodoxa y fuertemente verticalista de la experiencia peronista tanto en el municipio como en la provincia y en la nación.

Son los tiempos de los distintos congresos que disputan al interior del peronismo la metamorfosis identitaria del mismo, y en surgimiento breve pero potente de la denominada renovación peronista que no tiene ningún vínculo y está absolutamente alejada de los parámetros de reflexión y comprensión identitaria de los dos primeros intendentes de la ciudad de Santa Fe.

Por ese motivo los años 80 en la provincia de Santa Fe y específicamente en la ciudad pueden ser vistos como aquellos en los que se produce una lenta pero irreversible sustitución de elencos partidarios, coaliciones dominantes y alianzas al interior del peronismo; dejan en el pasado las reminiscencias del peso de los sectores sindicales y de la mirada extremadamente ortodoxa de la identidad y la estructura organizativa del partido. A nivel provincial la denominada «cooperativa» tiene su anclaje en el caso municipal santafesino en particular por ser la ciudad sede del poder político y gubernativo y, al mismo tiempo, por marcar para este período un predominio electoral significativo respecto de las demás fuerzas en clave local.

La idea de cooperativa —que para algunas lecturas resulta de la fusión inorgánica de líneas internas del partido con alta fluctuación interna— resulta interesante para observar la pervivencia en la ciudad capital de la provincia

5. *El Litoral*, 11 de diciembre de 1987, p. 6.

de la influencia de los viejos sectores del sindicalismo provincial, al igual que en la ciudad de Rosario y en la elección del primer candidato a gobernador de la provincia, José María Vernet. Estos sectores de la ortodoxia recuperan provisoriamente con su presencia tanto electoral como de movilización cierta capacidad de control del partido y, consecuentemente, de la definición de las candidaturas.

Así se va dando forma a una verdadera organización desorganizada que logra controlar los resortes del poder municipal al igual que provincial, hasta el crítico momento de cambio de década.

Este momento estará signado para el tema que nos ocupa por los siguientes motivos: la renuncia, aprobada el 29 de junio de 1989⁶ por el Concejo Deliberante, del cargo de intendente de Carlos Aurelio Martínez; más adelante la intervención del partido provincial por parte del Partido Justicialista nacional; y el ascenso de nuevas figuras, en algunos casos sin renegar de su pasado peronista y en otros constituyéndose en verdaderos *outsiders* que llegan para cubrir exitosamente las candidaturas provinciales, en este caso refiriéndonos en los extremos a Jorge Obeid, futuro intendente y gobernador de la provincia, y a Carlos Alberto Reutemann, futuro gobernador provincial.

En el caso de Martínez, el intendente había reconstituido su gabinete como forma de expresar la necesidad y a la vez el impacto impugnador de las denuncias que desde marzo del '89 atravesaban su gestión. Así llegan a ocupar cargos en el Departamento Ejecutivo Municipal: secretaría General, Juan Domingo Martínez; secretaría de Gobierno, Virgilio Viglicca; secretaría de Hacienda, Héctor Ceresola; secretaría de Obras Públicas, Javier Díaz; secretaria de Servicios Públicos, Rubén Sager, y en la de secretaria de Promoción y Asistencia a la Comunidad, Andrés Villoria.

Pero los tiempos de la política y de lo político acecharon la intendencia de Martínez con la continuidad de las denuncias y la profundización de las investigaciones relativas a las mismas. Por lo tanto, hacia mediados de junio de 1989 el intendente de la ciudad de Santa Fe⁷ renuncia a su cargo y en su reemplazo llega Jorge Obeid quien hasta ese entonces ocupaba el cargo de presidente del Concejo Deliberante de la ciudad.

Es de destacar que para 1989 por distintos motivos, pero revelando la crisis de los partidos políticos tradicionales, la metamorfosis de la representación política y el deterioro progresivo de la vinculación entre dirigencia y

6. *El Litoral*, 29 de junio de 1989, p. 6.

7. Al respecto son importantes las producciones de Pereyra (2013) y Gené (2020).

ciudadanía tanto en Santa Fe como en Rosario van a presenciar la renuncia de sus respectivos intendentes, Martínez y Usandizaga, respectivamente.

Luego de la renuncia de Martínez y en el mismo acto, quien hasta entonces ocupaba el cargo de vicepresidente del concejo deliberante, el radical Carlos Iparraguirre, sede su lugar por una cuestión de continuidad institucional y del partido de gobierno al peronista Hugo Ponce, un hombre vinculado directamente a la figura del diputado nacional Rubén Cardozo.

En su discurso de Asunción Obeid señaló «Durante las 2 primeras semanas de gobierno tomaremos medidas tendientes a achicar violentamente el gasto».⁸

Cuando se produce el llamado a elecciones de 1989 es electo intendente el profesor Enrique Muttis quien deja en segundo lugar a la fórmula del Frente Justicialista Popular del peronismo. Los resultados del escrutinio darán la siguiente distribución: Enrique Muttis 101 419, casi el 60% de los votos válidos emitidos en dicha elección municipal. A su vez la constitución del concejo deliberante estará integrada por:

Concejales electos	Distribución cargos 6-3-1
Virgilio Viglicca	FREJUPO
Eduardo Piedrabuena	UCR
José R. Ángel	FREJUPO
Miguel Funes	FREJUPO
Roberto Magnin	UCR
Stella Gorriz	FREJUPO
Jorge Favre	AL. de CENTRO
José M. De Azcuénaga	UCR
Dalmacio Gonzalez	FREJUPO
Poebes Vecchio	FREJUPO

Fuente: Elaboración propia en base a datos del Tribunal Electoral y de *El Litoral*

Los integrantes del departamento ejecutivo municipal serán en el primer tramo de la intendencia de Muttis: secretario de Gobierno, César Rey Leyes; secretario de Hacienda, Juan Carlos Raviolo; secretario General, David A. Giavedonni; secretario de Planeamiento, Osvaldo Mansur; secretario de Obras

8. *El Litoral*, 29 de junio de 1989, p. 1.

Públicas, Antonio Gallo; secretario de Servicios Públicos, Jorge Miqueri; secretario de Cultura, Hugo Mataloni; fiscal Municipal, Andrés Mathurin. Muttis se expresaba al momento de asumir y en diálogo con la prensa señalaba:

Queremos poner a Santa Fe en movimiento frente a propios y extraños. Pienso que esto lo debemos hacer a través de 3 ejes fundamentales nuestro patrimonio cultural científico artístico e histórico; nuestros deportes y nuestro ámbito geográfico y natural (...) hemos fundado nuestra campaña en una convocatoria a las entidades intermedias desde los clubes de barrio en adelante. Vamos a coordinar las tareas que las entidades intermedias de la ciudad están capacitadas para hacer aglutinando los esfuerzos desperdigados. Queremos que la ciudad recupere también una imagen para afuera. Las vecinales las entidades intermedias piden máquinas combustibles cuadrillas municipales, pero les diremos «las controlan también ustedes.»⁹

Muttis, un hombre del demoprogresismo, postula una mirada diferente del lugar que ocuparía la ciudad respecto de la región en la que integra ejes con una perspectiva y prospectiva diferente de la de los dos primeros gobiernos electos luego de la última dictadura militar. En especial nos resulta interesante resaltar la idea del doble control ejercido desde la autoridad municipal pero solicitado también a parte del accionar activo de la ciudadanía.

Ante el fallecimiento de Muttis se produce un breve interregno en el que el presidente del concejo municipal, Hugo Ponce, ejerce el cargo de intendente interino, entre julio y diciembre de 1991 hasta la convocatoria electoral que poco tiempo antes designó a Jorge Obeid como intendente municipal electo a través del voto constitucional y ya no como resultado de una causa de renuncia/apartamiento. En el caso de Carlos Aurelio Martínez hubo razones que contribuyeron a su encarcelamiento y a un largo procesamiento que recién encontró su cierre en 2003.

CAMBIOS GLOBALES, NEOLIBERALISMO Y MUNICIPIO EN LOS AÑOS 90

A nivel provincial y municipal el inicio de la década del 90 muestra a la ciudad de Santa Fe y a la provincia sumidas en una serie de tensiones políticas bastante significativas.

9. *El Litoral*, 12 de diciembre de 1989, p. 9.

Por un lado, el ascenso del menemismo y el deterioro de la experiencia alfonsinista, que llevan a un cambio de gobierno prematuro con las implicancias que esto tiene en las provincias, especialmente al momento de rastrear dos cuestiones aparentemente inconexas entre sí pero de fuerte vinculación al momento de explorarlas: la aprobación de la Ley de Lemas como técnica electoral para la provincia y el ascenso progresivo hacia la gobernación de Carlos Alberto Reutemann.

Por otro lado, la intervención del partido en 1991 y el final de la etapa que podría estar marcada por el vocablo de época «la cooperativa», junto al fallecimiento del intendente municipal dan lugar a la emergencia de una nueva etapa caracterizada por el ascenso de dos figuras diferentes entre sí pero que compartirán el poder provincial y determinarán el poder municipal de la ciudad de Santa Fe durante al menos 15 años: Jorge Obeid y Carlos Alberto Reutemann.

Con la aprobación de la Ley de Lemas en la provincia coexistirán articulados tres¹⁰ sistemas electorales (Robin, 1994). En 1990 se incorpora el mecanismo de votación denominado técnicamente doble voto simultáneo y acumulativo conocido también con el nombre de Ley de Lemas (ley 10524) para seleccionar los cargos de gobernador y vicegobernador, diputados y senadores provinciales, intendentes y concejales municipales. Se entiende por lema a los partidos políticos reconocidos para competir en los distintos niveles territoriales en los cuales se organiza la provincia electoralmente —provincia, departamento, municipio y comuna—; se define como sublema a

10. Acorde a la Constitución de 1962 el poder ejecutivo, conformado por el Gobernador y el Vicegobernador, se elige directamente a simple pluralidad de sufragios en distrito único. Ambos duran cuatro años en función, sin posibilidad de reelección inmediata. Una Legislatura bicameral ejerce el poder legislativo. El Senado se integra por 19 representantes electos en circunscripciones uninominales, usando como distritos los departamentos en los cuales se divide Santa Fe. En cambio, la Cámara de Diputados cuenta con 50 representantes electos en distrito único. En la asignación de bancas rige el sistema de premio a la mayoría, por el cual la lista que alcanza la mayoría simple gana invariablemente 28 bancas (56%) y las restantes 22 (44%) pertenecientes a las minorías se reparten proporcionalmente acorde a la fórmula D'Hondt. Ambas cámaras se renuevan totalmente cada cuatro años. En cuanto a las poblaciones, su organización política depende de la magnitud de habitantes. Aquellas que superan los 10 000 son clasificadas como Municipios, tienen un intendente electo cada cuatro años a simple pluralidad de votos y un Consejo Municipal donde los cargos, que se renuevan por mitades cada dos años, se asignan acorde a la fórmula D'Hondt. Las poblaciones debajo de esa magnitud conforman Comunas, con una Comisión Comunal donde el sistema de asignación de bancas otorga una sola a la minoría.

las agrupaciones o corrientes internas que integran un mismo lema y por lo tanto deben usar el nombre del lema del cual forman parte.

Desde el punto de vista del Derecho Electoral la expresión Ley de Lemas responde al modo en que se ha hecho conocido el mecanismo de «doble voto simultáneo y acumulativo»: 1) permite a cada partido político la posibilidad de presentar múltiples candidatos para cada cargo electivo (todo partido es un lema y dentro del mismo se pueden constituir sublemas); 2) hay simultaneidad en la emisión del voto, o sea el sufragante hace uso del doble voto simultáneo al momento de la elección; 3) existe la acumulación de votos, pues el sublema más votado reúne en el cómputo general todos los sufragios que corresponden a su partido-lema. De esta manera el ganador de la elección no es el candidato con mayor cantidad de votos sino el candidato con la mayor cantidad de votos del partido con más votos. El 8 de noviembre de 1990 se produjo el debate del proyecto de Ley de Lemas. Este debate culmina con la aprobación de la ley mediante una votación nominal cuestionada, cuyo resultado fue el siguiente: 25 votos por la afirmativa y 24 por la negativa (Rulli y Centeno Lappas, 2006).

Obeid llega la intendencia, mediado por la descrita Ley de Lemas, con alrededor de 90 000 votos y un 45 % de adhesión electoral. Las y los concejales electos en esa elección fueron:

Concejales electos	Distribución cargos 6-3-2
Juan Carlos Forconi	PJ
Antonio Guerrero	PJ
Rubén Mehauod	PJ
Jorge Páez	PJ
Nicolás Piazza	PJ
Manuel Viña	PJ
Julio Tejerina	UCR
Martín Álvarez	UCR
Félix Bertorello	UCR
Mario Monti	PDP
Miguel Bullrich	PDP

Fuente: Elaboración propia en base a datos del Tribunal Electoral y de *El Litoral*.

La renovación de bancas de concejales en 1993 traerá a los siguientes ediles:

Concejales electos	Distribución cargos 5-3-2
José Kerz	PJ
Alfredo Hediguer	PJ
Lidia Martínez	PJ
Horacio Alessandria	PJ
Eduardo Errante	PJ
Eduardo Piedrabuena	UCR
Carlos Iparraguirre	UCR
Darío Boscarol	UCR
Eduardo Gonzalez Riaño	PDP
Héctor Acuña	PDP

Fuente: Elaboración propia en base a datos del Tribunal Electoral y de *El Litoral*.

Para 1995 será Horacio Rosatti el intendente consagrado para regir los destinos de la ciudad durante los siguientes cuatro años. Su elección muestra la continuidad de la hegemonía del Partido Justicialista con un porcentaje de adhesión del 63% de los votos. Serán miembros del Concejo Deliberante:

Concejales electos	Distribución cargos 8-3
Alberto Hammerly	PJ
Ariel Dalla Fontana	PJ
Cristina Giudici	PJ
Ricardo Luján	PJ
Carlos Feruglio	PJ
Susana Campoli	PJ
Pedro Buchara	PJ
Jorge Bantar	PJ
Julio Tejerina	UCR
Marcelo Martín	UCR
Mirtha Barlasina	UCR

Fuente: Elaboración propia en base a datos del Tribunal Electoral y de *El Litoral*.

En 1997 con una nueva convocatoria electoral se confirmará el predominio del Partido Justicialista en la ciudad de Santa Fe especialmente en la distribución de concejales que a continuación observamos:

Concejales electos	Distribución cargos 7-3-1
José Weber	PJ
Alfredo Hediger	PJ
Marcelo Álvarez	PJ
Beatriz Luna	PJ
Martin Gainza	PJ
Juan José Kaspons	PJ
Pascual Reccia	PJ
Carlos Iparraguirre	UCR
Darío Boscarol	UCR
Enriqueta Esquivel	UCR
Eduardo González Riaño	PDP

Fuente: Elaboración propia en base a datos del Tribunal Electoral y de *El Litoral*

DEL PREDOMINIO PERONISTA A LA EMERGENCIA DEL FRENTE PROGRESISTA CÍVICO Y SOCIAL: UN RECORRIDO ELECTORAL

Consideramos que con la elección a intendente y concejales de 1999 comienza a vislumbrarse el ascenso progresivo de la Alianza Santafesina (AS) que, más adelante, se convertirá en el Frente Progresista Cívico y Social (FPCyS). Dicho frente y la política frentista en general caracterizarán el nuevo siglo y mostrarán con la aparición de un nuevo rival, ahora de mayor peso y envergadura para el justicialismo local, un cambio de época que tendrá un registro especial a analizar en el rol de la Universidad Nacional del Litoral y los sectores políticos que se formen en ella un rasgo especial para pensar la constitución de esta oposición exitosa al peronismo predominante a fines del siglo y desde ahí en adelante

En 1999 con la elección para concejales, pero también con la elección para intendente de la ciudad, comienza a registrarse lo que retrospectivamente va a ser el ascenso de esta oposición al justicialismo local, que se convertirá en gobierno más adelante:

Concejales electos	Distribución cargos 7-5
Julio Schneider	AS
Martín Álvarez	AS
Sara Pinasco	AS
Leonardo Simoniello	AS
Pablo Farías	AS
Ileana Bizzoto	PJ
Ezequiel Balbarrey	PJ
Eduardo Errante	PJ
Carlos Feruglio	PJ
Juan Carlos Bettanin	PJ
Carlos Cardozo	PJ
Susana Campoli	PJ

Fuente: Elaboración propia en base a datos del Tribunal Electoral y de *El Litoral*

Pero aquí la novedad es la conformación de la Alianza Santafesina, una coalición que reúne a casi todos los sectores no peronistas del arco político incluyendo en la Unión Cívica Radical, el partido Demócrata Progresista y el partido Socialista Popular.

El triunfo para el cargo de intendente recaerá en el peronista Marcelo Ignacio Álvarez, con un porcentaje cercano al 55% de los votos.

En medio de la brutal crisis de 2001 y ante el ascenso de las crisis de representación y de los partidos políticos, no solamente se confirma la Alianza Santafesina como uno de los integrantes del sistema de partidos a escala municipal, sino que surge el Frente Justicialista y el Polo Social, ambos con representación para cargos de concejal tal como vemos más abajo

Concejales electos	Distribución cargos 6-4-1
José Weber	FJ
Rubén Mehauod	FJ
Nidia Muller	FJ
Alfredo Hediger	FJ
Gerardo Crespi	FJ
Arturo Aran	FJ
Marta Fassino	AS
Darío Boscarol	AS
Julio Tejerina	AS
Jorge Henn	AS
José Yódice	P. Social

Para el año 2003 varias novedades se presentarán en el escenario nacional y provincial, pero en particular para el caso de la ciudad la elección a intendente volverá a ratificar la hegemonía peronista con el triunfo para intendente de Martín E. Balbarrey con el 49% de los votos y su predominio electoral para cargos del Concejo Deliberante.

Concejales electos	Distribución cargos 4-2
Fabián Ferreira	PJ
Liana Moraguez	PJ
Juan Carlos Piazza	PJ
Rafael López	PJ
Julio Schneider	PS (Partido Socialista)<?>
Leonardo Simoniello	PS (Partido Socialista)

Fuente: Elaboración propia en base a datos del Tribunal Electoral y de *El Litoral*

El 30 de noviembre de 2004, el Senado de la provincia de Santa Fe derogó la Ley de Lemas. El proyecto había sido presentado por el gobernador Jorge Obeid al comienzo de su mandato como una de sus primeras acciones de gobierno y fue el eje de enfrentamiento hacia el interior de su partido, que planteaba una resistencia a la derogación. Esta será la última elección con la vigencia de la Ley de Lemas como cuerpo normativo que regula el llamado y el desarrollo de la convocatoria electoral. A partir de su derogación y en 2007 se va a producir un cambio significativo en el organigrama del poder de la ciudad y también de la provincia al triunfar por primera vez una propuesta política no peronista: el Frente Progresista Cívico y Social.

El triunfo para intendente corresponde a Mario Barletta, proveniente de las filas de la Unión Cívica Radical y de la Universidad Nacional del Litoral, y en los cargos de concejales la distribución será la siguiente:

Concejales electos	Distribución cargos 2-2-2
Alejandra Obeid	PJ
Luciano Leiva	PJ
Adriana Molina	FPCyS
Carlos Suárez	FPCyS
Cristian Huser	Santafesino 100 %
Héctor Acuña	Santafesino 100 %

Fuente: Elaboración propia en base a datos del Tribunal Electoral y de *El Litoral*

AGENDA FINISECULAR Y TEMAS LOCALES HACIA EL SIGLO XXI

La ciudad de Santa Fe presenta una agenda finisecular en donde en el cruce de siglos confluyen varios fenómenos de distintos niveles: a escala global el inicio paulatino del deterioro de la hegemonía norteamericana junto con el ascenso de China y los países nucleados en el BRICS, más el avance —en aquellos momentos— del euro. Por otro lado, a escala nacional una profunda crisis económico-financiera con repercusiones gravísimas a escala social y política va a asolar al país entre octubre de 2001 y al menos marzo de 2003. Y a nivel municipal por lo menos dos elementos hay que tener presentes al momento de recorrer estos años: la ya mencionada crisis en 2001 y sus impactos a nivel local, y la profunda marca social política y económica que dejará la inundación de 2003 en la ciudad.

Estos factores se constituyen en elementos contextuales para pensar los procesos políticos posteriores al inicio del siglo XXI en la ciudad de Santa Fe: en primer lugar, la consolidación del proyecto político de la Alianza Santafesina, que lentamente se va a ir reconvirtiendo en el Frente Progresista Cívico y Social, y el agotamiento tras —luego se verán— 24 años en el poder tanto provincial como municipal del peronismo.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- **Águila, Gabriela (2023).** *Historia de la última dictadura militar argentina, 1976–1983.* Siglo XXI.
- **Alonso, Fabiana (2009).** *El combate ideológico en la educación pública santafesina: 1976–1983.* Ediciones UNL.
- **Alonso, Luciano (2022).** «Que digan donde están» *Una historia de los derechos humanos en Argentina.* Prometeo.
- **Gené, Mariana (2020).** *La rosca política. El oficio de los armadores delante y detrás de escena (o el discreto encanto del toma y daca).* Siglo XXI.
- **Lascurain, María Cecilia.; Ramos, Hugo Daniel y Vaschetto, Mariano (2022).** La historia política de Santa Fe desde la transición democrática (1983–2020): aportes, líneas de investigación y vacancias, *Quinto Sol*, n°1, vol. 26, pp. 1–22.
- **Maina, Marcelino (2023).** *La invención democrática en Santa Fe. Identidades políticas y debates públicos en los años ochenta.* Prohistoria.
- **Pereyra, Sebastián (2013).** *Política y transparencia. La corrupción como problema público.* Siglo XXI.
- **Robin, Silvia A. (1994).** Ley de Lemas y dinámica del sistema de Partidos en la provincia de Santa Fe, *Estudios Sociales* N° 6, pp. 85–95.
- **Rulli, Mariana y Centeno Lappas, Federico (2006).** Proceso de reforma política: La derogación de la Ley de Lemas en Santa Fe. *Temas y Debates*, pp. 1–36.

7. **Aproximaciones a una historia de la educación en el espacio santafesino**

Juan Cruz Giménez

Las siguientes líneas se proponen introducir al lector a una historia de imágenes pedagógicas, institucionalizaciones predominantes del campo educativo en la escala local y regional de la ciudad de Santa Fe. Enunciado así, el objetivo oculta una particular característica que implica ordenar la información que los archivos nos brindan desde los iniciales contratos pedagógicos en un territorio que se fue definiendo administrativamente a lo largo de la etapa colonial. Para ordenar los registros, las imágenes, instituciones y voces haremos una presentación que se corresponde con una periodización posible. Como la escala de análisis es la trama urbana de la ciudad de Santa Fe en su extensión y expansión, los contratos pedagógicos son posibles de identificar y analizar, así como los dispositivos institucionales, las prácticas y la normativa vigentes.

Por razones de escala, tiempos, extensión y criterios editoriales de una obra colectiva se propone detener al lector en algunas imágenes o mitos de origen de la educación santafesina como modo de antecedentes. La ciudad de Santa Fe confirma la coyuntura de noviembre de 1573 como mito de origen o como acto fundacional hispano sobre tierras de nativos. Es posible afirmar que la misma referencia se construye en la narrativa sobre el campo educativo incipiente en figuras pedagógicas como Pedro de Vega en tiempos de la ciudad vieja y los ensayos pedagógicos propios a las misiones jesuíticas y registros franciscanos que confirman las fuentes (entre ellas las observaciones del jesuita Florian Paucke en sus propios manuscritos que datan del período 1749–1767).¹

1. En este contexto, los trabajos disponibles para el período que se sustentan principalmente en actas del Cabildo de la ciudad, señalan y coinciden en una figura pedagógica temprana que

En función de estas apreciaciones iniciales y secuencias pedagógicas a modo de antecedentes, otra imagen a presentar se refiere a la etapa independiente. La etapa de gobierno de Estanislao López (a partir de 1818) consta de tres establecimientos educativos en la ciudad: la escuela de padres franciscanos, la de los mercedarios y la de los dominicos (primeras letras, latinidad, gramática). El proyecto educativo es relevante para el gobierno de López, de este modo dicta un primer reglamento en materia educativa que establece la obligatoriedad y gratuidad de la enseñanza, delegando en el Cabildo la superintendencia escolar en tanto «el regidor de policía será encargado de celar e inspeccionarlas escuelas mensualmente, en el último día de cada mes, cuidando de las observancias de las instituciones al lleno del interés, ante todo objeto de mejor educación pública de la juventud» (Reinares, 1946).

Aunque con recursos limitados, el gobierno de Estanislao López sienta las bases de una organización educativa en la ciudad y región aún poco estudiada. El mismo, sostenido en escuelas de primeras letras para varones y niños, institutos secundarios con cátedras de latinidad, filosofía, geografía e historia americana. Escuelas especiales de oficios para varones y en el caso de las mujeres (niñas) la instrucción elemental primaria de primeras letras, cálculo, costura, moral, religión, buenas costumbres y tareas domésticas. Ensayos pedagógicos como el del sacerdote Francisco de Paula Castañeda (en la escuela de Rincón)² o el Gimnasio Santafesino de Antonio Quiróz de Gumán³ (1831), el Instituto Literario San Gerónimo bajo la dirección de José de Amenábar (sacerdote vicario de la iglesia de la Matriz) remiten a esta etapa en la capital de provincia.

debe ser mencionada aquí. Se trata de la primera construcción cívica del maestro Pedro de Vega (mencionado en las actas en mayo de 1577), en el documento oficial el procurador de la ciudad Pedro Espinosa y los ediles resuelven «no dejar salir de la ciudad a Pedro de Vega, pues es él que enseña la doctrina a los niños de corta edad y a leer y escribir a los demás.» Si bien no es el único civil al que no se le permite ausentarse del establecimiento urbano inicial, se evidencian temores ante protestas, reclamos e insurrecciones que culminan con el traslado de la ciudad al nuevo emplazamiento de Santa Fe de la Vera Cruz.

2. La tradición pedagógica iniciada por Fray Francisco de Paula Castañeda ha sido analizada en diversos trabajos, como también el desempeño que han tenido sus discípulos en el campo educativo santafesino como Domingo Guzmán Silva o Manuel Beney (en quienes nos detendremos a continuación).

3. Manuel Cervera (1907) sostiene que el Gimnasio contaba con la asistencia de 13 estudiantes pagos, 10 gratis y 21 becados por el Estado provincial (Camilo Aldao, José y Patricio Cullen, José Gálvez, Carlos Zavalla, Marcelino Freyre, Bernardo y Demetrio Iturraspe entre ellos).

ESCUELAS MUNICIPALES Y ORGANIZACIÓN EDUCATIVA EN LA CIUDAD DE SANTA FE

En este segundo punto, iniciamos una revisión de imágenes pedagógicas, ensayos educativos en la ciudad de Santa Fe luego de la Convención y Congreso Constituyente de 1853. En particular, este ordenamiento jurídico cierra una etapa de desacuerdos y conflictos que se refleja en un nuevo período de emergencia de agencias estatales y burocráticas entre Caseros, Pavón y todo el siglo XIX. Luego de la reforma constitucional de 1860 en nación y provincia se consolida la adecuación normativa reconociendo como base de organización el régimen municipal. Este reconocimiento al gobierno municipal es sustantivo para la organización educativa, en tanto que será el gobierno del municipio de Santa Fe de la Vera Cruz el que adquiera un rol protagónico en el fomento, la fiscalización y la regulación de las escuelas y la instrucción primaria (Reinares, 1946:190).

Esta tarea será asumida por el jefe municipal de la ciudad, Simón de Iriondo. En 1860 accedemos al primer informe escolar que se confirma en el Archivo Histórico de la Provincia.⁴ En el informe del inspector llama la atención que existe un problema grave ya que de una estimación reciente (censo de 1848) donde se registra un total de 6165 jóvenes en condición de alfabetizarse son muy pocos los que efectivamente acceden a la instrucción elemental. Confirma que por cada joven que concurre a una escuela, 10 no lo hacen (en el distrito Santa Fe la proporción es 1 a 7); se observa además que la ruralidad y la campaña son indicadores de ausencia de escuelas.

Un temprano intento de organización educativa puede encontrarse en Nicasio Oroño como gobernador (1865–1868), quien emitió en 1866 un decreto que definió a la educación elemental como obligatoria y gratuita. En el ámbito municipal, se constituye una comisión local (1866) para el seguimiento de escuelas primarias (cuyas visitas no siempre contaron con la recepción institucional ni el acceso a la información escolar que se esperada). El municipio

4. Informe Escolar de la provincia de Santa Fe, a cargo del Inspector General de Escuelas J. del Río presentado al ministro General de Gobierno de la provincia Dr. Carlos Seguí y al gobernador Rosendo Fraga. Archivo Histórico de la Provincia de Santa Fe, 1960, tomo XX. En el mismo se confirma la existencia en todo el territorio provincial de 15 escuelas públicas (9 de varones y 6 de niñas), en la ciudad de Santa Fe existen 2 escuelas de varones y 2 escuelas de niñas. Mientras que de un total de 563 jóvenes transitando la instrucción primaria en la provincia, la ciudad cuenta con 330 jóvenes en esta etapa formativa (superando el 50% de la matrícula de las escuelas públicas en la provincia).

de Santa Fe de la Vera Cruz sostiene escuelas elementales que funcionan en la ciudad: la escuela elemental o Escuela del Puerto (Falucho y 25 de Mayo) dirigida por el preceptor José Villegas con 33 estudiantes varones; la escuela a cargo de Mariano Torregosa con 20 estudiantes; la escuela del maestro Aurelio Valdés con 30 estudiantes y la del barrio San Antonio con 18 estudiantes (AMCSF). Durante 1868, el Concejo Deliberante municipal autoriza la creación de una escuela de primeras letras para señoritas (niñas) y designa en esta tarea a la maestra Celia Goupillaut como preceptora para impartir instrucción gratuita a 20 niñas pobres. Luego de una intensa reacción contra Oroño, en su reemplazo asumirá Mariano Cabal.

Por estos años, el municipio sostiene con fondos propios las escuelas de San Antonio (a cargo de Estanislao Battipaglia) con 30 estudiantes varones; la escuela a cargo de Antonio Pizzorno (25 estudiantes varones); la escuela dirigida por Clemente San Martín (30 varones) y una escuela de niñas a cargo de Celia G. de Richard (30 niñas). El municipio queda en la jefatura de Cándido Pujato y Severo Echagüe (sacerdote), este último designado director de enseñanza logra aprobar la Reglamentación de Escuelas Municipales (1873).⁵ El maestro Pizzorno adquiere un desempeño relevante en el campo educativo y pedagógico en la ciudad de Santa Fe. Emigrado de Italia y formado en gramática se instaló en la misma cátedra del colegio jesuita en 1867, fundó la escuela particular San Luis Gonzaga y posteriormente fue designado por el municipio para la dirección de una escuela.

Las administraciones de Servando Bayo en la provincia y Mariano Echagüe en la ciudad constituyen una etapa de consolidada institucionalidad en el campo educativo ya contando con una norma o Ley de Educación primaria (ley Salva de 1874), modificada luego por la Ley de Educación Elemental (ley Bayo de 1876). Se consagra el rol y función del Inspector General de Escuelas (IGE) en Severo Echagüe e Isidro Alliau cuyos informes y registros resultan

5. El Reglamento de Escuelas Municipales determina en sus aspectos resolutivos principales: 1) toda escuela municipal primaria y elemental será obligatoria la instrucción religiosa, lectura, escritura, aritmética, gramática, historia nacional y en las escuelas de niñas también bordado y costura; 2) se destinan 6 horas de enseñanza en verano y 5 horas en invierno, 2 horas en las de Artesanos. No se admiten alumnos menores a los 7 años de edad. La enseñanza será fundada en el método de la «buena memoria». En esta etapa se institucionaliza la educación municipal a través del Reglamento en el ámbito municipal y se consolidan los roles de inspectores y juntas examinadoras para dar continuidad o no los aportes y subvenciones que cada año se determinan.

determinantes para la nueva etapa en la educación de la ciudad.⁶ Durante el gobierno de Servando Bayo (1874–1878) se sancionaron dos normas: en primer lugar, la Ley Orgánica de la Educación Común de 1874 que no explicita las condiciones de la denominada «educación popular». La homogeneidad del sistema educativo adquiere relevancia, en esta clave, la ley de 1874 creó una Superintendencia General de Escuelas de la cual dependen los distritos escolares. La segunda norma resulta determinante: la ley Nacional 463 de subvenciones (1871) permitía a la nación girar fondos a las escuelas provinciales con urgencias económicas, pero también establecía la creación de comisiones provinciales con la función de administrar los recursos, y determinaba la acción de los inspectores nacionales dependientes de estas. Este instrumento de alguna manera pauta el vínculo nación/provincias y mensura el terreno presupuestario de la educación elemental (Carrizo y Giménez, 2022).

Una nueva figura gravitante en el escenario pedagógico de la ciudad será la del jurista y educador Mariano Quiroga (egresado de la Facultad de Estudios Mayores de Santa Fe), quien ocupará las tareas de maestro, juez, director de escuelas e inspector general. En 1876 Quiroga presenta un proyecto a la administración municipal de instrucción superior o secundaria —Escuela Normal Graduada— que no tuvo recepción alguna. En las escuelas municipales se designan nuevos directores, se consolida la inspección escolar y se autoriza una escuela de penados a cargo de las Damas de San Vicente de Paul. El inspector de escuelas Severo Echagüe informa al jefe municipal y al concejo deliberante de la ciudad que los alumnos concurrentes a las escuelas municipales son 605 (174 niñas, 233 varones y 198 artesanos) y estima una proyección de 700 estudiantes para el siguiente año escolar.⁷

Los informes del inspector Severo Echagüe son una fuente de consulta permanente para comprender los avances y limitaciones del campo educativo y escolar en la ciudad. Con las incorporaciones de los inspectores Alliau, Loza se informa que en la comuna ya son 500 los escolares alfabetizados (sumando una escuela para Artesanos en plaza San Martín). De igual modo se indica que

6. Isidro Alliau era un maestro y pedagogo de origen español que desarrolla una importante carrera en la educación santafesina. En 1877 también fue el autor del método de lectura para educación primaria que promovió el gobierno provincial para su distribución en las escuelas públicas. Sus conferencias pedagógicas en particular sobre gramática son fundamentales para analizar este período.

7. Dicha proyección fundamenta que el Estado municipal planifique una escuela Superior para dar continuidad a la formación elemental; como observaremos a continuación para el presupuesto municipal del año 1878 se estima una inversión en Instrucción Pública de un total de 6278 pesos (fundamentalmente en sueldos de directores, preceptores y auxiliares).

hay «escasez en útiles escolares, mobiliario y algunos textos de enseñanza», así como indiferencia observada en padres e inasistencias reiteradas por razones de pobreza. Ya la municipalidad cuenta con ocho escuelas. Las comisiones examinadoras ratifican los avances en el proceso de enseñanza y los logros en el aprendizaje de los estudiantes (Reinares, 1946:197). El archivo municipal confirma que durante 1880 se establece un Colegio Superior bajo la dirección de Emilio Flores con un ingreso inicial de 18 alumnos (supervisados por los inspectores municipales Severo Echagüe y Agustín Aragón). Los salarios no serán un tema abordado aquí en materia presupuestaria (solo a los fines ilustrativos, para 1880 un salario mensual municipal de un director se estipula en 50 pesos de moneda nacional).

Iniciada su tercera jefatura municipal, Cándido Pujato en 1881 consolida la tarea de las comisiones examinadoras para analizar el avance del sistema educativo en la ciudad; es interesante analizar la constitución de dichas comisiones municipales que elaboran los informes y diagnósticos. Entre sus miembros se encuentran referentes de la Comisión de Damas de Beneficencia, sacerdote Genaro Silva, Ramón Lassaga, Fortunato Esquivel (se destaca el desempeño de la educadora Balbina Domínguez en sus actas). Sin embargo, un problema es de observar ante la falta de maestros o maestras que no pueden asumir grupos de 70 u 80 estudiantes inscriptos (razón por la que no se los incorpora a la escuela). En tiempos del Congreso Pedagógico Nacional los delegados de la provincia Isidro Alliau y Estanislao Zeballos dan cuenta de los avances y limitaciones del proyecto educativo en el interior.

Una nueva agencia educativa es autorizada en el municipio de Santa Fe, en 1882 se funda el Colegio de Estudio Mercantil dirigido por Pedro Reyna. Durante 1883 se reforma la Constitución provincial y el tema educativo se constituye en tema de regulación. Para ese mismo año el municipio de Santa Fe destina un presupuesto anual de 5085 pesos para sostener 3 escuelas de varones, 3 escuelas de mujeres, 1 escuela mixta (en Guadalupe) y una escuela nocturna, sin contar con datos de las escuelas particulares de la Inmaculada Concepción, de las Hermanas Religiosas y otras congregaciones (Tornay, 2020). Ya con un nuevo marco regulatorio provincial, con la creación del Consejo de Instrucción Primaria en 1884, luego el Consejo General de Educación y la publicación del Boletín de Educación los datos, descripciones y estadísticas educativas se complementan, el mismo consejo aprueba la creación de dos escuelas graduadas en La Capital (una de niñas y una de varones).

En los primeros años de la década de 1880 el jefe municipal Mariano Comas informa que en el distrito capitalino funcionan, además de los establecimientos educativos municipales, las escuelas particulares de los padres

dominicos (dirigidas por el fray Juan Cabligú), una escuela ubicada en el convento de San Francisco (a cargo de César Costa), una escuela en calle Santiago del Estero (dirigida por Werfil Suárez), una de enseñanza mercantil (dirigida por Fortunato Esquivel), una escuela a cargo de Octavio García por calle 25 de Mayo, una escuela dirigida por Samuel Morcillo (calle San Jerónimo) y una escuela a cargo de Manuel Arroyo. A ellas se agrega el servicio educativo de la congregación de las Hermanas del Huerto con su Colegio de Niñas (desde 1864). A la anterior mención hay que agregar las acciones educativas promovidas por escuelas particulares relacionadas con las Damas de Beneficencia (1860), la Sociedad Española de Socorros Mutuos (1863), la Sociedad Unione e Benevolenza (1873), la Sociedad de San Vicente de Paul (1876) de socorro a niños pobres y presos delincuentes, la Sociedad Francesa de Socorros Mutuos (1879) y la recientemente constituida Sociedad Cosmopolita (1883) (Reinares, 1946:200). Se destaca la configuración de la Sociedad Cosmopolita en particular ya que en el grupo inicial de sus promotores ocupan un lugar determinante maestros como Antonio Pizzorno, Clemente San Martín, Alfonso Grilli y Mariano Quiroga.

La ley de Educación de 1884, puesta en vigencia durante la gestión del gobernador presbítero Manuel M. Zavalla (1882-1886), declaró la «necesidad primordial de formar el carácter de los niños por la enseñanza de la religión y las instituciones republicanas», respetándose las creencias de las familias ajenas al culto católico. Esta ley estuvo enmarcada en los parámetros de la constitución de 1883 que mantuvo, respecto de la educación, similares criterios que su antecesora, y en las constituciones de 1890 y 1900 (con su reforma de 1907), que rigieron durante la vigencia de la ley de Educación de 1886.

El reglamento Orgánico de 1884 explicita que, además de propender al fomento de la instrucción primaria, el consejo administra la renta que conforma el Fondo Escolar, dicta el plan y los programas de estudio, propone el personal docente y publica el Boletín del Consejo de Instrucción Primaria (BCIP) que será «repartido gratuitamente al pueblo» y en el que se darán a conocer las actas de sus reuniones y artículos de «cooperación de pedagogos y literatos». Una comisión directiva representa al consejo integrado por un presidente, vice y un secretario, que será desempeñado por el Inspector Nacional de la Sección Santa Fe. Este último —que representa al Estado nacional— con su firma avala los actos del presidente y tiene derecho a revisar los libros de Tesorería, cuya confección está a cargo de un tesorero contador⁸.

8. Memoria Inspección de Escuelas a cargo de Severo Echagüe (enero de 1886), presentada al intendente municipal Mariano Comas, 1886, pp. 91-95. Agradezco la notable tarea de

La nueva etapa inaugurada por José Gálvez ahora en la gobernación de la provincia (1886) da continuidad a la proyección educativa en la intendencia de Mariano Comas. En el ámbito escolar el nuevo gobierno sanciona en 1886 una ley de Educación moderna sostenida en un Consejo General de Educación (en adelante CGE), crea el Consejo General de Higiene, autoriza el nombramiento de maestros sin diplomas con el fin de proveer las vacantes existentes, decreta respecto de las Conferencias Pedagógicas como espacio formativo y establece que «desde el 20 de enero hasta el 1° de marzo de cada año, funcionará diariamente en la Capital una asamblea de todos los maestros del Estado con el objeto de estudiar y resolver las cuestiones que al magisterio refieran» (Reinares, 1949:204). Durante la gobernación de José Gálvez y con el objeto de centralizar la atención escolar en una sola administración se firmó un acuerdo o convenio entre el Consejo General de Educación y la municipalidad (1887).⁹ De este modo se estableció que el CGE se hace cargo de la dirección y administración de las escuelas elementales que estaban bajo jurisdicción municipal, así como asume la designación de preceptores a tal fin.

La ciudad capital de provincia estará atravesada por debates y nuevas agencias educativas en el anhelo de concretar nuevas escuelas normales (sumadas a las existentes), la reapertura del Colegio de la Inmaculada Concepción en Santa Fe y la creación de una Universidad Provincial orientada a las facultades de Derecho y Ciencias Sociales, de Ingeniería y de Teología en el Seminario y de Humanidades en el Colegio. Los archivos municipales dan cuenta de que para 1888 en la ciudad capital funcionan 12 escuelas municipales (entre rentadas y particulares) con una inscripción estimada en 772 estudiantes.

digitalización de material del archivo municipal (digestos y memorias) de la ciudad de Santa Fe de Laura Spina y Antonela Pizarro, sin cuyo aporte esta producción no hubiese sido posible.

9. El primer Censo Escolar de la provincia de Santa Fe promovido por la administración de Gálvez y dirigido por el experto Gabriel Carrasco constituye una excelente fuente cuantitativa para analizar en este contexto. Allí la sección Capital aparece desglosada en datos estadísticos específicos que no han sido incluidos en el presente trabajo. Ver: Gabriel Carrasco, 1887. Giménez, 2022.

LA EDUCACIÓN ENTRE NACIÓN, PROVINCIA Y CIUDAD EN SANTA FE DE LA VERA CRUZ

Un nuevo capítulo de la historia de la educación se inaugura con las gestiones del gobierno de Gálvez con la creación de la Escuela Normal Nacional de Maestros en la ciudad de Santa Fe (entre 1886 y 1892) y la sanción de la ley de Educación de 1886. La emergencia de la nueva institución educativa se concreta en el antiguo edificio ocupado por el Colegio de los Jesuitas. La organización de la escuela normal fue designada en el educador Nicolás Villafañe (quien se desempeñaba en la Escuela Normal de Profesores de Buenos Aires junto a Adolfo Van Gelderen).¹⁰ La escuela tuvo inicialmente unos 400 alumnos (Reinares, 1949); sin embargo, la repentina muerte del director Villafañe (reemplazado inmediatamente por Joaquín Argüelles) obturó el proceso original. Con 15 maestros normales egresados en sus primeros años la escuela forma numerosos intelectuales y referentes del campo académico e institucional de los siguientes años (Juan Álvarez, Enrique Herrero Ducloux, Julio Bello). Incluso los egresados de la Escuela Normal asumieron la tarea docente en el mismo establecimiento (Eudocio Gimenez, Manuel Frutos, Amadeo Ramírez, Salvador Vigo y el propio Sergio Reinares, entre otros).

La otra gran apuesta de José Gálvez con impacto en la ciudad capital es la creación de la Universidad Provincial o Universidad de Santa Fe hacia 1889 y 1890, con el acompañamiento del jefe político de la ciudad, el educador Juan Arzeno. El normalismo en la ciudad de Santa Fe —que estará a cargo del sacerdote Gregorio Romero en la presidencia del Consejo General de Educación— tuvo continuidad en las prioridades del nuevo gobernador Juan Cafferata asistido por un conjunto de distinguidos estadistas en el campo educativo (como Eudoro Díaz, Gabriel Carrasco y Pedro Alcácer). En estos años se prioriza la educación orientada al trabajo manual para los jóvenes a partir de la creación del Taller de Trabajos Manuales en la ciudad, tarea a cargo del especialista Enrique Muzzio.

El problema de la falta de maestros con título sigue siendo una constante, incluso para el grupo de educadores precursores de la denominada «nueva

10. El equipo docente estaba integrado por maestros normales egresados de la escuela Normal de Paraná como Joaquín Argüelles, Ramón Aranzadi, Isidro Alliau, Miguel Parpal, Serafín Álvarez, Jenaro Benet, Alfredo Arijá. En tanto en la escuela de aplicación anexa se distinguían las profesoras Ángela e Inés Francioni, Ángela Boero, María Cardoso, Diego Oxley y Patricio Legarra. Las cátedras de los cursos normales estarían a cargo de Segundo Gómez, Ramón Lassaga, Enrique Bianchi, Antonio y José Arce, Vicente Parpal, Juan Rial y José Gras.

escuela» en Santa Fe, como Domingo G. Silva, Carlos Vergara, Marcelino Martínez, Enrique Muzzio, José Oliva. Como hicimos referencia, el magisterio en la ciudad fue logrando mayores niveles de organización en varios sentidos: gremial, como la Unión del Magisterio (de Juan Rial), de sociabilidad moderna y cultural, como la Sociedad Cosmopolita de Santa Fe (con Antonio Pizzorno) o el Círculo del Magisterio (con maestros como Eudocio Giménez, Manuel Frutos y Amadeo Ramírez). Los años posteriores a 1900 confirman la creación de escuelas en la campaña por parte del gobernador Bernardo Iturraspe y escuelas normales para la formación de maestros rurales en la ciudad de Santa Fe con cursos preparatorios bajo dirección del maestro Agenor Alborno. La Escuela Normal Provincial de maestros rurales se organiza en tres departamentos graduados de estudios (elemental de cinco grados o escuela de aplicación pedagógica, preparatorio en dos cursos superior e inferior y normal de dos años de estudio). Estas escuelas normales no tuvieron continuidad en el tiempo por falta de recursos económicos y el CGE las convierte en escuelas Graduadas Superiores de varones y de niñas en forma alterna (en un mismo local), tanto en el palacio escolar o Escuela graduada alterna 1 Domingo Sarmiento (con la dirección de Eudocio Giménez) como en la Escuela graduada alterna 2 Manuel Belgrano (bajo la conducción de María F. de Pan). Luego, en 1907 estas escuelas se denominarán Escuelas Superiores Alternas (a las que se suma la Escuela alterna 3 Bernardino Rivadavia).

Domingo G. Silva inaugura una etapa de profesionalización del CGE que puede observarse claramente desde el Boletín de Educación. Resulta permanente la apelación a expertos pedagógicos en diversos campos del saber, en función de diseñar un programa educativo en el pasaje del siglo XIX al XX. Ya en la proximidad del centenario, los saberes médicos de Beleno confirman el «consenso higiénico» a la hora de intervenir sobre las principales preocupaciones eugenésicas e higienistas. Este médico continuó con la etapa de profesionalización de la burocracia educativa que había promovido su antecesor. Sin embargo, el programa del higienista dialoga entre instrucción pública, asistencia social, higiene e infraestructura urbana, y la cristalización de la salud pública como prioridad estatal. Beleno se constituyó también en un interlocutor calificado para con su par en el Consejo Nacional de Educación José María Ramos Mejía.

El siglo XX en sus inicios ya encuentra un consolidado campo educativo en Santa Fe a cuyos establecimientos en funcionamiento deben sumarse la escuela o colegio de la congregación de los Hermanos de las Escuelas Cristianas, de origen francés, fundada por el beato San Juan Bautista de la Salle (Colegio Jobson desde 1905), escuela ubicada en el denominado barrio Candiotti poblado

por familias pertenecientes a la Compañía Francesa de Ferrocarriles y que formó egresados con el título de Perito Mercantil. Una observación particular que se concreta en el ámbito municipal, con Sixto Sandaza como intendente entre 1900 y 1904, es la aprobación, proyección y construcción del Teatro Municipal 1º de Mayo que será inaugurado en 1905. Este espacio cultural es una de las tempranas realizaciones sustantivas del gobierno municipal para con la cultura, las expresiones artísticas y la educación.

En 1906 se crean el Colegio Nacional, luego Colegio Simón de Iriondo, con la conducción del rector Avelino Herrera y Enrique Muzzio como vicerrector, y la Escuela Normal Mixta nacional de Santa Fe a cargo de Augusta Tiffoinet junto con Macedonia Amavet. Dicha creación estuvo atravesada por una fuerte polémica entre tendencias encontradas (Larker y Grandinetti, 2006). Otro hecho a destacar en esta década en la ciudad es la nacionalización de la Escuela Industrial de Santa Fe, dirigida por el ingeniero Catello Muratgia, que se transforma de Escuela Industrial Provincial en Escuela Industrial de la Nación. En cuanto a establecimientos educativos incorporados o confesionales debemos citar el colegio de las Hermanas del Huerto, el colegio San José de las Hermanas Adoratrices (1913) y el colegio de Nuestra Señora del Calvario. Los intentos por sostener la educación formal en la Villa de Guadalupe se sostienen con monseñor Juan Agustín Boneo desde 1911; en 1913, incluso, se establece el Colegio de la Congregación de las Hermanas Terciarias Franciscanas de la Caridad.¹¹

Los años previos al centenario dejan en el CGE una fuerte impronta eugénica e higienista. En esta clave, Juan P. Beleno es una referencia obligada frente al CGE, ya como presidente evidencia las preocupaciones sanitarias y educativas relacionadas con la cuestión social y las incertidumbres del momento. De profesión médico, Beleno se destacó en Santa Fe desde finales del siglo XIX por sus investigaciones en el campo de la salud, higiene y educación. En estos años, el cuerpo médico escolar aumenta su presencia en las escuelas con la dirección del Dr. Cristóbal Roca: la implementación de la cartilla sanitaria escolar, el diseño de baños escolares, la difusión sobre estudios antropométricos en la educación; las recomendaciones para la higiene bucal y el control odontológico a cargo de Carlos Berra. Diversas ediciones

11. Durante el año 1915 el informe de Isaac Francioni informa que en la ciudad capital funcionan 3 escuelas superiores y 2 escuelas mixtas; 4 escuelas nocturnas, 2 escuelas de Talles agregadas a las escuelas normales y particulares que en total suman 77 establecimientos educativos con un total de 11834 alumnos con el desempeño de 359 maestros (67 varones y 292 mujeres).

del Boletín de Educación de 1909 se detienen, por ejemplo, en la reforma y diseño de pupitres «con salivadera» y diseñados en hierro y madera de modo que eviten la excesiva «curvatura dorsal». El paradigma higienista y los estudios realizados por el mencionado orientaron sus preocupaciones al sistema educativo como miembro y experto de la Sociedad de Beneficencia, la agencia de Asistencia Pública, el servicio médico escolar, el Consejo General de Higiene y el Hospital de Caridad en Santa Fe (Villalba, 2020).

A partir de 1912 el triunfo electoral de la Unión Cívica Radical en la provincia de Santa Fe con Manuel Menchaca (maestro y médico) en la gobernación se inaugura una nueva etapa de temprana ampliación democrática como práctica de la aplicación de la nueva ley electoral o denominada Ley Sáenz Peña. Menchaca designa como jefe político en la ciudad al correligionario Miguel Parpal (médico) y Egidio Caffaratti para la etapa de 1912 a 1916. La agenda educativa y cultural durante los primeras gestiones radicales (incluyendo la de Enrique Mosca como gobernador en el período 1920 y 1924 y Pedro Gómez Cello como intendente y luego como gobernador entre 1924 y 1928) fue innovadora en tanto se extiende la red escolar en la ciudad hacia espacios de extensión y complementarios, como el Museo Escolar Florentino Ameghino creado en 1914, la biblioteca pedagógica Domingo F. Sarmiento en 1915 y en articulación con la nacionalizada universidad de Santa Fe en la Universidad Nacional del Litoral (1919) como usina reformista, académica e intelectual que ocupa un lugar fundamental en los espacios de formación.¹² A ello debemos sumar que la tradición universitaria con epicentro en la ciudad y su proyección en las provincias de Santa Fe, Entre Ríos y Corrientes contaba con sólidos espacios de divulgación y extensión como el distinguido Instituto Social que funciona desde 1928 en tiempos del rector Rafael Araya.

Por los años 20, en la ciudad moderna se ensayan espacios con actividades culturales diversas (cine, teatro, literatura, bellas artes) que van desde comisiones municipales incipientes y la consagración del mecenazgo del radical Martín Rodríguez Galisteo hasta la provincialización del Museo Rosa Galisteo

12. Originalmente el Museo Escolar se ubicaba en el salón de actos de la Escuela Sarmiento, y su función era la de proveer al docente de elementos de alto valor didáctico tanto de las ramas de las ciencias naturales como de las sociales. Poseía equipos modernos de proyección luminosa, contando así con un epidiascopio y un cinematógrafo. Durante los diez primeros años, dirigieron el museo Juan Ravinale, Jorge Laferrière, Ramón Dufour y Ernestina Molina; destacándose el paso prolongado de Ariosto Licursi estudiante del Colegio Nacional de Santa Fe. Este último habría de perfeccionar el servicio educativo del museo, y proyectar su expansión.

de Rodríguez como museo de Bellas Artes en mayo de 1922 bajo el auspicio del gobierno de Enrique Mosca (institución que forma parte sustantiva en los espacios de circulación artística en la ciudad y su región y que recientemente ha cumplido su centenario). Del mismo modo, otra prioridad educativa se evidencia en la Escuela Municipal de Mecánicos (y mecánicos agrícolas), en la preocupación por la escuela de parteras y en una modalidad particular de escolarización temprana que ha sido poco estudiada aún: las escuelas para canillitas en la ciudad (como la escuela Cecilio Tolosa en el parque escolar). El magisterio atraviesa en los años 20 un escenario de crisis y movilizaciones que no tiene precedentes en la ciudad: enfrentamientos y conflictos con el gobierno de Mosca en los que se destaca la figura del maestro Raimundo Peña durante 1921.

Durante 1928 la historia de la educación municipal en la ciudad inicia con una novedad que perdura en el tiempo: en agosto de ese año el Concejo Deliberante aprueba una ordenanza promovida por Heradio Doce que da nacimiento al Liceo Municipal de Santa Fe, luego denominado Antonio Fuentes del Arco. Inicialmente la nueva institución cuenta con una escuela de teatro infantil, canto, música y declamación; se crean los cargos docentes y la organización inicial queda a cargo de la comisión administradora del Teatro Municipal 1º de Mayo que ya funcionaba desde 1905. Se fundamenta la necesidad de la novedosa institución en la extensión que amerita la ciudad para garantizar acceso a la cultura popular y su complemento con la educación formal destinada a menores de 18 años. La misión, actividades, propuestas de formación, circuitos y redes culturales y educativas que el Liceo Municipal constituye en la capital excede al presente escrito, pero es necesario aquí hacer referencia a su emergencia original (por estos días la institución transita su 95 aniversario). También durante 1928 se materializa la Asociación del Magisterio que en la capital provincial compartirá años más tarde la Casa del Maestro. Son varios y reconocidos los educadores y las educadoras que dan forma sostenida al gremialismo del magisterio en la ciudad y la provincia de Santa Fe.

LA AGENDA EDUCATIVA EN EL SIGLO XX

El golpe de Estado de 1930 obtura en términos políticos la dinámica democrática y concluye con las administraciones radicales. En los años que siguen en una periodización convencional (de 1930 a 1943) podemos destacar algunos rasgos distintivos en el campo educativo en Santa Fe. Luego de una secuencia de interventores, la nueva etapa electoral, con abstenciones, impugnaciones

y fraude mediante, confirma un caso excepcional en el clima ideológico de la época ya que en la provincia de Santa Fe se impone el triunfo del Partido Demócrata Progresista (Alianza Civil). En la ciudad el ciclo iniciado en 1932 por Molinas fue extendido en la jefatura política de la ciudad por Agustín Zapata Gollan, y en este mismo año, tras el fallecimiento de monseñor Juan Agustín Boneo (a cargo de la diócesis de Santa Fe desde sus orígenes en 1897), será designado en su reemplazo como obispo Nicolás Fasolino (arzobispo desde 1934).¹³ Como hemos observado, una y otra figura de la jerarquía eclesial católica en la ciudad tiene un peso determinante en la configuración de instituciones educativas, confesionales, de caridad y de extensión cultural que venimos analizando. Como se puede observar en el registro de Zapata Gollan (1931) en la ciudad de Santa Fe se confirma la existencia de 60 establecimientos educativos públicos (fiscales) de educación primaria en una extensa red territorial, las tradicionales escuelas Sarmiento, Belgrano, Rivadavia, López y Planes, Colón y Paso en el centro sur de la ciudad.¹⁴

El año 1934 resulta una fecha conmemorativa para la historia de la educación nacional, en tanto que es el año del cincuentenario de la ley de Educación de 1884, dato que no pasa desapercibido en la agenda de la ciudad, la provincia y la nación (en donde Manuel María de Iriondo se desempeñaba como ministro de Instrucción Pública y Justicia del presidente Agustín Justo). La administración provincial de Luciano Molinas impulsó varias reformas en el marco de la vigencia inmediata de la reforma de Constitución Provincial (1921); en particular, en el campo educativo sancionó una nueva ley de Educación 2369 (Giménez, 2020) que en su muy breve duración intentó dejar sin efecto uno de los principios rectores de su norma anterior de 1886: la condición laica de

13. Entre otras concreciones educativas, Fasolino es una figura decisiva en la apertura de escuelas y experiencias educativas confesionales en la ciudad de Santa Fe como el colegio salesiano Don Bosco (barrio Los Hornos) proyectado con Boneo pero inaugurado en 1940, el Colegio Verna relacionado a la Inmaculada Concepción (en barrio Mayoraz) desde 1948 o la Universidad Católica sede Santa Fe a partir de 1957. Se destaca también la obra educativa del sacerdote Luis Dusso en los inicios de la escuela (y parroquia) de Lourdes

14. Y las extensiones propias a las escuelas Monteagudo, Lavalley, Pasteur, Vélez Sársfield, Avellaneda, Castañeda, Falucho (barrio Barranquitas), Juan de Garay (Piquete), Mariano Quiroga, Santa María de Oro, Urquiza, Mitre, Drago, Cullen (Los Hornos), Gálvez (Pueblo Nuevo), Rodolfo Freyre (Alto Verde), Bustamante, Domingo Silva, Estanislao López (Guadalupe sur), 9 de Julio (La Guardia), Rivadavia (Pueblo Puccio), Las Heras (Guadalupe noroeste), Alem (Guadalupe), Gorriti (Colastiné norte, puente Iriondo, Alto Verde), Gregoria Perez de Denis, Amenábar, Stephenson, Ignacio Crespo (barrio Calcagno), Arzeno, República de Bolivia, República del Uruguay, República del Paraguay, Cello, Alfonso Grilli, Clemente San Martín, Balbina Domínguez (barrio Jardín), Antonio Pizzorno, Richard y Julio Bello (María Selva).

la educación (además de la autonomía y autarquía de los distritos escolares). Una década atravesada por una fuerte disputa ideológica particularmente en el ordenamiento escolar y pedagógico entre el nacionalismo católico y un liberalismo progresista que no tuvo continuidad —en 1934 se constituye la Asociación del Magisterio Católico con notable participación en la ciudad y en 1940 se realiza el Congreso Nacional del Magisterio Católico.

La segunda mitad de la década de 1930 se caracteriza por la experiencia posterior a la intervención federal de 1935 con el triunfo electoral del antipersonalismo santafesino en la figura de Manuel María de Iriondo como gobernador (de 1937 a 1941) y el maestro de talleres manuales Francisco Bobbio como intendente municipal. Esta combinación se caracteriza por una extensión y ampliación de la trama urbana de la ciudad capital (hacia el norte y oeste) que se complementó con inversión en obra pública y construcción de escuelas, plan regulador urbano, avenidas y espacios verdes. A partir de 1935 y durante las dos décadas siguientes —Luis Müller (2020:52) y su equipo han estudiado y destacado el proceso de modernización arquitectónica— se observa que «surgieron en la ciudad diversas realizaciones inscriptas en la tendencia de la arquitectura moderna del racionalismo abstracto, desentendiéndose francamente de las tradiciones disciplinares desde un programa integral, que se ocupó tanto de la renovación de las formas como de las distribuciones funcionales y sus resultados espaciales». En este marco, la arquitectura pública se estableció como una punta de lanza e instaló una firme presencia de la nueva tendencia arquitectónica, que se situó tanto en el centro como en los barrios y se legitimó como una opción tendiente al cambio y a la transformación de las instituciones y sus sedes físicas.

El movimiento pedagógico por estos años también es significativo en cuanto a su renovación y recepción de aportes e intercambios con la denominada escuela nueva, escuela serena o escolanovismo (como es el caso de la educadora Marta Samatan) que tuvo su impacto en la ciudad y la provincia. En 1935 se confirma el Liceo Nacional de Señoritas; luego, las conferencias pedagógicas, los Congresos del Niño, la preocupación por la educación en los niños débiles, la promoción de normas punitivas para niños pobres en calle o la creación del Patronato de Menores (1938) son algunas de las preocupaciones gravitantes. La salud pública y la educación también son un eje de la política pública y el ordenamiento urbano en la ciudad, la promoción de colonias de vacaciones en escuelas periféricas y medidas de sanidad escolar, la lucha contra la lepra o tuberculosis, clases en espacios verdes; en definitiva, variantes de la escuela asistencial. Es un período de particulares innovaciones pedagógicas, aunque la historiografía nacional la ha definido como la etapa de los gobiernos

conservadores. Cuestión muy discutida en el caso de la provincia de Santa Fe ya que son años de fuertes transformaciones en la cartera educativa a cargo del ministro Juan Mantovani (escuelas industriales y técnicas, escuelas de artes y oficios, escuelas de artes visuales).¹⁵ La lucha contra el analfabetismo es política de Estado (un problema constante durante la década), la educación en la nocturnidad y la Universidad Obrera (en la escuela Bartolomé Mitre) como alternativa para la formación en artes y oficios por mencionar algunos ejemplos. Estamos en una coyuntura donde la escuela se aborda con su entorno y contexto, con la cuestión social dimensionada por el impacto de la crisis mundial y ensayos de tipo interventor (como la implementación de la copa de leche en las aulas).

También podemos referenciar en la ciudad y durante los años 1940 otras iniciativas de profesionalización educativa que si bien no emergen como propuestas municipales tienen correlato en la ciudad de Santa Fe. Luego del golpe de Estado de 1943 y la sucesión de interventores municipales y provinciales, los gobiernos peronistas —Waldino Suárez fue gobernador entre 1946 y 1949, Juan Caesar entre 1949 y 1952 y Luis Cárcamo hasta 1955— activaron ensayos pedagógicos y educativos con fuerte impronta en la ciudad (áreas como salud pública, formación militar y escuelas granjas). Nos referimos a los orígenes de la profesionalización de la enfermería y de las visitadoras de higiene en la ciudad en un contexto particular de modernización (Rubinzal, Bolcatto y Sedrán, 2019). Se consolidan normativas y organizaciones con proyección en el ámbito de la salud asumen tareas en la profesionalización, como la Cruz Roja, la Sociedad de Beneficencia, la Asociación del Magisterio Católico y la Escuela de Servicio Social de Santa Fe. Si bien la Escuela de la Cruz Roja proporcionaba personal habilitado para trabajar en los nuevos hospitales rurales, la disponibilidad de agentes era menor a la que se necesitaba.

Otra innovación educativa de formación castrense en la ciudad de Santa Fe se distingue con la creación del Liceo Militar General Manuel Belgrano en noviembre de 1947 (en el exhogar J. M. Estrada). Al año siguiente se produce la apertura de los cursos, con una población estudiantil de 150 cadetes provenientes de región litoral, estaba organizado inicialmente por el teniente coronel Dalmiro Adaro (interventor en 1949) y funcionaba en el barrio Las Flores

15. Ya en 1933 se había creado una Escuela de Artes y Oficios de la nación (actualmente escuela técnica profesional Nicolás Avellaneda). Poco tiempo después la escuela de Artes y Oficios norte luego denominada escuela técnica Manuel Pizarro (1941) o escuela industrial de señoritas.

(al norte de la ciudad). En 1952 egresa la primera promoción de bachilleres y subtenientes de reserva del arma de Infantería. Un año más tarde se constituye en la ciudad de Santa Fe una sede de la Universidad Obrera Nacional creada en 1948 que lleva el nombre de Universidad Tecnológica Nacional sede regional Santa Fe. Ello indica una apuesta definitiva a la formación en áreas de mecánica, electricidad e ingenierías varias. Dicha formación universitaria o superior ha consolidado su oferta académica en forma sostenida.

Luego de 1955, ya clausurada la etapa de gobiernos justicialistas, se abre un ciclo o década de ensayos electorales, cuando en la ciudad son intendentes José Carmelo Busaniche y Ramón Lofeudo (mientras que en la provincia se suceden Carlos Sylvestre Begnis y Aldo Tessio). En correlato con las discusiones que atraviesan el debate nacional sobre el campo educativo (en particular durante la presidencia de Arturo Frondizi) se concreta en Santa Fe, en junio de 1957, el Instituto Libre Pro-Universidad Católica promovido por el entonces arzobispo de Santa Fe, monseñor Nicolás Fasolino. Al año siguiente se obtiene la personería jurídica y en marzo de 1959 se formaliza el acta de fundación y los estatutos bajo la denominación de Instituto Universitario Católico. Desde los años 1960 y con el final del normalismo que da origen a la creación de los institutos superiores de formación docente (ISFD) se da una transición que también tiene su impacto en la ciudad capital, como la Escuela Normal Experimental convertida en el Instituto Superior Almirante Brown y la Escuela Normal 32.

Al final de la década, en períodos de inestabilidad política y profundización del autoritarismo, la provincia promueve la base normativa del Fondo de Asistencia Educativa (FAE) que regula las corresponsabilidades y financiamientos compartidos entre municipios, comunas y administración provincial para con el sistema educativo. En los municipios de primera categoría se integra por el gobierno municipal, la representación de la Federación de Cooperadoras Escolares (FCE) y un representante de educación oficial provincial (delegado en la sección administrativa región IV a partir de la década de 1980). Durante 1973, en conmemoración del 350 aniversario de la ciudad, se inaugura el anfiteatro del sur Juan de Garay como espacio de programación cultural. En esta breve descripción de las imágenes educativas durante el retorno a la democracia y el importante proceso de normalización de la vida institucional en poco tiempo, se evidencian las consecuencias de las políticas educativas de descentralización propia del programa neoliberal de los años 90; tiempos de reformas, transferencias y desfinanciamiento de la educación pública.

Entre los acontecimientos y contextos de crisis posteriores al año 2000, hacemos referencia aquí al desastre hídrico que azotó la ciudad durante 2003; una vez más, las escuelas públicas y privadas fueron piezas fundamentales de la reconstrucción urbana, y la contención e integración social ante la falta de políticas públicas de protección (en este caso ante la cuenca del río Salado). Las escuelas, el magisterio y las memorias urbanas se encuentran en un mismo escenario marcado por la solidaridad. Durante los años siguientes, el gobierno municipal optimizó espacios educativos y culturales que hasta la actualidad se administran —como es el caso del Liceo Municipal que hoy ocupa las instalaciones portuarias del exmolino harinero Marconetti, el centro de convenciones ubicado en la Estación Belgrano (exestación de FFCC Manuel Belgrano)—. El mismo gobierno de la ciudad promovió una red de jardines municipales para la cobertura del servicio de cuidados en la primera infancia que hoy se reconocen en todo el territorio urbano. En materia cultural las gestiones del Frente Progresista Cívico y Social en provincia y ciudad permitieron la apertura y recuperación de espacios públicos para la programación cultural, como El Molino, exmolino harinero Franchino y Lupotti, y La Redonda, playa de reparación y maniobras del FFCC.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- **Bertero, Eliana, Pini, Valeria y Vicentín, Matías (2015).** *Logia Armonía Masones y librepensadores en la esfera pública Santa Fe, 1889-1921*. Ediciones UNL.
- **Carrizo, Bernardo y Giménez, Juan Cruz (coord.) (2011).** *Auroras en provincia. Proyectos educativos y discursos pedagógicos en la formación docente santafesina (1909-2009)*. María Muratore.
- **Carrizo, Bernardo y Giménez, Juan Cruz (2022).** El Consejo General de Educación: entre instrumentos normativos, trayectorias y culturas políticas, Santa Fe, 1874-1910. *Ejes* 63, 1-25.
- **Cervera, Manuel (1980).** *Historia de la ciudad y la provincia de Santa Fe (1573 - 1853)*. Tomos I, II y III. Universidad Nacional del Litoral.
- **Municipalidad de la Ciudad de Santa Fe (2010).** *Jesuitas en Santa Fe: 400 años de historia*. Compilado por María Florencia Platino. Municipalidad de la Ciudad de Santa Fe.
- **Funes, José María (1963).** *Cultura, progreso y tolerancia durante las guerras del Litoral*. Castellví.
- **Furlong Cardiff, Guillermo (1929).** *Glorias santafesinas: Buenaventura Suárez, Francisco Javier Iturri, Cristóbal Altamirano: estudios biobibliográficos precedidos de una introducción*. SURGO.
- **Giletta, Carina y otros (2023).** *Santa Fe en el siglo XVIII: documentos para pensar una sociedad urbana tardocolonial*. Ediciones UNL.

- **Justo, María de la Soledad (2005).** El modelo educativo de la Orden jesuita: instituciones, organización y valores de la Ratio Studiorum a través de los Catálogos Anuales de los Colegios de la Provincia de Paraguay. *X Jornadas Interescuelas/Departamentos de Historia*, Universidad Nacional del Litoral.
- **Larker, José y Grandinetti, Bibiana (2006).** Católicos versus liberales. La fundación del Colegio Nacional de Santa Fe en el proceso de laicización de la enseñanza secundaria. *XIV Jornadas Argentinas de Historia de la Educación*. La Plata.
- **Lassaga, Ramón (1993).** *Tradiciones y recuerdos históricos, Santa Fe (1893)*. Fondo Editorial de la Provincia de Santa Fe.
- **Mauro, Diego (2014).** Procesos de laicización en Santa Fe (Argentina): 1860–1900. Consideraciones sobre la «Argentina liberal y laica». *Revista de Indias* 74, 261.
- **Paucke, Florian (2010).** *Hacia allá y para acá*. Ministerio de Innovación y Cultura de la Provincia de Santa Fe.
- **Reinares, Sergio (1946).** *Santa Fe de la Vera Cruz, Reseña histórica de la educación y sus escuelas. Desde la Fundación hasta nuestros días*. Colmegna.
- **Rodríguez, Laura G. (2020).** Las Escuelas Normales creadas para formar maestros/as rurales (Argentina, 1903–1952). *Mundo Agrario* (21) 47, 1–25.
- **Rodríguez, Laura G. (2021).** Maestros y maestras y la cuestión de género: planes de estudio, salarios y feminización (Argentina, 1870–1914). *Descentrada. Revista interdisciplinaria de feminismos y género* (5) 1, 1–17.
- **Rodríguez, Laura G. (2022).** Las maestras norteamericanas que trajo Sarmiento y las que vinieron después. Su trabajo en Argentina (1869–1910). *Revista Brasileira de História da Educação* (22) 1, 1–28.
- **Rodríguez, Laura G. (2023).** Los orígenes del normalismo en la provincia de Santa Fe (1879–1920). *Historia Regional* 49, 1–14.
- **Rubinzal, Mariela, Bolcatto, Viviana y Sedrán, Paula (2019).** Orígenes de la profesionalización de la enfermería y de las visitadoras de higiene en la ciudad de Santa Fe. *Trabajos y Comunicaciones* 49, e083.
- **Salvadores, Antonio (1940).** *Después de Caseros. La organización de la instrucción pública*. Casa Pedrassi.
- **Tornay, María Laura (2020).** La arena de la educación, la filantropía y el socorro. Agrupaciones católicas y laicas en Santa Fe, 1890–1910. En Larker, José y Tonón, María C. (comp.) *Orden y conflictividad social entre los siglos XIX y XXI*. Tesseo Press.

8. **Las «pasiones santafesinas» entre la memoria y la historia**

Luciano Alonso

En los inicios del siglo XXI proliferan en los medios masivos de comunicación y en las redes sociales referencias a una serie de actividades y consumos santafesinos que son presentados como elementos identitarios de la ciudad. Hay comentarios públicos, propagandas empresarias, anuncios turísticos y publicidades oficiales que aluden a aspectos que constituirían verdaderas «pasiones», que distinguirían a Santa Fe respecto de otras grandes localidades argentinas pero que al mismo tiempo irradiarían de uno u otro modo sobre la región centro-norte de la provincia. Entre esos elementos destacan la fiesta popular animada por una variante de la música tropical, el consumo de cerveza y la rivalidad futbolística entre dos clubes locales. Así, la cumbia, los «lisos» —cerveza de barril servida en vasos o *chopp*— y los Clubes Atlético Colón y Unión aparecen como símbolos de la «santafesinidad»,¹ una suerte de cualidad del «ser santafesino».

Esas intervenciones corren entre la historia popular y el reclamo publicitario. Son modos de referirse al pasado, y de enlazarlo con el presente, que

1. Aunque con alguna presencia, el concepto de «santafesinidad» es escasamente utilizado en la provincia, a la inversa de los recurrentemente presentes en otros espacios geográfico-políticos como «entrerriñidad», «formoseñidad», «orientalidad» (por el Uruguay) o incluso «argentinidad». Lejos de pretender usar el término como una categoría analítica, ya que se emparenta con un esencialismo mítico, sí hay que destacar que muchas personas informadas y productores culturales valoran la noción de algo particular que distinguiría a Santa Fe de otros lugares. Ello nos remite a las discusiones sobre la relación entre experiencia e identidad, que en la historiografía occidental del siglo XX ha sido motivo de debates respecto de la noción de «francesidad» o de las «peculiaridades de lo inglés».

están más vinculados con las memorias sociales y con las formas cotidianas de relatar o de explicar acontecimientos que con los estudios académicos. Recogen tradiciones orales, las simplifican o enriquecen y las vuelcan en programas radiales y televisivos o en artículos periodísticos. Afirman cuestiones dudosas como verdades incontrovertibles y transforman las creencias y preferencias colectivas en datos objetivos, según los cuales las fiestas locales son las mejores, Otto Schneider inventó el liso o tal club «tiene de hijo» a tal otro —colóquense los nombres de ambos clubes en el orden que se prefiera.

Así y todo, no dejan de ser modos socialmente reconocidos y muy efectivos de contar historias y producir identidades. Si la historia no es el patrimonio de historiadores e historiadoras y si aun en sus formas académicas es el producto de «mil manos» y se articula con saberes y agentes extraacadémicos (Samuel, 2008), será entonces deseable tratar de establecer un diálogo con esas otras maneras de reponer lo pasado. Obviamente, un dato erróneo es algo falso, un conocimiento nebuloso no ofrece garantía alguna y un razonamiento contradictorio produce equívocos. Pero de ello no se sigue que las y los historiadores sepamos más que el común de los mortales sobre aspectos como los mencionados, por lo menos hasta que los hayamos investigado. En lo que sigue, se propondrá un recorrido que enlace temporalidades diversas en torno a esas cuestiones, partiendo de lo que más conocemos, para esbozar luego una aproximación a esas «pasiones» de mayor actualidad.

EL CARNAVAL, FIESTA POR EXCELENCIA

De la gama de fiestas, diversiones y juegos que se practicaban para la última etapa del dominio hispánico, solamente algunos sobrevivían para mediados del siglo XIX y notoriamente habían desaparecido los grandes festejos y procesiones que suponían una teatralización del poder real (Tornay, 1999). La lidia de toros se fue discontinuando en la década de 1810, al igual que en otras ciudades de las noveles provincias unidas. Si bien se mantuvieron en toda su vigencia las festividades religiosas —en Santa Fe principalmente la fiesta de Nuestra Señora de Guadalupe además de las Pascuas o el Santo Patrono—, hubo un alejamiento de las celebraciones del antiguo régimen y el 25 de Mayo pasó progresivamente a constituir el día festivo por excelencia.

En su pesquisa sobre la etapa virreinal, María Laura Tornay no encontró referencias al carnaval. Supuso que algún tipo de festejos debía haber, a similitud de los que se registraban en Buenos Aires, y que por tanto sería muy aventurado el planteo de Agustín Zapata Gollan (1966) de que esta fiesta

aparecería en Santa Fe luego de la organización política del país. Pero también registró que así como la festividad no parecía concitar atención especial la cuaresma tampoco era cumplida acabadamente, ya que al menos las clases populares consumían carne y las autoridades las dispensaban. Quizás, aventura, el carnaval:

O bien era una fiesta que no atraía a todos los habitantes de la ciudad, sino a sus sectores más bajos, o era exclusiva de indios, negros y mulatos y tenía lugar en las afueras de la ciudad, es decir, era una fiesta que no organizaban las autoridades del Cabildo y por lo tanto no nombraban en sus actas. (Tornay, 1999:32)

Pero es notorio que el carnaval debió instalarse cada vez más y que para cuando Lina Beck-Bernard residió en la ciudad hacia 1857-1862 era una fiesta de la cual participaban todas las clases sociales. Como en los juegos con agua que habían caracterizado al festejo en los tiempos coloniales según los testimonios de otras localidades, las mujeres se instalaban en las terrazas desde donde defendían las casas con jarrones y baldes, mientras que los varones les lanzaban desde las calles huevos llenos de agua perfumada. Pero a diferencia de los testimonios más antiguos, Beck-Bernard no registró que los muchachos fueran a pie, sino que destacó el carácter de escaramuza militar que asumía el juego:

El carnaval... comienza efectivamente después del cañonazo que da la señal, el lunes al mediodía. / Entonces desembocan de todas partes escuadrones de jinetes que van y vienen al galope, haciéndole recorrer a su montura todo tipo de circuito. Y el bombardeo comienza. Las *señoritas* tiran agua con los jarrones sobre los jinetes, cuyos caballos asustados por esas cataratas inesperadas se cabrean, cocean, se alzan, relinchan y ponen a prueba la destreza de los jinetes que meten su mano libre en la provista de huevos y los lanzan sobre las terrazas. Las damas los evitan como pueden pero los proyectiles se suceden tan rápidamente que enseguida los peinados y los vestidos se ven marcados por la batalla. Al más valiente, al más rápido, al más diestro le tiran desde los balcones grandes coronas de laureles rosados que decoran el pecho del caballo, marcando así la victoria del jinete. (Beck-Bernard, 2013:111)

Es imposible no ver en este vívido relato un remedo de las luchas civiles que habían marcado todo el período de las autonomías provinciales y en las cuales se habían formado los integrantes de las élites locales. Un modelo que además habilitaba una guerra entre los sexos durante varias horas, en una sociedad que —al decir de un viajero anterior como William Mc Cann (1939: cap. X)— parecía más acostumbrada que otras a la visión de los cuerpos que se traslucían en las vestimentas mojadas y a la mixtura de etnias y condiciones

sociales. Por lo demás, previo al Miércoles de Ceniza se realizaba un baile muy formal en el Club del Orden, que exponía ya la diferenciación entre la calle y el salón que durante toda la segunda mitad del siglo XIX e inicios del XX iba a caracterizar al carnaval. Si a ello le sumásemos la aparición de los desfiles de comparsas y carrozas según un modelo europeo, tendríamos ya los todos los componentes clásicos de esas fiestas.

Disponemos de varios estudios que describen y analizan los carnavales santafesinos de esa época (v. g. Paredes, 1940; Zapata Gollan, 1966; Larker, 2007; Monzón y Tell, 2007). Hacia 1860–1880 los festejos incluyeron la realización de corsos, que comenzaron siendo de pocas cuadas por las calles principales y luego se ampliaron a parte sustancial del casco urbano. Si los primeros registros hablan del paso frente a las casas más importantes, desde cuyos balcones, zaguanes y azoteas las familias de la élite miraban el desfile, pronto se conformaron dos corsos claramente diferenciados: el del sur, para los vecinos de la zona más tradicional, y el del norte, llamado despectivamente «de los carboneros», para los comerciantes y nuevos pobladores de la ciudad. En las esquinas se montaban arcos de madera, revestidos de telas pintadas y otros adornos, y de los desfiles participaban comparsas, máscaras, carruajes y coches adornados rentados por las familias pudientes. Poco a poco estos últimos parecen haber dado lugar a las carrozas alegóricas que sobre fines del siglo XIX aludían a temas como el progreso o la identidad nacional. Muchas de las comparsas estaban constituidas por personas de las clases más acomodadas y los registros aludidos nos informan sobre los nombres de las mismas —v. g. Marinos Argentinos, Unión Pelotaris, Orfeón Ítalo–Argentino— y los recorridos que hacían. También aparecía una multitud de máscaras más grotescas que hacían ruido con latas y tarros vacíos —«los locos»— y, hacia 1900, la famosa comparsa Los Negros Santafesinos o Los Escoberos de Arigós, que reunía tanto a personas de ascendencia africana como a otras con las caras embetunadas o incluso descendientes de pueblos originarios. Los bailes también reprodujeron esa distinción social y al tradicional encuentro del Club del Orden y luego del Club Gimnasia y Esgrima, se sumaban los promovidos por las asociaciones etno–nacionales o por entidades teatrales, y por supuesto los realizados por personas de menor condición en casas y patios de toda la ciudad.

Ya Beck–Bernard había dejado constancia de un problema que atraviesa toda la historia del carnaval: la vinculación de los festejos con un momento de desorden. Los juegos con agua daban lugar a forcejeos, golpes y discusiones, cuando no derivaban en el lanzamiento de objetos menos amables —huevos, «inmundicias» diría Manuel Cervera en una ligera alusión de su *Historia de la*

ciudad y provincia de Santa Fe—; las máscaras y los bailes favorecían el acercamiento entre jóvenes, poniendo en riesgo la honorabilidad de las señoritas —que muchas veces eran las que se lanzaban a la caza de los muchachos, al decir de Paredes—; los corsos y bailes eran ocasión para el consumo de bebidas alcohólicas en tiempos en los cuales el higienismo prevenía contra ello (Sedrán, 2018). Más generalmente, el carnaval era una fiesta de inversión en el cual las clases, los géneros y las etnias trocaban su posición en la sociedad; un momento de permisividad por unos «días locos» que facilitaba que las formas de sociabilidad de las clases populares se instalaran en el centro de la ciudad patricia. Pero, como los estudios sobre la fiesta en los espacios europeos temprano-modernos lo han destacado, el carnaval tenía una doble función social: por un lado, hacía posible la emergencia del conflicto cultural y social abierto y la visibilización de las clases populares, por el otro, su transitoriedad lo hacía actuar como una válvula de escape, que al aflojar por unos días la tensión garantiza la normalidad del resto del año. Quizás entonces «el efecto que generaba no era más que la confirmación de ese orden, de las jerarquías y de la forma de estar en él» (Larker, 2007:17). Como lo ha señalado ese autor, una profusa reglamentación municipal y provincial fue limitando las posibilidades de los disfraces para evitar la sátira del clero y la policía o el anonimato de los delincuentes, y estableció un régimen de permisos para las actividades festivas, evitó el juego con agua fuera de un horario y con personas que no lo desearan o penó los escándalos por burla o embriaguez.

Todas esas regulaciones tenían una larga historia que se remontaba al menos a las intervenciones de las autoridades virreinales en ciudades como Buenos Aires, pero con innovaciones en las formas y materias del control. En el imaginario de la ciudadanía ilustrada el carnaval era alternativamente una fiesta bárbara que había que controlar, aunque a veces también se lo veía como un festejo genuinamente popular, imaginativo y divertido, que decaía lamentablemente conforme pasaban los años. Esa concepción según la cual las fiestas carnavalescas eran más brillantes en el pasado atraviesa prácticamente todos los registros santafesinos desde aproximadamente el 1900. Casi hasta el día de hoy, los testimonios recogidos enfatizan la nostalgia de ese tiempo variable pero siempre pretérito, en el cual todo habría sido mejor (Raina, 2013). Aunque qué sería lo «mejor» cambia notoriamente: las ventas para un comerciante, el entusiasmo para un murguero, la participación familiar para una vecina, la emergencia de elementos culturales populares o étnicos para un cronista de costumbres.

A lo largo del siglo XX, la ubicación de los desfiles de carnaval pasó por momentos de unificación y reglamentación, y por otros de mayor pluralidad,

con claras divisiones entre corsos más importantes y otros más marginales. Mientras que en todas las localidades cercanas se extendían los festejos con características similares, en la ciudad capital desde 1930-1940 comenzaron a destacar los corsos del barrio Roma y desde la década de 1950 los de Villa María Selva. En varias calles céntricas y en la Avenida 7 Jefes o Costanera Vieja se harían luego corsos de gran importancia, organizados por vecinales, clubes, asociaciones civiles e incluso algún que otro emprendimiento comercial. Los arcos de madera darían lugar a los montajes de luces y las carrozas variarían grandemente en sus temas: incluían hacia 1930 elementos alusivos a la producción industrial y desde 1950-1960, personajes y motivos de la cultura cinematográfica y televisiva, hasta llegar en los '70 a las del modelo carioca.

También se registraron a lo largo de todo ese siglo otros festejos que, aunque distintos del carnaval, guardaban una «forma carnavalesca», con inversión de roles, disfraces, marchas por las calles, confusión y estruendo. Las romerías organizadas por las asociaciones españolas tenían mucho de fiesta popular, aunque sus formas eran más contenidas y se articulaban con la devoción católica. Los «asaltos» en las casas particulares, de los que tenemos registros desde la década del 40, suponían muchas veces disfraces y algarabía, aunque fueron cambiando hasta transformarse simplemente en reuniones bailables con el auge de la música pop y su reproducción en distintos dispositivos. Serían las estudiantinas o farándulas estudiantiles de los 21 de septiembre en los años de 1957-1968 las que tendrían una forma cercana a la cultura cómica popular, como eventos de carácter callejero con la suspensión de las actividades cotidianas y un clima de diversión (Dejón y Vega, 2009). Aunque hay registros de su reaparición hacia 1973 y mediados de los '80 —no por casualidad, momentos de recuperación de la institucionalidad constitucional—, no tuvieron mayor continuidad.

Varias tendencias y sobre todo los carnavales tradicionales fueron opacándose en el cruce de las décadas de 1960-1970 frente al modelo carioca del «corso-espectáculo» (Alonso y Citroni, 2007). Aunque esas formas venían imponiéndose gradualmente, el primero que se identificó con esas palabras en las publicidades parece haber sido el de 1974 en la Avenida Freyre, que contó con 20 carrozas de las cuales 12 tenían sistemas mecánicos, numerosas murgas, números sueltos y candidatas a reina. Llamativamente, visto ese suceso, para esos momentos el principal periódico local decía:

Se obstina en subsistir el Carnaval. El de las comparsas, serpentinatas, máscaras y carromatos compuestos para su realización casi se ha eclipsado. No dando el brazo a torcer, persiste la hidráulica gorda del juego con agua... Tener que andar por la vía pública es tener la seguridad de llegar a destino goteando y empapado.²

Y por supuesto, el problema del orden público seguía omnipresente:

En la seccional primera se presentó..., de 34 años, domiciliado en... y denunció que guiaba su automóvil por calle San Martín en compañía de su esposa, al llegar a la altura del 1600, le fue arrojada una bombita con agua que le rompió el parabrisas. / Debido a esto, ambos resultaron con heridas cortantes en el rostro, aunque de carácter leve. La policía procura ahora dar con el autor del hecho. / Por otra parte,... de 43 años, con domicilio en La Guardia, se encontraba con su hija... de 25 años, en la esquina de Catamarca y Avenida Freyre cuando fue rodeada por muchachones integrantes de una comparsa. Los revoltosos golpearon a la joven, provocándole distintos hematomas, a la vez que le arrebataron la cartera que contenía.³

Con la progresiva atenuación de la costumbre del juego con agua y la menor presencia del carnaval en las calles en las décadas siguientes, la cuestión del orden dejó de ser la principal preocupación de los gobiernos. Las dependencias estatales fueron cambiando su modo de intervención, y de cumplir una función más limitativa y reguladora pasaron a tener un papel relevante en el montaje del espectáculo público. Ya no se trataba solamente de autorizar los corsos, asistir económicamente a las entidades intermedias para la organización y premios o incluso prestar la participación de la Banda de Música Municipal, como ocurría desde antiguo, sino de intentar recuperar una fiesta que continuamente se pensaba más deslucida para mostrar en la calle el apoyo a los sectores populares y la preocupación por su cultura. Como parte de un «proceso de teatralización de la democracia» (Citroni, 2008:12), las agencias municipales y provinciales intervinieron cada vez más, supliendo la retracción de clubes, vecinales o sindicatos para aportar premios, sostener a las comparsas y asumir la propia organización del carnaval hacia los años de 1984-1991.

Paralelamente al proceso de decaimiento de los corsos tradicionales y a la intervención estatal, fue afirmándose una dimensión de «militancia cultural» entre diversos colectivos juveniles y barriales. La promoción del carnaval como parte de un rescate de la cultura popular supuso privilegiar las comparsas

2. «Persistencia del juego con agua», *El Litoral*, 26 de febrero de 1974.

3. «Consecuencias del Carnaval», *El Litoral*, 7 de marzo de 1973.

sobre las carrozas, tomar los modelos de las murgas uruguayas y negociar constantemente con —y a veces contra— las agencias estatales las posibilidades de apoyos y las regulaciones. Una de las entidades intermedias más activas en ese sentido desde los años 2000 fue el Centro Cultural y Social El Birri, radicado en la exestación de trenes del Ferrocarril Mitre. El intento de construcción de «espacios culturales autónomos» llevó a la formación de una Escuela de Carnaval y a la organización de «carnavacanales» como «un festejo del cual todos los que participan son protagonistas» (Jacobi, 2012:46). La larga batalla por el carnaval —para tomar la expresión de Ricardo Falcón respecto del Rosario del siglo XIX— no parece haber terminado y se entremezcla a veces con festejos bailables.

DE CÓMO IMPERÓ LA CUMBIA

Santa Fe es Cumbia tituló Maximiliano Marques hace pocos años su crónica sobre el desarrollo de los grupos santafesinos de música tropical (Marques, 2014). ¿Pero cómo fue que ese ritmo caribeño pudo llegar a tener una presencia tan importante en la cultura popular local, atravesando a todas las clases sociales y los espacios de sociabilidad?

No disponemos todavía de estudios que abarquen el desarrollo de la música en Santa Fe y sus usos populares, pero sí de algunos elementos que permiten construir una rudimentaria genealogía. Al tratar sobre el carnaval, se aludió a la presencia de los bailes de salón, en los cuales se interpretaban entre fines del siglo XIX e inicios del XX zambas, habaneras, polcas, valeses y mazurcas, aunque algunos de esos ritmos estaban también en la calle de la mano de la Banda Municipal (Larker, 2007). Los registros memoriales posteriores refieren a la extensión de géneros locales como el tango, la canción criolla, la milonga, la chacarera y el chamamé, a los que se sumarían progresivamente el jazz, el fox-trot y el twist. Para los años 1920–1940 Mariela Rubinzal ha registrado el predominio del tango, el jazz y la música clásica en los programas radiales y como música de acompañamiento en cines. Hacia 1950 prevalecieron los modelos de las orquestas típicas y de las características o de jazz, que con diferencias en su composición y algunas variaciones en sus repertorios ejecutaban tangos, milongas, valeses, rancheras, boleros, bailones, guarachas, merengues y pasodobles, en un medio social en el cual había una amplia diversificación de los consumos culturales y tanto la radio como el tocadiscos permitían ya un acceso privado a la música. Para los años de 1960–1970 se experimentó a su vez un auge del folklore, que plasmó en un

calendario de festivales que se instalaron firmemente en la región: en 1967 se inició el Festival Folklórico Paso del Salado en la vecina ciudad de Santo Tomé, en 1976 fue la Primera Fiesta Popular de la Música junto a la basílica de Guadalupe y en 1984 llegaría el Festival del Pescador de Sauce Viejo. En todos ellos se registrarían variaciones de importancia respecto de los estilos musicales predominantes, al calor de los desarrollos de un amplio mercado discográfico y del impacto de novedades producidas por la fusión de géneros.

La época del año en la cual se desarrollaban bailes públicos de más envergadura parece haber sido precisamente en torno al carnaval, tras el horario de finalización de los corsos. En realidad, bajo este rubro entraban tanto reuniones estrictamente danzantes como otras en las que los números principales eran recitales de solistas o conjuntos. Los bailes más importantes eran los del Club Atlético Unión, divididos en precarnaval y carnaval, que hacia 1973 habían alcanzado el segundo lugar a nivel nacional en recaudación con la participación de solistas o grupos de renombre. A los conciertos y bailes centrales del club se sumaban un «patio de tango» y un «colmao», con tres pistas y cuatro escenarios (Alonso y Citroni, 2007). Un repaso de las publicidades de los bailes de ese período permite ver que dentro de un amplio registro de géneros se imponían el pop —de fuerte impacto entre la juventud de ese entonces— y algunas formas melódicas como las baladas y los boleros. Pero también es perceptible el incremento de la música tropical en los programas y el hecho de que en algunos lugares se la privilegiara: por caso, los bailes de la Asociación Vecinal República del Oeste tenían mayor cantidad de ritmos tropicales que los de Unión, más volcados al pop, lo que puede sugerir un cierto consumo de clase.

Miguel y colaboradores han destacado muy bien cómo el nuevo protagonismo de la música tropical —salsa, merengue, cha-cha-chá y la cumbia en su variante colombiana— se fue instalando desde la década de 1960, en un contexto de auge de la juventud como sujeto social, de impacto de industrias culturales internacionalizadas y de nuevas tecnologías instrumentales. En ese proceso, las orquestas típicas o características de 10, 12 y 14 integrantes fueron dando paso a grupos de 4, 5 y 6 personas, sin que se dejara de tener una regulación oficial de los conciertos y de los bailes ni una exigencia de profesionalismo y asociación a la Sociedad de Músicos local (Miguel, 2019, Cap. 2). Para esos años la difusión comercial de la cumbia era muy limitada y aparecía escasamente en las radios LT9 y LT10. Su instalación fue bastante sinuosa y debía competir con la instalación del pop y del rock, así como con nuevas experiencias del jazz. Era evidente que, para ese entonces, más allá de solapamientos y relaciones, los públicos estaban divididos por criterios de

gusto asociados a las clases sociales; correspondía a la cumbia los espacios populares periféricos de los barrios, clubes y vecinales.

La mayoría de los grupos de cumbia funcionaban como cooperativas, representadas por un director musical. Se incluyeron como instrumentos el acordeón, la guitarra y el bajo, el órgano eléctrico, las timbaletas, tumbadoras y otras formas de percusión, y posteriormente incluso vientos como el saxo. La primera grabación de un conjunto santafesino de cumbia correspondió a Los Duendes con *Mi cama traquea*, editado en Buenos Aires en 1975 y a partir de allí podría afirmarse que su suerte estuvo estrechamente ligada a un mercado industrial (Garcilazo, 2020:31). Para esa década descollaron grupos que se tornarían icónicos, como Los Palmeras, Alegría, Los del Bohío, Yuli y los Girasoles o Tropical Kalimbo, y comenzaron a difundirse los primeros programas radiales dedicados al género. Hacia 1980 ya había amplios desarrollos en el interior de la provincia y una verdadera explosión de agrupamientos musicales, que incluyeron el cambio de género de grupos pop como Teorema. Se sumaron más grabaciones de discos de larga duración con una estética propia cada vez más definida (Schneeberger y Perrón, 2015) y el desarrollo de los casetes permitió la llegada a un público cada vez más numeroso.

Pero, además, los cultores de la cumbia vieron ampliarse el espectro social que gustaba de su música. Miguel narra una anécdota que ilustra cómo se comenzaban a superar las distancias, cuando en diciembre de 1985 tres integrantes de grupos de música tropical presentaron un proyecto de programa a LT10:

Era utópico pensar que esta idea prosperara, porque en la emisora se difundía otro estilo de música y la programación estaba orientada a una clase social acomodada. De todas maneras, se presentó el proyecto al director artístico, profesor Jorge Ricci, quien lo rechazó argumentando que la audiencia de la emisora no compatibilizaba con el gusto de lo presentado. No obstante, preguntó quién sería el locutor y si tenía carnet habilitante para así estudiar lo planteado. Se le entregó un casete con la muestra del programa y contestó que, si le interesaba, los llamaría. A la media hora el profesor Ricci los cita en su oficina y les hace saber de su interés por el proyecto, dado que su empleada de quehaceres domésticos escuchaba todos los días en LT23 radio San Genaro Norte al locutor Miguel Ángel Longarini, quien tenía en esa radio un programa de similares características. (Miguel, 2019: 88-89)

Para los años de 1990, en una continua espiral de formación de grupos santafesinos, las discotecas céntricas a las que asistían las clases medias comenzaron a incorporar la cumbia como músicaailable. Paralelamente el género entraba en la televisión con «Musicalísimo» de Canal 13 de Santa Fe, conducido por Roberto Pipi Rivero, que se convirtió en el programa del interior del país con

mayor audiencia. Poco después, frente al auge de la cumbia villera en el Gran Buenos Aires, los numerosos e importantes conjuntos santafesinos reafirmaron una identidad propia, evitando las temáticas de marginalidad social y afirmándose en una línea romántica y al tiempo «parrandera» (Garcilazo, 2020:38-40).

Un asunto no menor es si, en ese proceso, se formó una variante distintiva de la cumbia o si el nombre se aplica simplemente a la música tropical producida en Santa Fe y las localidades vecinas. Miguel llega a identificar cinco estilos de acuerdo con los instrumentos utilizados y destaca lo que cada grupo de importancia aportó como innovación o combinación. Para Damián Rodríguez Kees, en cambio, podría hacerse una ponderación global. El estilo santafesino tiene mayor afinidad con su antecesora colombiana que el cuarteto cordobés o la cumbia del Gran Buenos Aires. Tendría también características tímbricas propias, con la utilización de la guitarra eléctrica, el modo de uso del acordeón y una cierta forma de impostación de la voz que va hacia lo agudo. Incluso podría decirse que se desarrolló una manera particular y muy virtuosa de bailar, con códigos para los giros combinados de la pareja, y la sumatoria de esos elementos permitiría considerar a la cumbia santafesina como una expresión genuinamente local.⁴

El éxito comercial de los grupos de cumbia opacó en la ciudad y su zona de influencia los desarrollos del rock y del jazz, más allá de que en uno y otro caso fueran relevantes.⁵ Las instancias oficiales dieron cada vez más apoyo a un género que movilizaba multitudes y comenzaron a sucederse los reconocimientos. En 2002 el Concejo Deliberante de Santa Fe declaró ciudadanos ilustres a Los Palmeras, en tanto que en 2005 instituyó el 5 de noviembre como Día de la Cumbia Santafesina por el fallecimiento del productor Martín Chani Gutiérrez y un año después se replicó eso a nivel provincial. Se llegó entonces a una articulación entre el desarrollo de un ritmo musical genuinamente popular, la lógica industrial del mercado discográfico y las acciones de apoyo económico estatal y de uso de lugares de importancia como el Anfiteatro del Parque del Sur o el Teatro Municipal. La apoteosis de esa combinación se expresó en los conciertos conjuntos de Los Palmeras con una filarmónica *ad*

4. Damián Rodríguez Kees, Instituto Superior de Música de la UNL. Comunicación personal, Santa Fe, 5 de agosto de 2023. Agradezco también los comentarios de María Inés López y Raquel Bedetti, del ISM.

5. Respecto del jazz se dispone de un estudio según el cual heterogeneidad de trayectorias y de estrategias de los músicos santafesinos de jazz confluyen en una construcción identitaria común, sostenida por un entramado institucional y redes informales (Bolzico, 2019).

hoc formada por integrantes del Coro Polifónico de Santa Fe y de las Orquestas Sinfónicas de Santa Fe y Paraná. El 1 de octubre de 2017 se realizó una primera presentación a manera de ensayo general en Rosario y una semana después el ensamble hacía estallar la avenida costanera santafesina con unas 90 000 personas. Luego vendría una serie de recitales en distintos puntos del país durante dos años, incluido uno frente al obelisco de Buenos Aires.

Sin embargo, no habría que extrañarse por esa conjunción, ya que es difícil separar en contenedores muy distintos la música popular de la música culta. Desde sus inicios, la cumbia se desplegó en Santa Fe con músicos que participaban de bandas oficiales. Muchos de los integrantes de los grupos tropicales estudiaron en espacios académicos formales, al tiempo que los instrumentistas de diversas agrupaciones sinfónicas o corales complementan sus ingresos —y disfrutan— haciendo música de raíz caribeña, algo que con menos suerte mercantil pero igual gusto pasa con el rock y el jazz. En rigor, muchos individuos se encuentran en la intersección de diversas tradiciones y prácticas, con lo que es difícil o tal vez inútil tratar de encasillarlos.⁶

Pese a ese impacto extendido y a los eventos multitudinarios, no es menos cierto que algunos sectores consideran que en un proceso de varias décadas se ha producido un progresivo debilitamiento de las festividades públicas. Ya no hay romerías ni estudiantinas, los corsos no parecen los de antes, las familias no se reúnen en las calles para las cenas de Año Nuevo... la fiesta como interrupción de la normalidad y apropiación del espacio público parece haberse diluido. Obviamente, hay festivales, recitales, ferias de todo tipo, pero están organizadas por empresas o entidades oficiales y los asistentes son más espectadores que partícipes. O podría decirse que participan de otra manera, pero no con el protagonismo «de antes». Quizás lo que se ha debilitado es la calle y es el salón el que ha ganado, sea como espacios privados de muy distinto nivel económico, como salones de eventos, como lugares de gastronomía o como discos, el espacio cerrado y contenido ha triunfado sobre la sociabilidad en el espacio público.

6. Por caso, Rubén Carughi fue el encargado de adaptar los temas de Los Palmeras para el ensamble aludido. Trombonista de las orquestas santafesina y entrerriana, Carughi es el director de Trombonanza, «un curso de perfeccionamiento instrumental para trombonistas, eufonistas y tubistas en cualquier nivel de ejecución y orientado tanto a la música académica como a la música popular y jazz» que se realiza en Santa Fe desde el año 2000 («Las voces sinfónicas de la cumbia más popular», en web de la Facultad de Ciencias de la Educación de la Universidad Nacional de Entre Ríos, <https://www.fc.edu.uner.edu.ar/>).

Ese proceso puede comprenderse desde la apelación a la mercantilización del ocio o al individualismo contemporáneo, pero en algunos registros de las clases populares se remite a la situación de inseguridad por la que atraviesan. Esa sensación de peligro ante la delincuencia o la conflictividad interpersonal se articula con el duelo por la pérdida de la comunidad, a veces con cierta visión idílica del pasado, y así uno de los entrevistados por Andrea Raina destacaba hace pocos años que «antes se festejaba la navidad, año nuevo y reyes; y reyes ya desapareció... bueno los carnavales también». Y otra señalaba que «antes era más, qué se yo, más sencillo, pero más alegre» (Raina, 2013:6 y 8).

Reunirse a beber algo escuchando músicas como la cumbia, que compete hoy con el trap o el reguetón, a veces consumiendo otras sustancias, parece ser una de las actividades que continúan realizándose en las calles y plazas, especialmente en las noches de verano.

LA CIUDAD DE LA CERVEZA

Y para beber, santafesinas y santafesinos parecen preferir la cerveza. Mientras en los últimos años y según distintos registros el consumo per cápita de esa bebida está en Argentina entre los 41 y los 45 litros anuales, en Santa Fe ronda los 80. «El mito es verdad» titulaba en 2016 un periódico local su entrevista al representante de CCU Argentina (Compañías Cerveceras Unidas, la propietaria de Cervecería Santa Fe).⁷ Así como la zona cuyana hizo de los viñedos un elemento identitario, la zona litoraleña hizo lo propio con la producción cervecera vinculada a la agricultura cerealera. La competencia entre ambas bebidas fue evidente desde fines del siglo XIX e inicios del XX, cuando la cerveza comenzó a crecer a costa del vino y de otros licores como la caña, la grapa y la ginebra, y el ferrocarril permitió ampliar el mercado interno.

La inmigración europea trajo, hacia la segunda mitad del siglo XIX, la costumbre de producir cervezas caseras. Los pequeños establecimientos artesanales de la zona de colonización serían reemplazados luego por una nueva industria cervecera, que se ajustaba muy bien al modelo de desarrollo asociado a la producción agropecuaria. Los primeros establecimientos de ese tipo en la provincia de Santa Fe fueron cinco empresas fundadas en Rosario entre 1857 y 1875, seguidas en 1884 por la Cervecería San Carlos, en la localidad homónima.

7. «El mito es verdad: los santafesinos tomamos el doble de cerveza», *Pausa*, 6 de agosto de 2016, <https://www.pausa.com.ar/>.

Pero el agua salobre de las napas del interior de la provincia no era adecuada para elaborar un buen producto y esta última firma debía llevar el agua en vagones-tanques desde la cuenca del río Paraná, cuyo balance químico es similar al de Pilsen, en la zona de incidencia alemana de la actual República Checa. La lógica empresarial exigía la instalación de fábricas en un lugar donde se pudieran aprovechar esas mejores aguas y disponer de una salida comercial más inmediata. El 26 de septiembre de 1911 se constituyó entonces en la capital de la provincia la Sociedad Anónima Fábrica de Cerveza y Hielo Santa Fe, en una asamblea integrada por comerciantes y empresarios manufactureros de origen alemán, francés, italiano y holandés, y con una posterior suscripción de acciones mucho más amplia.

Disponemos de estudios particularizados sobre esa cervecería y sobre la figura de quien fue su primer maestro cervecero luego de pasar por una formación alemana y por las empresas argentinas Bieckert y San Carlos: Otto Schneider (Alonso, 2010; Larker y Agostini, 2012). Durante 1912 se edificaron las instalaciones en lo que entonces era un paraje de bañados y rancherías conocido como Los Ceibos y que sería loteado y vendido por Marcial Candiotti, cuyo nombre tomaría el barrio. Pasados los problemas de abastecimiento de insumos propios del período de la Primera Guerra Mundial, la empresa entró desde 1918 en un proceso de crecimiento.

Otto Schneider fue sin dudas un personaje central en el desarrollo inicial de la Cervecería Santa Fe, pero su rol distaba de ser exclusivo. La conducción administrativa y técnica estaba completamente en manos de alemanes, en tanto que el directorio y el personal eran de muy variados orígenes, principalmente europeos. Para 1912 Schneider figuraba como empleado, aunque ya poseía acciones de la firma y había comprado terrenos para edificar. Hacia finales de los '20 tenía varios negocios propios y prestaba dinero contra garantías hipotecarias, y pedía a su vez créditos para invertir. Pero su relación con la empresa se cortó cuando la familia Bemberg, propietaria de la Cervecería Argentina Quilmes, compró la Santa Fe. Schneider continuó trabajando como maestro cervecero los cuatro años que le impuso el contrato con los nuevos dueños, hasta que en 1931 se desvinculó y fundó su propia cervecería.

La Cervecería Schneider se constituyó en el mismo domicilio de don Otto, con el capital inicial de vecinos de Santa Fe y Esperanza y la suscripción de valores que permitían su adquisición por pequeños inversores, aunque la división de las acciones en series de distinto tipo le garantizaba a Schneider el control a pesar de tener menos capital. Eso fue de la mano de su concepción de cierta responsabilidad social del capital y una idea de conciliación entre las clases sociales. La nueva empresa se adecuó a los más avanzados parámetros

del momento y con la explícita intención de producir una cerveza de mayor calidad que compitiera con el «conglomerado trustificador» que representaba el grupo Bemberg. El edificio construido en el noroeste de la ciudad tuvo un efecto de urbanización parecido al que había experimentado el barrio Candiotti en su momento y la zona pasó a conocerse como barrio Schneider.

Allí podría decirse que comenzó a construirse la leyenda de Otto como empresario e inclusive la atribución a él de la «invención del liso», ya que supuestamente habría sido el primero en aludir con esa palabra a la cerveza servida de barril en vasos sin tallas ni quiebres. Según las tradiciones orales, transmitidas luego por la prensa y la publicidad, cuando llegaba a la Chopería Alemana, de la intersección de las calles 25 de Mayo y La Rioja, pedía en un castellano rudimentario que le sirvieran en un vaso liso de capacidad menor que las jarras, para sentir el frío y evitar que se entibiara en la mesa. La leyenda es un tanto discutible. Primero porque como toda tradición oral es incierta y tal vez los hechos habrían transcurrido en el City Bar de calle San Martín o en otro de 25 de Mayo y Rosario —actual Lisandro de la Torre—, y se los ubica en la década de 1930, para cuando Schneider ya no debía tener una pronunciación española tan deficiente. Luego, porque la costumbre de tomar cerveza en vasos sin tallas ya existía desde mucho antes en multitud de lugares europeos y americanos, algo que se puede ver en las fotografías santafesinas anteriores a los años 30. Y por fin porque según otros comentaristas es posible que la apelación al liso viniera de la costumbre de retirar el sobrante de espuma alisando la boca del vaso con una tablilla (Alonso, 2010:49-50). Como fuera, esas observaciones se opacan hoy ante la recuperación de ese relato para la publicidad de bares y emprendimientos turísticos, en una retroalimentación de las memorias sociales con los intereses comerciales.

Desde los años 30 en adelante la ciudad asistió a una constante competencia entre las dos cervecerías, tanto por el mercado local como por los de otras zonas argentinas y extranjeras —como el Paraguay—. Las vicisitudes empresarias fueron varias: el grupo Bemberg fue expropiado durante el primer peronismo y en 1952 las acciones mayoritarias de la Santa Fe fueron compradas por Julio y Juan Marmorek; mientras tanto, la muerte de Schneider en 1950 hacía que su cervecería pasara a control de otros accionistas. En 1979, en los prolegómenos de la profunda crisis económica de la última dictadura, la Schneider fue adquirida por su competidora, que cerró su planta y concentró la producción en las instalaciones de barrio Candiotti. Por fin, en 1995 CCU asumió el control de la Cervecería Santa Fe, modernizó la fábrica y sumó marcas de cervezas nacionales y extranjeras en torno a los tradicionales sellos santafesinos.

Un aspecto a tener en cuenta en el largo desarrollo de la industria cervecera santafesina es su relación con las distintas agencias estatales. Los inicios de la Santa Fe parecen haber estado marcados por las discusiones en torno a los impuestos locales sobre la producción y consumo de bebidas alcohólicas, y los periódicos se hacían eco de esas cuestiones o tomaban posicionamiento; señalaban por ejemplo: «Solo a la municipalidad de Santa Fe se le ocurre perseguir a los industriales y dificultar la acción y funcionamiento o instalación de nuevas industrias» y que la cerveza se gravaba con «fuertes tributos».⁸ Pero al mismo tiempo hay que destacar que tanto la Santa Fe en la zona del puerto como la Schneider en el noroeste de la ciudad tuvieron mucho que ver con las intervenciones urbanas en materia de pavimentación, limpieza y salubridad. Hacia la década de 1930, las empresas consiguieron instalar publicitariamente la idea de la cerveza como una bebida saludable, apta para ser consumida por mujeres e incluso por niños y niñas. Si bien para las embarazadas se recomendaba la malta —un bien intermedio que podría definirse como cerveza sin fermentar—, fue evidente la extensión del consumo femenino en público y en Santa Fe era frecuente que junto con los lisos los bares y choperías ofrecieran «cívicos», que eran pequeños vasos de cerveza para consumo infantil. Las sensibilidades sociales y las políticas públicas fueron cambiando grandemente, al punto de que en las últimas décadas del siglo XX desaparecieron los cívicos y se fueron estableciendo nuevas limitaciones al consumo. Sin embargo, en ocasiones la cerveza esquivaba esas restricciones, por ejemplo cuando en ocasión de los carnavales de la década de 1970 se prohibía la venta de vino, sangría y otras bebidas alcohólicas en los puestos de venta ambulante o los bufetes de los clubes, pero no la de cerveza —algo lógico teniendo en cuenta que la Cervecería Santa Fe apoyaba económicamente a los corsos.⁹

En el plano nacional, la ley 24788 de lucha contra el alcoholismo, sancionada en 1997, prohibió el consumo de bebidas alcohólicas en la vía pública y en el interior de los estadios u otros sitios, cuando hubiera actividades masivas, lo que vino a completar un largo proceso de limitaciones —muchas veces incumplidas—. Por otra parte, para los inicios del siglo XXI fue posible apreciar un nuevo tipo de articulación entre los gobiernos municipales y la Cervecería

8. «La industria cervecera perseguida», *Santa Fe*, 10 de noviembre de 1915.

9. La Dirección General de Saneamiento de la Provincia era la encargada de controlar la aplicación del Código Bromatológico de Santa Fe (ley provincial 2998) y del Código Alimentario Argentino (ley nacional 18284) para la regulación de kioscos y puestos de venta transitorios.

Santa Fe, visible en la organización de actividades, en publicidades oficiales y hasta en la colocación de un busto de Otto Schneider en el boulevard Gálvez.

Ese último vínculo se montó sobre el hecho de que desde mucho tiempo antes la cerveza se presentaba como una suerte de signo identitario santafesino. Su consumo marcó la sociabilidad local durante todo el siglo XX, ya que si bien hasta mediados de esa centuria siguieron siendo importantes los volúmenes de caña o ginebra y a inicios del siglo XXI crecieron los amaros italianos como el fernet, los bíteres, el vodka y las bebidas energizantes, todos quedaron muy lejos de la cerveza. En los ámbitos domésticos de toda Argentina, en encuentros familiares y de amigos, en fiestas y en reuniones empresarias, siempre compitió con el vino, pero desde 1960 en adelante la caída del consumo de alcohol per cápita y la progresiva predilección por bebidas más livianas llevó a un crecimiento de la cerveza.¹⁰

Respecto de los ámbitos públicos, en Santa Fe se fue conformando entre 1920-30 una amplia red de bares y de patios cerveceros, estos últimos, un tipo de local derivado del traslado de modelos alemanes y más ampliamente europeos de consumo aire libre. De los muchos ejemplos posibles, es destacable el del propio Schneider, quien abrió hacia 1933 un «recreo» con jardines y árboles justo al lado de su fábrica. El mito popular decía equivocadamente que entre la fábrica y el patio cervecero había un caño que llevaba el producto recién elaborado, lo que muchos años más tarde sería retomado por la CCU como reclamo publicitario al colocar un «cervezoducto» entre instalaciones similares.

Pasada ya la competencia por la calidad entre las marcas santafesinas, las cervezas industriales se enriquecieron progresivamente con variedades y recetas, y en la década de 2010 se asistió a un auge de las artesanales, por lo demás muy relativo, porque en un mercado extremadamente concentrado el volumen de estas últimas es muy reducido.

10. Contra las representaciones comunes, es estadísticamente falsa la idea de que en Argentina «cada vez se bebe más». Donde no se equivocan es en atribuir un mayor consumo de cerveza a los jóvenes y de vino a los mayores, pero tampoco hay entre las distintas franjas etarias abismos insondables, ya que el paso de una bebida a otra es muy gradual y no supera el 20% entre sus extremos.

SABALEROS Y TATENGUES

Las formas carnalescas, tendientes al desorden y con cánticos irreverentes, la cumbia reproducida a todo volumen y el consumo de cerveza y otras bebidas o sustancias en los entornos de los estadios, se conjugan en los espectáculos futbolísticos, cuya asistencia atraviesa a todas las clases sociales e identidades de género. Los clubes atléticos Colón y Unión son sin lugar a dudas las dos agrupaciones de más presencia en la ciudad, ya que su peso social, comercial y hasta político es abrumadoramente superior al de otras. Es entonces llamativo que carezcamos aún de un acercamiento académico a esas dos asociaciones y en general a los muchos clubes de la ciudad; existen solo algunas publicaciones de tipo testimonial y periodístico, entre las que sobresale un libro de Jesús Sidoni sobre Colón y el emprendimiento que actualmente llevan adelante sobre ambos Nicolás Lovaisa y Diego Meloni (Chansard, 2021).

Colón se habría fundado el 5 de mayo de 1905 y Unión el 15 de abril de 1907. Fueron entonces parte de una amplia cultura asociativa que hacia el período 1860–1930 dio lugar primero a los clubes sociales y de beneficencia de la élite local y luego a asociaciones de socorros mutuos de inmigrantes, logias masónicas, sociedades obreras y de artesanos, sociedades patronales, círculos católicos y muchos más (Tornay, 2017). En este caso se trata de entidades que nacieron con propósitos deportivos, en un momento de oficialización y popularización del fútbol en Argentina.

Tanto ellos como otros clubes similares se desarrollaron al calor de una extensión de las formas institucionalizadas del ocio y de la ampliación de la participación de las clases populares en el mundo asociativo, al tiempo que se relacionaron con el proceso de densificación de la trama urbana y de formación de vecinales. Casi en su totalidad esas instituciones devinieron polideportivas y su papel se volvió central en la ciudad; se registraron clubes que expresaban el asociacionismo popular: Atlético Neri, Central Santa Fe, Central San Carlos, Sportivo Candioti, Argentino, Noreña, Unión y Trabajo, Deportivo Central Villa María Selva, Atlético Villa María Selva, y muchos más que se sumaron a los propios de la élite como Gimnasia y Esgrima, Regatas o Lawn Tennis, y que fueron registrados en los meritorios trabajos de recopilación de memorias de Miguel Ángel Dalla Fontana. Algunos de ellos fueron «semilleros de cracks» (Dalla Fontana, 2002:101) cuando en las décadas de 1930–40 el fútbol triunfó como deporte de masas.

Tempranamente, los dos equipos principales tuvieron una intensa rivalidad en el marco de la Liga Santafesina de Football y sus desempeños comenzaron a ocupar las páginas de los diarios locales:

Por la copa Espinosa, tendrá lugar esta tarde en el field del primero el partido final entre los dos teams arriba nombrados. / El cuadro que resultare vencedor en este encuentro quedará poseedor de la bonita copa, la que desde hace días se viene exhibiendo en la vidriera de la joyería Worms.¹¹

Para el campeonato de 1923 el diario *Santa Fe* ya se refería a ambos clubes como «viejos», «clásicos» o «eternos rivales», lo que no era impropio pues ya llevaban varias finales jugadas. Mientras el apelativo de «sabaleros» —que recibían los colonistas hacía referencia a los orígenes humildes del club y a su primera cancha cerca del río Salado, donde se fijaban sábalos— y el de «tatengues» de los unionistas aludía a su condición social más acomodada. Con el tiempo, esa distinción se difuminó, aunque en el imaginario colonista persiste la representación de una mayor cercanía con las clases populares.

Las dos entidades siguieron la senda desde el amateurismo a la profesionalización que caracterizó al fútbol en Argentina (Frydenberg, 2017) e incluso tuvieron pronto un proceso de internacionalización similar, tanto en lo que hace a los partidos internacionales como a la posterior contratación y transferencia de jugadores. Unión y Colón participaron de las sucesivas Federación Santafesina de Football y Liga Santafesina de Fútbol, para luego incorporarse en la década de 1940 a la Asociación del Fútbol Argentino, con lo cual sus primeros equipos pasaron a desempeñarse en las diversas divisiones de los campeonatos nacionales. En ese sentido las posiciones de más relevancia las consiguió Colón, que logró el segundo puesto en el Campeonato Clausura de 1997 y el título de la Copa de la Liga Profesional de 2021, en tanto que Unión fue Subcampeón Nacional en 1979. Demás está decir que ambos clubes acreditan una gran cantidad de títulos y posiciones de relevancia en diversas categorías.

El apoyo de las autoridades a los dos fue constante. Por ejemplo, en tanto el 28 de abril de 1929 Unión inauguraba su nuevo estadio en el predio de Avenida López y Planes y Bulevar Pellegrini con auxilio oficial y la presencia del gobernador Pedro Gómez Cello, para octubre del mismo año Colón conseguía del Concejo Deliberante un subsidio para la construcción de su campo de deportes. Para ese momento este último ya había abandonado su

11. «Foot-ball. Unión vs Colón», *El Litoral*, 10 de enero de 1915. Como nota anecdótica cabe mencionar que Unión —que ganaría la copa— llegó a la final por la sanción aplicada al Club Provincial, luego de que el partido entre estos dos equipos terminara abruptamente «después del incidente, de todos conocido» que evidentemente no podía ser mencionado sin desmedro de la caballerosidad que se suponía debía regir.

primera localización y se ubicaba en las cercanías de Avenida Córdoba —hoy Freyre— y Moreno. En 1946 inauguraría en el barrio Centenario el estadio Eva Perón, en un terreno que había sido adquirido con ayuda del gobierno provincial, y que pasó a llamarse Brigadier General Estanislao López luego del golpe de Estado de 1955.

La competencia entre negros, rojinegros o «raza», como se conoce también a los colonistas, y rojiblancos o tates, por los unionistas, excede lo futbolístico y marcó de una u otra manera muchos de los conflictos urbanos santafesinos. En tal sentido, el problema del orden público se hace presente de manera recurrente en cada partido conjunto —como en distintas localidades argentinas marcadas por la presencia de barras o hinchadas rivales—, sin que los procesos de privatización y de retracción domiciliaria del entretenimiento hagan mella en la participación en esos espectáculos masivos.

Probablemente el momento más recordado y emotivo de la historia reciente del fútbol santafesino no sea el campeonato nacional logrado por Colón o algún clásico en el cual Unión sentenció a su rival a no poder ascender de categoría, sino el *match* que protagonizó el primer equipo por la final de la Copa 2019 de la Confederación Sudamericana de Fútbol, que perdió frente a Independiente del Valle de Ecuador. Unos 40 000 simpatizantes colonistas se movilizaron en autos, colectivos, camiones y hasta en bicicletas hasta Asunción del Paraguay y ocuparon el 90% del aforo en un clima de fiesta que terminaría con la derrota bajo un fenomenal aguacero. Pero en el acto de apertura una breve presentación de Los Palmeras le dio una dimensión sobresaliente a ese espectáculo global que se trasmitía a todo el mundo. El conjunto de cumbia interpretó fragmentos de dos temas —*El bombón asesino* y *Soy sabalero*— en un momento de euforia inusitado.

La final de la Copa Sudamericana fue un hito que superó el ámbito de lo puramente futbolístico, resultó en una fenomenal construcción colectiva de identidad en varias escalas: la del club, la ciudad, la provincia y la nación. La decisión de Los Palmeras de utilizar dos fragmentos de canciones en el acotado espacio de los 120 segundos disponibles parece un modo de hacerse cargo de su doble representación: estaban allí como hinchas de Colón, pero también como exponentes de una música reconocida como representativa de Santa Fe. (Liut, 2021:143)

De esa fiesta popular Liut destaca la conjunción de cumbia, fútbol y televisión. Podríamos sumar la cerveza, presente en los viajes, colas, ingresos y entornos del estadio, y tendríamos un punto de reunión de esas pasiones santafesinas tan movilizadoras.

EPÍLOGO: UNA NORMALIDAD EXCEPCIONAL

A lo largo de este escrito se han entrevisto variadas formas de sociabilidad, definidas algunas en términos de distinción de grupos sociales específicos y transversales otras. A su vez, esas prácticas y representaciones compartidas se articularon de manera compleja y cambiante con los intereses empresarios, con preocupaciones gubernamentales y con las formas de los espectáculos en un espacio que, al mismo tiempo que era local, estaba cruzado por productos y modos de comportamiento regionales, nacionales y mundiales. En un punto, las experiencias locales tienen más similitudes que diferencias con las de multitud de ciudades argentinas o incluso participan de tendencias transnacionales en el marco del capitalismo mundializado.

A tenor de investigaciones sobre otras zonas, los componentes de los carnavales santafesinos se encuentran asimismo en los bonaerenses, los cordobeses o los neuquinos. Sus formas concretas como el baile de salón, el de máscaras, el callejero, o el corso con comparsas y murgas en sus estilos barriales o espectaculares, tienen una historia común. La cumbia local posee evidentemente algunos elementos diferenciales, pero abreva en el modelo colombiano y su éxito se parece mucho al de otras formas tropicales inscriptas en las clases populares que llegaron luego a los espacios de sociabilidad de las clases medias y altas. Más allá de los volúmenes santafesinos, la cerveza tiene un consumo extendido por todo el país y es producida hoy por conglomerados empresarios transnacionales que licencian marcas y recetas. Hay varios ejemplos de articulación entre comunidades locales y fábricas, e incluso similitudes de destino de las instalaciones como en el derrumbe de las históricas chimeneas de Santa Fe y Córdoba. Y por fin el fútbol es un elemento importante, no solo de la sociabilidad y de las formas del entretenimiento sino también de la misma cultura política argentina, incluidas las relaciones de las hinchadas con la delincuencia común o con la puja partidaria. Son entonces casi intercambiables los colores de las camisetas, los nombres de los ídolos, las formas del «aguante» de las parcialidades y hasta la apertura de nuevas divisiones de fútbol femenino.

Sin embargo, las memorias locales, los reclamos publicitarios empresarios y las narrativas oficiales insisten en marcar los elementos excepcionales de la cultura santafesina. En un proceso de constante circulación cultural los medios de comunicación recogen tradiciones orales para abonar notas conmemorativas y los *influencers* transmiten por redes como Instagram y Twitter datos surgidos del cruce entre el sentido común y la información comercial, y a su vez esas dimensiones comunicacionales construyen imágenes y fijan

recuerdos en el medio social. A veces las remembranzas se entretienen con las perspectivas de ventas o turismo, con la esperanza de un buen desempeño en un campeonato que incluya la derrota del eterno rival, con la expectativa de recuperar una participación popular que se cree disminuida o con la programación de una serie de bailes y salidas para el próximo verano.

La historiografía académica puede diferenciarse y a la vez dialogar con esas formas siempre cambiantes de una historia popular que abreva en las memorias sociales, pero no puede desconocer su originalidad, ni su capacidad de construir lazos comunitarios en un mundo marcado por el individualismo y la fragmentación sociocultural.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- **Alonso, Luciano (2010).** *Otto Schneider. Tradición alemana en Santa Fe, cuna de la cultura cervecera argentina.* Con la colaboración de José Larker y Luisina Agostini. Universidad Nacional del Litoral.
- **Alonso, Luciano y Citroni, Julieta (2007).** Fiesta o ceremonia: carnavales y celebraciones oficiales en la zona santafesina antes y durante la última dictadura. 2do. *Congreso Regional de Historia e Historiografía.*
- **Beck-Bernard, Lina (2013).** *El río Paraná: Cinco años en la República Argentina.* Universidad Nacional de Entre Ríos / Universidad Nacional del Litoral.
- **Bolzico, Pablo (2019).** *All that jazz.* Un acercamiento sociológico en torno a la construcción de la identidad profesional de los músicos de jazz en la ciudad de Santa Fe. Tesina de Licenciatura en Sociología, Facultad de Humanidades y Ciencias, Universidad Nacional del Litoral.
- **Chansard, Gastón (2021).** Colón y Unión, la verdadera historia. *Pausa*, <https://www.pausa.com.ar>
- **Citroni, Julieta (2008).** Los vínculos entre fiesta popular y poder a propósito del carnaval: Santa Fe, 1984-1991. *IV Congreso Nacional sobre Problemáticas Sociales Contemporáneas.*
- **Dalla Fontana, Miguel Ángel (2002).** *Barrios: Candiotti Norte, Sargento Cabral, La Lona y Monte Chañar.* Edición del autor.
- **Dejón, Silvia y Vega, Natalia (2009).** Entre el salón y la calle. Una aproximación a las farándulas estudiantiles santafesinas desde la perspectiva de los estudios sociales de la fiesta. 3er. *Congreso Regional de Historia e Historiografía.*
- **Frydenberg, Julio (2017).** *Historia social del fútbol. Del amateurismo a la profesionalización. Siglo XXI.*
- **Garcilazo, Josela (2020).** Fronteras que se cruzan, músicos que se encuentran: una aproximación sociológica en torno al ensamble de Los Palmeras con la Orquesta Filarmonica de Santa Fe (2017-2019). Tesina de Licenciatura en Sociología, Facultad de Humanidades y Ciencias de la Universidad Nacional del Litoral.
- **Jacobi, Jorge (2012).** Espadalirios. *Rojo y Negro* 3.
- **Larker, José Miguel (2007).** La fiesta como práctica para la reafirmación de las diferencias sociales. Los carnavales de la ciudad de Santa Fe durante la segunda mitad del siglo XIX. 2do. *Congreso Regional de Historia e Historiografía.*

- **Larker, José Miguel y Agostini, Luisina (2012).** *100 años de Cervecería Santa Fe.* Universidad Nacional del Litoral.
- **Liut, Martín (2021).** ¡Aé-eá ! Fútbol, cumbia e identidad en el show de Los Palmeras en la final de la Copa Sudamericana 2019. Representaciones de un género musical. *Revista del ISM* 19.
- **Mac Cann, William (1939).** *Viaje a caballo por las provincias argentinas.* Impr. de Ferrari.
- **Marques, Maximiliano (2014).** *Santa Fe es Cumbia.* Gorla.
- **Miguel, Hugo Alberto (2019).** *Así nació la cumbia santafesina.* Universidad Nacional del Litoral / Municipalidad de la Ciudad de Santa Fe.
- **Monzón, Ma. Rita y Tell, Ma. Gracia (2007).** Relaciones de dominación y resistencia en el carnaval de la ciudad de Santa Fe, 1860–1910. *2do. Congreso Regional de Historia e Historiografía.*
- **Paredes, Clementino (1940).** *Los carnavales de la vieja Santa Fe.* Talleres Gráficos Pedro Castellví.
- **Raina, Andrea (2013).** Memorias de carnavales santafesinos: ¿Cómo ser protagonistas de historias alegres? *Aletheia* 3, 6.
- **Schneeberger, Gastón y Perrón, Cristian (2015).** A bailar la cumbia. Análisis historiográfico sobre la conformación de un estilo gráfico propio de la cumbia en Argentina desde sus inicios hasta la actualidad. Tesis de grado en Diseño de la Comunicación Visual, Facultad de Arquitectura, Diseño y Urbanismo, Universidad Nacional del Litoral.
- **Tornay, María Laura (1999).** *Entre la sujeción y el desorden. Fiestas, juegos y diversiones públicas en Santa Fe tardocolonial (1770–1810).* Informe de Beca de Iniciación en la Investigación, Facultad de Humanidades y Ciencias de la Universidad Nacional del Litoral.
- **Tornay, María Laura (2017).** Una (temprana) sociedad en movimiento. Mutualistas, masones y otros públicos en el ciclo asociativo de entre-siglos, 1860–1930. En Vega, Natalia y Alonso, Luciano (comps.) *Lugares de lo colectivo en la historia local. Asociaciones, trabajadores y estudiantes en la zona santafesina.* María Muratore.
- **Zapata Gollan, Agustín (1966).** *El carnaval en Santa Fe.* Separata del XXXVI Congreso Internacional de Americanistas.

9. **Industrias y consumos culturales en la primera mitad del siglo XX**

Mariela Rubinzal

La cultura de masas se caracterizó por contener diferentes expresiones, tanto las provenientes de los artistas y prácticas populares como las generadas por la denominada «alta cultura». Se trató de un fenómeno moderno y dinámico que multiplicó la producción de bienes de consumo, amplió el acceso a los mismos, gracias a la aplicación de nuevas tecnologías, y generó un mercado heterogéneo y masivo. De tal forma, la cultura de masas involucró un sistema de producción y difusión novedoso que sin desplazar formas artesanales o tradicionales de la cultura diseminó nuevos objetos y transformó otros. Se trató de un proceso de democratización en tanto los consumidores pudieron acceder a más productos a un menor costo. Las condiciones para dicho proceso fueron: el desarrollo de nuevas tecnologías; la urbanización y la construcción de caminos; los altos índices de alfabetización; las conquistas relacionadas al mundo del trabajo que otorgaron más tiempo libre, entre otras.

Una pregunta clave es ¿cómo pensar el consumo de cultura? La experiencia del consumo tiene diferentes dimensiones que van más allá de una acción económica que satisface necesidades y deseos a través de la adquisición de mercancías. Desde la perspectiva que adoptamos, se trata de «una experiencia sociocultural subjetiva que individuos y grupos emplean para validar o crear identidades, expresarse a sí mismos, diferenciarse de otros y para establecer formas de pertenencia y estatus social» (Milanesio, 2014:12). Algunos estudios enfatizaron que la ampliación del consumo cultural fue parte de un exitoso proceso de integración social sobre todo de las familias de inmigrantes mientras que otros observaron que, por el contrario, a través de este se produjo una intensificación de las divisiones de clases existentes. En esta

última línea interpretativa la cultura, más que un factor de armonía social fue un espacio de disputa. Más allá de las diferentes perspectivas, el análisis de las industrias culturales puede conectarse al estudio de la construcción de identidades, experiencias y prácticas desarrolladas en los nuevos espacios urbanos. Estas experiencias, propias de un proceso de modernización social, se dieron en paralelo a la ampliación de los derechos a la participación política anudando la construcción del ciudadano a la aparición del consumo de masas. La amplitud y el atractivo de las industrias culturales ofrecieron una comunicación mucho más efectiva e inmediata que otras formas más artesanales y tradicionales de difusión política. No obstante, las prácticas coexistieron y se retroalimentaron: los volantes en las fábricas y en las calles, los mitines, los debates en los periódicos de la época fueron reforzados con encuentros cinematográficos y emisiones radiales. Todas las culturas políticas, desde conservadores católicos hasta anarquistas, incorporaron dichas industrias a sus debates y prácticas políticas. El Estado, por su parte, buscó intervenir con diferentes herramientas en este ámbito y generar al mismo tiempo productos culturales para la ciudadanía.

EDITORIALES, BIBLIOTECAS Y LECTORES

Michel de Certeau decía que «leer es estar en otra parte, allí donde ellos no están, en otro mundo, es constituir una escena secreta, lugar donde se entra y se sale a voluntad» (2000:186), una experiencia de autonomía que constituyó una práctica cultural decisiva de la modernidad. En relación directa con esta idea, distintos autores han afirmado que la industria editorial en su conjunto ha sido un dispositivo fundamental en el proceso de construcción de una ciudadanía y una sociedad moderna. Dicho proceso implicó distintos tipos de nuevas experiencias entre las cuales destacamos la *desacralización* del libro. Esto significó que las ideas, saberes, relatos y representaciones comenzaron a circular traspasando los límites de una reducida esfera de intelectuales, políticos, y expertos. Editoriales, imprentas, periódicos y dispositivos rústicos de impresión —en manos de asociaciones o agrupaciones gremiales y políticas— distribuyeron una enorme variedad de textos de diferente tipo. Las publicaciones impresas pasaban por las manos del librero, del vendedor de diarios, del distribuidor o vendedor callejero de libros hasta llegar a los lectores. Las novelas de folletín (textos que circulaban por partes incluidos en las páginas de los periódicos) proporcionaban relatos para un público amplio conformado por quienes —como menciona Beatriz Valinoti (2017)—

aún no tenían asentadas las destrezas de la lectura y quienes se encontraban ya plenamente empapados de los códigos de la cultura letrada. En efecto, los periódicos, los folletines y las revistas han sido el puntapié inicial de la ampliación de la lectura cotidiana. El quiosco de diarios se convirtió —argumenta Paula Bontempo (2014)— en un «artefacto cultural» urbano que ofrecía materiales para moverse y dar sentido a las experiencias que planteaba la ciudad moderna. Estos lugares de lectura al paso, se ha señalado, estimulaban la libre elección de materiales e iban alimentando la emergencia de un lector autodidacta. El primer paso para la emergencia de estos nuevos lectores fue la instauración de la educación pública y gratuita (sancionada por la ley 1420 en 1884), la cual logró que entre 1915 y 1955 la matrícula escolar pasara de 951 495 alumnos a 2 735 026; en este marco la provincia de Santa Fe pasó de tener 33, 8% de analfabetos en 1914 a tener 14, 9% en 1943.¹

En la ciudad capital surgieron periódicos como *Santa Fe* (1912) dirigido por Salvador Espinosa y orientado por Domingo Silva, responsable de la línea editorial —este diario publicaba un suplemento literario y salió hasta 1943—; *El Imparcial* (1914) dirigido por Carlos Doce; *La Palabra* (1915) dirigido por el radical Alcides Greca; *El Litoral* (1918) fundado por Salvador Caputto y Pedro Vittori —sigue vigente en la actualidad—. En los años 20, *La Provincia* (1925) dirigido por José Torralvo, *El Orden* (1927) bajo la dirección de Alfredo Estrada —sostuvo su tirada hasta 1955—; y *El debate* (1927) dirigido por Waldino Suárez. En los '30, *El Sol* (1930) creado por José Torralvo y el diario católico *La Mañana* (1937) impulsado por el arzobispo de Santa Fe, monseñor Nicolás Fasolino se mantuvo hasta 1949. *El Orden*, entre otros, tenía una sección literaria que ofrecía historias y cuentos breves a sus lectores. Según cuenta Damianovich, tanto este diario que funcionaba en la esquina de calle San Martín y Crespo como *El Litoral* ponían en sus pizarras callejeras las últimas noticias para el público que pasaba y también sistemas de parlantes para transmitir eventos extraordinarios, como el golpe de Estado del 6 de setiembre de 1930. Aparecieron revistas como *Blanco y Azul* (1901-1904), semanario ilustrado de ciencias, letras y artes editado en la imprenta Benaprés; y en forma contemporánea *La Cultura* (1902), *La Linterna* (1903) y *La Templanza* (1904). En 1904 surge *Vida intelectual* como una revista de ciencias, derecho y literatura, una iniciativa de Julio Busaniche, Ramón Doldán y Ramón Lassaga. El secretario de esta revista fue Gustavo Martínez Zuviria quien para esta época ya había

1. Dirección del Censo Escolar de la Nación «El analfabetismo en la Argentina», *El Monitor de la Educación Común*, vol. 63, n° 859, Buenos Aires, 1944, pp. 10-32.

publicado su primera novela —*Alegre de 1902*— bajo el seudónimo de Hugo Wast. En 1911 aparece *Vida santafecina* con temas de actualidad local y literatura, en la que escribían varones y mujeres. En 1914 surgieron dos nuevas revistas: *La Crónica* de aparición semanal era una publicación ilustrada con temas sociales, educativos y artísticos, y la revista *La Razón*. Luego surgieron *La revista Argentina* (1915), *La Campana* (1919), *Pierrot* (1919), *Vida* (1922), *Troqueles* (1922) dirigida por Carlos E. Carranza, *Fidias* (1923) y *Revista Municipal* (1926). En *Troqueles* colaboran Arturo Capdevila, Alfonsina Storni, Belisario Roldán y Elías Guastavino, entre otros. El contenido era diverso e incluía desde cuentos de Mateo Booz, críticas literarias y comentarios deportivos de Raúl Emilio Aguirre. En los años 30, *La Franja* (1931), *Vida Nueva* (1932), *Orientaciones* (1937), *Impulso* (1938), *Vínculo* (1938), *Nuestra Idea* (1938) y otras publicaciones pertenecientes a instituciones culturales, comerciales o políticas que, por su extensión, no podremos mencionar en este escrito. Alejandro Eujanián sostiene que el consumo de estos materiales era el preferido por el público porque permitían una lectura distendida durante varios días ya que su contenido no tenía una vigencia efímera como las noticias del periódico. En su opinión, las revistas fueron «uno de los grandes difusores de saberes y prácticas que, articulados con la experiencia propia de los sectores a los cuales iban dirigidas, contribuyeron a la cristalización de ciertos criterios de gusto, hábitos y costumbres» (1999:95–96).

En cuanto a las imprentas, hemos señalado que entre 1876 y 1947 existieron al menos 30 en la ciudad (Rubinzal, 2022b). Las primeras décadas del siglo XX fueron un momento de organización del campo editorial conformado por algunas casas editoriales y una cantidad de pequeñas imprentas y talleres gráficos que editaban a un ritmo variable y exiguo. En nuestra ciudad la mayoría no tenía como principal actividad comercial la edición de libros, sino que se trataba de una actividad secundaria en relación con otros trabajos (estampillas fiscales, memorias y balances, libros de contabilidad, papelería para la administración pública, tarjetas personales, entre otras cosas). La imprenta *La Elegancia* fue fundada en 1889 por un inmigrante del *friuli* italiano llamado Virgilio Colmegna. Al regreso de un viaje a Italia por un acontecimiento familiar fundó la librería y editorial *La Artística* en la que trabajó hasta el año 1937. En los años 20, *Talleres gráficos Cattáneo* comenzó a editar libros de poesía, educación, derecho, religión de autores reconocidos en el medio santafesino tales como Pio Pandolfo, Luis Bonaparte, Dana Montañó y Alfonso Durán, entre otros. Si bien la producción editorial fue constante (al menos hasta el año 1947) la cantidad de ejemplares publicados por año no parece haber sido muy superior a la de otras imprentas. Paralelamente, *Talleres Gráficos e Imprenta*

El Litoral presentaba un catálogo parecido en cuanto a la heterogeneidad de géneros y autores, aunque predominan los de derecho, historia y literatura. La trayectoria de esta entidad muestra una firme actividad desde fines de los años 20 hasta mediados de los 40, pero con un volumen exiguo de publicaciones por año. Dentro de las imprentas del Estado se destacaba la Imprenta de la Provincia de Santa Fe que durante el mismo período editó desde actas hasta libros de poesía, botánica e historia.

Las editoriales santafesinas con más volúmenes de publicaciones surgen en los años 30: las editoriales Castellvi y Colmegna (ambas con un perfil comercial, no especializadas en ningún género en particular), y la editorial del Instituto Social de la Universidad Nacional del Litoral. Las tres incluían en sus catálogos autores de la región lo cual —según algunos estudios— habría constituido una identidad editorial distintiva, fuertemente localista. Sin embargo, la circulación de estos libros excedió el marco local. Haciendo un relevamiento de la biblioteca de Juan Domingo Perón pudimos constatar la existencia de una docena de libros de la editorial Castellvi, dos de Colmegna y 20 de la Editorial Universidad Nacional del Litoral. Un segundo relevamiento, esta vez realizado en dos de las principales bibliotecas públicas del país —la Biblioteca Nacional del Maestro y la Biblioteca Nacional—, reveló que los libros publicados por las tres editoriales santafesinas en este período se encuentran casi en su totalidad en el acervo bibliográfico de las mismas. Una indagación en los libros ingresados en las bibliotecas demuestra que Editorial Colmegna publicaba no solo autores santafesinos sino de otras procedencias, como Efraim Bischoff, Pedro Inchauspe y Santiago Muñagurría. Asimismo, la editorial del Instituto Social contaba con un amplio catálogo de autores también de diversas regiones. Por lo tanto, si miramos la producción de las editoriales en su conjunto advertiremos que los proyectos incluían a autores de distintas partes del país y temas de relevancia para diferentes territorios.

El contexto para la industria local era óptimo; en tanto, en España, la Guerra Civil (1936–1939) colapsó el comercio exterior con América Latina, y dio impulso a la creación de nuevas empresas editoriales y nuevos puestos de trabajo calificado en el país y en la ciudad. Editorial Colmegna fue fundada por los cinco hijos (tres varones y dos mujeres) de Virgilio, alrededor de 1940, quienes siguieron la trayectoria editorial de su padre al crear la imprenta *La Elegancia*. La biografía de Virgilio replica la de otros imprenteros y editores que llegaron al país desde Europa a fines del siglo XIX. Proveniente de una familia de tipógrafos fue una personalidad destacada en la Santa Fe de entreguerras en el mundo de la cultura, ya que además de su prestigio comercial

se valoraba su trabajo docente y su participación en los centros de la colectividad italiana.

La *Librería y Editorial Castellvi* estaba ubicada en el centro comercial de la ciudad donde tenía un gran recinto con salida a dos calles. Allí mismo funcionaba el local comercial, los talleres de imprenta y encuadernación equipado con minervas, impresoras planas y linotipos donde, hacia 1950, trabajaban alrededor de 40 personas. Esta editorial se interesó por constituir un catálogo y elaborar un proyecto editorial moderno. La cantidad de títulos publicados anualmente señalan un ritmo creciente y constante: llega a publicar en 1945 al menos 17 títulos. Los tópicos que se editan son heterogéneos: novelas históricas, derecho, odontología, educación, política, cocina, etnografía. El género que más publicó este sello fue literatura, específicamente poesía y relatos, lo que se explicaría por una decisión de mercado. En 1950 Castellvi sufrió una destrucción casi total de sus instalaciones (y de los trabajos de edición en marcha) debido a un desperfecto eléctrico. No obstante, logró reconstruir el taller y seguir con la editorial y sus actividades vinculadas.

Las ediciones universitarias eran una de las ramas que se desprendían del Instituto Social (creado en 1928). Para quienes dirigían la Universidad Nacional del Litoral las publicaciones eran una vía fundamental para diseminar, difundir y expandir el conocimiento generado en esta casa de estudios. No era un aliciente menor que el instituto contara con un capital esencial: un conjunto de autores destacados que se desempeñaban en el cuerpo docente de la casa de estudios (o eran profesores visitantes) y que además eran reconocidos a nivel nacional. De hecho, muchos de ellos publicaban también con otras editoriales tanto locales como nacionales. En el catálogo encontramos materiales de variadas características: folletos, conferencias y hojas instructivas además de los libros propiamente dichos. Este material se distribuía comúnmente entre profesores, alumnos, establecimientos de enseñanza, pero también llegó a bibliotecas y particulares que lo solicitaron. Los precios de las publicaciones (cuando lo tenían fijado) eran realmente accesibles ya que el costo promedio era de \$ 0.20 m/n por ejemplar «reducido si se considera que entre ellas figuran libros de más de 200 páginas y algunos abundantemente ilustrados». ² Para llevar adelante este proyecto editorial la universidad montó una imprenta propia, luego de una larga licitación. La puesta en funcionamiento de la imprenta significó un aumento exponencial de la producción editorial: de un ejemplar publicado en 1929 se pasó a publicar 12 títulos en

2. Instituto Social de la Universidad Nacional del Litoral (1940). *El Litoral*, Anuario.

1930. Los siguientes años las publicaciones variaron entre nueve en 1931 y siete en 1932 (más dos ejemplares en prensa) algunas de las cuales tuvieron una tirada significativa de 5000 ejemplares (otras tiradas variaban entre 1000 y 3000 ejemplares). Hacia el final de 1935 —cuando las publicaciones estaban bajo la dirección de José Babini— la editorial contaba con 43 publicaciones en su catálogo con una impresión total de 126 500 ejemplares, casi todos distribuidos directamente a los lectores, bibliotecas y asociaciones. La calidad de los textos fue reconocida en la Primera Exposición del Libro Americano y Español (1936), organizada por la Universidad de Chile. El catálogo de la editorial universitaria estaba elaborado pensando en un lector preocupado por los problemas sociales e interesado por temas científicos de diferentes áreas: derecho penal, biología, botánica, salud mental, pedagogía, historia, literatura, música, danza y también temas rurales, obreros, filosóficos, etcétera. No obstante, según los registros nacionales, el género que tuvo más difusión entre los lectores de esta época fueron las novelas de ficción. La primera estadística del Registro Nacional de la Propiedad Intelectual muestra que un gran número de las obras editadas en 1936 pertenecían a dicho género. De esta manera, el catálogo universitario no dirigía sus productos al sector de consumidores que había emergido y consolidado durante el período de entreguerras.

La distribución fue un aspecto clave de la difusión de la editorial universitaria, y un elemento distintivo en relación con otras editoriales de la época. Hacia el año 1939 los títulos de la editorial universitaria llegaron a 100 y las tiradas acumuladas en los primeros 10 años de trabajo alcanzaron los 250 000 volúmenes. Según las memorias del Instituto Social los libros habían sido distribuidos, incluso, en América Latina y Europa. El mapa de distribución publicado por el mismo instituto visualiza la llegada del material a distintas zonas del país y a los países limítrofes, aunque no se ha podido corroborar el envío de publicaciones al continente europeo.³ Las fichas de de lectores contaban contaban hacia 1937 con una cartera de 2537 clientes dividida entre

3. En efecto, las publicaciones fueron enviadas a más de 100 localidades de la provincia de Santa Fe; a 33 localidades de la provincia de Buenos Aires (incluida La Plata); a 36 localidades de la provincia de Entre Ríos; a 26 localidades de la provincia de Corrientes; a 22 localidades de la provincia de Córdoba; a 6 de la provincia de Tucumán; a 3 de la provincia de Misiones; a 3 de la provincia de La Pampa; a 3 de la provincia de San Luis; a Colonia Clorinda y a la capital de Formosa; a Godoy Cruz y a la capital de Mendoza; a Chapihuasi y a la capital de La Rioja; a La Banda y a la ciudad de Santiago del Estero; a la ciudad de Catamarca; a Resistencia en Chaco; a Trelew en Chubut; a San Salvador de Jujuy; a la ciudad de Salta; a la ciudad de San Juan. *Memorias del Instituto Social de la Universidad Nacional del Litoral*, Santa Fe (1940).

profesores (455), bibliotecas e instituciones varias (836) y particulares (1246)⁴ que se incrementaba año a año llegando a un total de 2800 clientes en 1939. Las localidades del país donde fueron remitidas las publicaciones muestran una concentración en las provincias donde se asentaba la predecesora Universidad regional: Santa Fe, Entre Ríos y Corrientes.

Por otro lado, dispositivos como librerías, bibliotecas, asociaciones y — como ya hemos mencionado — los puestos de diarios ofrecían canales de acceso a materiales de lectura entre trabajadores y sectores populares cuya vida cotidiana transcurría principalmente en los barrios. En 1912 había en la ciudad de Santa Fe 22 librerías, muchas de ellas ubicadas en el centro de la ciudad. También existieron las llamadas «mesas de lecturas» que funcionaban en clubes y asociaciones (Bolsa de Comercio, Círculo Italiano, Sociedad española, Club Gimnasia y Esgrima) que ponían a disposición de sus socios diferentes publicaciones (Anuario estadístico de la ciudad de Santa Fe, 1935:12). Las bibliotecas tenían variadas características (de tipo, conformación, acceso, gestión) y fueron definidas —por estudios recientes— como espacios solidarios de educación popular, como lugares donde se contribuía a la construcción del ciudadano, inclusive como altares de una religión laica o refugios de la cultura. Si bien las bibliotecas fueron indispensables en la difusión de materiales impresos, la circulación entre familiares y vecinos también fue una vía de acceso a la lectura. Esto supone que más allá de las posibilidades de adquirir un ejemplar el deseo de leer llevaba al encuentro de los lectores con los libros.

Entre las primeras bibliotecas populares —asociaciones civiles sin fines de lucro, gestionadas por un grupo de vecinos y sostenidas por el aporte de los socios— subrayamos la Biblioteca Pedagógica (creada en 1910), la Biblioteca Popular Bartolomé Mitre (creada en 1905), la Emilio Zola (fundada en 1911 por un grupo de anarquistas entre los que se destaca Miguel Espósito), la Biblioteca Popular de Santa Fe (Sociedad Cosmopolita, creada en 1883) y la Biblioteca Mariano Moreno (creada en 1912 por Orlando Lavagnino, Gabino J. Tedero, José María Iglesias, Ricardo Cánepa y José Pérez) que en 1940 —según el ministro Juan Mantovani— contaba con 10 000 volúmenes, 800 socios y un promedio mensual de 4000 concurrentes entre adultos y niños. Luego, durante los años 30 y 40, surgieron otras bibliotecas creadas en diferentes barrios de la ciudad: Biblioteca Popular Hogar del Maestro (fundada en 1934, ubicada en San Martín 1621), la Biblioteca Jean Jaurès (en la calle Güemes 3998), la Alberdi (Marcial Candiotti 3170), la Juan B. Justo (Crespo 2364), la Mateo Booz (creada

4. *Memorias del Instituto Social de la UNL 1937-1940* (1941) Santa Fe, Imprenta de la UNL, p. 15.

en 1942, con domicilio en Pedro Ferré 2928). En 1944 fueron creadas otras dos: la Biblioteca Popular Mariano Moreno de Sargento Cabral (actualmente en calle San Martín 365) y la Biblioteca del Centro Español (situada en San Martín 2219). El artículo primero del estatuto de la Biblioteca Mariano Moreno (1944) mencionaba que tenía una «exclusiva finalidad»: propender al desarrollo de la cultura del pueblo. Para lo cual, la biblioteca proyectaba organizar distintos tipos de actividades (cursos, conferencias, concursos, reuniones sociales) además de ofrecer libros a los socios. A diferencia de otras bibliotecas —como la anarquista Emilio Zola o la del colegio Inmaculada— planteaba en su estatuto que no permitía «la divulgación de ninguna tendencia política o religiosa». Si bien cada biblioteca popular podía tener una orientación particular, existía un conjunto de similitudes que podríamos resumir en: a) nutrían el deseo de la lectura que estaba notablemente extendido en la sociedad de esta época (Horowitz, 2016); b) fueron espacios culturales en los que además de la lectura se promovían otros consumos y actividades c) se convirtieron en lugares de socialización barrial que favorecieron la interacción entre los vecinos de todas las edades. El préstamo domiciliario de los libros constituyó la innovación más radical que implementó la Comisión Protectora de Bibliotecas Populares. Esta invención —argumenta Javier Planas (2017)— se fundó en el acceso democrático al saber, por un lado, y en una novedosa manera de entender la función de la biblioteca en tanto lazo entre los lectores y los libros, por otro. Esta característica es especialmente interesante porque yuxtaponía dos tendencias: el acto de leer en el hogar y la organización de encuentros de lectores. De esta manera las bibliotecas —tanto las urbanas como las rurales— habrían desarrollado dos facetas de una misma experiencia, la privada y la pública, lo que favorecía la instauración de gustos y conexiones en relación con la lectura. Dos acciones concretas que dimensionan su reconocimiento fueron las siguientes: el diputado demócrata Bertotto propuso en 1921 otorgar una partida de 10 000 \$ m/n para la compra de libros destinados a las sociedades de fomento de los pueblos provinciales; y el Poder Ejecutivo Provincial promulgó en 1923 un decreto de ley que establecía la creación de bibliotecas ambulantes destinadas a abastecer de materiales de lectura a los sectores rurales. Los 25 000 \$ m/n destinados para este proyecto serían utilizados para, además de comprar libros, acondicionar camiones para transportarlos a las regiones alejadas.

En la ciudad, las muestras y exposiciones de libros que se hicieron en este período fueron realizadas por organizaciones civiles, no por el sector empresarial conformado por imprenteros y editores (Rubinzal, 2022b). Durante el mes de setiembre de 1931 se realizó una exposición itinerante del libro santafesino

organizada por el Ateneo universitario y docente. La muestra se localizó en primer lugar en el hall del Teatro Municipal y a la semana siguiente en la biblioteca de la Escuela Domingo Faustino Sarmiento. La misma contaba con más de 200 obras que incluían los siguientes autores: Ramón Lassaga, Gustavo Martínez Zuviría, Manuel Gálvez, Manuel Cervera, Horacio Rodríguez, David Peña, José Luis Busaniche, Alcira Bonazzola, Paulina Simoniello, Horacio Caillet-Bois, Rodolfo Borzone, Alcides Greca, Ismael Moya y Reynaldo Pastor, entre otros. Los libros se expusieron durante varios días y en algún caso acompañaron obras de pintores locales. La Muestra del Libro Santafesino realizada en 1947 en el Club del Orden fue de otras dimensiones: expusieron más de 600 autores y se exhibieron 1300 obras. En su discurso inaugural el presidente del Club del Orden, Abelardo Irigoyen Freyre, destacó la participación tanto de autores consagrados como de ignotos que se estaban abriendo camino en el campo de las letras, del arte o de la ciencia. Esta muestra en contraposición a otras realizadas en el país centraba la atención en los autores santafesinos (de toda la provincia), más que en las editoriales. Los volúmenes que se exhibían fueron aportados por bibliotecas, institutos, museos y particulares, entre los que se encontraban Enrique Candiotti, Nicanor Molinas, Ulises Mosset y Agustín Zapata Gollan. Entre las editoriales de la ciudad (porque también había autores y editoriales rosarinas) que proporcionaron obras a dicha muestra se encontraban la Imprenta de la Universidad Nacional del Litoral, Editorial Castellví, Colmegna, Librería Colombo y Pérez. El catálogo de este evento relevante nos permite reconstruir por un lado la constitución de un campo intelectual local y una ceñida pero creciente industria editorial. También observamos que muchos autores publicaban con imprentas y editoriales de Buenos Aires (como Mateo Booz, quien publicó sus novelas y libros de poesía con las editoriales El Ateneo, Kraft e Ilustración Río Platense, entre otras) y del exterior (como Alberto Candiotti que publicó una novela y un libro de poesía en Francia y en Colombia), lo cual ilumina una proyección —moderada pero sustancial— de la producción intelectual local hacia otros centros y regiones.

EL CINE Y LA RADIO EN PERSPECTIVA LOCAL

Durante las primeras décadas del siglo XX el teatro tuvo preponderancia en el mercado de entretenimientos. Las salas locales ofrecían obras muy variadas (como las zarzuelas, vodeviles y piezas breves) destinadas a un público amplio y a precios accesibles. Estas obras formaban parte de lo que se llamó «género

chico» para diferenciarlo de las denominadas «grandes obras» de la cultura occidental. Uno de los géneros preferidos era el sainete criollo que retrataba escenarios urbanos, en particular la vida en los conventillos. Así, estas representaciones trasladaban al mundo del espectáculo las transformaciones que se palpitaban en las ciudades en plena expansión. En la ciudad de Santa Fe el Teatro Municipal (fundado en 1905) tenía una cartelera de espectáculos que incluía la proyección de filmes acompañados por orquesta, obras teatrales, conciertos, ballet y otras expresiones artísticas. Un programa parecido tenía el Cine Teatro Jardín de Italia donde desde 1912, además de las proyecciones fílmicas, se presentaban diferentes compañías nacionales y españolas de drama y comedia, operetas, sainetes, zarzuelas y revistas. En 1924 se inauguró Casa España que tenía —según nos cuenta Manuel Canale (2014)— una gran sala de espectáculos teatrales y cinematográficos. El Cine Teatro Colón —nombre que adoptó dicha sala— ofrecía 1000 localidades numeradas con «excelente visión desde cualquier punto» y con un escenario dispuesto tanto para teatro como para cine. De manera similar, en el Gran Teatro y Cine Moderno (actual Centro Cultural Provincial) combinaba proyecciones cinematográficas y espectáculos de variedades de género cómico, parodia, canción, música y números teatrales. En este teatro debutaban obras de compañías importantes como la de Alberto Vacarezza quien estrenó el sainete «Sunchales» (1931), incluso, un día antes que en la Capital Federal. Al mismo tiempo se podían disfrutar números de ilusionistas como el del famoso y enigmático mago de origen alemán Barón Von Reinhalt, quien presentaba experimentos de magia oriental y magia negra, además de los números de ilusionismo como el impactante corte de una mujer en cuatro partes. La multiplicidad de productos en las carteleras teatrales y el variado uso que se les daba a las salas de la ciudad permitieron sortear la disminución del consumo de obras teatrales durante los años 30, cuando el cine sonoro ocupó el primer lugar dentro de las preferencias del gran público. Por ejemplo, la temporada teatral de 1936 en la ciudad de Santa Fe estuvo circunscripta casi totalmente a la sala mayor del teatro Municipal donde se expusieron 20 espectáculos (compañías de comedia y de género chico, conciertos, espectáculos de ilusionismo, conjuntos líricos, una compañía de zarzuela, los Niños Cantores de Viena, los Cuerpos de Baile del Teatro Colón de Buenos Aires).

Progresivamente, el cine y los radioteatros fueron cautivando al público. Estudios recientes han advertido que la importancia de la radio y el cine no radica solamente en la aparición de nuevas formas de producción y circulación de la cultura, sino que también porque contribuyeron en forma notable la generación de sentimientos de pertenencia o identidad a través de las

ficciones y programas de música local. La importancia de este fenómeno tiene un impacto político en cuanto —argumenta Matthew Karush (2013)— esos sentimientos podrían convertirse en la plataforma de acciones colectivas, adhesiones ideológicas y movilización pública. En cuanto al mundo de la imagen, se sabe que además de intervenir en la formación de la subjetividad colectiva alimenta el imaginario sociohistórico a través de la construcción de una memoria que es fácilmente apropiada por las personas que comparten un clima de época o una cultura determinada. La singularidad de la producción visual cinematográfica —respecto de otros repertorios de imágenes— es que combina tecnología y poder simbólico para producir un imaginario, y es generadora de afectos e imaginarios. El poder del cine para influir en los espectadores era una idea bastante extendida en la época en que surge el cine sonoro.

Los orígenes del cine en nuestro país datan de fines del siglo XIX. Las primeras proyecciones fueron generalmente vistas de ciudades de diferentes partes del mundo que se pasaban en lugares adaptados para el espectáculo. Algunas veces eran casas de familias, otras eran bares y confiterías que además ofrecían otras fuentes de divertimentos (billar, juegos de cartas, bailes, etcétera) para estimular el consumo de bebidas y comidas. Según las crónicas de José López Rosas (1993) es probable que en Santa Fe el primer local donde se exhibieron filmes en forma permanente fuera un negocio de comidas llamado La cantina, ubicado en la calle San Jerónimo al 500, muy cerca del mercado de la capital provincial. Este lugar contaba con una función nocturna, después de la medianoche, solo para adultos varones. En la misma cuadra estaba la cantina La Piamontesa, que ofrecía cinematógrafo los días de fiesta y los domingos. Por su parte, la confitería Polo Norte brindaba al público sus famosos productos de pastelería, café y entretenimiento. El lugar contaba con mesas de billar y organizaba proyecciones. Al mismo tiempo, la confitería Los chinos anunciaba su «gran salón cinematográfico» en el cual funcionaba un gramófono, marca Fin de Siglo, para los jóvenes danzarines. Entre estos espacios, multifacéticos, que combinaban las proyecciones con otros placeres, se destacaba el cine y confitería París ubicado frente a la plaza España, un lugar muy popular que reunía a los vecinos y a todos los que llegaban por la estación de trenes desde pueblos cercanos. En el salón de la confitería había mesas de billar, juegos de dominó y naipes con los cuales los parroquianos se divertían mientras bebían vermut, café o los tradicionales refrescos, «como la horchata y la chufa». El cine París ofrecía tres proyecciones diarias: la denominada *sesión café* —al mediodía— cuyo valor (20 centavos) incluía un café, la *sesión familiar* y la *nocturna*. De esta manera se intentaba diferenciar al público en función del contenido de las cintas.

Algunos de estos lugares promocionaban sus funciones aclarando que se trataban de «cintas colores», llamadas de ese modo porque estaban teñidas con anilina de algún color según el género del que se tratase (por ejemplo, las sentimentales de color violeta o rosado, las policiales de color rojo, etcétera). Las entradas variaban entre 20 y 50 centavos de acuerdo con el lugar de la ciudad donde estaba emplazada la cantina o confitería y, también, de acuerdo con sus habituales consumidores. En relación con los precios de los productos de mayor consumo en la región,⁵ las entradas eran accesibles teniendo en cuenta que en algunas ocasiones incluían el consumo de infusión o bebida.

Un género que comenzó a producirse tempranamente en nuestro país fue el noticiero cinematográfico. Uno de los más conocidos fue *Actualidades Argentinas* —producido por Max Glucksmann— en el cual se mostraban inauguraciones de hospitales o mercados, acontecimientos políticos, apertura de líneas del ferrocarril, espectáculos deportivos, sepelios, etcétera. Muy pronto las proyecciones comenzaron a atraer más espectadores y para principios de los años 20 ya se trataba de un consumo cultural masivo. Como ha señalado Clara Kriger la relación entre el cine y la política se puede ver en el cine documental donde se van filtrando eslóganes, modelos de persuasión que tienen como objetivo construir al ciudadano (Kriger, 2021). Estos documentales y/o noticiarios tienen su momento de expansión durante la Primera Guerra Mundial cuando el interés del público estaba volcado a la situación internacional.

En cuanto a las tensiones que generó la rápida difusión del cine entre los sectores populares, es importante mencionar la encíclica papal *Vigilante Cura* (1936) la cual fijó la posición de la iglesia ante la forma más popular de entretenimiento entre todas las clases sociales. En su perspectiva la relevancia del cinematógrafo estaba en un «doble hecho: poder psicológico y vastedad». En los periódicos católicos de la época —*El Pueblo* y *La Mañana*— diferentes notas de opinión advertían que la rapidez de las imágenes tendría el resultado de embelesar al espectador anulando la posibilidad de reflexionar sobre lo que se reproducía en la pantalla al modo de un «encantamiento». El peligro se cernía sobre todo en espíritus débiles, especialmente sobre los niños y las

5. En 1914 el pescado de río (como por ejemplo el amarillo, una de las especies más comunes que viven y se reproducen en el río Paraná) podía conseguirse a 40 o 50 centavos en las ventas ambulantes, aunque el precio subía en las pescaderías. Los periódicos se mantuvieron prácticamente estables: suelto salía 10 centavos y la suscripción mensual era de 2 pesos. Lo mismo para los cigarrillos marca 43 de la empresa Piccardo que valían 20, 30 y 40 centavos según el paquete que se comprara.

familias pobres. En este marco la iglesia, por un lado, orientó a sus feligreses respecto del «buen» cine a través de críticas especializadas en las publicaciones periódicas; y, por el otro, organizó sus propias funciones, como las jornadas brindadas por Círculo de Obreros Católicos de Santa Fe.

Las opiniones de los expertos en infancia no eran concluyentes ni uniformes, pero en numerosas oportunidades *El Monitor de la Educación Común* —revista oficial del Consejo Nacional de Educación de Argentina— advirtió sobre los peligros asociados a la proyección temblorosa del cinematógrafo que, supuestamente, dañaba la vista de los espectadores y causaba insomnio, pudiendo llegar a provocar alucinaciones y casos de sonambulismo. Las perspectivas menos biologicistas resaltaban el poder de la imagen para «mostrar» la realidad tal cual era aumentando la fuerza pedagógica y moral de los manuales de texto. Según Roberto Morales (1928), los niños recibían sus impresiones por medio de los sentidos, siendo la vista el más importante, por lo que el cinematógrafo podía conseguir más fácilmente su atención y desarrollar «sus facultades intelectuales en forma natural».

La opinión de Honorio Senet —docente de enseñanza media, doctor en Jurisprudencia y funcionario en diversas áreas de la educación— se volcó en un proyecto de acción cultural posescolar (1923) que tuvo una difusión muy significativa a juzgar por la frecuencia con que era citado y comentado en diversos medios. Senet era leído por un amplio arco del mundo político y cultural de la época: desde los socialistas Victoria Gucowsky y Alfredo Palacios —quien aseguraba que su obra condensaba «lo mejor de la herencia moral de la sociedad argentina»— pasando por Rodolfo Moreno, Carlos Saavedra Lamas, Rodolfo Rivarola, Monseñor Santiago Luis Copello (arzobispo de Buenos Aires), entre otros. El proyecto de acción cultural de Senet pretendía dar respuesta al supuesto «relajamiento» del sentimiento nacionalista directamente proporcional a la influencia de la inmigración. Aun teniendo una perspectiva absolutamente decadentista, el autor no reniega de los avances tecnológicos en materia cultural. Senet argumentaba que la escuela y el libro no eran suficientes para frenar el avance de los males sociales que se expandían sobre todo en los sectores proletarios (como el pugilismo, el juego, el alcoholismo, la criminalidad) era necesario incorporar el cinematógrafo y la radiotelefonía. Senet esperaba que el Estado ejerciera un control de los filmes que se exhibían en el país a partir de la producción oficial o estimulando la acción de la industria privada bajo el signo de un nacionalismo útil y constructivo.

Efectivamente, el Estado nacional aplicó diferentes herramientas de control del cinematógrafo y otros entretenimientos. La ley de Maternidad e Infancia sancionada en 1936 por iniciativa del socialista Alfredo Palacios contenía

disposiciones que impedían la asistencia de menores a los espectáculos públicos diurnos (para los menores de 5 años) y nocturnos (para los menores de 12 años). En 1937 el Poder Ejecutivo Nacional sancionó dos decretos relacionados con el control cinematográfico. El presidente Agustín P. Justo dispuso que las producciones cinematográficas editadas en el país debían interpretar temas relacionados con «la historia, las instituciones o la defensa nacional» y, también, debían ser sometidas a la aprobación de una comisión habilitada para tal fin (encabezada por el presidente de la Comisión Nacional de Cultura y el director técnico del Instituto Cinematográfico Argentino creado en 1933). Según las opiniones de los expertos, el Instituto Cinematográfico Argentino debía tener una sección especialmente dedicada al cine escolar a cargo de pedagogos y técnicos cinematográficos. Esta problemática se sitúa en el contexto del surgimiento de discursos y prácticas específicas de un nuevo sujeto social —la infancia— y el reconocimiento de que los niños tenían necesidades específicas. Esto promovió el surgimiento de lugares de esparcimiento destinados exclusivamente para ellos, bajo el paradigma de no mezclarlos con los adultos. El Boletín de Educación provincial afirmaba que el acceso «a espectáculos que le produzcan placer espiritual, desarrollen su inteligencia y ayuden a formar su carácter» debían ser proporcionados por el Estado.⁶

En esta línea se produjo la creación del cinematógrafo escolar santafesino (1914), uno de los primeros del país. En estos tiempos, desarrolló sus actividades con base en un epidiascopio que había sido ubicado en las instalaciones del Consejo General de Educación. Los funcionarios del consejo incluyeron el cinematógrafo en el marco de una serie de tareas que requerían la atención cotidiana de un elenco bastante reducido de personas.⁷ Se trataba de un gran desafío por el hecho de introducir una nueva tecnología y generar un programa de proyecciones en una agenda de actividades de lo más heterogéneas para un organismo estatal. José Amavet, presidente del Consejo en distintos períodos (1912–1914 y 1920–1921), trabajó para crear un sistema solidario de rotación entre las provincias de Córdoba, Corrientes, Santa Fe y Entre Ríos. El sistema se basaba en adquirir las cintas en conjunto con las

6. «El Código de los Derechos del Niño», *Boletín de Educación*, n° 7, Santa Fe, octubre de 1925.

7. El Consejo era un organismo de carácter provincial creado en 1886 y estaba conformado por un presidente, dos vocales, un secretario general, un prosecretario, un cuerpo de inspectores que constaba de dos generales y al menos una docena de inspectores seccionales (a los cuales luego se agrega un inspector de talleres y dos inspectores de escuelas particulares). *Boletín de Educación*, n° 1, Santa Fe, 1 de abril de 1925, y *Boletín de Educación*, n° 2, Santa Fe, 1 de mayo de 1925.

provincias vecinas, las cuales luego irían rotando para ser exhibidas en las escuelas durante el día, y por la noche en los parajes públicos fomentando en forma práctica y recreativa la educación popular. Si bien no está claro que el sistema interprovincial de rotación de filmes haya funcionado, sí comenzaron a circular las cintas en las escuelas de la región que solicitaban el material en préstamo al Consejo. El Estado adquirió cinematógrafos portátiles para proyectar cintas en las escuelas rurales y de esta manera vincular lo rural y lo urbano. Unos años más tarde el Consejo Escolar decidió dar un paso más y crear un espacio especialmente destinado a las proyecciones de cine y a las presentaciones teatrales: el cine teatro infantil. Este espacio fue inaugurado en 1925 dentro del edificio de la escuela Sarmiento.

Paralelamente surgían salas modernas en diferentes espacios de la ciudad. En los años 20 abrieron el Cine Teatro Victoria (1923), Cine Doré (1927), Cine Mayo (1925), Cine Colón (1928). Algunos comenzaron a utilizar lo que se denominó «música adaptada»: las orquestas interpretaban una música adecuada a la escena que se proyectaba en el momento. Las películas que se presentaban en Buenos Aires no tardaban en llegar a ciudades como Rosario y Santa Fe, ya que existía una gran disponibilidad de filmes extranjeros debido a la reducción de los precios de alquiler y venta de las películas durante la Primera Guerra Mundial. En los años 30, con la llegada del cine sonoro, esta tendencia se amplió: se abrieron más salas en barrios alejados del centro histórico donde se proyectaban las novedades que llegaban al país en forma instantánea con otras ciudades. Los nuevos cines incorporaron adelantos tecnológicos: sistemas de ventilación y calefacción, equipos de sonidos como los Western Electric de alta fidelidad, proyectores y sistemas de iluminación difusa entre otros aspectos. El cine Ideal inauguró en 1941 un sistema de refrigeración General Electric (de notable importancia en una ciudad tan calurosa) que permitió que los espectadores concurrieran todo el año. Era una sala imponente con una capacidad para 1100 espectadores (750 en la platea baja y 350 en la *pullman*). Las butacas estaban tapizadas en cuero verde y dotadas de un respaldo diseñado con una forma e inclinación especiales para ver películas. Los equipos de proyección (con linternas «ciclex») y de sonido (Mirrophonic Master) fueron los más modernos de la época.

La radio también fue una gran novedad de estos años y un signo inconfundible de los tiempos modernos. Este dispositivo —parecido a una caja de música voluminosa— acompañaba a los oyentes mientras realizaban actividades en sus hogares, en sus trabajos y hasta cuando caminaban en las calles si algún vecino tenía su aparato radiotransmisor en la vereda. No exigía silencio —como el libro o el cine— porque podía sonar como fondo de charlas en cafés, trenes, restaurantes o tiendas. Había distintas formas

de escuchar la radio, algunas más concentradas y otras más distraídas, pero lo cierto que es los oyentes no eran receptores pasivos de la programación. Ellos elegían los productos radiales que consumían; le daban un sentido al mensaje que recibían y otorgaban un lugar en la vida cotidiana a la práctica de escuchar la radio. Los estudios sobre el tema argumentan que la radio fue un dispositivo necesario para impulsar la construcción de identidades y el crecimiento de la participación política en la Argentina en la medida en que ayudó a formar opiniones e intereses. Al mismo tiempo, se ha señalado que la radio actuó como mecanismo de integración social ya que alcanzó a todo el territorio nacional. Atendiendo a esta cuestión diversos grupos sociales y políticos utilizaron este medio para difundir ideas, actividades y propuestas.

La primera emisión radiofónica en nuestro país fue el 27 de agosto de 1920 después de una serie de pruebas realizadas por Teodoro Belloq. Para esta emisión Belloq y otros colaboradores instalaron en la terraza de un edificio un rudimentario equipo transmisor que difundió la ópera Parsifal, de Richard Wagner. Los comienzos de la radiodifusión estuvieron signados por el género musical, las *broadcasters*⁸ pasaban óperas, conciertos y espectáculos teatrales. La primera década de existencia radial estuvo estructurada alrededor de eventos oficiales, espectáculos deportivos, discos de música y presentaciones de orquestas. Al tiempo que se imponía como medio de comunicación y entretenimiento, aparecieron en el mercado revistas especializadas como *Radio Cultura* o *Sintonía* que tenía una tirada de 20 000 ejemplares. Estas publicaciones informaban sobre los sucesos artísticos y sus protagonistas, opinaban sobre los contenidos de la programación y evaluaban los productos radiales. Según nos cuenta Andrea Matallana, los empresarios radiales invertían en revistas especializadas donde podían difundir sus propias programaciones (por ejemplo, *Antena* y Radio Belgrano, *Sintonía* y Radio El Mundo, eran propiedad de los mismos dueños).

La radio —que podía ser armada en forma artesanal— tuvo un alcance espectacular. En 1938 había 1 100 000 aparatos receptores, lo que significaba una radio cada diez personas. Por estos años, las empresas más importantes de Buenos Aires se integraban en redes con emisoras de otras localidades. Se forman las cadenas LR1 Radio El Mundo, LR3 Radio Belgrano y, finalmente, LR4 Radio Splendid. La expansión y desarrollo de la radiodifusión

8. El *broadcast* consiste en la emisión de ondas en distintos formatos dirigida a un cierto público. La radiocomunicación es un tipo de *broadcast*. Consiste en transmitir ondas mediante el espacio radioeléctrico. Las propiedades de estas ondas dependerán de la banda de frecuencia empleada.

incluyó el aumento de las publicidades y las publicaciones destinadas a los radioescuchas; *Radiolandia* fue una de las más leídas por el público. También se producían los picos de audiencia relacionados con los productos preferidos de la época: radioteatros, fútbol y orquestas de tango. Los radioteatros que captaban gran audiencia en los años 30 tenían temas gauchescos, policiales y románticos. La música que más se escuchaba era el tango, pero también sonaba el jazz y la música clásica.

La primera emisora de la ciudad de Santa Fe fue la Radio Roca Soler, actual LT 9, que obtuvo su licencia en 1924 por la Oficina de Comunicaciones que controlaba la Marina. Alejandro Damianovich (2013) argumentó que esta emisora fue el punto de partida de la radio fuera de Buenos Aires ya que se trató de la primera emisora autorizada en el interior del país. El panorama de la radio-difusión a nivel nacional era muy incipiente: en Buenos Aires había cuatro y en Rosario una radio. En 1921 Alfredo Roca Soler se embarcó en el armado de un transmisor rudimentario cuyo alcance era de apenas unos cientos de metros. En ocasión de la pelea entre Firpo y Dempsey se colocaron unos parlantes en el local del diario *El Litoral*, lo que suscitó la atención de un público numeroso. Desde el comienzo, la comunicación escrita y radial se interconectaron: los periódicos informaban sobre los programas radiales y estos se nutrían de las noticias escritas. En el año 1931 se le asignó la señal distintiva de LT9. La radio transmitía los días de la semana en la misma franja horaria que LT10 y los domingos salía al aire de 10 a 12 del mediodía. Al igual que la radio de la Universidad, la música se destacaba en sus emisiones (orquestas típicas, folclore, de jazz y otros). Según las crónicas, el público asistía masivamente a las audiciones como a un espectáculo, lo cual fue posible gracias al traslado de la radio a un local más amplio ubicado en la calle Rivadavia 2849, al lado del por entonces Cine Colón.

La radio LT 10, que dependía del Instituto Social de la UNL, inició formalmente sus transmisiones el 18 de agosto de 1931. No obstante, las primeras emisiones habían comenzado en 1929 en los altillos de la Facultad de Química Industrial y Agrícola. Hacia fines de 1935 tuvo que suspender las emisiones para reformar el equipo transmisor que venía presentando diferentes problemas. El problema técnico que no se podía solucionar era «una toma de tierra» y la cuestión edilicia que implicaba la «absorción que ejerce el edificio de la Universidad donde se halla ubicado el equipo transmisor».⁹ La radio aspiraba a que su señal llegara al menos hasta la ciudad de Rosario. El objetivo era

9. *Memorias del Instituto Social de la UNL (1937-1940)*, Santa Fe, UNL, 1940.

difundir conocimientos y productos culturales al público amplio —que no estudiaba una carrera universitaria— que «sin más esfuerzo que el leve gesto de oprimir o girar un botón» permitía el acceso de la universidad en su hogar. Las radios universitarias formaban parte del proyecto reformista que ambicionaba para las altas casas de estudio una acción cultural extensiva. En otras palabras, las universidades tenían que derribar sus muros, el campo limitado de su acción, para que pudieran emerger nuevos conocimientos vinculados a la sociedad. El rector de la universidad, Josué Gollan, argumentaba el valor del espíritu reformista «para que el pueblo todo recibiera el beneficioso y dignificante influjo de la divulgación del saber humano en todas sus ramas» (en Babini y Gollán, 1936:6).

La radio universitaria realizaba transmisiones diarias —en una acotada franja horaria vespertina— que ocasionalmente incluían actos oficiales de la universidad o de alguna de sus facultades. En las transmisiones regulares privilegiaban las piezas musicales, que iban precedidas de comentarios redactados especialmente para la ocasión los cuales reunían datos históricos, nociones sobre estilos, estética y tendencias. También se pasaban noticias universitarias de interés general y disertaciones breves a cargo de miembros de instituciones científicas, culturales y profesionales de la ciudad de Santa Fe. La programación aparentemente no contaba con muchos adeptos por lo que se pedía a los oyentes ayuda para extender la influencia de la radio que —según explicaba José Babini— no tenía «la potencia de las grandes broadscastings argentinas» ni contaba con el apoyo material y financiero de grandes empresas de publicidad (en Babini y Gollan, 1936). A pesar de su funcionamiento «defectuoso» el número de transmisiones fue bastante parejo sobre todo en el segundo período (segunda mitad de los años 30). En las memorias de 1937 se destaca la adquisición de «interesantes colecciones de discos» denominadas *Música de Oriente*, *Antología Sonora* y *Dos mil años de música* algunas de las cuales se utilizaron para ofrecer un curso radial de Historia de la Música.

IDEAS FINALES: EL CONSUMO, LOS CONSUMIDORES Y LA MODERNIZACIÓN CULTURAL

El consumo cultural es fundamentalmente un proceso activo de producción de sentidos y las mercancías producidas por las industrias culturales son inherentemente polisémicas. Esto implica que, al existir una multiplicidad de variantes interpretativas de los productos culturales, es muy posible que se desarrollen disputas entre distintos actores políticos y grupos sociales.

Dentro de los consumos culturales de la primera mitad del siglo XX las revistas y otras publicaciones periódicas tuvieron un papel fundamental, no solo en la ampliación de la lectura en vastos sectores de la sociedad, sino también en la promoción hacia el consumo de diferentes productos culturales. Dichas publicaciones funcionaron como dispositivos culturales que recomendaban música, exposiciones, diferentes obras artísticas e incluían —en algunos casos— la organización de eventos culturales, políticos, religiosos y recreativos para sus lectores. Argumentamos, en otros escritos, que estas actividades compartidas posibilitaban la instauración de lazos basados en las experiencias de lecturas y la configuración de comunidades de lectores que no solo leían en el espacio privado de sus hogares, sino que circulaban por la ciudad al tiempo que se vinculaban con otras personas que compartían sus preferencias culturales y políticas.

Las industrias culturales promovieron la participación de lectores en concursos y otorgaban premios a quienes fueran más veces al cine y a quienes contestaran preguntas como: «¿Cuál es la mejor actriz de la Metro Goldwin Mayer?». En los años 30 el radioteatro fue uno de los mayores éxitos de la radio. Las familias santafesinas seguían apasionadamente las historias que se transmitían en vivo y participaban masivamente de los concursos radiales. De esta manera la transformación de la ciudad estuvo signada por la modernización arquitectónica y tecnológica que desde la especificidad de las industrias culturales implicó la movilización de consumidores en las calles. Todo esto nos lleva a interrogarnos sobre las características de la modernización en una ciudad que no está centrada en la industrialización de sus formas productivas (que sería el modelo clásico de las ciudades modernas). No obstante, desde el punto de vista cultural la ciudad de Santa Fe ha aplicado tecnología cinematográfica muy tempranamente y ha generado un campo de publicaciones muy variado y profuso. Por otro lado, las redes intelectuales y las iniciativas editoriales locales han tenido una gran proyección a nivel nacional y regional. De todo lo expuesto anteriormente, se puede considerar que la ciudad se modernizó culturalmente al ritmo de otros grandes centros urbanos del país produciendo bienes culturales de indudable valor intelectual, proyectando sus productos más allá de sus zonas de influencia y movilizando consumidores en las calles.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- **Babini, José y Gollán, Josué (1936).** *La radio-difusión al servicio de la cultura.* Instituto Social. Universidad Nacional del Litoral.
- **Bontempo, Paula (2014).** Hombres, mujeres y niños leen y cruzan la ciudad. Prácticas de lectura cotidianas en Buenos Aires (1900–1950). En *Territorios de lo cotidiano. Siglo XVI–XX. Del antiguo virreinato del Perú a la Argentina contemporánea.* Prohistoria.
- **Canale, Manuel (2014).** *Salas cinematográficas de la ciudad de Santa Fe. Arquitectura, arte y sociedad. 1896–1950.* Universidad Nacional del Litoral.
- **Damianovich, Alejandro (2013).** *El periodismo en Santa Fe 1828–1983.* Historia del periodismo argentino / Armando Alonso Piñeiro. Academia Nacional de Periodismo.
- **De Certeau, Michel (1996)** *La invención de lo cotidiano.* Vol. I. Universidad Iberoamericana, Departamento de Historia.
- **Eujanian, Alejandro Claudio (1999).** *Historia de revistas argentinas: 1900–1950; la con-quistista del público.* Asociación Argentina de Editores de Revistas.
- **Horowitz, Joel (2016).** *Finding a Place to Read: Popular Libraries in Greater Buenos Aires before 1945.* Mimeo.
- **Galassi, Gisela (2006).** *Asociacionismo e identidad en Fernández Sandra Sociabilidad, corporaciones, instituciones (1860–1930).* Prohistoria–La Capital.
- **González, Graciela (2023).** *De bibliotecas, lectores y libros de Santa Fe.* Ediciones UNL.
- **Karush, Matthew (2013).** *Cultura de clase. Radio y cine en la creación de una Argentina dividida (1920–1946).* Ariel.
- **Kruger, Clara (2021).** *Cine y propaganda: del orden conservador al peronismo.* Colección Imagen e historia. Prometeo Libros.
- **Matallana, Andrea (2006).** *Locos por la radio: una historia social de la radiofonía en la Argentina, 1923–1947.* Prometeo Libros.
- **Milanesio, Natalia (2014).** *Cuando los trabajadores salieron de compras: nuevos consumidores, publicidad y cambio cultural durante el primer peronismo.* Siglo XXI.
- **Montaldo, Graciela (2016).** *Museo del consumo: archivos de la cultura de masas en Argentina.* Fondo de Cultura Económica.
- **Morales, Roberto (1928).** *El cinematógrafo en la enseñanza.*
- **Orge, Bernardo y Bertolino, Milena (2018).** Hacia una periodización crítica de la edición de literatura en la provincia de Santa Fe. Jornadas «La ciudad que yo inventé».
- **Planas, Javier (2017).** *Libros, lectores y sociabilidades de lectura: Una historia de los orígenes de las bibliotecas populares en la Argentina.* Ediciones Ampersand.
- **Rodríguez, Mónica Edith (2017).** Discursos y representaciones sociales en los orígenes de Bibliotecas Populares de la ciudad de Santa Fe (1900–1920). Tesina de Licenciatura en Bibliotecología, Facultad de Ciencias Jurídicas y Sociales, Universidad Nacional del Litoral.
- **Roldán, Diego (2012).** *La invención de las masas. Ciudad, corporalidades y culturas. Rosario 1910–1945.* Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación (UNLP).
- **Rubinzal, Mariela (2022a).** Las industrias culturales y la Universidad Nacional del Litoral. El Instituto Social (1928–1943). En Rubinzal, Mariela (comp.) *La política y la cultura bajo la lupa.* Ediciones UNL.
- **Rubinzal, Mariela (2022b)** Editoriales, imprentas y lectores en Santa Fe durante la década de 1930. En Fernández, Sandra; Man, Ronen y Sedrán, Paula (coord.) *Santa Fe en el escenario de la entreguerra: conflicto, solidaridades y tendencias.* Ediciones del ISHIR.
- **Senet, Honorio (1923).** *La acción post escolar del estado. Urgencia de su organización en todo el país.* Imprenta Macchi.
- **Valinoti, Beatriz Cecilia (2016).** Construyendo el mundo editorial en Argentina en los inicios del siglo XX, *Anuario CEEED* N° 8.

10. **Entre musas e inspiraciones**

Cine, teatro y artes plásticas en Santa Fe (1960–2000)

Melina Zeiter

María Cecilia Tonon

Los vaivenes artísticos de la capital santafesina durante la segunda mitad del siglo XX no estuvieron ajenos a los sucesos políticos, económicos y sociales del país e, incluso, de América Latina. Para este período, sin perder la especificidad de cada expresión, en cierto punto las y los artistas trascendieron los límites de sus disciplinas y entraron en contacto con otras experiencias: las salas de cine se utilizaron para exposiciones teatrales y musicales y surgieron grupos que abandonaron los museos y presentaron sus obras en galpones y locales. Esta mixtura estuvo de la mano de una nueva concepción del arte, ya no vinculado con las obras producidas con fines puramente estéticos y bajo los lineamientos mayoritariamente europeos. Por el contrario, el arte fue concebido como acto político, como medio para denunciar la realidad social, como expresión de la libertad. Si bien cada disciplina artística siguió un desarrollo particular, a la vez se entretajeron algunos hilos en conjunto y entre sí: en todos los ámbitos se puede ver, en diferentes grados y con matices, una politización hacia las décadas de 1960 y 1970.

El recorte temporal de este escrito comienza en la década de 1960, momento cuando el arte se impregna de una participación joven, con una mirada diferente de los modos en que las obras culturales debían pensarse, realizarse y difundirse. Sin embargo, en ocasiones se hace referencias a quiebres previos, por lo que por momentos se trabajan los últimos años del decenio de 1950 e, incluso, de 1940. A pesar de este progresivo entretajido común que articularon las distintas artes, es posible hallar especificidades a cada una de las disciplinas. Para ello, se propone un recorrido por distintas experiencias artísticas de la ciudad: el cine, el teatro y las artes plásticas.

CINE

El interés por el séptimo arte estuvo presente en nuestra ciudad desde los inicios del siglo XX. A mediados de la centuria, la actividad cinematográfica experimentó un auge con la apertura de salas de cine, la conformación de cineclubes y, por supuesto, con la fundación del Instituto de Cinematografía de la Universidad Nacional del Litoral. De la mano de Fernando Birri, la capital provincial se puso a cabeza de la vanguardia latinoamericana. El control sobre la cultura en las dos dictaduras del período disminuyó las grabaciones y proyecciones de películas, pero no su interés: la pervivencia de grupos como Cine Club Santa Fe, Gente de Cine y Núcleo Joven y la recuperación de la producción fílmica en los años 80 dan cuenta de la relevancia del cine para la ciudad.

La Escuela Documental: el cine empieza y termina en la realidad

En nuestra ciudad, ya desde las primeras décadas del siglo XX había salas de cine: Mayo, ubicada en 25 de Mayo 2428; Colón, en la entonces avenida Rivadavia 2879; Doré en San Jerónimo y Primera Junta; y Rodrigo, frente a la Plaza 1º de Mayo. No obstante, la producción fílmica no había tenido grandes desarrollos. Esta situación cambió con la vuelta de Fernando Birri desde Italia al país, que le dio al cine santafesino una vitalidad inédita. La fundación del Instituto de Cinematografía de la Universidad Nacional del Litoral en 1956, primera escuela de cine de América Latina, puso a la capital de la provincia a la cabeza de la vanguardia.

Su creación se dio en un contexto de expansión de la actividad cinematográfica. Para esos años, el cine comercial estaba en auge, por lo que abrieron nuevas salas en distintas partes de la ciudad y proliferaron las funciones improvisadas al aire libre en vecinales e instituciones educativas. Las instituciones cineclubísticas que reunían al público interesado en el séptimo arte habían tenido un crecimiento para esta época, como Gente de Cine y Cine Club Santa Fe. Este último, fundado el 24 de mayo de 1953, estuvo involucrado en el origen del Instituto (Beceyro, 2018). Con el clima político inaugurado con el derrocamiento del segundo gobierno de Juan Domingo Perón en 1955 y luego con el impacto de la Revolución Cubana se abría una nueva etapa. En el período comprendido entre 1956 y 1962, el instituto adoptó una definición institucional propia, basada en el carácter personal de su director.

En este marco, el instituto de Birri sentó las bases del Nuevo Cine Latinoamericano, también llamado Nuevo Cine Documental, conocido por tener una fuerte impronta testimonial y de protesta. El estreno de *Tire dié* el 27 de septiembre en 1958 en el Paraninfo de la Universidad Nacional del Litoral fue solo el puntapié inicial. El mediometraje sobre un grupo de niños y niñas pobres que arriesgan su vida para pedir centavos a pasajeros y pasajeras del tren suponía una gran crítica social. Definido como «primera encuesta social filmada», esta película fue un «fenómeno culturalmente revolucionario» por el público que asistió: se entremezclaron autoridades universitarias y críticos de cine con vecinos y vecinas del barrio donde se hizo el rodaje, personas que por primera vez ingresaban a la institución de educación superior: «El pueblo ocupó la Universidad» (Birri, 1996:191). La relevancia de su estreno es tal que constituye uno de los motivos que llevaron a que en 2008 el Consejo Municipal sancionara el 27 de septiembre como el «Día del cine santafesino».

De manera similar, *Los inundados* mostraba las vicisitudes de una familia que vivía a orillas del río Salado y que sufría continuas inundaciones, por lo que denunciaba las condiciones paupérrimas de los barrios asentados en esas zonas. Se estrenó el 30 de noviembre de 1961 en el cine Mayo. La inspiración en el neorrealismo italiano,¹ que Birri había conocido durante su estadía en Roma, se dejó sentir en el modo de hacer la película. Se abrió una etapa de experimentación cinematográfica, que ponderaba salir a las calles con la cámara en la mano para mostrar con tintes reprobatorios la realidad social de miles de santafesinos y santafesinas: «El filme debe empezar en la realidad y terminar en la realidad» (Birri, 1996:192). Nacían el cine-documento y el fotodocumental (exposición de secuencias de fotografías con epígrafes como etapas previas al filme, que permitiría luego escribir el guion), que dieron el nombre al instituto como Escuela Documental Santa Fe (Birri, 2008).

Estas dos películas marcaron la impronta de otras obras realizadas en el instituto, que tocaban temas como la miseria (*El hambre oculta* de Dolly Pussy, 1965) o la explotación laboral (*Hachero nomás* de Jorge Goldenberg, Hugo Luis Sonomo, Patricio Coll y Luis Zanger, 1966). Las cintas producidas en la capital santafesina demuestran el progresivo surgimiento del «cine de autor», es decir,

1. Movimiento cinematográfico nacido en Italia luego de la Segunda Guerra Mundial, que buscaba un mayor acercamiento a los sentimientos de los personajes y a las condiciones sociales. Se caracterizaba por el recurso a actores y actrices no profesionales, por los guiones en los que predominaba la improvisación, la precariedad de los recursos técnicos, la utilización de escenarios naturales en lugar de sets de estudios y, sobre todo, por la búsqueda de una descripción «cruda» de la realidad.

uno que no buscaba un éxito taquillero, sino resignificar el accionar creativo y la visión particular de un director o de una directora. A pesar de que el instituto pertenecía a la Universidad y empero los problemas presupuestarios, la escuela mantuvo un grado importante de autonomía, que sentaba sus bases en la libertad de cátedra y la libertad de expresión estudiantil. Entre 1962 y 1969, la institución quedó a cargo de Adelqui Camusso y se dio una cristalización del instituto de la mano de la organización de su cuerpo docente.

El cine militante y el cine pernicioso

Esta etapa de experimentación cinematográfica tuvo sus primeros reveses a partir de 1966, con la dictadura de Onganía. A nivel nacional, se recortaron los fondos estatales destinados al cine y se sancionó la ley de Censura Nacional 18019/69. Fue el momento del denominado cine *underground* o subterráneo, caracterizado por la producción y la proyección clandestina, la filmación en 16 mm, el uso del sonido directo y por los temas políticos abordados. En este contexto, surgieron grupos militantes, sobre todo en Buenos Aires,² que recogieron el guante de la impronta santafesina y pensaron al cine como arma política, pero dieron un paso más allá: se trata del cine militante o Tercer Cine. Este subordina la estética a la acción revolucionaria y se posicionan contra el cine comercial y el cine de autor por considerarlo una experiencia individualista y burguesa.

A nivel latinoamericano se generaron redes de solidaridad y sociabilidad entre realizadores del Nuevo Cine Latinoamericano, bautizado de esta manera en el Primer Encuentro de Cineastas Latinoamericanos, llevado a cabo en 1967 en Viña del Mar (Chile). Este encuentro contó con la participación de cineastas santafesinos y santafesinas como Dolly Pussi y Edgardo Pallero. Aquí se esbozaron las dos grandes tendencias del cine de los últimos años: por un lado, el del testimonio y denuncia social, en continuidad con la tendencia inaugurada por Fernando Birri en Santa Fe; por otro, el cine militante, con una mayor injerencia de grupos como el de Realizadores de Mayo, pero con un desarrollo incipiente en la capital provincial.

2. Entre estos se destacan el Grupo Cine Liberación, cuyos máximos exponentes eran Octavio Gentino y Fernando Pino Solanas —de hecho, su película *La hora de los hornos* (1968) es considerada inaugural del cine militante—; o el Grupo La Base, conducido por Raymundo Gleyzer y alineado al Partido Revolucionario de los Trabajadores y el Ejército Revolucionario del Pueblo (PRT-ERP).

En Santa Fe, los años comprendidos entre 1969 y 1976 estuvieron marcados por una parálisis de las producciones, debido a las continuas intervenciones, por lo que el instituto pierde protagonismo a nivel nacional y latinoamericano. Al interior de la Escuela Documental se generaron conflictos entre el director interventor Rodríguez Hortt y el cuerpo docente y el estudiantado, que organizaron actos y proyecciones de filmes a modo de protesta. El 20, 21 y 22 de noviembre de 1970 se realizó el Encuentro Nacional de Cine contra la Censura en la capital provincial, en el que se observó una escalada de la radicalización política. Los intentos de formación de un Frente Nacional de Estudiantes de Cine contribuyeron a que institutos de Buenos Aires, Rosario, Córdoba y La Plata se solidaricen con la causa de los y las cineastas de Santa Fe.

Para la década de 1970, ciertos filmes producidos en el Instituto de Cinematografía se hicieron eco del cine militante, por lo que no solo reprobaban la realidad social, sino que buscaban intervenir en ella con posibles soluciones: *La memoria de nuestro pueblo* de Rolando López (1972) y *Monopolios* de Miguel Ángel Monte (1974). A partir del gobierno de Héctor Cámpora, se puede observar una tendencia a la peronización del cuerpo docente universitario, que se refleja en ciertas películas producidas en ese período, como muestra Cecilia Carril (2018:209). Algunas proponían una acción revolucionaria, por lo que es evidente su afiliación a Montoneros, como *Operativo Brigadier General López*, de Dolly Pussi (1974). La radicalización política se observó en Gente de Cine, ligada al Ateneo Universitario y a una militancia social vinculada con el Movimiento de Sacerdotes por el Tercer Mundo (Ramírez, 2018:231-232).

Por su parte, el 19 de octubre de 1972 se inauguró, gracias a un préstamo y subsidio otorgado por el Fondo Nacional de Bellas Artes, la primera sala del Cine Club Santa Fe: Cine Arte Chaplin. Su funcionamiento se mantuvo durante la última dictadura, por lo que en esos años devino en un bastión de resistencia cultural, al organizar proyecciones de películas ajenas al circuito comercial con debates posteriores. Núcleo Joven, también conocido como Movimiento de Juventudes, realizaba actividades similares en su local ubicado en la entonces avenida Ituzaingó 2287, o en la sala Ocean. Sus propuestas se centraban en los barrios y tenían una impronta militante, razón por la que en 1972 un grupo de derecha colocó una bomba en este último lugar (Ramírez, 2018:231).

El advenimiento del terrorismo de Estado en 1976 impactó en el cierre definitivo del Instituto de Cinematografía de la Universidad Nacional del Litoral. El control ejercido por la dictadura sobre las producciones y proyecciones cinematográficas se dejó sentir. En la nota «El cine pernicioso» publicada el 27 de octubre de 1977 en *El Litoral*, se califica al cine como «un

medio de propaganda y de corrupción de las costumbres (...) como ocurre en el caso de las conocidas ideologías que sacan ganancia con la disolución de los principios en que debe basarse la conducta humana». Muchas de las películas producidas en la escuela fueron censuradas, como *Los 40 cuartos* de Juan Fernando Oliva. Con la clausura del instituto, el ritmo de la producción cinematográfica disminuyó hasta casi desaparecer y se redujo su consumo: si para 1962 había 22 salas de cine en la ciudad, para este período quedaban 15 (Ramírez, 2018:230). Sin embargo, se mantuvo la actividad cineclubística de la mano de Cine Club Santa Fe y, sobre todo, de Juan Carlos Arch, quien presidió esta organización desde 1966. Contribuyó a la difusión del cine no comercial a partir del Taller de Cine Club Santa Fe entre 1970 y 1982 y de la conducción del programa de televisión Noches de Cine Club desde 1984 y de Tardes de Cine Club desde 1992, transmitidos por canales de cable locales.

La recuperación cinematográfica de los '80

Recién se puede ver una lenta recuperación de la producción cinematográfica a partir de mediados de la década de 1980, ligada a la fundación del Taller de Cine de la Universidad Nacional del Litoral, a cargo de Raúl Beceyro y Marilyn Contardi. La producción de cortos y medimétrajes fue prolífica: *Reverendo* (Raúl Beceyro, 1985, 20 minutos), *Reencuentro* (Marilyn Contardi, 1986, 12 minutos), *Así será* (Pedro Deré, 1988, 5 minutos), *Barro cocido* (Maricel Cherry, 1989, 30 minutos), *Teléfono público* (Teresita Cherry, 1989, 12 minutos), por mencionar algunos. También se puede destacar el largometraje *Nadie nada nunca* (Raúl Beceyro, 1988, 78 minutos), una adaptación de la novela homónima de Juan José Saer (1980).

Otro indicio de la recuperación de la actividad cinematográfica es la organización del Festival Latinoamericano de Cine y Video en Santa Fe en noviembre de 1983, en la Sala de Cine Luz y Fuerza. En esa instancia se realizó la Primera Semana de Cine de los Pueblos y se convocó al Primer Certamen Latinoamericano de Cine y Video en Santa Fe. Entre 1983 y 1991 se desarrollaron nuevas ediciones del Festival de Cine Argentino organizado por Pro Arte, que se constituyó como festival de teatro y artes visuales.

Si bien Grupo de Cine surgió en 1976, hubo que esperar hasta después de la dictadura para su primer filme, *Sospechas*, presentado en la Alianza Francesa el 30 de mayo de 1987. En su acta de fundación declaraban como principios básicos el rechazo de la censura y la autocensura y la valoración de la expresión creativa de quienes integraban el grupo (Peralta, 2016:35). Se

destaca su inclinación por la ficción por sobre el documental; en ocasiones, la inspiración provenía de la literatura y teatro local. El grupo se inmiscuyó en la producción teatral con la obra *Antes de la fiesta*, de Jorge Palant, presentada en 1987, lo que da cuenta de los lazos establecidos con otras disciplinas.

Hacia fines de la década de 1980 se formó otro grupo de cine, Matecosido, con un énfasis en el cine documental con tintes críticos del neoliberalismo y preocupación por la comunicación comunitaria, de la mano de los avances tecnológicos (televisor, videocaseteras y luego DVD). Su filmografía buscaba representar lo popular a partir de una mayor presencia de voces diversas; pensaban al video como una manera de visibilizar proyectos alternativos a la cultura hegemónica. Por tal motivo, Sergio Peralta los califica de «videoactivismo» (2016:39).

En cuanto a la década de 1990, para el financiamiento de las producciones locales tuvo una relevancia central la sanción de la ley de Fomento y Regulación de la Industria Cinematográfica en 1994. Esta legislación cambió el nombre del Instituto Nacional de Cinematografía (INC) a Instituto Nacional de Cine y Artes Audiovisuales (INCAA) y propuso una nueva forma de recaudación: al tradicional 10% de las entradas vendidas se le añadió un gravamen por venta y alquiler de video pregrabado y un 25% de lo recaudado por el Comité Federal de Radiodifusión (COMFER). Esta reglamentación implicó el reconocimiento de múltiples formas de circulación de las obras cinematográficas y el incremento de los montos recaudados por el INCAA y, por ende, del presupuesto de subsidios y de la diversificación de los créditos (Peralta, 2016:44).

En la ciudad, es el momento del Grupo ACME, vinculado con el Taller de Cine de la Universidad Nacional del Litoral. Entre su filmografía, se pueden mencionar la ficción *Retratos, historia para una historia* (Cecilia Beceyro, 1990); el documental *Reconstrucción de la paradoja de Zenón* (Bera Santirocco, 1993); la ficción *Tarde* (Pedro Deré, 1993). Se pueden destacar personalidades como Rodolfo Rodi Perazzo, director de *El concurso* (1992), *Piranga* (1993) y *Viceversa* (1996), y Rolando López, director de *Ruinas de Santa Fe La Vieja* (1993), *Komkaia (Somos hermanos)* (1994), *Evita, abanderada del pueblo* (1994) y *Avance continuo* (1994). Otro indicio de la recuperación de la actividad es la inauguración en 1999 del Cine Auditorio de la Asociación Trabajadores del Estado (ATE), ubicado en San Luis 2854. En términos de innovación, surgieron los telefilmes, es decir, una película realizada para ser transmitida por televisión. Se pueden destacar los filmes de Juan Carlos Arch: *Así habló el señor Nuñez* (1992), basado en el cuento de Abelardo Castillo, *Música de Laura* (1994), inspirada

en el cuento *La casa de Laura* de Carlos Catania, y el largometraje de ficción *Ciudad sin luz* (1999).

Tras la presentación de los vaivenes de la producción y consumo cinematográfico de la querida Santa Fe, desde su vanguardia pionera con Birri hasta las películas actuales, el camino fue sinuoso, con altibajos, pero sin perder el interés por el séptimo arte. Las películas locales se manifestaron desde sus inicios como una alternativa al cine comercial, ya sea como cine-documental, cine militante o videoactivismo. Se puede ver una imbricación entre arte y política que surge en la década de 1960, que por momentos se exagera, se atenúa, se transforma. Este cine está en estrecha vinculación con otras expresiones artísticas locales, especialmente con el teatro y la literatura.

EL TEATRO SANTAFESINO: ENTRE LA RESISTENCIA Y LA REINVENCIÓN (1960-2000)

La actividad teatral en la ciudad de Santa Fe lleva casi tantos años como su historia. Pero estas líneas no harán un racconto histórico desde aquellos antiguos comienzos, sino que se ceñirán al teatro más contemporáneo, específicamente aquel que, luego de ver su etapa más fructífera en torno a la aparición y desarrollo del teatro independiente³ por los años 50, marca una etapa atravesada por las dictaduras de los años 60 y 70, para renacer, reinventado, con la primavera democrática alfonsinista y el menemismo.

La previa (1950-1960)

El teatro independiente marcó un antes y un después en la escena santafesina. Como parte del influjo porteño, también en Santa Fe, a fines de los 40, se generó un tibio florecer de teatros independientes, con Teatro del Arte, en 1949, y más tarde Teatro Cincel. A lo largo de la década del 50, se desplegaron importantes espacios como Paralelo 42, La farándula (ambos dentro de la Universidad Nacional del Litoral), o el grupo Antoine, por mencionar los más

3. Este teatro se inició en los años 30, en Buenos Aires, de la mano del Teatro del Pueblo, creado por Leónidas Barletta. Tal como refiere Dubatti (2012), a diferencia del teatro tradicional, supuso «cambios en materia de poéticas, formas de organización grupal, vínculos de gestión con el público, militancia artística y política y teorías estéticas propias» y se contraponía al actor como cabeza de compañía, al empresariado comercial y al Estado (81-82).

destacados. Hacia fines de los 50, el desprendimiento y reacomodamiento de algunos integrantes de distintas agrupaciones favoreció la aparición de Teatro de los 21, considerable por su intensidad en cuanto al nivel de producción de obras y su popularidad.

Los 60 impactaron en el teatro tras un envío importante signado por una política de promoción de actividades culturales, tanto provinciales como municipales y universitarias, bajo la gobernación del desarrollista Sylvestre Begnis (1958-1962), la dirección de Cultura de José Pedroni (1963-1966) y la gestión, dentro del Departamento de Extensión Universitaria de la UNL, de José María Paolantonio (1962-1968). Sin embargo, fue en los ámbitos independientes donde se destacó el mayor auge de elencos teatrales. En su mayoría se trataba de grupos no profesionales, integrados por personas de clase media, con ideario progresista o de izquierda (Alonso, 2017), que hacían teatro amateur, no comercial. Esto les imprimía un perfil de acción lo suficientemente autónomo como para combinar el teatro de experimentación con obras de contenido sociocultural crítico, muy acorde con la época (Manzano, 2017).

A mediados de los '60 se podría observar ya una suerte de comunidad teatral, aunque bastante variable e indeterminada. Se evidenciaba la presencia de reconocidos directores (como José María Paolantonio, Israel Wisniak, Carlos y Alfredo Catania, Carlos Thiel, Miguel Flores, Carlos Pais, Rubén Chiry Rodríguez), actores, actrices, escenógrafos y escenógrafas, que circulaban entre los grupos con diferentes roles y puestas en escena. Las características que señalaron estos momentos fueron: la multiplicidad de participaciones, sumada a la práctica de artistas o directores invitados; la presencia de vínculos familiares dentro de los grupos, como hermanos teatreros, matrimonios u otras formas de parentesco vincular, y evidencias de conflictos o discrepancias con respecto a los modos de institucionalización de la comunidad teatral (Alonso, 2020).

Este último rasgo señaló la formación, en 1963, de dos agrupaciones que nuclearon a los integrantes de los diferentes grupos existentes: la Asociación Santafesina de Teatro Independiente (afiliada a la Federación Argentina de Actores) y la Asociación Santafesina de Actores. A pesar de las diferencias internas, en 1965, ambas coincidieron en una lista única para trabajar mancomunadamente, con Carlos Thiel en la conducción y Carlos Catania como secretario general.

Entre 1965 y 1966 descollaron las artes escénicas en toda la ciudad y sus alrededores: se estrenaron alrededor de 16 obras a cargo de grupos como Teatro del Sur, Teatro del Arte, Teatro de Época, Taller de Teatro, Teatro Marcha, grupo La Teja y elencos teatrales de la Universidad Católica de Santa

Fe y de la Facultad de Química de la UNL. Este boom de muchas obras en unos pocos años se vio repentinamente detenido. Luego de 1966, las tensiones previas entre las agrupaciones formadas en el 63, más los cambios en las lógicas teatrales, como la formación de cooperativas a cargo de un director empresario y con un modelo más cercano al teatro comercial, sumados al golpe militar, marcaron un *impasse* en esta etapa tan fructífera del teatro santafesino.

La resistencia (1966–1983)

La dictadura de Onganía (1966–1973) repercutió negativamente en el desarrollo de la actividad teatral en la ciudad. En este contexto, las gestiones provinciales y locales discontinuaron el sistema de promotores culturales que había favorecido que varias personas pudieran dedicarse a vivir del teatro como actividad principal, además del recorte de recursos para la pervivencia de grupos y el montaje de nuevas obras, como también la migración a Buenos Aires o al exterior de figuras importantes del quehacer teatral. Así, a partir de 1966 y hasta 1971, se observó una disminución de puestas en escena.

El período que va de 1972 a 1975 reflejó un acompasado aumento del número de obras, con la novedad de un teatro más «político» y la presencia de un Estado provincial y municipal más sensible a la recuperación de políticas culturales. Siguiendo a Alonso (2017), las principales tendencias tendrán como representantes principales a Wisniak, Rodríguez, Thiel, Pais, Catania, Juan C. Prete, Ricardo Gandini, Hugo Maggi, Jorge Ricci, y los teatros más relevantes serán los del Cíncel y Teatro del Arte, ubicados en la zona céntrica de la ciudad; Estudio, Época, Ubú, Nueva Fábula, y elencos del Liceo Municipal de Santa Fe, de la Universidad Católica de Santa Fe, de la Facultad de ingeniería Química y espacios similares. Pero la compañía estrella de la época fue Grupo 67, representante de puestas innovadoras desde el punto de vista político y estético. Una marca de este período será la transmutación de las formas teatrales, que tendió a romper la distinción entre el arte y la cotidianeidad, con la profusión del teatro del absurdo o del «teatro pobre», de Jerzy Grotowski.

La renovación democrática de 1973, tras la victoria electoral del Frente Justicialista de Liberación (FREJULI), fomentó la aparición de políticas nacionales de apoyo a la actividad teatral, orientadas a la creación de compañías oficiales. En la ciudad de Santa Fe solo redundó en la institucionalización del Elenco Provincial de Teatro para Sordos y la contratación de personal para un Elenco Estable de Muñecos.

Así, entre la última etapa de la autodenominada Revolución Argentina y el tercer peronismo (1973-1976) no se produjeron modificaciones esenciales del perfil de la «comunidad teatral» santafesina, a excepción de los intentos de promover un teatro popular a través de elencos oficiales, que tuvo escasa repercusión en la ciudad. Lo que sí marcó una cuestión importante fueron las tensiones internas del mundo teatral local, que viraron entre la revalorización de los imperativos estéticos o los posicionamientos partidarios, en un contexto de álgida movilización social y política.

En este marco poco propicio fueron los espacios educativos, particularmente los universitarios, los que brindaron un ámbito para la socialización y formación artística de sectores de las clases medias. Es dable reconocer aquí la importancia de la carrera de letras del Instituto del Profesorado Básico de la UNL en la que estudiaron actores y actrices y que luego, en 1970, se institucionalizó con el rótulo de Escuela Universitaria del Profesorado.

En este devenir, la actividad teatral se fue consolidando a inicios de 1970, con un mayor número de obras de dramaturgia local, la inserción de algunos directores (como Carlos Thiel) en círculos nacionales e internacionales, la pervivencia del teatro de títeres y crecimiento del teatro infantil (se destacó el grupo Los Mamelli, bajo la dirección de Hugo Maggi). Cabe mencionar la diversificación de opciones estéticas y aparición de nuevas compañías, entre ellas Teatro Llanura (de Ricardo Gandini y Jorge Ricci), que tendrá una especial significatividad en toda la década del 70 y comienzos de los '80, estreno de obras de contenido político muy controvertido: *El avión negro* (Cossa, Rozenmacher, Somigliana y Talesnick), bajo la supervisión de Chiry Rodríguez, Miguel Flores y Felipe Cherep (1971), o *Sacco y Vanzetti* (Rolli y Vicenzoni), dirigido por Carlos Thiel (1973).

La última dictadura militar (1976-1983) volvió a desacelerar los ritmos de desarrollo alcanzados en la primera mitad de la década del 70, su nivel de estrenos, las delimitaciones impuestas a obras y autores permitidos, y constriñó la participación oficial en relación con el gobierno constitucional anterior que, aunque con sus límites, había impulsado el teatro local. De esta suerte se procedió a la clausura de la Comedia Provincial, el Taller Laboratorio Teatral y el Elenco Estable de Muñecos. Pero, así como parecía apagarse el acompañamiento gubernativo, las luminarias se encendieron sobre el teatro independiente, dando paso a una nueva generación teatral, entre 1977 y 1980, que marcó la impronta de un nuevo teatro, ya más diversificado en cuanto a las propuestas estéticas y la multiplicación de las puestas en escena (Alonso, 2017).

En 1977 aparecieron nuevos nucleamientos y se redefinieron otros, como: Teatro Estudio, Teatro de Arte, el Pequeño Teatro, el Teatro Arena, Nuevo

Teatro, el Teatro del Actor, que posteriormente dio lugar al Teatro Taller, el Grupo de Actores y el Grupo Yankó. En todos estos espacios primó una lógica de entrecruzamientos, escisiones y las prácticas de directores invitados.

Desde 1979 en adelante, la cantidad de estrenos no se detuvo y algunos grupos, desde géneros diferentes, fueron los mayores representantes de este auge:

- 1980: *Inodoro Pereyra*, de Hugo Maggi, y *Canciones para Mirar*, de M. E. Walsh, representadas en la Sala Mayor del Teatro Municipal, y *Decadencia Divina*, de Mary Canca, dirigidas por Raúl Galoppe.

- 1981: *Abran cancha, que ahí viene Don Quijote de la Mancha*, de Adela Basch, representada por Cuatro Tablas bajo la dirección de Roberto Lenes.

- 1978–1980: el grupo Talía, con la dirección de Osvaldo Neyra, presentó tres comedias de diversos géneros: *La cantante calva*, de E. Ionesco, *El médico a palos*, de Molière, y el *Cuento de la hora de acostarse*, de Sean O’Casey.

- 1979–1981: el Teatro Llanura monta una serie de puestas novedosas y transgresoras, como *Mustafá*, de A. Discépolo, algunas adaptaciones de escritores argentinos, en el caso de *El jorobadito*, de Roberto Arlt, o *Verde y Negro*, de Juan José Saer, hasta obras con la dramaturgia del propio director del grupo, Jorge Ricci.

Cabe mencionar en este período la relevancia de Antonio Germano y su Grupo de Actores, que llevaron adelante varias propuestas dentro del género del grotesco, el sainete y dramas clásicos: *El abanico de Venecia*, de J. C. Ghiano (1979), *Cómico*, del propio Germano (1980), *Macbeth*, de W. Shakespeare (1981), *Rockyfeller en el lejano oeste*, de René de la Obaldía (1982), y *Todos eran mis hijos*, de A. Miller (1983), todas ellas presentadas en el teatro de la Biblioteca Moreno. También es de destacar la presencia de un joven Julio Beltzer y su Teatro del Actor, que irrumpió en la escena santafesina con *Final de partida*, de S. Becket, y *En Altamar*, de Mrozek, entre 1978 y 1980. Finalmente, los comienzos de los ’80 señalaron la aparición de dos nucleamientos de envergadura, como fueron Nuestro Teatro, con Jorge Conti a la cabeza, y el Teatro Arena, de Ricardo Gandini; este último abría a los actores y actrices la posibilidad de trabajar en una sala propia para ensayos y la formación teatral.

La última dictadura militar, con su autoritarismo y violencia, marcó un profundo malestar y control en las actividades teatrales de la ciudad, aunque esto no implicó una interrupción de las propuestas. Paradójicamente, en contra de lo que se podría pensar, fue una época de intenso movimiento escénico, con grupos y salas que encontraron en las esferas privadas o públicas (como el Teatro Municipal, en ese momento a cargo de Jorge Terpin) espacios donde mantener la expresión teatral a flote. Así, entre el final de la última

dictadura y la renovación democrática, convivieron las obras de contenido político crítico con producciones clásicas, que permitieron mantener viva las llamas de Talía y Melpómene en la ciudad.

La reinención (1983-1999)

Las últimas décadas de siglo XX estuvieron marcadas por un movimiento de teatro neoindependiente, sucesor de aquel surgido alrededor de 1945, y que había transitado su época de oro entre mediados de los años 60 hasta fines de los 70. En sus inicios, durante la última transición a la democracia, esta nueva corriente escénica debió atravesar un contexto no muy atractivo: apatía del Estado en sus políticas culturales, dificultades económicas y un público adormilado luego de los «años de plomo». Sin embargo, la renovación democrática alentó la conformación de nuevos grupos, muchos de los cuales traspasaron la barrera de la centuria pasada y manifestaron una intensa actividad durante las primeras décadas del siglo XXI. Elencos de notable capacidad de producción forjaron la nueva escena santafesina: Teatro Taller, Teatro Arena, Equipo Teatro Llanura, Nuestro Teatro, Taller de la Universidad Nacional del Litoral, Teatro de la Universidad Católica Argentina, Teatro de la Casa del Maestro, como también directores que cobraron vuelo (Ricci, 2005:488-489).

En esta etapa, la nota la dio el despliegue de una dramaturgia local que permitió tejer una trama singular respecto de los grandes centros teatrales, como Córdoba o Buenos Aires. Muy incipiente en los inicios de la década de los 80, fue creciendo alrededor de los mismos grupos y directores que venían disputándose las marquesinas en la capital santafesina. Obras de Julio Beltzer, como *La Rosa* y *El Secreto de la luna*, o las creaciones colectivas, como *Vidrio Molido*, del grupo Nuestro Teatro, fueron éxito de público en los escenarios de la ciudad y fuera de ella. Así también, desde el Teatro Llanura, se representaron obras de Rafael Bruza, como *El encanto de las palabras*, *El Cruce de la pampa*, y de Jorge Ricci, como *Actores de provincia*, *Zapatones*, *El que quiere perpetuarse* y *Café de lobos*, y de ambos *El clásico binomio*.

Algo significativo fue el influjo que varios directores y directoras tuvieron en las localidades de la región. En la ciudad de Rafaela destacó Antonio Germano, quien durante las últimas décadas del siglo pasado se desempeñó como director del tradicional grupo de teatro del Centro Ciudad de Rafaela, con el que se representaron obras de su autoría como *La increíble historia del Doctor Leoni*, *Cómico* y *Vuelo Circular* (las dos últimas sobre la vida de Pablo Podestá y sobre un cuento de Haroldo Conti, respectivamente). La primera de

ellas tuvo una especial llegada en el público rafaellino y santafesino, puesto que retrata la vida de Víctor Leoni, un extraño personaje que vivió entre Rafaela y Santa Fe durante los años 20 y 30 del siglo pasado, y se caracterizó por su excéntrica apariencia y peculiar forma de pensar. En Humboldt, la actriz María Rosa Pfeiffer formó un grupo de teatro, el Grupo de los Diez (1993), y dirigió varias obras de su autoría, como *Merceditas, amor mío de una vez* (1998).

En 1997 se sancionó la ley Nacional del Teatro 24800 que regula la actividad teatral en todo el país. Producto de dicha ley se creó el Instituto Nacional del Teatro, organismo encargado de la promoción y apoyo de las artes escénicas. A partir de estas decisiones la actividad teatral en la ciudad conoció un momento de gran crecimiento, mediante una política de proyectos y subsidios que contribuyó al sostenimiento de salas independientes y producciones teatrales de la ciudad, como también la realización de muestras y festivales locales, provinciales y nacionales.

El teatro santafesino no ha cesado de crear. Sus estímulos fueron los actores, las actrices, directores, directoras, compañías teatrales, que, enarbolando el teatro independiente, fueron marcando un camino en las artes escénicas, reinventándose una y otra vez, allá, en las tablas, donde la vida actoral es posible.

ARTES PLÁSTICAS: PINTURA, CERÁMICA, GRABADO

Hacia las décadas de 1940 y 1950, con el proceso de modernización cultural impulsado tras el derrocamiento de Perón y profundizado con el gobierno de Frondizi, la capital provincial se hizo eco de un movimiento vanguardista que impactó en las artes plásticas. Implicó la aparición de circuitos de difusión y de intercambio, de la mano de instituciones ya existentes, entre las que se destacan el Museo Provincial de Bellas Artes Rosa Galisteo de Rodríguez creado en 1922, la Escuela Provincial de Bellas Artes de Santa Fe Prof. Juan Mantovani, fundada en 1940, el tradicional Club del Orden y el Museo Municipal de Bellas Artes, instaurado en 1936. Así, desde la década de 1940 la ciudad contaba con una trama institucional y espacios oficiales. Predominaban las obras ligadas al contexto natural de la región, con prevalencia de los ríos y las lagunas, mechado con elementos sociales (hambre, soledad, pobreza), por lo que se evidenciaba cierto elemento crítico. No obstante, con la llegada de la renovación de los '60, el escenario artístico se diversificó y dio lugar a nuevos espacios de difusión, entrecruzamientos entre las disciplinas y choque entre distintas concepciones de arte.

La década del 60: entre la modernización y la renovación

En la segunda mitad del siglo XX se dio una reestructuración del campo alrededor de un intento de modernización por medio de la promoción de la experimentación, el avance industrial y la búsqueda de vanguardias. En este ámbito, y de la mano del Museo Municipal de Bellas Artes, que ya para esta época llevaba el nombre Sor Josefa Díaz y Clucellas,⁴ circularon exposiciones internacionales como la de Arte Nipón y Cine Japonés (1961), La Escuela de Bauhaus (1964) y Expresionismo Alemán (1966); y otras argentinas como la de Salones Nacionales de Arte Fotográfico (1967). En 1957 se realizó la Primera Reunión de Arte Contemporáneo, organizada por la Universidad Nacional del Litoral, por intermedio de su Departamento de Arte Contemporáneo. La exposición estuvo abierta del 18 de agosto al 15 de septiembre en las salas del Museo Municipal de Bellas Artes, ubicado en Santa Martín 2068, en pleno centro santafesino. Estas jornadas contaron con participación juvenil y contribuyeron a la difusión de los problemas que gravitaban el panorama cultural del país y a la incorporación de otras expresiones artísticas: no se circunscribieron a la pintura, sino que también abarcaron la literatura, el cine, la arquitectura, la música y el teatro.

Se puede destacar el papel desempeñado por el Grupo Setúbal, que constituyó un referente para atender a la amplia renovación del decenio siguiente, de acuerdo con Ivana Splendiani (2011). El grupo nació en 1958 con una estructura similar a la del Grupo Litoral en Rosario. En encuentros en la casa del artista Ricardo Supisiche, los integrantes, mayoritariamente egresados de la Escuela Provincial de Bellas Artes, compartían la pretensión de renovar y airear el arte santafesino. Sus propuestas eran principalmente estéticas: el grupo contribuyó a la modificación de la concepción del arte, con un mayor peso de lo abstracto, y a la ampliación del lenguaje plástico a partir del desarrollo de nuevas formas.

La renovación llegó en el decenio siguiente: la década de los '60 es sinónimo del arte pop, el nuevo realismo, las ambientaciones, los *happenings*, el arte de los medios. El objetivo era un arte que impresionara a quien lo mire, uno que se sumergiera en la tridimensión, que saltara del plano, en fin, que se fundiera en un proceso de desmaterialización de la obra de arte. Esto implicaba una ruptura con la estructura conformada: ya no se necesitaba una galería con paredes blancas para exponer las pinturas, sino que ahora la escena artística

4. El nombre fue adoptado en 1957, en reconocimiento a la pintora Sor Josefa Díaz y Clucellas, quien había sido distinguida por la Legislatura Provincial en 1871.

transcurría en bares, comercios y otros lugares públicos. En nuestro país, el epicentro de estas innovaciones artísticas estuvo en Buenos Aires con Marta Minujín como principal exponente.

Pero no hay que desdeñar la experiencia santafesina, recuperada por Ivana Splendiani (2011). El 1 de noviembre de 1964, técnicos y artistas del medio, en unión con CIR-CE TV (entidad que agrupaba a personas conocedoras de la televisión), realizaron un Circuito Cerrado de TV y conectaron diversos locales comerciales a través de un cable coaxil: desde el Salón Blanco del Centro Español se transmitió un show de dos horas en el que participaban distintos géneros artísticos. Otro ámbito de experimentación artística fue la Plaza de los sapos —ubicada en 25 de mayo entre Mendoza y Cortada Falucho—, lugar de uno de los *happenings* más emblemáticos, con críticas a la «aburrida vida nocturna» de la capital provincial, realizado el 15 de diciembre de 1967. El *happening* realizado en la inauguración del túnel subfluvial, el 10 de diciembre de 1969 con el nombre *Túnel Subtunal*, contó con la participación de artistas del Instituto Di Tella (Buenos Aires), como Lea Lublin, y de nuestra ciudad, pertenecientes al grupo El Galpón, como Jorge Cohen, Lita Francesquini y Nora Possentini.

En el marco de este proceso de modernización y reestructuración, algunos y algunas artistas comenzaron a politizarse. Se conformaron grupos como UFF! Bazar de la Vanguardia del Gabinete Experimental de la Creación (también conocido como «La oficina de la vanguardia»), Vértice y El Galpón. A partir de la década de 1960 circularon obras que no estaban pensadas para la exposición en galerías de arte, sino que más bien tenían un tinte crítico de los hábitos consumistas del período. Se destacan las exposiciones artísticas llevadas a cabo en la Oficina de la vanguardia, ubicada en la galería Garay construida por esos años, actualmente en la peatonal santafesina. Algunas expresiones artísticas proponían una denuncia social que traspasaba la finalidad estética, como el arrojar discos de música clásica en las puertas del Club del Orden.

De todos los espacios, El Galpón fue uno de los más paradigmáticos. La galería de arte funcionó entre 1964 y 1974, y en ella se organizaron exposiciones de obras plásticas de vanguardia locales, conferencias, obras de teatro alternativas (muchas veces militantes) y proyecciones de filmes de la mano de Cine Club Santa Fe. Se constituyó como un espacio que presentaba cierta oposición a las instituciones oficiales de arte. En un primer momento, se ubicaba en López y Planes 3664, donde antes había un taller mecánico, y tenía como principal propósito la difusión de obras de jóvenes artistas de la región. Estas ensayaron nuevas materialidades y soportes, a partir del uso de

elementos como el barro, el aserrín y las piedras (Splendiani, 2011:120). En esta primera instancia, el grupo estaba a cargo de Lita Franceschini, Jorge Cohen, Peti Lazzarini y Ángel Mines, jóvenes que se habían egresado de la escuela de arte. Hacia fines de la década de 1960, con el retiro de las tres primeras personas integrantes y el ingreso de Lito Benvenuti, Nora Possentini y Juan Vergel, se inauguró una nueva etapa. Esta última se caracterizó por definirse como espacio autogestivo e independiente. Sin perder de vista su objetivo inicial de difusión de obras locales, acrecentaron su actitud contestataria frente a la tradición y a los museos.

El arte militante y el arte académico

Con la llegada de la dictadura de Onganía, las expresiones artísticas se colocaron bajo la lupa, ya que estuvieron más controladas e incluso, en ocasiones, intervenidas. Ciertos grupos emitieron públicamente comunicados contra la violencia ejercida por los militares, como la solicitada publicada el 3 de junio de 1969 en *Nuevo Diario*, firmada por Teatro-Estudio Escuela Bartolomé Mitre, El Galpón, Cine Club Santa Fe, Teatro de Arte y Grupo 67. El año 1968 condensó una serie de manifestaciones a nivel país, lideradas por las vanguardias rosarina y porteña, que implicaban una crítica a las instituciones artísticas, entendidas como espacios de reproducción del sistema capitalista y burgués (Splendiani, 2011:115). Estas expresiones críticas fueron el caldo de cultivo de la iniciativa *Tucumán Arde*,⁵ que contó con la participación de artistas provenientes de distintas partes de Argentina. De nuestra capital provincial, Graciela Borthwick y Jorge Cohen fueron integrantes de esta vanguardia y funcionaron como nexo entre Tucumán y Rosario. Esta exposición se pensó como una experiencia ligada a la comunicación, a la divulgación y la denuncia, y no solo como una escena artística. La experimentación con nuevos materiales pasó a un segundo plano, en favor de la intención de manifestar una crítica que genere una toma de posición en los espectadores y las espectadoras: es el momento del arte militante. La búsqueda de difusión por

5. *Tucumán Arde* fue una exposición realizada por artistas jóvenes en las sedes de la Confederación General del Trabajo de Buenos Aires y Rosario. Denunciaba la pobreza, las condiciones de explotación, la miseria y el hambre de los ingenios de la provincia tucumana, a partir de un despliegue que involucraba pintadas, graffiti y empapelamientos con afiches de las paredes en distintas partes de las ciudades con las palabras «Tucumán Arde».

medio de las pintadas en las paredes, el reparto de volantes, en los afiches en cineclubes daba cuenta del intento de generar un arte masivo.

El Cordobazo de 1969 marcó una cristalización de un proceso de radicalización política de los años previos. El secuestro y la ejecución de Aramburu en 1970, con la presentación pública del grupo Montoneros, implicó un cambio no solo a nivel político-nacional, sino que tuvo su impacto en las artes plásticas santafesinas. Muchos de los grupos que previamente habían tenido una impronta de crítica política, se amoldaron a los circuitos culturales oficiales e institucionales. Por ejemplo, se inauguró una nueva etapa en El Galpón, a partir de su traslado en 1970 a la zona céntrica de la ciudad, en calle San Martín 1858. Se intensificó el espíritu de vanguardia, en detrimento de la actitud crítica hacia los museos. Promovieron muestras en conjunto con el Museo Provincial Rosa Galisteo de Rodríguez y el Museo Municipal de Artes Visuales. También realizaron actividades junto a instituciones y organizaciones como Cine Club Santa Fe y el área de Extensión Universitaria de la Universidad Nacional del Litoral.

Los primeros años de la década de 1970 parecen haber sido prolíficos en términos de exposiciones artísticas. Por ejemplo, en agosto de 1973, se exhibieron los dibujos de Federico Aymá en el Museo Municipal de Artes Visuales; las pinturas de Fernando Espino en El Galpón; las xilografías de Aid Lea Herrera y las pinturas de Eufemia Slullitel en el mismo lugar; los tapices de Quique Bolcatto en la Sala del Pueblo, ubicada en 1º de Mayo 1339; los dibujos de Maruca Bonazzola en la Asociación Femenina de Profesionales, en 25 de Mayo 1810; los óleos de Ángel Martini en el Rincón de Arte y Artesanía, situado en la entonces avenida Ituzaingó 1280; las pinturas de Enrique Montes en la Sala de Barro, en la Biblioteca Mariano Moreno en Marcial Candioti 3341; y las acuarelas de Ricardo Supisiche en la galería Finuart; de acuerdo con los actos culturales promocionados en *El Litoral* del jueves 23 de agosto.

El terrorismo de Estado instaurado el 24 de marzo de 1976 no frenó las muestras anuales organizadas en el Museo Provincial Rosa Galisteo: en mayo se inauguró el LIII Salón Anual, en el que se exhibieron pinturas y dibujos en la sala mayor Gral. San Martín. Contó con la presentación a cargo del gobernador Jorge Aníbal Desimoni, quien en su discurso se pronunció contra el arte militante y el arte popular por considerar que suponen «la opresión del artista»; la justificación se hacía en nombre del «buen arte» y de la búsqueda «de los más altos valores estéticos», según la nota «Con la presencia del gobernador fue abierto el LIII Salón Anual», publicada en *El Litoral* el 26 de mayo. No obstante, que las muestras anuales se siguieran realizando no implicaba la ausencia de censura: en esa misma edición, se suspendió el otorgamiento

del premio del Fondo Nacional de las Artes ese año «por circunstancias de público conocimiento», como aparece en la nota mencionada; lo que marca un indicio de, al menos, una limitación en torno al arte que era plausible de entrar en los museos y salones.

Para el período había otros espacios que promovían el arte, como la galería Finuart, ubicada en San Martín 2885; Cinter Ingeniería, en Boulevard Gálvez 1829; la Galería de Arte Colón, en Santa Martín 2443; el Museo Artesanal y de Flora y Fauna, situado en San Luis 3022; la Galería del Taller de Artes Visuales, inaugurada el 21 de mayo de 1967 con las exposiciones de esculturas de Carlos Cello y pinturas de Antonio Montero. Se privilegiaban las exposiciones de artistas regionales: por ejemplo, en mayo de 1977 se exhibieron las acuarelas de Miguel Carlos Zupán (oriundo de San José, Entre Ríos) y las obras de Guillermo Hoyos (proveniente de San Cristóbal, Santa Fe). Entre las figuras destacadas se puede mencionar a José Domenichini, quien fue presidente de la Asociación de Artistas Plásticos Santafesinos entre 1972 y 1975 y que en 1979 organizó el primer Salón de Artes Visuales de Santa Fe y Entre Ríos.

Los nuevos impulsos de la cerámica y el grabado

De la mano con estos derroteros, a lo largo de 1960 y 1970 ciertas expresiones artísticas como la cerámica tuvieron un despegue por estos años. Desde 1960, las producciones realizadas en los talleres, como el Taller de Cerámica Artesanal de La Guardia, se exponían luego en el Museo Municipal de Artes Visuales en el marco de la feria de navidad. En 1963, las obras producidas en el Taller Libre de Cerámica Artesanal de La Guardia se expusieron en la Escuela Nacional de Bellas Artes (Buenos Aires) y como vitrina permanente en la galería Plástica de la entonces Capital Federal, según «Obra y proyecciones del Taller de Cerámica de La Guardia, que el 11 reanuda sus actividades», en *El Litoral* del 6 de marzo de ese año. En 1968 surgió el Taller de Cerámicas Mére Thérése, del Colegio Nuestra Señora del Calvario; su primera exposición se llevó a cabo ese mismo año en el local del Consejo de Ingenieros. En 1973, se formó el Taller de Cerámica de Alto Verde, para niños y niñas. Durante 1970, se realizaron numerosas muestras en el Taller de Arte Experimental de Arte Cerámico, trasladado por esos años a 4 de enero 1847.

Al mismo tiempo, el grabado santafesino tuvo un impulso en los primeros años de la década de 1960, sobre todo de la mano de Armando César Godoy. Ganador del IV Salón de Becarios, organizado por la Dirección General de Cultura de la provincia, el artista exhibió sus xilografías en el Museo Provincial

Rosa Galisteo en noviembre de 1966. Junto se presentaba en la galería de arte Libretex una muestra colectiva de grabados de seis jóvenes de la ciudad: Werner Kunte, Salvador Massa, Mirtha Negretti, Ana María Paris, Paulina Riera y Manuel Vicente. En la nota «Xilografías de Godoy en el Museo Provincial», publicada en *El Litoral* el 2 de noviembre de 1966, se menciona que «Santa Fe es uno de los centros cardinales del grabado argentino en donde se cumplen con mayor entusiasmo la enseñanza y el cultivo de sus diversas técnicas». En junio de 1969, se presentó una muestra de grabados y dibujos organizada por la Sociedad de Grabadores Santafesinos en la sala Ocean, de la mano del Movimiento de Juventudes. La inauguración de salones destinados a esta técnica fue una novedad para la capital santafesina: el primero abrió sus puertas en 1970 en el Museo Provincial Rosa Galisteo y la muestra fue organizada por la Sociedad de Grabadores y Dibujantes Santafesinos, dirigida por Nydia Ruscitti. El segundo se realizó en la misma institución al año siguiente, en el cual se expusieron 52 grabados. Al mismo tiempo, el Museo Municipal de Artes Visuales exponía las xilografías de Cristino Petrucelli, el Galpón presentaba «grabados de vanguardia» de la mano del Grupo de Artes Gráficas de Buenos Aires junto a artistas locales como Elsa Rosman, y el Salón de Barrio de República del Oeste, situado en Avenida Freyre 2765, inauguraba una muestra de xilografías de Juana Gillis. La multiplicidad de exhibiciones de distintas técnicas de grabado da cuenta de su auge en la ciudad.

Tras la presentación de este derrotero, se puede ver que la tendencia inaugurada hacia mediados del siglo XX de entrecruzamiento de distintas disciplinas artísticas, la experimentación con nuevos materiales, la imbricación con la política y las críticas a las instituciones formales y legitimantes, progresivamente fueron perdiendo fuerza en la década de 1970. Al mismo tiempo, se puede ver una suerte de despegue e institucionalización de disciplinas artísticas como el grabado y la cerámica, con una expansión de talleres.

CONCLUSIÓN

En la capital provincial de mediados de siglo se desarrolló una intensa vida cultural, en la que la juventud tuvo un papel preponderante. El entramado de instituciones formales marcó ciertas pautas artísticas, de la mano de la injerencia de las agencias estatales de orden provincial y municipal para la promoción y sostenimiento de eventos culturales.

La relevancia de las temáticas sociales trabajadas tanto por el cine con el auge de la Escuela Documental con Birri, como por los grupos de teatro

independiente y neoindependiente y por ciertos artistas plásticos, dan cuenta de una nueva preocupación por el lugar que el oficio artístico debía tener en la sociedad. El choque entre la valoración estética de las instituciones y las funciones sociales del arte de quienes se enmarcaban en grupos militantes fue preeminente en las décadas de 1960 y 1970. Con la recuperación democrática, en términos generales, es posible ver un progresivo incremento de las actividades culturales, con mayor ímpetu hacia fines de 1980.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- **Alonso, Luciano (2017).** Integración y resistencia en el campo cultural durante la última dictadura argentina: agentes colectivos, instituciones y acontecimientos en Santa Fe. *II Congreso Internacional de la Asociación Latinoamericana e Ibérica de Historia Social*.
- **Alonso, Luciano (2020).** Trayectos y articulaciones sociopolíticas en el teatro independiente santafesino, c. 1966–1984. *Prohistoria* 34, 221–249.
- **Beltzer, Julio y Ghio de Beltzer, Elsa (1995).** El teatro en Santa Fe. En *Santa Fe en la cultura*. Municipalidad de la ciudad de Santa Fe.
- **Birri, Fernando (1996).** *El alquimista democrático. Por un Nuevo Nuevo Nuevo Cine Latinoamericano*. Sudamérica.
- **Birri, Fernando et al. (2008).** *La escuela documental de Santa Fe*. Prohistoria.
- **Beceyro, Raúl et al. (2007).** *Fotogramas santafesinos. Instituto de Cinematografía de la UNL 1956/1976*. Ediciones UNL.
- **Carril, Alejandra Cecilia (2018).** La producción de cine documental de los años 60 y 70 en Santa Fe: diálogos y contrapuntos con tendencias artísticas latinoamericanas y europeas. *Culturas* 12, 197–217.
- **Peralta, Sergio (2016).** *Santa Fe: Ciudad Set. Realizadores audiovisuales y cinéfilos 1985–2015*. Ediciones UNL.
- **Dubatti, Jorge (2012).** Cien años de teatro argentino: del Centenario a nuestros días. Biblos.
- **Manzano, Valeria (2017).** La era de la juventud en Argentina: cultura, política y sexualidad desde Perón hasta Videla. Fondo de Cultura Económica.
- **Ramírez, Paula (2018)** Entre *Les Players* y *La hora de los hombres*. La estructura del subcampo del cine santafesino y la huelga del '70: arte y política en tiempos convulsivos. *Culturas* 12, 219–247.
- **Ricci, Jorge (2005).** Santa Fe, 1900–1999. En Pelletieri, Oscar (dir.). *Historia del teatro argentino en las provincias*, vol. 1. Galerna.
- **Splendiani, Ivana (2011).** *Plástica santafesina. Renovaciones estéticas en los años '60*. María Muratore.

Sobre las autoras y los autores

Luciano Alonso

Profesor en Historia (UNL). Magíster en Historia Latinoamericana (UNIA). Magíster en Ciencias Sociales (UNL). Doctor en Historia (UNR). Docente investigador (Facultad de Humanidades y Ciencias, Universidad Nacional del Litoral). Entre sus libros destacan *Luchas en plazas vacías de sueños* (2011), *Que digan dónde están* (2022) y las compilaciones con Gabriela Águila *Procesos represivos y actitudes sociales: entre la España franquista y las dictaduras del Cono Sur* (2013) y con Natalia Vega *Lugares de lo colectivo en la historia local* (2017).

ORCID 0000-0001-5728-974

Carlos Marcelo Andelique

Profesor en Historia y Magíster en Ciencias Sociales (UNL). Jefe de Trabajos Prácticos en Didáctica de la Historia, Práctica Docente, Sociedades Medievales y Formación del Mundo Moderno I del Profesorado y Licenciatura en Historia (Facultad de Humanidades y Ciencias, Universidad Nacional del Litoral). Integra el Centro de Estudios Sociales Interdisciplinarios del Litoral (CESIL). Ha participado en proyectos de investigación y publicado en revistas especializadas sobre la Historia y la enseñanza de las Ciencias Sociales.

ORCID 0009-0009-8799-4573

Natacha Bacolla

Profesora en Historia (UNL). Magíster en Sociología y Ciencia Política (FLACSO). Doctora en Ciencia Política (UNR). Investigadora Independiente del CONICET. Vicedirectora del Instituto de Humanidades y Ciencias Sociales del Litoral (CONICET/UNL). Profesora Asociada regular en el área de historia europea contemporánea (Facultad de

Humanidades y Ciencias, Universidad Nacional del Litoral). Profesora titular de la cátedra Historia Social Contemporánea (Facultad de Ciencia Política y RRH, Universidad Nacional de Rosario). Miembro del equipo editorial de *Estudios Sociales del Estado* (IDES). Codirectora de *Estudios Sociales* (UNL). Autora y coeditora de *Handbook on circulation of Academic Knowledge* (2023).

ORCID: 0000-0002-9821-9742

Julieta Citroni

Licenciada en Historia (UNL). Doctora en Ciencia Política (UNR). Docente auxiliar en diversas cátedras (Universidad Nacional del Litoral y Universidad Autónoma de Entre Ríos). Autora de artículos en jornadas académicas, revistas nacionales e internacionales y libros colectivos como *Orden y conflictividad social entre los siglos XIX y XX. Miradas espacializadas en territorio santafesino*, compilado por María Cecilia Tonon y José Miguel Larker (2021).

ORCID 0000-0003-1687-9198

Juan Cruz Giménez

Profesor y Licenciado en Historia (UNL). Magíster en Ciencias Sociales (UNL). Doctorando del Doctorado de Estudios Sociales (UNL). Docente de grado (Facultades de Humanidades y Ciencias y de Ciencias Jurídicas y Sociales, Universidad Nacional del Litoral). Miembro del Centro de Estudios de Discursos Sociales del Litoral (CEDIS). Coautor de *Auroras en Provincias* (2011), *La política en las tramas educativas* (2017) y *Sinfonía Mantovani. Polifonía de un intelectual entre educación y política* (2022) y autor de *Virado a sepiá. Política y educación en Santa Fe de los años treinta* (2021).

ORCID 0000-0002-6292-9128

José Miguel Larker

Profesor en Historia (UNL). Magíster en Historia Social (UNL). Doctorando en Estudios Sociales (UNL). Profesor Adjunto ordinario en el Departamento de Historia (Facultad de Humanidades y Ciencias, Universidad Nacional del Litoral). Jefe de Trabajos Prácticos en la cátedra Historia de las Transformaciones Mundiales (Facultad de Trabajo Social, Universidad Nacional de Entre Ríos). Compilador con Cecilia Tonon de *Orden y conflictividad social entre los siglos XIX y XXI* (2021) y autor de *Africanos y afrodescendientes en Santa Fe* (2023).
ORCID 0000-0003-3329-5290

Marcelino Maina

Profesor en Historia, Magíster en Ciencias Sociales y Doctorando del programa de Doctorado en Estudios Sociales (UNL). Profesor Adjunto e investigador categorizado del Departamento de Historia (Facultad de Humanidades y Ciencias, Universidad Nacional del Litoral). Autor de *La invención democrática en Santa Fe: Identidades políticas y debates públicos en los años ochenta* (2023).
ORCID 0009-0000-0911-7270

Francisco Reyes

Licenciado en Historia (UNL). Doctor en Ciencia Política (UNR). Investigador Asistente del CONICET en el IHUCSO Litoral. Docente en las materias del área de Europa y Estados Unidos (Facultad de Humanidades y Ciencias, Universidad Nacional del Litoral). Autor de artículos en revistas especializadas argentinas e internacionales y del libro *Boinas blancas. Los orígenes de la identidad política del radicalismo (1890-1930)*.
ORCID 0000-0002-2729-3507

Mariela Rubinzal

Licenciada en Historia (UNL). Especialista en Métodos y Técnicas de Investigación Social (CLACSO). Doctora en Historia (UNLP). Investigadora Adjunta del CONICET. Profesora Adjunta de la Cátedra de Investigación Social I (Facultad de Ciencias Jurídicas y Sociales, Universidad Nacional del Litoral). Directora de

diversos proyectos de investigación. Autora de *Historia de la Escuela de Servicio Social de Santa Fe* (2014), *La política y la cultura bajo la lupa* (2022) y numerosos artículos y capítulos sobre la historia político-cultural del siglo XX.
ORCID 0000-0002-2615-7503

María Cecilia Tonon

Licenciada en Historia (UNL). Doctora y Posdoctora en Ciencias Políticas (UNR). Docente en las cátedras Sociedades Medievales, Formación del Mundo Moderno I y Metodología de la Investigación Histórica (Facultad de Humanidades y Ciencias, Universidad Nacional del Litoral). Se especializa en estudios relativos a la historia intelectual y cultural de Europa en la modernidad, juntamente con líneas sobre partidos políticos y formas de acción colectiva en Argentina en las últimas décadas del siglo XX.
ORCID 0000-0002-1360-7085

Natalia Vega

Profesora en Historia (UNL). Doctora en Ciencias Sociales (UNER). Docente investigadora (Facultades de Humanidades y Ciencias, Universidad Nacional del Litoral, y de Trabajo Social, Universidad Nacional de Entre Ríos). Directora del Centro de Estudios Sociales Interdisciplinarios del Litoral y de *Contenciosa. Revista sobre violencia política, represiones y resistencias en la historia iberoamericana* (Facultad de Humanidades y Ciencias, Universidad Nacional del Litoral).
ORCID 0000-0003-0014-0014

Melina Zeiter

Licenciada en Historia (UNL). Doctoranda en Historia (Escuela Interdisciplinaria de Altos Estudios Sociales, IDAES-UNSAM). Becaria Doctoral del CONICET (Instituto de Humanidades y Ciencias Sociales del Litoral, IHUCSO, UNL/CONICET). Docente auxiliar en las cátedras Formación del Mundo Moderno I y Sociedades Medievales de las carreras de Licenciatura y Profesorado en Historia (Facultad de Humanidades y Ciencias, Universidad Nacional del Litoral).
ORCID 0009-0003-8257-7427

Modernización, desarrollo y conflictos en una capital de provincia /
Luciano Alonso ... [et al.] ; prefacio de Laura Tarabella ; prólogo de
Enrique José Mammarella ; Emilio Jatón. – 1a ed – Santa Fe :
Universidad Nacional del Litoral ; Santa Fe : Municipalidad de Santa Fe, 2023.
Libro digital, PDF/A – (Ediciones especiales / Aniversario)

Archivo Digital: descarga y online
ISBN 978-987-692-375-0

1. Historia. 2. Santa Fe. 3. Ciudad Histórica. I. Alonso, Luciano. II. Tarabella, Laura,
pref. III. Mammarella, Enrique José, prolog. IV. Jatón, Emilio, prolog.
CDD 307:1416

© Universidad Nacional del Litoral, 2023.

© Municipalidad de Santa Fe, 2023.

© de los prólogos, Enrique José Mammarella y Emilio Jatón, 2023.

© del prefacio, Laura Tarabella 2023.

© de la presentación, María Laura Tornay, Luciano Alonso y Hugo Ramos, 2023.

© Alonso, Citroni, Larker, Reyes, Bacolla, Andelique, Vega, Maina, Giménez,
Rubinzal, Zeiter, Tonon, 2023.



 ediciones **UNL**

Dirección editorial: **Ivana Tosti**

Coordinación editorial: **María Alejandra Sadrán**

Coordinación comercial: **José Díaz**

Diagramación de interior y tapa: **gariglicHill**

Corrección de originales: **María Alejandra Sadrán**

Imágenes de tapa

Calle San Martín. Circa 1950–1960.

Banco de Imágenes Florián Paucke

Murga santafesina. Circa 1910–1930.

Banco de Imágenes Florián Paucke



**UNL • FACULTAD DE
HUMANIDADES Y CIENCIAS**

**DEPARTAMENTO
DE HISTORIA**



Intendente
Emilio Jatón



Rector
Enrique Mammarella

Secretario Académico y de Innovación Educativa
Miguel Irigoyen

Secretario de Relaciones Institucionales
Javier Aga

Decana Facultad de Humanidades y Ciencias
Laura Tarabella

ORIENTACION

2° Oeste de Buenos Aires

3° 31' Este de Córdoba

66° 42' Oeste de Greenwich

63° 0' 2" Oeste de París



Historias de Santa Fe, de la ciudad moderna a la actualidad

reúne tres tomos independientes pero interconectados al mismo tiempo. Motivados por la intención de proporcionar un panorama general de la historia contemporánea y reciente de Santa Fe, con motivo del 450° aniversario de su fundación, los títulos ofrecen un resumen del estado actual de los conocimientos sobre diversas cuestiones sociales, políticas y culturales. Este período ha sido extenso pero escasamente explorado hasta ahora.

Los libros contienen omisiones inevitables basadas en lo que ha sido previamente estudiado, ya sea desde perspectivas historiográficas o de las ciencias sociales en general, así como lo que aún no ha sido abordado. No pretenden ser un compendio exhaustivo de una «historia total» de la ciudad; más bien, representan una selección de temas y problemas respaldados por investigaciones disciplinarias. Se diferencian claramente de otras formas de narrar el pasado, pero buscan establecer un diálogo con ellas en lugar de negarlas.

Modernización, desarrollo y conflictos en una capital de provincia, coordinado por Luciano Alonso, ofrece un análisis detallado de la historia de la ciudad desde mediados del siglo XIX hasta el cambio de siglo entre el XX y el XXI. Se centra en aspectos significativos del ámbito sociocultural, y proporciona una visión integral de la evolución de la ciudad en este periodo.



ediciones UNL